

Yayer

Historia de la lectura

Hoy en día la historia de la lectura goza de una identidad propia. Este conjunto de trabajos refleja la actualidad de la cultura impresa con respecto a las nuevas tecnologías, los debates de la historiografía y las ciencias sociales y, lo más importante, las relaciones que se establecen entre el libro y el lector.

58

Revista de Historia Contemporánea

2005 (2)

AYER

58/2005 (2)

ISSN: 1137-2227

ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S. A.

MADRID, 2005

EDITAN:

Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

Director

Pedro Ruiz Torres (Universidad de Valencia)

Secretaría

María Cruz Romeo Mateo (Universidad de Valencia)

Consejo Editorial

Miguel Artola (Universidad Autónoma de Madrid), Ramón Villares (Universidad de Santiago de Compostela), Ignacio Peiró (Universidad de Zaragoza), Justo Beramendi (Universidad de Santiago de Compostela), Feliciano Montero (Universidad de Alcalá), Susana Tavera (Universidad de Barcelona), José María Ortiz de Orruño (Universidad del País Vasco), Jesús A. Martínez Martín (Universidad Complutense), María Antonia Peña (Universidad de Huelva)

Correspondencia y administración

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
C/ San Sotero, 6
28037 Madrid

HISTORIA DE LA LECTURA



Esta revista es miembro de ARCE.
Asociación de Revistas Culturales
de España.

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

ISBN: 84-96467-09-0

Depósito legal: 32.720-2005

ISSN: 1137-2227

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Fotocomposición: INFORTEX, S. L.

Impresión: CLOSAS-ORCOYEN, S. L.

Polígono Igarza. Paracuellos de Jarama (Madrid)

SUMARIO

DOSSIER

HISTORIA DE LA LECTURA

Jesús A. Martínez Martín, *ed.*

<i>Presentación</i> , Jesús A. Martínez Martín	11-14
<i>La lectura en la España contemporánea: lectores, discursos y prácticas de lectura</i> , Jesús A. Martínez Martín	15-34
<i>El libro moderno desde la bibliografía material y la biblioteconomía</i> , Fermín de los Reyes Gómez	35-56
<i>Morfología del texto y producción de sentido en la lectura</i> , Raquel Sánchez García.....	57-86
<i>Imaginar la lectura versus leer las imágenes</i> , Marie-Linda Ortega	87-111
<i>Un palacio de libros en los trópicos: metáforas, proyectos y la fundación de la Biblioteca Nacional en Río de Janeiro</i> , Nelson Schapochnik.....	113-135
<i>Bibliotecas ideales en la prensa neogranadina (Colombia, mitad del siglo XIX)</i> , Carmen Elisa Acosta Peñaloza.....	137-154
<i>La práctica social de la lectura en las comunidades rurales de Baden, 1871-1914</i> , Gloria Sanz Lafuente.....	155-177
<i>La lectura pública durante la Segunda República</i> , Ana Martínez Rus.....	179-203

ESTUDIOS

<i>Los republicanos del ochocientos y la memoria de su tiempo</i> , Ángel Duarte	207-228
<i>Convertirse en americanos. Las minorías étnicas y las dos guerras mundiales en Estados Unidos</i> , Aurora Bosch.....	229-252

Sumario

Sumario

<i>Las relaciones entre España y la CEE (1964-1967): un acercamiento con recelo producto de la necesidad mutua, Ana del Hoyo Barbolla</i>	<i>253-276</i>
---	----------------

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

<i>La historia de la empresa en Europa, Ramiro Reig.....</i>	<i>279-304</i>
--	----------------

HOY

<i>El Espacio Europeo de Educación Superior: otra manera de enseñar y de aprender (la experiencia de la titulación de Historia de la Universitat de València), Carmen García Monerris</i>	<i>307-329</i>
---	----------------

DOSSIER

Presentación

Jesús A. Martínez Martín
Universidad Complutense de Madrid

En el número 52 de *Ayer* se recogía en el ensayo bibliográfico «Historia de la cultura e historia de la lectura en la historiografía española» un balance del debate teórico-metodológico y de la producción historiográfica sobre la historia de la lectura. Allí señalaba que la historia de la lectura y, en un contexto más amplio, la historia del libro, la edición y la cultura escrita, constituye uno de los puntos centrales de la historia de la cultura, en el que han desembocado con carácter multidisciplinar variadas perspectivas de análisis, y en el que ha cuajado un nutrido y cada vez mayor inventario de estudios. Pero, más allá, estos ámbitos relacionados entre sí desvelan distintas formas de dar sentido a la realidad y al mundo por parte de las sociedades, al ser un ingrediente de su misma configuración. La historia de la lectura se ha ido construyendo en los últimos años como uno de los centros nerviosos de una historia de la cultura que ha adquirido señas de identidad propias. La multiplicación de estos estudios, desde muy diversas perspectivas, sobre la historia del libro, la edición y la lectura no está necesariamente relacionada con un *tema de moda*, sino con un campo de conocimiento en el que confluyen debates de mayor alcance de la historiografía y las ciencias sociales y la preocupación por interrogar al pasado, remoto o reciente, sobre el presente y el futuro de la cultura impresa en el contexto de las nuevas tecnologías. Una producción historiográfica multiplicada sobre la historia del libro, las bibliotecas, géneros editoriales, cultura escrita, lectura... que precisa de continuos balances actualizados, y que ali-

menta editoriales o colecciones especializadas y que ha impulsado revistas, seminarios e instituciones dedicadas al estudio de este ámbito de conocimiento. La inquietud por estos temas se ha reforzado por los interrogantes y el debate que se ha extendido sobre la revolución digital y el futuro del libro.

La irrupción, con todo tipo de vértigos, de la sociedad de la información ha ido descolocando muchas certezas entendidas como valores inmutables de una cultura que tiene en el libro el almacén organizado de la memoria. Pero el libro es más que una asociación material, tangible, reconocible y específica, con distintos formatos que encierran textos. Es una práctica cultural y social cuya construcción de sentido está en estrecha vinculación con los lectores y las condiciones sociales que lo hacen posible en su tiempo histórico.

En el contexto teórico y metodológico que, con carácter multidisciplinar, ha centrado los debates sobre historia de la cultura e historia de la lectura se ha desplegado la preocupación por el acto de la lectura. El texto existiría cuando es leído y según el modo en que se lee, relacionándose con el sentido que le adjudica el lector en el contexto de las condiciones sociales que le rodean. Así, en los últimos años se ha multiplicado el interés por el estudio de los modos y maneras de leer, el aprendizaje de la lectura, objetos e instrumentos utilizados, los tiempos y lugares donde se desarrolla la lectura, motivaciones, representaciones e imágenes mentales de la lectura, con varios planteamientos que han relacionado la producción impresa con las formas de lectura.

Son razones sobradamente justificadas para que *Ayer* dedique en este número un dossier de ocho estudios sobre historia de la lectura, que representan distintas perspectivas, todas ellas novedosas, para abordar el fenómeno de la lectura en la historia contemporánea.

En un primer ensayo, con un carácter más global, realizo un repaso de las condiciones históricas de la lectura en la España contemporánea hasta 1939, que permiten la configuración de nuevos libros, nuevos lectores y nuevas prácticas de lectura y las transformaciones que se producen en el ámbito de los discursos sobre la lectura. Un tiempo largo de cambios entre una lectura oral y colectiva y una lectura individual y silenciosa. Así, la historia de la lectura permite penetrar en el tejido social y cultural de la España contemporánea, porque vincula los autores y la producción intelectual con los libros y los lectores, y porque se expresa en una sociedad que se caracteriza por esas prácticas culturales.

Un segundo estudio, realizado por Fermín de los Reyes (profesor de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad Complutense), tiene como protagonista el libro moderno, desde las perspectivas de la biblioteconomía y la bibliografía material abordando los debates sobre su periodización y el análisis del libro como objeto bibliográfico. Y del libro como objeto de análisis en sí mismo a sus características morfológicas como productoras de sentido en la lectura. Éste es el objetivo del ensayo de Raquel Sánchez García (profesora de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense), con los debates sobre una historia de los modos y formas de creación de sentidos y apropiación de textos, apoyándose en los significados introducidos por editores, impresores, librerías o lectores, mediante la tipografía, el formato, las ilustraciones, distribución del texto, publicidad, las anotaciones de los lectores... El cuarto artículo, realizado por Marie-Linda Ortega (catedrática de Literatura Española de la Universidad de Marne-La-Vallée), se dedica al diálogo entre textos e imágenes y la importancia que las ilustraciones tuvieron en la creación de sentido a partir de varios ejemplos de la España del siglo XIX. A continuación, Nelson Schapochnik (profesor de la Facultad de Educación de la Universidad de São Paulo) plantea la cuestión de los espacios de lectura y, en concreto, los proyectos y metáforas de la Biblioteca Nacional en Río de Janeiro, representando uno de los recientes campos de interés de la historiografía brasileña, atenta a la circulación de los impresos y a los gestos, hábitos y modos de leer en su contexto histórico. Por su parte, Carmen Elisa Acosta (profesora Departamento de Literatura de la Universidad Nacional de Colombia) se ha preocupado por los actos de lectura como una práctica en la que participaban los intereses de una colectividad, en este caso para la sociedad bogotana de mediados del siglo XIX. Si bien una historia de la lectura puede diferenciar las prácticas, comprender las comunidades lectoras y explorar las expresiones individuales de interpretación, es posible también pensar en un espacio previo, quizá indeterminado, en el que la exposición a una serie de posibilidades de lectura se consolida en el horizonte del lector. Por ello propone pensar las publicaciones periódicas neogranadinas como bibliotecas ideales, lo cual permite aproximarse a ese momento anterior a la selección de un texto, en donde se está expuesto a la apertura de nuevos horizontes de expectativa, y referido al siglo XIX, en una selección fuertemente restringida.

Y, para terminar, dos artículos que tienen en común el análisis de las prácticas de lectura. Uno, referido a las comunidades rurales de Baden entre 1871 y 1914, realizado por Gloria Sanz Lafuente (profesora de la Facultad de Económicas de la Universidad de Zaragoza), donde desarrolla las prácticas lectoras en relación con las dimensiones de la politización en la época del Imperio. El otro, cuya autora es Ana Martínez Rus (profesora de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense), se detiene en el proceso de socialización de la lectura durante la Segunda República española, atendiendo a la lectura pública proyectada desde las bibliotecas públicas, las Misiones Pedagógicas y las Ferias del Libro.

Todos ellos se orientan, con distintas perspectivas en un diálogo interdisciplinar, a una historia social y cultural de la lectura que estudia libros, lectores y lecturas con sus espacios, usos, discursos y significaciones. Una historia de la lectura como práctica cultural socialmente considerada, en la que los textos adquirirían sentido a través de las formas materiales en las que se articulan y de las formas culturales en las que serían entendidos por el lector en su tiempo histórico. El estudio del lector como centro de atención historiográfica descansa en los motivos de la lectura, en sus inquietudes y en las condiciones sociales por las que se manifiesta, pero sobre todo en las tendencias y evolución de las prácticas y usos de lectura, que tienen su apoyatura metodológica en el tiempo histórico y en las condiciones sociales que hicieron posible los cambios de las formas de leer.

La lectura en la España contemporánea: lectores, discursos y prácticas de lectura

Jesús A. Martínez Martín
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En este artículo se analizan los cambios producidos a largo plazo en la edición y la lectura en la España del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Nuevos libros, nuevos lectores y nuevas prácticas de lectura, que se desplegaron en un proceso compartido por una lectura oral y colectiva con nuevas formas de lectura individual y silenciosa cada vez más extendidas desde las elites letradas. Se analizan los discursos que se fueron construyendo sobre la lectura y las transformaciones desde los discursos paternalistas hasta la definición de una lectura popular y una lectura militante.

Palabras clave: libros, lecturas, edición, lectores, prácticas de lectura.

Abstract: This article analyses the changes produced in the long run in publishing market and reading in Spain during 19th century and the first decades of 20th century. New books, new readers and new reading practices open a process that shared oral and collective reading with new ways of individual and quiet reading, more and more spread between the reader elites. This work tries to understand the evolution of paternalistic discourses of reading to a popular and militant concept of it.

Key words: books, reading, publishing market, readers, reading practices.

Nuevos libros, nuevos lectores y nuevas prácticas de lectura

El siglo XIX fue una centuria de cambios en el ámbito del libro, la edición y la lectura en España que lentamente fueron configurando y definiendo nuevos libros, nuevos lectores y también nuevos dis-

cursos, usos y prácticas sociales de la lectura. Y el proceso estuvo alimentado por varias dimensiones técnicas, jurídicas, sociales, económicas y culturales inseparables de la forma en la que se construyeron el Estado y la sociedad liberales. Esas transformaciones lentas, que recogieron pautas de un mundo letrado anterior, se proyectaron y consolidaron en el siglo xx hasta quedar tejidas todas las categorías que en el ámbito de la edición y de la lectura se asociaron desde entonces a la lectura contemporánea.

La definición de nuevos libros y objetos impresos, como la prensa, estuvo ligada a las transformaciones de la edición, que adquirió el pleno sentido del término al calor de la economía de mercado, de las transformaciones técnicas y de las dimensiones políticas y jurídicas del Estado liberal, para colmar una demanda de lectores en reconversión. Una historia de la edición que caminó en el siglo xix y primer cuarto del siglo xx desde la edición artesanal hasta la edición moderna y multiplicada que industrializó las técnicas y modernizó la economía del sector. Un atraso relativo y una modestia tecnológica que evolucionó, en un contexto de modernización económica de mayor alcance a principios del siglo xx, hacia una producción multiplicada aumentando las tiradas con la revolución de las técnicas (máquinas, composición, ilustración) lideradas por la prensa. Todo ello a través de un largo proceso de transición entre un antiguo régimen tipográfico, protegido y encorsetado en arcaicos sistemas de producción, hacia fórmulas empresariales y comerciales modernas características del mundo industrial en el primer tercio del siglo xx. Este proceso fue lento y sujeto a las tensiones del mundo preindustrial, que se resistió a desaparecer. Durante este periodo fueron los principales núcleos urbanos del país los protagonistas de los cambios, y Madrid y Barcelona consolidaron una importante industria tipográfica, convirtiéndose en uno de los puntos nodales y emblemáticos de sus procesos de industrialización.

Las pautas jurídicas y económicas de mercado transformaron al impresor-librero en editor para configurar sus señas de identidad como elemento vertebrador entre autores, impresores, distribuidores y lectores, primero de forma individual, después bajo formas societarias. Hasta finales del siglo xix se fue despejando y diferenciando de impresores y librerías la figura del editor individual como pieza central del proceso de producción, que enlazó con los lectores y que reorganizó la nueva economía del libro. Durante el primer tercio

del siglo xx las sociedades anónimas y la concentración empresarial reordenaron la economía del libro, aunque fue compatible con la continuidad de un minifundismo de negocios de estructura familiar y con prácticas tradicionales.

Por su parte, los autores iniciaron un largo proceso de profesionalización a tenor de las nuevas pautas del mercado y de la propiedad intelectual como reconocimiento individual y único de la creación. Y también la definición de nuevos libros, con morfologías adaptadas a los nuevos tiempos con tipografías, encuadernaciones, tamaños y la incorporación avanzada de ilustraciones dibujando el diálogo del texto con la imagen. Se produjeron avances en las técnicas de composición e ilustración, que permitieron una oferta más barata y diversificada, con nuevos formatos, tiradas y libros especializados para todo tipo de lectores. Así, los textos fueron adaptados a través de variadas fórmulas materiales en función de la nueva demanda, extendiéndose las colecciones, desde la *novela por entregas* hasta el *cuento semanal*, mientras que la edición se especializó en los diversos públicos (edición escolar, libro religioso, libros infantiles y juveniles, las colecciones literarias...), y se distribuyó en circuitos libreros (de nuevo o de viejo), pero también informales, a partir de puestos ambulantes, matuteros o buhoneros. El proceso se vio acompañado de nuevas formas de comercialización y distribución: las entregas, la publicidad... con la transformación del mundo de la librería y su diversificación. Todo ello cambió el panorama de los libros y de la edición, construida y definida a largo plazo como moderna, con un tejido de operaciones técnicas, económicas e intelectuales cada vez más complejas que transformaron los textos en objetos impresos y los difundieron en la sociedad contemporánea, pulsando las inquietudes de la demanda ¹.

Estas mutaciones estuvieron ligadas a la construcción y evolución del Estado liberal y los avatares en la legislación de imprenta, a

¹ MARTÍNEZ, J. A. (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial, Pons, 2001; BOTREL, J.-F.: *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Rupérez, 1993. Un estado actual de la historia del libro, de la edición y de la lectura en el ámbito historiográfico internacional está definido en el libro colectivo de MICHON, J., y MOLLIER, J.-Y. (dirs.): *Les mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIII^e siècle à l'an 2000*, Quebec, Presses de l'Université Laval, y París, L'Harmattan, 2001. De reciente aparición, la síntesis para Francia de PARINET, É.: *Une histoire de l'édition à l'époque contemporaine (XIX^e-XX^e siècle)*, París, Éditions du Seuil, 2004.

las dificultades de los procesos de alfabetización² y a la proyección del nuevo papel que jugaron los libros en el tejido social, y los discursos que se realizaron sobre la lectura. Desde el lado de la demanda se produjo un aumento cuantitativo del número de lectores y de su diversificación social, con nuevas categorías de lectores y espacios de sociabilidad cultural específicos. Se multiplicaron las bibliotecas privadas, gabinetes de lectura, bibliotecas populares, en una variada heterogeneidad social. La lectura se hizo más visible en los estratos superiores de la pirámide social³. Pero también, y sobre todo desde el último tercio del siglo XIX, para consolidarse en el siglo XX, se produjo una mayor socialización de la lectura entre las clases trabajadoras urbanas, ya fuera la lectura individual ligada a los procesos didácticos, ya fuera la lectura oral (como el repertorio de voceadores que se extendían a lo largo y ancho de las ciudades y localidades, sobre todo los ciegos con los pliegos de cordel), mientras eran impulsadas las bibliotecas populares. La tipología de lectores estuvo vinculada a la configuración de productos específicos para mujeres, público infantil y juvenil, profesionales... A ello se unió una transformación a largo plazo en los hábitos y prácticas de lectura, individuales y en grupo. La propia diversidad de la oferta, con la multiplicación de todo tipo de textos, facilitó un tipo de lectura más rápida e individual. Los formatos y la tipografía se orientaron también hacia una lectura silenciosa. Se fue consolidando una mutación en la forma de leer que fue desplazando, pero sin sustituir, a la lectura colectiva en voz alta, clásica de una cultura oral, por una lectura individual y silenciosa. En todo este trasunto los libros fueron cambiando en su consideración social como instrumento esencial de comunicación, cultura y educación, y en los discursos que sobre ellos se tenían, en un largo proceso que culminó durante la Segunda República⁴.

La extensión social de la lectura en el siglo XIX y sobre todo con el siglo XX, con formas orales o con prácticas letradas, fue un

² ESCOLANO, A. (dir.): *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Rupérez, 1992; VIÑAO, A.: *Escuela para todos. Educación y modernidad en la España del siglo XX*, Madrid, Marcial Pons, 2004.

³ Sobre esta perspectiva de historia social de la lectura, además de MARTÍNEZ, J. A.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1991, véanse BOTARGUES, M.: *El consumo cultural en Lleida en el siglo XIX*, Lleida, Universidad y Pàges, 2000, y MORENO, P. L.: *Alfabetización y cultura impresa en Lorca (1760-1860)*, Murcia, Universidad, 1989.

⁴ MARTÍNEZ RUS, A.: *La política del libro durante la Segunda República. Socialización de la lectura*, Gijón, Trea, 2003.

proceso revolucionario al orientar la lectura en un sentido socializador, no sólo por el aumento del número de lectores, sino también por el cambio en las relaciones de los individuos con los textos. Esa aventura social, que rompió viejas pautas y construyó nuevos sentidos en las relaciones sociales, no supuso una universalización ni amortiguó distancias sociales, pero sí aumentó el porcentaje de letrados e hizo los libros teóricamente accesibles. Un largo periodo de la historia del acceso al libro que discurrió entre las elites letradas de finales del siglo XVIII y las lecturas populares de los años treinta del siglo XX.

En el Occidente europeo, durante el siglo XVIII se habría producido una revolución de la lectura entendida como una mutación de la forma de relación de los lectores con los textos, cuyas características serían el paso de una lectura pública o compartida a otra individual y solitaria, de una lectura en voz alta a otra silenciosa, de una lectura intensiva —relectura— a otra extensiva y efímera. La cuestión central no está tanto en el desplazamiento, ni aun en la sustitución de formas más antiguas de práctica de lectura, como en su simultaneidad y en su diversidad, y más que en la oposición de diversas prácticas de lectura, en la capacidad de movilizar diferentes formas de leer⁵. Desde las últimas décadas del siglo XVIII se fue consolidando en el Occidente europeo, pues, una mutación en las formas de leer que fue desplazando en el siglo XIX, pero sin sustituir, la lectura colectiva y en voz alta por una lectura individual y silenciosa. Un desplazamiento más propio del mundo urbano y entre las elites letradas⁶.

En la España del siglo XIX se habría producido esta transición entre unas lecturas intensivas: pocos libros, transmitidos generacionalmente, con lecturas compartidas, públicas, basadas en la oralidad,

⁵ CHARTIER, R.: «Revolución de la novela y revolución de la lectura», en *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 177-198.

⁶ Véase MARTÍNEZ, J. A. (dir.): *Historia de la edición en España...*, op. cit., y, sobre todo, mi texto «Lectura extensiva y lectura intensiva. Lectura oral y lectura silenciosa. ¿Una revolución de la lectura?», pp. 465-472, y VIÑAO, A.: «Las prácticas escolares de la lectura y su aprendizaje», pp. 417-430. Sobre estas transformaciones, CHARTIER, R.: «Du livre au lire», en *Pratiques de la lecture*, Marseille, 1985; KAESTLE, C. F., et al.: *Literacy in the United States. Readers and reading since 1800*, New Haven, Yale University Press, 1991; VIÑAO, A.: *Leer y escribir. Historia de dos prácticas culturales*, México, Fundación Educación, Voces y Vuelos, IAP, 1999; CAVALLO, G., y CHARTIER, R. (eds.): *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998.

la recitación y la memorización, y con una relación sacra del lector con lo impreso, hacia otras de carácter extensivo: textos diversos, en número y naturaleza, lectura rápida, más superficial, individual y silenciosa, rara vez ejerciendo la relectura, y con una relación distinta con el texto, que tiende a perder su carácter sacro para ser más abierta y capaz de inquietar los espíritus y recrear la imaginación. La oralidad mixta se desplazaría, sin quedar sustituida, hacia unas prácticas culturales basadas en lecturas silenciosas e íntimas⁷. Esta *revolución de la lectura* se produjo a largo plazo y lentamente desde la segunda mitad del siglo XIX, para ir abriéndose paso respecto a una cultura oral dominante, pero a la que no sustituyó, para madurar en los años treinta del siglo XX. Una socialización de la lectura y de la cultura impresa, no en términos de generalización, ni universalización, pero que se fue vinculando al tejido social a través del solapamiento y relación de varias formas de relación con los libros.

Leer escuchando

En el siglo XIX la edad oral, pues, no sólo no se diluyó entre las novedades de la cultura impresa, sino que leer y escribir eran categorías que todavía se podían asociar a la cultura oral. Las sesiones de lectura en voz alta eran todavía características de los usos lectores que hundían sus raíces en la alta Edad Moderna, donde era frecuente la lectura de pasajes de literatura religiosa o evangélicos. La larga tradición de lectura en voz alta era habitual en el medio cortesano, y lo oral era fundamental en la educación cortesana que se forjaba en una *lectura que oír*⁸.

Unas prácticas lectoras que se mantuvieron en todos los ámbitos, empezando por el cortesano. En 1841, la condesa de Espoz y Mina, Juana de la Vega y Martínez, y aya de las infantas Isabel y Luisa Fernanda, y camarera mayor de Palacio, narraba cómo en el plan de educación de las infantas figuraba la lectura como una pieza de primer orden, en su doble dimensión auditiva o visual: «Del mismo

⁷ MARTÍNEZ, J. A.: «Las transformaciones editoriales y la circulación de libros», en MARTÍNEZ, J. A. (dir.): *Los orígenes culturales de la sociedad liberal. España siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva, Editorial Complutense y Casa de Velázquez, 2003.

⁸ BOUZA, F.: *Palabra e imagen en la Corte. Cultura oral y visual de la nobleza en el Siglo de Oro*, Madrid, Abada, 2003, pp. 62-63.

modo se procura que cobren afición a la lectura, bien sea haciéndolo por sí mismas o escuchando, eligiéndose las obras que el ayo de su majestad indica, procurando fijar su atención, lo que es de esperar se consiga»⁹. *Leer escuchando* era, pues, una de los procedimientos contemplados en el aprendizaje. Entre las lecturas orientadas a su educación, y seleccionadas por Quintana, figuraban el libro y la lectura devota, como una práctica fuertemente asentada para el aprendizaje y práctica de la religión y su liturgia, con un carácter sacro y colectivo, que se realizaban durante las jornadas educativas de forma combinada con las lecturas orientadas a la distracción. Y en tal sentido la condesa de Mina «les hacía repasar, además, conmigo todos los domingos la doctrina cristiana» y también «les leía algunos ratos obras útiles y entretenidas»¹⁰. Y, en fin, cuando los paseos eran sustituidos a causa del mal tiempo, las ocupaciones de las infantas consistieron en hacer labor, pero, como en los paseos, lo hacían mientras oían leer a la condesa de Mina¹¹. Precisamente *leer escuchando* durante un paseo por el Buen Retiro provocó un equívoco —con intenciones políticas de fondo— que dio lugar a un interesante episodio de historia cultural. Este episodio sucedió el 26 de enero de 1843, cuando el *Eco del Comercio* denunciaba la irrespetuosa actitud con que, según la publicación, la condesa de Mina trataba a las princesas al ir leyendo durante los paseos, como fruto de una «educación descuidada», y calificaba el hecho como de extrema gravedad. Suponía una irreverencia de tal magnitud que atentaba contra la dignidad real. Lo que no podía saber el autor de la información es que la condesa de Mina leía en voz alta. Y que, según sus *Memorias*, lo hacía con el consentimiento y para distracción de las infantas contra el tedio del paseo invernal. En una carta dirigida a un amigo del director del diario la condesa expuso, entre otras cuestiones, que no leía para su instrucción y pasatiempo, sino para instrucción de las infantas con deseo expreso de ellas, «dedicándoles yo, con grandísimo gusto de mi parte y mucho entretenimiento de la suya, la facilidad que tengo para leer en voz alta en cualquier carruaje. Y para que nada faltase añadiría los títulos de las obras que su majestad y alteza han

⁹ El ayo de S. M. era Quintana, y, como tal, encargado de seleccionar los títulos de las obras, en la fecha en la que está escrito el texto, 24 de septiembre de 1841. CONDESA DE ESPOZ Y MINA: *Memorias*, Madrid, Tebas, 1977, p. 230.

¹⁰ *Ibid.*, p. 232.

¹¹ *Ibid.*, p. 237.

tomado conocimiento por este sencillo método, y, o mucho me equivoco, o habían de merecer su aprobación»¹². Al día siguiente, una nota oficial publicada en la *Gaceta* desmentía los hechos denunciados:

«Estamos debidamente autorizados para desmentir del modo más solemne las imposturas contenidas en un artículo que publicó el *Eco* de ayer (...). Es falso que esta señora lea *por sí* y *para sí* cuando va en el coche con S. M. y A., faltando de este modo a los respetos debidos a tan augustas personas; y si alguna vez se la ha visto leer en semejantes ocasiones, ha sido y es por la voluntad y deseo de S. M. que no pudiendo pasear a pie en los días que el tiempo lo impide, quieren distraerse oyendo alguna lectura amena e instructiva, lectura que hace el aya de S. M. y A. por mandato expreso de las augustas Señoras»¹³.

El propio texto oficial compartía la consideración de que leer en voz alta delante de las princesas era una actitud reprobable. La respuesta oficial se basaba, pues, en negar que la condesa hubiera tenido esa conducta, pero no que tal conducta fuera irreverente. Leer *por sí* y *para sí* era una grave desconsideración, pero no lo era la lectura en voz alta y con consentimiento de las princesas, que tenía, además, la virtud de la distracción. Detrás de este pasaje, utilizado por el diario como coartada política para cuestionar a la condesa, se esconde una realidad social y cultural de mayor alcance sobre la consideración y el contrapunto entre lectura oral y lectura silenciosa¹⁴.

En el episodio cultural protagonizado por la condesa de Mina la lectura individual y silenciosa, no compartida, era reprobada como actitud irreverente hacia las princesas, que alejaba a la condesa del papel que debía desempeñar a base de una atención dedicada y que la abstraía en sus propios pensamientos, con una interpretación libre, y ocultaba a las infantas el contenido y las enseñanzas de la lectura. Y ello estaba en contradicción con la lectura en forma colectiva, oral, familiar y muchas veces de contenidos piadosos, como expresión de una práctica cultural de su tiempo. Pero el nudo central de las acusaciones vertidas contra la condesa de Espoz y Mina por

¹² *Ibid.*, p. 390.

¹³ *Gaceta de Madrid*, 27 de enero de 1843.

¹⁴ Véase mi trabajo «La lectura irreverente o la educación descuidada. Un episodio de historia cultural», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, número extraordinario (2003), pp. 137-144.

el *Eco del Comercio* no estaba en el contenido del texto, sino en la actitud «irreverente» de leer en solitario.

El incidente provocado por el diario no pasó a mayores y respondía, pues, a un contexto mucho más amplio que el hecho de la lectura durante un paseo, pero había desvelado desde el punto de vista de las prácticas culturales, las interpretaciones contrapuestas acerca de las formas de leer. Un episodio cultural que había demostrado las tensiones resultantes entre una lectura oral y colectiva y una lectura silenciosa e individual, y el alcance social y político de su significación. En último término la lectura era una práctica cultural en la base de la construcción de sentido, y la forma en la que leían los individuos, cómo lo hacían, era expresión simbólica de cómo daban sentido al mundo, a las cosas y a sus relaciones con los demás.

En el ámbito de la burguesía letrada de principios del siglo XIX, entre otros muchos testimonios, Mesonero Romanos recuerda cómo en 1809, casi con seis años de edad, se vio alterada la vida cotidiana de la familia por la invasión napoleónica y con los amigos ya fuera de la ciudad, y cómo sus padres ocupaban la actividad hogareña en lecturas familiares ajenas al conflicto:

«La animación y la alegría huyeron de la casa, y mis excelentes padres, que no podían abandonarla con su dilatada familia de cinco hijos menores, no tuvieron más remedio que agruparlos en su derredor, prodigándoles las muestras de su ternura, y confiando a la divina Providencia el amparo y auxilio en su desgracia, entretenían sus obligados ocios con lecturas piadosas y morales, tales como el *Año Cristiano* y las *Dominicas*, del padre Croiset; el *Evangelio en triunfo*, de Olavide, o las *Sociedades (sic) de la vida y desengaños del mundo*, del doctor Cristóbal Lozano; alternadas de vez en cuando con alguna historia, como la de Mariana o la de Ortiz, y la *Monarquía hebrea*, del marqués de San Felices»¹⁵.

Son los primeros recuerdos que, en sus *Memorias*, manifiestan su relación con la lectura. Estos libros que escuchó en su infancia por boca de sus padres establecieron un contexto familiar que invitó a Mesonero a tener una relación muy estrecha, ya para siempre, con los libros. Un bautismo de lectura en forma colectiva, oral, familiar y muchas veces de contenidos piadosos, como expresión de una práctica cultural de su tiempo. No era en modo alguno una situación

¹⁵ MESONERO ROMANOS, R. de: *Memorias de un setentón*, Madrid, Tebas, 1975, p. 74.

excepcional, sino habitual y dominante en las formas de lectura de su época, eso sí, alimentada por las consecuencias que en los hogares tuvo la invasión napoleónica. En aquellas fechas su casa familiar era punto de confluencia de patriotas amigos y vecinos que se reunían a conversar, glosar boletines y diarios y a expresar sus emociones. Las esposas, también reunidas alrededor del brasero a primeras horas de la noche, se ocupaban de los niños y entre las actividades estaba la de la lectura de cuentos. La práctica cultural de la lectura proyectada por sus padres en el ámbito familiar, pues, se sitúa en la base de la inquietud que pronto se despertó en Mesonero por las letras. En la segunda década del siglo, con diez años cumplidos, Mesonero ya disfrutaba con la lectura y la recitación de versos que aprendía de memoria. Los títulos que describe también formaron parte del repertorio de libros más leídos en el siglo XIX, y, como tales, estaban de manera habitual en las bibliotecas privadas¹⁶.

La historia de la lectura no se agota, pues, con la historia de los libros que encierran textos impresos y las relaciones que con ellos establecían lectores individuales y silenciosos, sino a través de la cultura oral, entre letrados e iletrados, las lecturas en grupo en distintos espacios, desde los domésticos hasta los pliegos de cordel de estructura móvil, con sus vendedores ambulantes o voceados por ciegos en los núcleos urbanos. La lectura oral siguió siendo una práctica entre los iletrados, apoyados en los romances de ciego y en las diversas formas que representan la «librería del pueblo» como una nueva cultura del libro en el siglo XIX, sobre todo desde los años cuarenta: almanaques, calendarios, pliegos de cordel, hojitas y folletitos de propaganda, estampas, láminas, pliegos de aleluyas, cromos, postales...¹⁷ En los núcleos urbanos y rurales la lectura oral y colectiva fue habitual, sobre todo entre los colectivos donde no llegaba, o casi no llegaba, la posesión de libros. A través de estas variadas fórmulas como los pliegos de cordel, con versos en romance difundidos por ciegos, con representaciones, se divulgaron muchos temas y mensajes que contenían libros o entregas. Voceadores en los centros neurálgicos de las ciudades, en ferias, mercados y romerías,

¹⁶ MARTÍNEZ, J. A.: *Los libros de Mesonero Romanos y las lecturas de su tiempo*, Centro Mesonero Romanos, Ayuntamiento de Madrid e Instituto de Estudios Madrileños, núm. 15 (2004), pp. 1-29.

¹⁷ BOTREL, J. F.: «La construcción de una nueva cultura del libro», en MARTÍNEZ, J. A. (dir.): *Los orígenes culturales de la sociedad liberal...*, op. cit., pp. 24-25.

reproducían una forma oral de comunicación, y con fácil memorización. Algunos editores se especializaron en la divulgación de este producto de lectura. Julio Nombela recuerda cómo se decidió a escribir uno de esos textos de la «literatura callejera» con el modelo de «los que alguna vez habían caído en mis manos cuando la criada que fue con mi familia a Almería los compraba y me pedía que se los leyese»¹⁸.

Así como las lecturas colectivas, compartidas, en público siguieron siendo habituales en la cultura oral de los núcleos urbanos, fueron sobre todo más propias de las comunidades campesinas tradicionales. En los espacios campesinos el acceso al libro estaba más limitado por razones de práctica cultural, pero también de menor ritmo de alfabetización que impedían el recurso a la lectura individual. Y, como en pequeñas y medianas localidades, la circulación de los libros todavía era lenta y costosa, apenas mitigada con el trasunto del siglo por una mejor articulación del mercado —transportes, correo...— y dependientes casi siempre del buhonero o del notable local. Salvo las lecturas ocasionales, las lecturas en los núcleos rurales estuvieron determinadas por una relación sacra con el libro, la lectura en familia en términos devotos o la liturgia con el papel principal del clérigo como instrumento principal de la difusión de los discursos.

El doctor Federico Rubio al recordar escenas de su infancia, situadas en 1831, describió cómo durante la vendimia la lectura colectiva formaba parte del entretenimiento: «Concluida la faena, los pisadores y estrujadores van a la gañanía, desarrollan su lecho de anea y se acuestan, roncando apenas echados; mientras que los restantes viñadores, sentados sobre un cantero tendido o sobre un taburete de pitaco, cuentan historias, o recitan, o leen un romance a la luz indecisa del humoso candil»¹⁹, y, de forma recurrente, sitúa las lecturas orales y colectivas en sus primeras experiencias letradas: «El primer libro que leí, delectando casi, fue el *Bertoldo*. Hago omisión del catecismo, del libro de urbanidad y cortesía, de las fábulas de Iriarte y Samaniego: porque, leídos en la escuela y atento a aprenderlos de memoria, la voluntad puesta en esto, no lograba aprenderlos, ni menos entender de ellos una sola palabra (...) A tan poca cosa se reducían mis lecturas a los doce años; como no se agregue algún romance, pues los más los conocía de oídas, ya a los ciegos, ya a

¹⁸ NOMBELA, J.: *Impresiones y recuerdos*, Madrid, Tebas, 1976, p. 550.

¹⁹ RUBIO Y GALÍ, F.: *Mis maestros y mi educación*, Madrid, Tebas, 1977, p. 70.

la gente del pueblo y más particularmente a los trabajadores del campo en las temporadas de vendimia»²⁰. Cuando desplegó la práctica de la lectura individual y silenciosa, sin relectura, ni memorización, recuerda las ventajas que tenía para comprender los textos, de forma anacrónica al aprendizaje al que había estado sometido: «Como leyera y leyera sin descanso ni levantar mano, a pocos días terminé los tomos (...) Aprecié y distinguí las diferencias de estilo, gusto y carácter de los diversos escritores. Por una simple lectura y de corrido, quedaron en mi memoria muchas estrofas (...) Debo notar que, con excepción hecha del *Quijote*, jamás he tenido paciencia para leer un libro más de una vez, ni cuando niño, ni de mozo, ni ya viejo, así trate de literatura, de historia o de ciencia. (...) Atribuyo este capital defecto a la conjugación de mi carácter impaciente con los efectos de la absurda pedagogía a que pretendieron sujetarme. Aprender de memoria sin entender de lo que se trataba, obligarme a repetir una lectura una vez y ciento y mil, produjo en mi espíritu tal indigestión que (...) mi nerviosidad interna se impacienta y sufre leyendo cualquier escrito más de una vez»²¹.

La lectura en voz alta y compartida era la lógica natural de la relación con lo escrito. Y tenía, sobre todo, un carácter sacro. También de entretenimiento y de distracción. Además, la lectura en voz alta venía acompañada de una proyección didáctica y, de hecho, era la forma de enseñanza de la lectura por definición.

Los misales y los catecismos eran el emblema de la liturgia religiosa, pero también los breviarios, las semanas santas, el *Kempis*, las vidas de santos o la literatura piadosa eran los libros habituales entre las mujeres de la época. Pero las elites, las mujeres burguesas, la nobleza titulada, las casas distinguidas, accedieron a un tipo de libros de muy diversa procedencia en cuanto a su naturaleza, contenidos e idioma. Ello fue entendido por las autoridades civiles y eclesiásticas como una amenaza con peligro para las conductas tradicionales y morales que al ejercer una libre interpretación con libros leídos en silencio y no compartidos podrían provocar ensoñaciones y sentimientos reprobables e insumisos. Cuando la alfabetización se extendió y los efectos se multiplicaron en el tejido social en el último tercio del siglo y con el comienzo del siglo xx, el fenómeno ya no

²⁰ *Ibid.*, p. 193.

²¹ *Ibid.*, pp. 205-206.

tenía control posible y ello exigió nuevos discursos y cauces para conducir las lecturas.

La lectura compartida, oral, pública, no fue sólo expresión de dificultades económicas, limitaciones de alfabetización o de tradiciones culturales, ni siquiera en las prácticas protagonizadas por las capas populares. La sociedad liberal y sus espacios alimentaron este tipo de lectura en voz alta como una expresión de recreo colectivo en veladas, reuniones, tertulias, con lecturas en grupo en sociedades, ateneos o círculos recreativos, y muchas veces como proyección didáctica y del discurso político. La forma de lectura aquí no cambió, lo que sí se transformaba es la relación sacra con el libro. Eran las *sociedades de hablar* de los liberales, como los espacios naturales de la libre asociación y reunión, en contacto con el público, socializando los discursos. Los salones, las tribunas, las tertulias... acogieron recitaciones y discursos como medios de difusión. Era el arte de la lectura, de las exhibiciones declamatorias y del cultivo de la oratoria. Lecturas colectivas en tertulias de café, en las trastiendas de las librerías, y a lo largo del siglo en instituciones, asociaciones y círculos orientados también a las capas populares y las clases trabajadoras. También los gabinetes de lectura, cuya importancia fue limitada hasta los años treinta y cuarenta del siglo XIX, relanzaron la posibilidad del alquiler y el préstamo. Después las bibliotecas populares, desde los años setenta, hicieron lo propio.

Leer a solas, *por sí y para sí*

La lectura individual, con los ojos, silenciosa e íntima, era a la altura del primer tercio del siglo XIX una práctica del modo de leer dispuesta a multiplicarse entre los nuevos públicos. Se había extendido a lo largo del siglo XVIII entre las elites letradas, pero en modo alguno había sustituido, y ni siquiera superado, a la forma más habitual de lectura y de su aprendizaje, como era la lectura en voz alta y colectiva, formando parte de una cultura oral que seguiría fuertemente asentada durante mucho tiempo. La tipología y cambios de las prácticas lectoras también tendría su apoyatura en el paso de la semialfabetización a la alfabetización, con el paso de un aprendizaje de la lectura con pocos textos y memorizada a otra fluida relacionada con el aprendizaje de la escritura. En segundo lugar desaparecería

poco a poco el autodidactismo —lectura enseñada en el ambiente familiar o laboral que pasaba a la escuela, esto es, a la escolarización del aprendizaje— y la transición de una lectura mecánica y expresiva en voz alta, deletreando, a otra comprensiva, comentada y silenciosa. Para que se extendiera, vinculada a las formas de aprendizaje de la lectura, tuvo que transcurrir casi todo el siglo XIX, y que a finales de éste se incluyera entre las nuevas propuestas de aprendizaje esta forma de lectura silenciosa, visual, que favorecería la comprensión y el estudio. De todas maneras, el aprendizaje en voz alta había sido el método empleado en las escuelas y no quedó desechado, puesto que se continuó practicando²².

Las transformaciones editoriales, al posibilitar la multiplicación de libros, su abaratamiento y su circulación, facilitaron ese tipo de lectura más rápida e individual. También la propia tipografía, tipos de letras, distribución de párrafos, tamaños y los formatos se orientaron a la lectura en silencio y visual, sin necesidad de recitación, estableciéndose una relación directa entre el escritor y el lector sin la figura intermedia, pero básica —tono, declamación, ritmo...— del narrador.

La lectura silenciosa, al comprender una relación íntima con el texto, era una práctica sensible a unas emociones que no quedaban delatadas, y estaba expuesta a múltiples sugerencias y seducciones de los textos que alimentaban la capacidad de imaginar y soñar.

Era un tipo de lectura extensiva, rápida, profana y muy atenta a las novedades capaz de alterar los espíritus al ser una fórmula de libre interpretación individual, no guiada, y que generaba distracción. Y ésa fue la gran carga seductora de la novela. Las prohibiciones de las autoridades se perdían entre los espíritus seducidos, y no cuajaban las recomendaciones gubernamentales ni eclesiásticas. Los lectores eran cada vez más, y no sólo elites letradas, sino niños, mujeres, artesanos, doncellas... difícilmente controlados, extendiéndose la máxima de socialización y la percepción de los peligros que esto entrañaba.

Por ello, durante el siglo XIX la lectura silenciosa, sobre todo la femenina, era entendida por la Iglesia como un fermento de pasiones y, por tanto, de naturaleza *peligrosa*. El colectivo de mujeres letradas, como una de las nuevas categorías de lectores, fue el público

²² VIÑAO, A.: «Las prácticas escolares de la lectura y su aprendizaje», en MARTÍNEZ, J. A. (dir.): *Historia de la edición...*, op. cit., pp. 425-426.

más proclive a la literatura, sobre todo novelada, que leía en silencio y a solas, en el retiro, que contrastaba con aquel tipo de lectura colectiva de naturaleza sacra vinculada al ejercicio devoto y a la práctica de la liturgia religiosa.

La lectura de novelas siguió siendo considerada en círculos eclesiásticos durante todo el siglo XIX, sobre todo desde la década de los ochenta, como atentatoria de la moral, las costumbres y el espíritu. Eran las lecturas «malas» por naturaleza. Los argumentos de las pastorales, alocuciones desde el púlpito, prensa eclesiástica, confluían en definir la novela, fuera cual fuera, como debilitadora del espíritu, provocadora de una excitación pasajera y del oscurecimiento de la razón, además de languidecer la voluntad. A principios del siglo XX la retórica del sermón intensificó sus valoraciones: «Allí en la lectura de libros y periódicos bebió el pueblo como hidrópico el veneno fatal que cegó las luces de su inteligencia y las energías de su corazón; allí en las malas lecturas perdió la tranquilidad y su paz, sus esperanzas»²³.

Pero para la Iglesia habían pasado los tiempos de la censura estructural y «los cordones sanitarios». La liberalización de la imprenta y, sobre todo, la extraordinaria multiplicación de la oferta hacían inútiles las prohibiciones y desde la segunda mitad del siglo se concentraron sus actividades en las recomendaciones y las lecturas guiadas, y en la creación de organizaciones dedicadas a proporcionar «útiles y sanas lecturas» y «moralizar e instruir a los hijos del pueblo».

El auge de la novela en el siglo XIX, las preferencias de los editores por este negocio, con su perfeccionamiento técnico y fórmulas de difusión, y el abaratamiento del producto hizo que la poesía quedara relegada a un segundo plano, sobre todo en el terreno editorial. Una producción multiplicada para mayor número de lectores, con más libros que leer, de más fácil acceso y más baratos, provocó también la posibilidad de leer más novela que poesía.

La novela por entregas fue un producto editorial revolucionario, no tanto por los contenidos de los textos, que se podían encontrar en otros formatos, sino por su forma de difusión y haber alcanzado la fidelidad de los lectores, procedentes de muy diversos grupos sociales. La circulación de la novela popular atravesó todos los rincones

²³ *La voz del púlpito* (1907), citado por BOTREL, J.-F.: «Narrativa y lecturas del pueblo en la España del siglo XIX», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 516 (1993), p. 84.

de la sociedad del siglo XIX, y sedujo los espíritus, despertó emociones y fue capaz de cautivar a lectores de muy diversa procedencia²⁴. Letrados e iletrados acabaron compartiendo la práctica social de la lectura, aunque con distintas dimensiones y procedimientos culturales.

El gesto del mundo letrado, y sobre todo los que apelaban a la pureza de la creación literaria, consideraron este tipo de novelas como de escasa o nula calidad literaria, realizadas a destajo y huérfanas de los cuidados narrativos. Pero se extendieron como un reguero desde los años cuarenta del siglo XIX, bien en el folletín de los diarios, bien en entregas de seducción.

Este contraste entre el gesto selecto del intelectual y la seducción de las novelas en folletín quedó muy bien retratado por Julio Nombela al describir la actitud extrema de Antonio Ríos Rosas, para quien había trabajado de secretario:

«Tenía una debilidad que me confesó. Las novelas de Dumas padre y de Eugenio Sué, de Montepín y Gaboriau, éstas con los crímenes difíciles de descubrir que narraban sin perdonar los más espeluznantes detalles y aquéllas con las aventuras extraordinarias que entretenían y fascinaban al lector, le interesaban hasta el punto de no perder un solo folletín de los que publicaba *La Correspondencia*, cuyo propietario, don Manuel María Santana, gran conocedor del público, sabía elegirlos de maravilla.

Por aquel tiempo daba a luz el periódico callejero una novela de Saint Félix, titulada *Las primas de Satanás*, y antes que las noticias leía Ríos Rosas el folletín, poniéndose de mal humor si visitas intempestivas le privaban de aquel gusto, que él mismo calificaba de malsano y antiliterario.

Recuerdo que un día, a mediados de septiembre, llegó Alonso Martínez, que era a la sazón uno de los ministros más importantes, en el momento en que mi jefe comenzaba a leer el folletín de *La Correspondencia*, que había quedado en el número anterior en una situación de interés.

Aunque mayor era el que debía inspirarle la matinal visita del ministro, me encargó que fuese a la sala, donde le había introducido la doméstica, y le rogara que esperase unos instantes, pretextando que había pasado mala noche y no se había levantado. Sobre todo me encareció que le entretuviera del mejor modo posible hasta que él terminase la lectura.

Cerca de media hora tardó en presentarse, y no dejé de verme apurado, porque en mi calidad de secretario tenía que guardar cierta circunspección y no hablar de política...»²⁵.

²⁴ MARTÍNEZ, J. A.: «Un público burgués para la literatura popular», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, núm. XLIII (2003), pp. 589-606.

²⁵ NOMBELA, J.: *Memorias...*, op. cit., pp. 690-691.

Lecturas controladas, lecturas guiadas, lecturas militantes

La extensión social de la lectura, su multiplicación entre los colectivos sociales, provocó importantes consecuencias en la manera de entender la lectura y los discursos que sobre ella se proyectaron. En el último tercio del siglo XIX, pero sobre todo a comienzos del siglo XX, se habían superado todos los límites previstos para controlar, en el tiempo de las masas, la actividad lectora extendida por el pueblo después de resbalar por la pirámide social. La lectura directa como acto de desciframiento de textos había dejado de ser un patrimonio exclusivo de las elites letradas, cortesanos, nobles y burgueses, que empezaron a compartir una práctica cultural que hasta entonces era una señal de identidad de las sociedades del privilegio.

Las transformaciones editoriales alimentaron la circulación de libros, y con ello la alteración temática de sus contenidos y las prácticas de lectura. Por ello contribuyeron a la consolidación de las reglas del juego de la sociedad liberal y el desmantelamiento lento de los principios del viejo orden. No tanto por los contenidos como por las formas de circulación social del libro y las prácticas de lectura, se fueron transformando las viejas ideas a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. La máxima de *libros para todos* cambió la relación con los libros, los hizo teóricamente accesibles y con ello provocó una erosión de la autoridad.

A principios del siglo XX, la modernización del sector, el aumento de tiradas, el abaratamiento de los libros, los mercados de ocasión y de viejo, proyectaron una imagen, sobre todo en el ámbito urbano, de que «todo el mundo escribe y todo el mundo lee». El recorrido culminaría durante la Segunda República cuando las misiones pedagógicas, las bibliotecas públicas y las ferias del libro fueron los emblemas de un tiempo de lectura.

Desde que el proceso empezó a tejerse en las décadas centrales del siglo XIX, las autoridades del Estado liberal lo intentaron controlar, teniendo en cuenta la peligrosidad de unas lecturas espontáneas, sin guía ni orientación. Más que el ejercicio de la censura se precisaban unas pautas de lectura guiada. Se construyó así un discurso de la escuela pública, paternalista, orientado a la instrucción de las clases populares o «más desfavorecidas de la sociedad» con fines didácticos para aprender «conocimientos útiles» y con dosis de moral. Una

lectura explicada, atenta, guiada, que compartía con el discurso eclesiástico la denuncia de los «malos libros» por inmorales o revolucionarios, la escasa calidad literaria y que pretendía seleccionar un corpus de buenas y útiles lecturas para el pueblo. Una lectura de formación, en la escuela y en las bibliotecas, como responsabilidad del Estado, que debía enseñar a leer a todo el mundo. Con la Revolución de 1868 se produjo un importante punto de inflexión al incorporarse en el ideario democrático la educación y su instrumento, la lectura, como un derecho, completando los discursos paternalistas que procedían del espíritu ilustrado.

«No es posible desconocer cuánto ha de contribuir a la cultura general del país, y por consiguiente a su verdadero progreso la propagación de buenos libros, siquiera sean elementales, por cuyo medio no sólo se despierte la afición a la lectura, sino que sirva de estímulo al ciudadano para adquirir conocimientos que le proporcionen la ventaja moral o material de mejorar su naturaleza y ponerle en disposición de conocer y cumplir respectivamente sus derechos y deberes en la sociedad (...) Pero también es innegable dado nuestro actual estado de cultura y el económico del país, la suma dificultad que ofrece la publicación de buenos libros que respondiendo a una clasificación científica, metódica y acertada satisfagan, no sólo a la precisa condición de su baratura, sino lo que es más importante aún, a la de que puedan circular con fruto, siquiera sea lento, pero seguro, entre individuos que como observa el negociado no sepan más que leer y para quienes más particularmente se destinan (...) el principal fin de las bibliotecas populares cual es el de poner al alcance del mayor número la mayor suma de conocimientos útiles y de aplicación»²⁶.

Este discurso liberal reformista, que evolucionó hacia los planteamientos democráticos de la lectura ejercida como un derecho, estaba en competencia con el dinamismo de un discurso eclesiástico muy beligerante con el discurrir de la cultura impresa y sus prácticas lectoras. Y aquel discurso democrático no dejó de verse atenuado por un discurso bibliotecario erudito y un discurso pedagógico normativo y moralizador, que pretendían controlar, guiar y conducir con tonos paternalistas los nuevos tiempos lectores²⁷.

²⁶ Dirección General de Instrucción Pública, Manuscrito sobre Bibliotecas Populares, 28 de diciembre de 1870, Archivo General de la Administración, Educación, leg. 6622.

²⁷ VIÑAO, A.: «Los discursos sobre la lectura en la España del siglo XIX y primeros

Más lecturas, menos analfabetismo y una producción multiplicada fueron los capítulos que confluyeron, con un engranaje didáctico y una socialización de la lectura, durante las tres primeras décadas del siglo. El dinamismo editorial y de la demanda de lectura también se fueron acoplando a los discursos y prácticas de una «lectura obrera», que recogían elementos didácticos, instructivos y utilitarios anteriores, pero que al mismo tiempo incorporaban una versión militante de la lectura como instrumento de emancipación social. Este proceso simbolizado en el *libro revolucionario* o en las *editoriales de avanzada* de la época de la Dictadura culminó en los años treinta.

Durante la República el libro había salido a la calle y se difundió en muy diversos ámbitos. Los lectores habían aumentado, los estímulos para la lectura también, los libros se habían hecho más accesibles con la rebaja de los precios o el desarrollo del mercado de segunda mano, pero sobre todo la socialización que se produjo en la etapa republicana, como las misiones pedagógicas o las ferias del libro, indicaba que la preocupación por los libros y el discurso social de la lectura se había incrustado en el tejido social. Unos como instrumento de aprendizaje y educación, otros como vehículo de progreso, otros como elemento de distracción y otros como símbolo de emancipación social. Todas las categorías sociales se implicaban con el libro, que ya no era una seña de identidad de las élites letradas.

En la República confluyeron, pues, tres referentes en la consideración del libro y la lectura. Por un lado, recogía toda la trayectoria impulsada por los demócratas del siglo XIX que situaban en la educación y la instrucción del pueblo, en su sentido colectivo, un instrumento de progreso social de las clases desfavorecidas, y por otro, toda la veta regeneracionista que adjudicaba a la «escuela y la despensa» las vías para remediar los males del país. Pero la República aplicó a estas reflexiones una dimensión pública de la cultura, entendida como derecho político universal. Además, en el transcurso de estos años se fue alimentando también, más allá de esta idea colectiva, aquella concepción de la cultura y el libro como

años del siglo XX», en MARTÍNEZ, J. A. (dir.): *Los orígenes culturales de la sociedad liberal...*, op. cit., pp. 85-148.

un instrumento de emancipación social, dotándole por tanto de un sentido revolucionario —no ya paternalista, ni regeneracionista, ni público— y de clase social, que adquirirá fuerza durante la Guerra Civil en el contexto de una cultura militante y de emancipación social²⁸.

²⁸ MARTÍNEZ, J. A.: «Editores, librerías y público durante la Segunda República», en *Aula de Cultura*, núm. 22 (2002), Ayuntamiento de Madrid e Instituto de Estudios Madrileños del CSIC, y MARTÍNEZ, J. A.: «Los libros y la lectura durante la guerra civil», en *Aula de Cultura*, Ayuntamiento de Madrid e Instituto de Estudios Madrileños, 2001.

El libro moderno desde la bibliografía material y la biblioteconomía

Fermín de los Reyes Gómez
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Los estudios de la historia de la edición concluyen que los grandes cambios, que muchos denominan como «segunda revolución del libro», se producen en las primeras décadas del siglo XIX. En este artículo se analizan los cortes cronológicos, no coincidentes, y las características materiales del libro (como objeto bibliográfico) desde los postulados de la bibliografía material, que sirven para la distinción entre el «libro de la imprenta manual» y el «libro de la imprenta industrial».

Palabras clave: libros, biblioteconomía, bibliografía material, imprenta.

Abstract: The studies of the publishing history conclude that the great changes, named «the second book revolution» by many people, take place in the first decades of the 19th century. In this article the chronological divisions, non coincident, and the material features of the book are analysed (as a bibliographical object) from the postulates of the analytical bibliography, that are used to differentiate between the «hand printed book» and the «industrial printed book».

Key words: books, biblioteconomy, bibliography, printing press.

El tránsito hacia la modernidad se refleja en diversos ámbitos y el del libro, como producto de la cultura, no es ajeno a ellos. Los estudios de la historia de la edición concluyen que los grandes cambios, que muchos denominan como «segunda revolución del libro», se producen en el siglo XIX, en especial en sus tres primeras décadas. Pero, incluso desde un concepto global en que se integren variados aspectos como la producción, la difusión y la lectura de

los libros, los cortes cronológicos no son coincidentes. Es lógico que sea así porque no en todos los países los procesos sociopolíticos, de industrialización y difusión son simultáneos. Lo mismo ocurre dentro de una nación, donde nos podemos encontrar con todos los estadios posibles en un corte sincrónico.

Así pues, pretendemos realizar una breve reflexión acerca del debate sobre la periodización teniendo en cuenta las perspectivas de análisis e incidiendo en el aspecto material y biblioteconómico-normativo¹; después, una breve descripción de la visión del libro moderno para el bibliógrafo, con algunos de los problemas que pueden ser planteados, para terminar haciendo una valoración de los estudios sobre la producción impresa.

El libro moderno: un debate sobre su periodización. Perspectiva biblioteconómica y control bibliográfico

Los ejemplos más recientes de historia de la edición en España, por ejemplo, difieren en sus fechas de inicio y final, lo cual es un reflejo del problema que se plantea en otros ámbitos, como el de la bibliografía material o la biblioteconomía. En efecto, *Historia de la edición en España*, dirigida por Jesús A. Martínez², establece su inicio en 1836 y su final en 1936, alegando que es un periodo coherente, marcado por la desarticulación del Antiguo Régimen, la configuración, evolución y crisis del Estado liberal, y también por la industrialización y transformación cultural. Paralelamente, la *Historia de la edición y de la lectura en España*, dirigida por Víctor Infantes, François López y Jean-François Botrel³, en su tercera parte, dirigida por Botrel, establece el comienzo de esta etapa en 1808, «tras la involución y recesión de los años 1808-1833, con el desarrollo de la prensa y la denominada segunda revolución (política, técnica y cultural) del libro», y lo remata en 1914 («hasta vísperas de la Primera Guerra Mundial»).

Los franceses, con una amplia tradición en el estudio de la edición, afirman que a partir de la década de 1830 se acaba el «antiguo

¹ Un avance de esta cuestión en mi capítulo «Periodización», en PEDRAZA, M. J.; CLEMENTE, y REYES, F. de los: *El libro antiguo*, Madrid, Síntesis, 2003, pp. 13-17.

² Madrid, Marcial Pons, 2001.

³ Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003.

régimen tipográfico», «où les techniques et les gestes de l'atelier, les pratiques de l'édition, les formes de l'imprimé étaient demeurés sans bouleversement radical depuis l'âge de Gutenberg»⁴. En esta obra, el periodo del «nuevo régimen» se divide en dos partes: «*Le temps des éditeurs: du Romantisme à la Belle Époque*» y «*Le livre concurrencé. 1900-1950*». En este ámbito se mezclan los criterios de edición (el nacimiento de los editores) con los movimientos estéticos imperantes, como el Romanticismo y la «*Belle Époque*». No obstante, el término es aceptado por una amplia escuela histórica continental.

Los italianos, en cambio, establecen una distinción por siglos que les hace hablar de libro del «*quattrocento*» (del siglo xv), «*cinquecento*», «*seicento*», «*settecento*», «*ottocento*» y «*novecento*». Es una división cómoda que se utiliza, no sólo en ese país, para la elaboración de catálogos y de repertorios bibliográficos.

El hecho de que las fechas no sean coincidentes en los estudios sobre la edición no supone que ni la metodología ni el análisis realizado varíen; cuanto más que alguna etapa se quede solapada en un periodo anterior o posterior. Mas es cierto que hay determinados ámbitos en los que se busca la precisión, la exactitud, que puede estar motivada, pero que, en realidad, no dejará de ser de conveniencia, o hasta arbitraria, dada la complejidad del asunto. Me refiero a las necesidades normativas, en concreto desde la perspectiva bibliotecónica, que obliga a establecer unas fechas precisas para la organización, tratamiento y análisis de los fondos de una biblioteca. Piénsese en aquellas bibliotecas con fondos que abarquen un amplio periodo cronológico (desde la Edad Media hasta nuestros días), como pueden ser muchas de las públicas o de las universitarias, por ejemplo. Es claro que tendrán que establecer un límite para distinguir los fondos que van a tener un tratamiento distinto, tanto desde el punto de vista de la preservación como de la accesibilidad, difusión o, en su caso, selección y adquisición.

El acceso es uno de los puntos clave en este asunto, dado que supone la elaboración de catálogos, con unas reglas específicas; la consulta de los libros, con unas normas precisas que faciliten su preservación; el préstamo interbibliotecario, que será de reproducciones; y la reprografía, que impide la utilización de métodos que alteren las características físico-químicas de los libros.

⁴ CHARTIER, R., y MARTIN, H.-J. (dirs.): *Histoire de l'édition française*, III, París, Fayard, Cercle de la Librairie, 1990, p. 7.

En primer lugar, en cuanto a las normas para la catalogación de los libros, la fecha normativa común que diferencia los libros antiguos de los que no lo son suele ser la de 1800, aunque no es la única, pero sí «una solución bibliográficamente cómoda»⁵.

En España, las *Reglas de catalogación* elaboradas por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte destinan un apartado (el 2.10) a las «publicaciones impresas antes de 1801», cuya «característica común es haber sido impresas manualmente sobre papel fabricado a mano». Prima, entonces, el papel sobre otros elementos materiales del libro, como la composición o las prensas.

La regla internacional, aprobada por los Comités Permanentes de la Sección de Catalogación de la IFLA (International Federation of Library Associations), es la ISBD(A) [International Standard Bibliographic Description for Older Monographic Publications (Antiquarian)]. Mientras que en su primera edición establecía el límite en 1801⁶, en su segunda edición revisada establece la fecha de 1820 según el siguiente criterio:

«Es en esas áreas (la de título y la de pie de imprenta) donde el libro impreso por métodos manuales presenta características bien distintas que, al menos en Europa occidental, desaparecen hacia 1820 cuando los procedimientos de impresión mecánica hacen el formato menos significativo y revolucionan la organización del comercio del libro. En consecuencia, la ISBD(A) diverge en el detalle, pero no en los principios, de la ISBD(M), principalmente en las tres áreas de título, pie de imprenta y descripción física»⁷.

De nuevo predominan los aspectos materiales de elaboración que, evidentemente, condicionan el producto bibliográfico. Sería más adecuada en países como Francia y el Reino Unido, mientras que para España es aún temprana.

Aún hay otra división cronológica, la establecida por el Consortium of European Research Libraries (CERL) en 1830, que determina

⁵ MARTÍN ABAD, J.: *Los libros impresos antiguos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, p. 14.

⁶ Este criterio se tuvo en cuenta, por ejemplo, para elaborar el *Catálogo Colectivo de Fondo Antiguo, siglos XV-XIX*, de la Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABINIA).

⁷ FEDERACIÓN INTERNACIONAL DE ASOCIACIONES DE BIBLIOTECARIOS Y BIBLIOTECAS [ISBD(A)]: *Descripción bibliográfica internacional normalizada para publicaciones monográficas antiguas*, 2.ª ed. revisada, Madrid, Anabad, Arco/Libros, 1993, p. X.

las referencias de la *Hand Press Book Database (HPB)*. El catálogo Ariadna, de la Biblioteca Nacional, se atiende a esta fecha.

En segundo lugar está el resto del tratamiento de los fondos, que puede estar determinado por la correspondiente legislación de patrimonio. En el caso español, se considera patrimonio a toda obra de más de cien años y a las «obras literarias, históricas, científicas o artísticas de carácter unitario o seriado, en escritura manuscrita o impresa, de las que no conste la existencia de al menos tres ejemplares en las bibliotecas o servicios públicos. Se presumirá que existe este número de ejemplares en el caso de las obras editadas a partir de 1958». Este año es la clave del control bibliográfico en España, puesto que a partir de este año se hace efectivo el Depósito Legal, regulado el 23 de diciembre de 1957.

El año 1958 limita los materiales incluidos en el conocido *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español* (cualquier material bibliográfico anterior a 1958) y en las bibliotecas hay condiciones especiales restrictivas de reproducción y préstamo de libros anteriores a él. Pero si está claro que los países tienen que definir los materiales que forman su patrimonio bibliográfico, no lo es tanto que este criterio sea el válido para, por ejemplo, la catalogación o para la descripción bibliográfica, dado que se correría el riesgo de diversificar país por país el paso del libro antiguo al moderno. Sería más adecuado en el caso de Francia, dado que coincide la fecha del control bibliográfico con la de los cambios materiales: desde 1811 se empezó a publicar la *Bibliographie de la France*. En cambio, en Italia su bibliografía nacional comienza en 1886 y, de hecho, se ha llegado a proponer como límite para el tratamiento bibliográfico⁸.

El libro puede ser tratado no sólo como un producto material, sino que, en su condición de transmisor de un contenido, tiene un interés conceptual o intelectual. Aparte de los innumerables estudios acerca de cada una de las ramas del conocimiento, desde el punto de vista bibliográfico hay otras posibilidades de análisis e interpretación. Así, una de las corrientes bibliográficas, la tradicional, continental o repertorial, se centra más en la estructura de los libros, en su contenido, en su evolución. Entonces, la bibliografía o ciencia

⁸ En concreto, INNOCENTI, P.: *Il libro antico*, Roma, L'Officina Tipografica, 1993, pp. 37-39; LORENZO BALDACCHINI, A.: *Il libro antico*, nueva edición actualizada, Roma, Carocci, 2001, pp. 13-14; esta opción le parece inadecuada por la disparidad entre los países.

del libro se propone buscar, identificar, describir y clasificar los documentos para elaborar repertorios que faciliten el trabajo intelectual. Desde esta perspectiva, los estudios y repertorios bibliográficos se centran más en la estructura interna de los libros que en su elaboración material, por lo que los límites son culturales y se ciñen a unas etapas históricas, que pueden variar de unos países a otros. Incluso aunque en el origen de esta definición se hable de «documentos impresos», desde esta perspectiva bibliográfica también, cómo no, se tienen en cuenta los manuscritos, dado que lo más importante es que transmiten unos contenidos, no su forma de elaboración.

En este caso se habla de libro neoclásico, libro romántico o, en el caso de etapas anteriores, medieval, renacentista, barroco... En España se habla del libro del Siglo de Oro, del periodo ilustrado, etc. La elaboración de repertorios bibliográficos se atiene a estos criterios y, aunque se tenga en cuenta la materialidad para la identificación y descripción de los libros, no es lo más importante, al igual que su forma de difusión.

Perspectiva de la bibliografía material

El criterio que más fuerza tiene a la hora de establecer el corte cronológico entre el libro antiguo y el moderno es el de su elaboración material.

Su formulación teórica corre a cargo de la corriente denominada bibliografía material, del ámbito anglosajón, que se ha dedicado al estudio de la técnica de producción de los libros impresos en los primeros siglos con objeto de ayudar a aclarar el cambio que sufre un original tras su paso por la imprenta. Así, conociendo bien el sistema de elaboración del libro impreso, se podrán detectar e interpretar las posibles modificaciones textuales que haya en ese proceso. Para los representantes de esta corriente, también denominada «*analytical bibliography*», «*bibliography*» se identifica con la «ciencia del libro», objeto de su estudio bajo todos sus aspectos: histórico, descriptivo, analítico, crítico y catalográfico.

El origen de esta corriente está en el ámbito literario, y tenía como finalidad proporcionar un conocimiento sobre la técnica de producción de libros de los siglos XVI y XVII. Así, partiendo del estudio de la historia del libro desde su conformación material, se puede

ayudar a esclarecer la relación entre el libro impreso y el texto escrito por el autor, esto es, aclarar el proceso de transición del texto manuscrito al impreso y así ayudar a interpretar las modificaciones textuales que se puedan derivar de dicho proceso⁹.

Autores como R. McKerrow, A. J. K. Emdin, F. Bowers o P. Gaskell se dedicarán al minucioso estudio de la imprenta y llegarán a distinguir los impresos en varios periodos. La bibliografía analítica intenta deducir de la materialidad de los libros algunos de los trabajos realizados en los talleres de imprenta, cuando éstos tienen relevancia en el resultado final, lo que no ocurrirá en el periodo contemporáneo.

Esta corriente distingue el libro impreso, según su proceso de elaboración, en artesanal o manual (fabricación del papel a mano, composición manual, impresión también pliego a pliego) y mecánica (fabricación del papel de forma industrial y a partir de la madera, composición no manual, impresión con prensas más sofisticadas). Por lo tanto, los términos «antiguo» y «moderno» no encajan en esta concepción, que trata solamente los aspectos técnicos, sino que se habla del periodo que denominan de «producción manual o artesanal», cuyo producto es el libro «manual o artesanal» (*hand printed book*), frente al periodo de «producción industrial o mecánica». Los resultados de ambos procesos serían libros muy distintos en su conformación material, que es la parte que nos ocupa.

Ahora bien, puestos a poner fechas a esos cambios de elaboración material, ¿cuáles serían sus límites?

Philip Gaskell afirma que el periodo de la imprenta manual es el comprendido por los siglos XVI a XVIII (el XV sería de experimentación), mientras que el periodo de la imprenta mecánica comprende todo el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, «hasta los años cincuenta, momento en el que el gran invento de Gutenberg, los caracteres alfabéticos de metal móviles, comienza a ser sustituido por métodos nuevos en los que se prescinde completamente del metal. A lo largo de todo este tiempo, desde 1500 a 1950, el proceso de impresión ha sido en esencia el mismo: componer palabras, líneas y páginas a partir de tipos de metal que representan letras; organizar secuencias de páginas en plantillas y fijarlas sobre bastidores portátiles; impregnar

⁹ Las teorías posteriores en MCKERROW, R. B.: *Introducción a la bibliografía material*, Introducción de David MCKITTERICK, Madrid, Arco/Libros, 1998 (es traducción de la edición inglesa de *An Introduction to Bibliography for Literary Students*, Winchester, St. Paul's Bibliographies, 1994, que a su vez edita la original de 1927).

con tinta la superficie de las planas (o, a veces, de sus réplicas ya a finales del periodo de la imprenta manual y durante el periodo de la imprenta mecánica); prensar pliegos de papel sobre las planas, con páginas distintas para cada cara del pliego; y, finalmente, ordenar los pliegos impresos para plegarlos y coserlos en forma de libro»¹⁰.

Otro de los tratadistas clásicos, Ronald McKerrow, afirma que «en lo esencial, en los sistemas de fabricación de libros, entre 1500 y 1800, existen pocas diferencias. De hecho, hasta hace apenas treinta años (fines s. XIX), las técnicas de composición, imposición, plegado de papel, etc., eran, en el quehacer diario del taller, prácticamente las mismas que en el siglo XVI, aunque, naturalmente, ha habido innumerables mejoras de detalles...»¹¹.

Fredson Bowers no es tan tajante y advierte la dificultad de reconocer el método con el que se ha impreso un libro. Define como libro «impreso mecánicamente» al que se ha confeccionado empleando uno o más de los siguientes procedimientos: la impresión mediante planchas (estereotipia, etc.), el empleo de una prensa mecánica (plana o rotativa), la composición de tipos en linotipia o monotipia y la introducción del papel en tamaños largos o en bobinas. Claro que las combinaciones pueden ser múltiples, dado que los sistemas no se introdujeron simultáneamente. Para realizar una bibliografía descriptiva afirma que se debe trazar una línea cronológica, que hace a partir del siglo XIX¹².

Sea como fuere, parece que no hay unos límites precisos porque las innovaciones, las transformaciones producidas en los materiales y fases de la impresión no son simultáneas, sino que algunas comienzan a finales del siglo XVIII, la mayoría se desarrollan a lo largo del XIX e incluso empiezan a aplicarse en los comienzos del XX. Desde luego, no en todos los países y localidades con el mismo alcance, puesto que desde que se inventa un sistema hasta que se generaliza pueden pasar bastantes años y no se hace en todos los lugares a la vez. Por lo tanto, durante muchas décadas, a lo largo del siglo XIX, conviven sistemas de elaboración más o menos avanzados, lo que dificulta una fecha objetiva desde el punto de vista material.

¹⁰ GASKELL, Ph.: *Nueva introducción a la bibliografía material*, Prólogo y revisión técnica de José MARTÍNEZ DE SOUSA, Gijón, Trea, 1999, p. 3.

¹¹ MCKERROW: *op. cit.*, p. 45.

¹² BOWERS, F.: *Principios de descripción bibliográfica*, Madrid, Arco/Libros, 2001, p. 381 (Instrumenta Bibliológica) (es traducción de *Principles of Bibliographical Description*, St. Paul's Bibliographies, 1949).

A continuación, y tan sólo para poner un ejemplo de la complejidad para establecer unas fechas, se relacionan los avances más significativos, que se pueden ver con más detalle en otros trabajos¹³.

La elaboración del papel cambia con la invención, por Nicolas-Louis Robert en 1799, de la máquina plana, que elabora largas tiras de papel y multiplica la producción por diez. Se desarrolla en el Reino Unido a partir de 1804 y en España desde 1840. Desde entonces, la producción de papel continuo irá aumentando y se emplea la madera como materia prima a partir de 1843.

Desde finales del siglo XVIII, pero especialmente a lo largo del siglo XIX, se irán perfeccionando las prensas, que primero sustituyen elementos de madera por metálicos, para después aprovechar la máquina de vapor y la mecánica con el fin de mejorar la producción en detrimento del esfuerzo humano. Las primitivas modificaciones del conde de Stanhope (1795) mejoraron la velocidad. Friederich Koenig junto a Andreas Federico Bauer construyeron, en 1810, una máquina automática movida por vapor que sólo precisaba de alimentación manual; desde entonces la fueron perfeccionando hasta crear una máquina que imprimía simultáneamente los pliegos por ambas caras. Richard Marc Hoe, en 1846, inventa una rotativa con diez cilindros, estereotipia y papel continuo. Hipólito Marinoni, en 1872, crea una rotativa de cuatro cilindros con bobinas de papel continuo. Y así, en un incesante avance hasta el desarrollo del offset en el siglo XX. En el caso de España, la primera máquina Stanhope se introduce en 1828; la primera máquina de vapor, en 1855; y las rotativas a partir de los años setenta.

El proceso que se mantuvo más tiempo sin variaciones fue el de composición. Por un lado, el intento de reproducir la composición en un molde que pudiera servir en otra prensa sin depender de los tipos: la estereotipia, útil para ahorrar tiempo, realizar reimpressiones (hasta entonces casi imposible) y para ser utilizada posteriormente en la rotativa; inventada en 1725, su verdadera utilización comenzó en el siglo XIX con Stanhope. En segundo lugar, se mejoró el sistema de elaboración de caracteres de imprenta, ahora proceso

¹³ Para el caso español, véase RUEDA, J. C.: «La fabricación del libro. La industrialización de las técnicas. Máquinas, papel y encuadernación», en MARTÍNEZ MARTÍN, J. A. (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 73-110. Un clásico es la obra de MORÁN, J.: *Printing Presses. History and development from the Fifteenth Century to Modern Times*, Londres, 1973.

industrial, con máquinas de fundir tipos desde la segunda mitad de siglo (a partir de 1853 con la máquina de Johnson y Atkinson); pero no dejaba de servir para la composición manual. En tercer y último lugar, el que supuso el cambio radical, la elaboración de máquinas de componer, que derivaron en la linotipia, empleada hasta que la fotocomposición la fue desplazando bien avanzado el siglo XX. Inventada en 1886 por el alemán Ottmar Mergenthaler, era una máquina que fabricaba líneas de caracteres, distribuía los espacios en blanco y devolvía las matrices a su lugar correspondiente. A España llega la mecanización en el fundido de tipos en 1869 y la linotipia en 1895 en *El Imparcial* (Madrid).

El libro como objeto bibliográfico

Los diversos estudios de bibliografía material se han ocupado del libro como objeto bibliográfico en los dos periodos, el de la imprenta manual y el de la imprenta mecánica, por lo que son buenas fuentes para conocer cuáles son sus características y los cambios que se producen en dicho tránsito.

El caso español tiene pocos ejemplos de repertorios que reúnan y describan la producción española a partir del siglo XIX. Bien es verdad que puede deberse al espectacular aumento de la producción y a las carencias de control bibliográfico de periodos anteriores, a los que se ha dedicado, y dedica, más esfuerzo. Además, en el caso español sobresalen en este periodo los estudios de carácter histórico y literario, siendo muy limitados los bibliográficos. De ahí que, por un lado, haya trabajos sobre edición y editores, lectura, prensa y, los menos, sobre impresores; por otro lado, los de carácter literario, con la bio-bibliografía de algunos autores, estudios concretos sobre determinadas obras, etc.

El libro, como objeto, sufre evidentes cambios en su estética y en su materialidad, que se van adaptando a un público cada vez más amplio y con menos recursos económicos. Me centraré en los aspectos bibliográficos¹⁴.

¹⁴ Una buena síntesis en los dos capítulos de SÁNCHEZ GARCÍA, R.: «Las formas del libro. Textos, imágenes y formatos» y «Diversas formas para nuevos públicos», en MARTÍNEZ MARTÍN, J. A. (dir.): *Historia de la edición en España...*, op. cit., pp. 111-133 y 241-268, respectivamente.

Con ser importante el conocimiento de las nuevas técnicas y de algunas de sus consecuencias materiales, no lo es menos el análisis del libro moderno (o de la imprenta mecánica) desde el punto de vista bibliográfico, donde las carencias para el caso español son manifiestas. Y me refiero ahora a los aspectos que dificultan el análisis y la identificación de las ediciones; en definitiva, a los problemas bibliográficos del libro en este periodo.

Pasemos a ver, a modo de ejemplo, algunas de las características más reseñables de estos «falsos amigos» (permítaseme emplear la denominación en este contexto) que tienen una estructura más simple, unos datos más fácilmente reconocibles y, en definitiva, una presencia que, en apariencia, son fáciles de identificar, pero que nos ocultan (o al menos no sabemos interpretar) valiosa información.

En virtud de la ampliación del público lector-comprador, el libro moderno se diversifica en los formatos, la disposición de sus elementos textuales (variedad tipográfica, disposición en columnas) y decorativos e ilustrativos (más abundantes y variados en cuanto a su técnica de elaboración), en los contenidos y en su presentación, dándose casos de varias explotaciones, en rústica y de lujo, para una misma obra. Su estética varía al compás de los movimientos artísticos y literarios, como el Romanticismo, y su estructura se ha simplificado en el último tercio del siglo XVIII, tras la descarga de elementos paratextuales (preliminares legales y socioliterarios).

Una variación importante es la derivada del sistema de entregas, que puede producir alguna alteración formal. Dado que las entregas se pueden prolongar durante muchos meses, una de las alteraciones más importantes, tal vez, sea la de la fecha, ya que a veces es difícil dilucidar cuál ha sido el año real de publicación. Por ejemplo, en la *Reseña histórica de la imprenta en Segovia*, de Tomás Baeza (Segovia, Imprenta de Santiuste, a expensas de la Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País), aparece en la portada la fecha de 1880, cuando, en realidad, el proceso se inició el 30 de noviembre de 1878 y culminó en 1882, con 41 entregas. El autor manifiesta en el prólogo (lo último que se entregó) el retraso de la salida de la obra, lo que incluso le facilitó aportar más datos: «Habiendo descubierto durante la prolongada duración de la impresión de este libro, que se había dejado de colocar algunos en el catálogo por no tener noticia de ellos (...) he aumentado un apéndice...» (p. IX). Pero donde el bibliógrafo descubre la variación es en el contenido,

puesto que describe impresos de 1881. También ha de ayudarse de los prospectos de las obras, si se pueden localizar, y de la prensa periódica, donde se anuncian las obras. En este caso, las actas de la sociedad editora han sido de gran ayuda.

Otro de los principales cambios es el de la posibilidad de las reimpresiones a partir de la estereotipia, sistema que consistía en reproducir la misma composición en un molde de cartón, sobre el que se derramaba una aleación metálica; el cartón se podía adaptar a los cilindros impresores de las rotativas, por lo que se podía trabajar con la misma composición (repartida en distintos cartones) en varias prensas a la vez, con lo que se ahorra tiempo y se pueden elaborar grandes tiradas. En la prensa normal suponía poder conservar las composiciones, a veces durante años, para posibles reimpresiones a muy bajo coste. Aunque se inventó en el siglo XVIII, fue el conde de Stanhope el que lo empezó a desarrollar a comienzos del XIX y, desde entonces, tuvo diversos avances. Esto supone un cambio, dado que si en el periodo anterior un libro de éxito tenía que ser nuevamente editado (con otra composición), a partir de ahora se daba la posibilidad de ofrecer, con unos costes menores, exactamente el mismo producto. Este fenómeno complica la identificación de la edición si no se ha introducido ningún cambio que distinga la reimpresión, por lo que podría pasarse por alto su existencia y la constancia de la producción «real» y del éxito de una obra. Aquí es importante contrastar los datos con los de los catálogos editoriales, si los hay. Relacionado con este asunto está el de las posibles impresiones de un texto englobadas en la primera edición: un libro puede haber tenido varias impresiones (las planchas se han impreso e impreso en una operación separada y completa) y el conjunto de ejemplares de éstas forman la edición; es decir, si ha existido una primera impresión de dos mil ejemplares y una segunda de mil, esta última forma tanta parte de la edición como la primera y al hablar de la tirada habrá que referirse al conjunto de las dos, los tres mil ejemplares.

La generalización de la encuadernación editorial es otra de las grandes novedades que se producen en el libro moderno. Como es sabido, en el periodo anterior los libros se vendían en rama y se encuadernaban en el taller que solían tener los libreros o los encuadernadores independientes. El análisis bibliográfico de la encuadernación, por lo tanto, se reduce a una característica de ejemplar, puesto que variará de unos ejemplares a otros (unos en pergamino, otros

en piel, con decoración o sin ella, con superlibros, etc.). Es, por tanto, un producto histórico que aporta información sobre su técnica, los estilos decorativos e incluso puede contener productos bibliográficos de interés incorporados en las guardas (bulas, fragmentos de manuscritos y de otras ediciones, etc.). En el periodo de la imprenta moderna, en cambio, se tiende a la encuadernación editorial a gran escala, puesto que se prevén ventas más amplias. Así pues, los libros se van a suministrar como producto acabado con varios sistemas: tapas de cartón, tela y piel, cubiertas impresas (con todo tipo de colores), etc.¹⁵ En la primera mitad del siglo xx la mayor novedad fue la sobrecubierta. Aunque la maquinaria ayuda en este proceso, la mayoría de pasos sigue haciéndose de forma manual hasta que se mecanizan en el siglo xx. Desde el punto de vista bibliográfico, la encuadernación pasa a ser una característica de la edición, no del ejemplar, y su descripción, que formará parte de los datos técnicos, será imprescindible para identificar el producto completo, diseñado por el editor para hacer más atractivo el libro.

De gran interés son las cubiertas impresas por la información que pueden aportar sobre la edición y que no aparecen en el resto del libro: datos sobre el editor, precio, otras obras editadas, puntos de venta, etc. Pondré algún ejemplo. El *Manual de examinandos*, de Félix Lázaro (Segovia, Imprenta de los Sobrinos de Espinosa, 1853), tiene cubiertas impresas de color rosa con la misma información que la portada en la anterior, pero en la posterior figuran la dirección de la librería y la relación y precio de hasta catorce obras, una de ellas aún sin publicar. En los *Recuerdos de la antigua industria segoviana*, de Carlos de Lecea (Segovia, F. Santiuste, 1897), también en la contracubierta posterior se añade el nombre del organismo editor (lo que no aparece en otro lugar), el precio (tres pesetas) y los puntos de venta de cuatro localidades. También hay casos de diferencia de fechas entre portada y cubierta. Así, en la *Memoria correspondiente al Curso de 1911 a 1912*, de la Escuela Superior de Comercio de Santa Cruz de Tenerife, en la portada aparece la fecha de 1912, mientras que en la cubierta de papel couché, 1913¹⁶.

¹⁵ Una interesante visión del tema en GASKELL, P.: *op. cit.*, pp. 286-310.

¹⁶ COLA BENÍTEZ, L.: *La imprenta Benítez. Una empresa comprometida con el progreso y la cultura del archipiélago canario*, Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 2001, n. 470.

A veces no es fácil la descripción, puesto que muchos ejemplares son reencuadernados y no se mantienen las cubiertas originales, o, si se mantienen, se pierde la posible información del lomo. Para poder completar la información hay que revisar distintos ejemplares de la misma edición, como ocurre para otros casos. De esta manera se pueden detectar, además, encuadernaciones de prueba para unos pocos ejemplares.

Aunque minoritario en comparación con el resto, hay un sistema de publicación de libros que por su carácter especial y por los problemas bibliográficos que puede originar hay que mencionar. Me refiero a la autografía, un sistema derivado de la litografía. Como es sabido, ésta se emplea para realizar grabados, láminas y otros productos en los que predomina la imagen, pero la autografía es un magnífico sistema para algunos textos. Según Zapater y García, «no hay procedimiento alguno de reproducción que pueda rivalizar con éste en economía, prontitud y facilidad de ejecución, por lo cual es de gran aplicación a los trabajos relativos a las ciencias, las artes y el comercio»¹⁷. Consiste en escribir o dibujar al derecho, con una tinta especial sobre un papel preparado, en decalcar mediante presión la escritura o imagen sobre la piedra litográfica (o la plancha de cinc más adelante) y, a renglón seguido, pasar la piedra a la prensa. Es útil para los libros de texto que necesitaban constante actualización, de los que se tenían que tirar pocos ejemplares y, además, no se contaba con medios para reediciones. En España fue el ejército quien empleó este sistema para la formación de sus miembros, como así se documenta en la Academia de Artillería¹⁸, que tuvo un taller desde 1850 hasta 1890. El sistema era ideal, puesto que, a falta de libros, valdrían los apuntes del profesor para poder litografiarlos y en el número de ejemplares que se quisieran. Ello permitía revisar el contenido de un curso para otro, puesto que el sistema permitía realizar las ediciones a costes mínimos. En total, se conoce un centenar de ediciones litográficas de este centro, aunque

¹⁷ ZAPATER JAREÑO, J., y GARCÍA ALCARAZ, J.: *Manual de Litografía*, Madrid, Clan, 1993, p. 27 (reproduce la edición de 1878).

¹⁸ Puede verse este asunto con detalle en la obra de REYES GÓMEZ, F. de los, y VILCHES CRESPO, S.: *La labor editora de la Academia de Artillería y su incidencia en Segovia (1764-1900)*, Segovia, Asociación Cultural «Biblioteca de Ciencia y Artillería», 2003, pp. 186-198, y las correspondientes descripciones del repertorio bibliográfico. Tal vez se tomó como modelo la litografía de l'Ecole Royale de l'Artillerie et du Génie de Metz, en Francia.

debió de haber muchas más. De ellas, la mitad carece de fecha y de otros datos, además de una curiosa organización en cuadernos (temas) que, dada su posterior encuadernación por los alumnos, da bastantes problemas para su correcta identificación. Incluso en alguna descripción se afirma que es un manuscrito o «copia ciclostática de texto manuscrito»¹⁹.

A la vista de las peculiaridades del libro moderno, un correcto análisis bibliográfico ha de partir de la revisión de varios ejemplares de una misma edición, al igual que se hace para el libro antiguo²⁰. De esta forma se pueden detectar variantes, más o menos significativas, en la encuadernación editorial e incluso en el texto. Como ejemplo de este último caso, el de la obra de Tomás Baeza, *Descripción de cuanto ha ocurrido en la solemne traslación de Nuestra Señora de la Fuencisla...* (Segovia, s. i., s. a., pero 1885), con una variante textual en la página 53 debida, seguramente, a la protesta de uno de los protagonistas²¹. Pero existen otros problemas, como la correcta identificación de una primera edición, de la encuadernación original e incluso de la autenticidad de la propia edición. Las ediciones ilegales (falsificaciones, ediciones pirata) siguen estando presentes, y se abre una nueva vía de confusión a causa de los facsímiles que, si no tienen indicaciones precisas, pueden llevar a confusión.

La descripción bibliográfica, pues, habrá de tener en cuenta todas las peculiaridades y no pasar por alto detalles que pueden aportar una información valiosa acerca del sistema de producción y de distribución, aparte de claves para la transmisión textual:

«En el sentido en que he aprendido a verla, la bibliografía es un proceso en el estudio de los textos, especialmente en el estudio de su historia y

¹⁹ Así ocurre con la descripción en el *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico* (339857-6) de la edición autografiada de la obra de PALUZIE, E.: *Escritura y lenguaje de España en prosa y verso*, autografía del autor, Barcelona, 1853.

²⁰ Afirma BOWERS en sus *Principios...*, *op. cit.*, p. 393, que «la verdadera investigación científica del libro moderno sólo puede emprenderse por aquellos autores que estén familiarizados con los métodos de investigación desarrollados para los libros anteriores».

²¹ La variante es la siguiente: texto de la primera emisión: «El Señor Gobernador civil, ageno a esta práctica como recién llegado a la provincia, e impulsado de un repentino sentimiento de devoción a la sagrada Imagen...»; texto reformado: «El Señor Gobernador civil, ageno a esta práctica como recién llegado a la provincia, y llevado de su constante y profunda devoción a la Santísima Virgen...». Descrito en REYES GÓMEZ, F. de los: *La imprenta en Segovia (1472-1900)*, II, Madrid, Arco/Libros, 1997, p. 4080.

transmisión. Su examen de los formatos, papel, encuadernación y prácticas de impresión; el aparato de símbolos mediante los que registra sus hallazgos; todos sus misterios en los que, en realidad, no hay nada de misterioso, son medios para terminar de identificar o describir un texto impreso, o para dejar claras las diferencias respecto a otros textos de la misma obra, de determinar las circunstancias bajo las que se produjo, y de postular la relación de esas circunstancias con el problema en que se centra el libro»²².

Eso sí, la descripción se tiene que adecuar al objetivo de la bibliografía. Si el interés de los libros es el textual, por ejemplo, de ámbito literario, la bibliografía detallará sus contenidos (no de forma crítica) y será menos importante la información sobre la tipografía o el papel; si el interés es tipográfico, por ejemplo en el estudio acerca de un impresor, será más relevante la tipografía, el papel, la encuadernación, etc., que el contenido de los libros²³. En el caso de repertorios que reúnan la producción tipográfica de un lugar, habrá que ser exhaustivo en la búsqueda y analizar cualquier detalle que ayude a comprender el proceso de edición en su totalidad, a la par que se incluirán datos obtenidos de fuentes secundarias.

En definitiva, la elaboración de una buena bibliografía descriptiva requiere del conocimiento del libro como objeto material producto de la imprenta, de los sistemas y medios de impresión y del contexto en que se produce la edición y publicación de un texto.

Aproximación bibliográfica de la producción impresa

En el ámbito bibliográfico, y dentro de éste en el que recoge la producción impresa, se ha prestado mayor atención a los trabajos que tienen como objeto el impreso antiguo en relación directamente proporcional a su antigüedad. Así, es patente el control bibliográfico que existe de los incunables y, en menor medida, de los impresos del siglo XVI, mientras que según avanzamos el número de repertorios elaborados es menor, y ello es patente si nos referimos al siglo XIX, con un puñado de testimonios. A continuación voy a efectuar una aproximación bibliográfica a los trabajos relacionados con el mundo

²² WROTH, L. C.: «The Bibliographical Way», en *The Colophon*, New Series, III (1938), p. 226. Citado en BOWERS, F.: *op. cit.*, pp. 388-389.

²³ GASKELL, Ph.: *op. cit.*, p. 403.

de la imprenta en los últimos quince años²⁴ para que sirva de orientación acerca de las tendencias que se siguen en este ámbito²⁵.

En el terreno de la bibliografía, uno de los trabajos más interesantes y valiosos son los tipobibliográficos, cuyo resultado son repertorios bibliográficos que contienen la descripción detallada de los impresos de un ámbito geográfico. Su elaboración se inició en la segunda mitad del siglo XIX, ligados fundamentalmente a los concursos bibliográficos de la Biblioteca Nacional²⁶, y continuó en las primeras décadas del XX, con repertorios que aún siguen siendo válidos, tanto para el siglo XIX como para el periodo anterior. Su continuo uso y la dificultad de localizar bastantes de ellos han propiciado en los últimos años diversas reediciones²⁷, incluso en formato electrónico²⁸.

²⁴ Para un periodo anterior puede verse el trabajo de LOIS CABELLO, C.: *Aproximación a la bibliografía de la historia del libro y de las bibliotecas en España, 1985-1989*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1991, 45 pp.

²⁵ Las fuentes utilizadas para la búsqueda bibliográfica, además del catálogo de la Biblioteca Nacional y de REBIUN (ed. de Bibliotecas Universitarias), han sido las siguientes: Base de datos del Centro de Información Documental de Archivos (CIDA), Ministerio de Cultura; DELGADO CASADO, J.: *Las bibliografías regionales y locales españolas (evolución histórica y situación actual)*, Madrid, Ollero y Ramos, 2003, 370 pp.; ISOC: Base de datos de Ciencias Sociales y Humanidades del CINDOC, CSIC; GUDAYOL I TORRELLO, A.: «Història del llibre i de les biblioteques a Catalunya: quinze anys d'estudis», en *Revista de Biblioteconomia i Documentació*, núm. 27 (2000), pp. 4-64; REYES GÓMEZ, F. de los: «El proyecto tipobibliografía española», en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXVIII (2002), pp. 171-197; SIMÓN PALMER, M.^a C.: *Bibliografía de la literatura española desde 1980* (recurso electrónico), ed. en CD-Rom y en el World Wide Web, Cambridge, Chadwyck-Heley, 1998.

²⁶ Analiza magníficamente estos trabajos DELGADO CASADO, J.: *Un siglo de bibliografía en España. Los concursos bibliográficos de la Biblioteca Nacional (1857-1953)*, 2 vols., Madrid, Ollero y Ramos, 2001.

²⁷ GARCÍA LÓPEZ, J. C.: *Ensayo de una tipografía complutense*, Pamplona, Analecta, 2000 (facsimil de la de Madrid, Manuel Tello, 1889) (incluye buena parte del siglo XIX); PÉREZ PASTOR, C.: *La imprenta en Toledo*, Valencia, París-Valencia, 1997 (facsimil de la de Madrid, Manuel Tello, 1887) [hasta 1886, con poco más de 700 noticias del siglo XIX; tuvo algunas adiciones a cargo de PORRES MARTÍN-CLETO, J.: «Impresos toledanos de 1779 a 1830 omitidos por Pérez Pastor», en *Toletum*, 34 (1997), pp. 177-191]; PÉREZ PASTOR, C.: *La imprenta en Medina del Campo*, con prefacio y adiciones de Pedro M. CÁTEDRA, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1992 (facsimil de la de Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1895) (hasta 1894, pero sólo 44 referencias del siglo XIX); VALDENEBRO Y CISNEROS, J. M.: *La imprenta en Córdoba: ensayo bibliográfico*, Córdoba, Diputación de Córdoba, 2002 (facsimil de la de Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1900) (hasta 1896).

²⁸ LABANDEIRA, A.: *La imprenta en España. Compilación de repertorios clásicos* (recurso electrónico), 3 discos (CD-Rom), Madrid, Fundación Histórica Tavera-Di-

Estos trabajos han resurgido a finales de los años ochenta a partir del proyecto *Tipobibliografía Española*, dirigido por José Simón Díaz²⁹. Eso sí, dada la precariedad de nuestros repertorios³⁰, este proyecto se encaminó a la recopilación y estudio de los impresos españoles del siglo XVI, aunque algunos de sus trabajos superaron estos límites.

El único publicado que ha pasado el umbral del siglo XVIII ha sido el de Fermín de los Reyes Gómez, *La imprenta en Segovia (1472-1900)* (2 vols., Madrid, Arco/Libros, 1997). En efecto, pese a ser la cuna de la imprenta española, la escasa producción de las prensas segovianas en los siglos posteriores recomendaron la ampliación cronológica hasta el año 1900. Al tratarse de unos trabajos que tienen en cuenta la elaboración del libro en el periodo de la imprenta manual y buscan la descripción del ejemplar ideal, se planteó la duda del corte cronológico, con las reflexiones ya conocidas, pero dado el retraso de las innovaciones técnicas en la provincia y el interés de reflejar la producción de un periodo más amplio, se estimó conveniente completar el siglo. Tiene una introducción en la que se da información de los impresores y talleres segovianos, con el análisis de sus características y de su producción. A continuación, un total de 5.436 referencias, ordenadas cronológicamente, de las que 4.948 son del siglo XIX. El elevado número de referencias se debe a que se han incluido numerosas hojas sueltas y folletos, muchas de ellas localizadas en archivos, que constituyen un 90 por 100 del total. La descripción a partir de varios ejemplares de una misma edición ha llevado a detectar algunas variantes y problemas bibliográficos

gibis, 1999. Incluye treinta y cinco repertorios de todo tipo, la mayoría tipobibliográficos.

²⁹ REYES GÓMEZ, F. de los: «El proyecto tipobibliografía española», en *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXVIII (2002), pp. 171-197.

³⁰ Recuerdo, a manera de muestra, que aún hoy están por publicarse los repertorios de Sevilla, Zaragoza y Barcelona para el siglo XVI, o el de Madrid del siglo XVII (hay muchas ciudades más, pero la capital es la más significativa por la calidad y cantidad de su producción). Un repaso a las tipobibliografías de Andalucía, Castilla y León y la ciudad de Madrid en los siguientes trabajos de CLEMENTE SAN ROMÁN, Y.: «Las tipobibliografías de Castilla y León. Breves notas para su estudio», en *Pliegos de Bibliofilia*, 7 (1999), pp. 43-62; «Tipobibliografía local de Madrid», en *Pliegos de Bibliofilia*, 11 (2000), pp. 45-56; «Las tipobibliografías de Andalucía», en *Pliegos de Bibliofilia*, 16 (2001), pp. 47-68. Sobre Galicia, los trabajos de CABANO, J. I.: «El Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico de Galicia. Orballo en Galicia (I)», en *Pliegos de Bibliofilia*, núm. 18 (2002), pp. 55-72, y «La Tipobibliografía en Galicia. Orballo en Galicia (II)», en *Pliegos de Bibliofilia*, 20 (2002), pp. 29-60.

que, de otra forma, se habrían escapado. La intención ha sido la localización de ejemplares en cualquier biblioteca del mundo.

Trabajo que parte del mismo proyecto, pero inédito, es el de María Dolores Sánchez Cobos, *La imprenta en Jaén. Análisis de su evolución* (Tesis Doctoral, Universidad de Jaén, 2000), que reúne la producción de dicha ciudad desde sus inicios, en la primera década del siglo XVII, hasta el primer tercio del siglo XIX, por lo que es de gran utilidad para el apasionante comienzo de este siglo.

Aunque existen varios trabajos tipobibliográficos en preparación, tan sólo uno, el de Málaga, tiene un amplio alcance cronológico, mientras que el resto vendrá a suplir las carencias de periodos precedentes³¹.

Otro de los trabajos realizados en los últimos años, ya desligado del proyecto antes citado, ha sido el ya clásico de Emilio Delgado López-Cózar y de José Antonio Cordón García, *El libro: creación, producción y consumo en la Granada del siglo XIX* (2 vols., Granada, Universidad de Granada, 1990). Esta obra va más allá de un repertorio tipobibliográfico, puesto que realiza un estudio histórico-sociológico de la producción y de todos los elementos que hacen posible el impreso: autor, editor, impresor, librero, bibliotecario y lector, que se aborda en el primer volumen. En el segundo, el repertorio de obras impresas entre 1800 y 1899, pero conservadas en la Biblioteca General Universitaria de Granada, un total de 2.836. Desde luego, son muchas para estar en una sola biblioteca, pero no reflejan la producción granadina, seguramente dispersa por gran número de bibliotecas.

De utilidad resulta la edición de la obra, hasta ahora inédita, de Manuel Jiménez Catalán, *La imprenta en Lérida*, que participó en el Concurso de la Biblioteca Nacional de 1918 y que ganó el premio de 1.500 pesetas³². La obra, conservada en la misma biblioteca, ha sido editada por Lola González con el título *La imprenta en Lérida. Ensayo bibliográfico (1479-1917)* (Lleida, Universitat, 1997,

³¹ Hoy día se están realizando las tipobibliografías de Barcelona (siglo XVI), por Montserrat Lamarca; Madrid (siglo XVII), por Yolanda Clemente (1601-1625), Carlos Fernández (1626-1636) y Celia Fontaneda (1651-1675); Málaga (siglos XVI-XIX), por Ubaldo Cerezo; Medina del Campo (siglos XV-XIX), por Susana Muñoz; Sevilla (siglo XVI), por Arcadio Castillejo; Valladolid (siglo XVI), por María Marsá; Toledo (siglos XV-XVIII), por Fermín de los Reyes; Zamora, por Margarita Becedas; Zaragoza (siglo XVI), por M.^a Remedios Moralejo.

³² DELGADO CASADO, J.: *Un siglo de bibliografía...*, op. cit., II, pp. 525-526.

LI, 587 pp.). El libro cuenta con la parte histórica (estudio de los impresores y libreros) y con el repertorio, con 1.130 ediciones, de las que 877 son de los siglos XIX y parte del XX. Las descripciones, además de reflejar el título completo y la extensión, cuenta con los comentarios del autor y con localización de ejemplares en unas pocas bibliotecas. Desde luego, dada la fecha de su elaboración, no deja de ser una obra con limitaciones, pero hasta ahora es referencia obligada para dicha localidad. Además, en el prólogo, la editora realiza un repaso a las aportaciones posteriores a la obra de Jiménez Catalán.

Algo similar se puede afirmar de la obra de Pedro Riaño de la Iglesia, *La imprenta en la Isla gaditana durante la Guerra de la Independencia. Libros, folletos y hojas volantes (1808-1814), ensayo bio-bibliográfico documentado* (3 vols., Madrid, Ediciones del Orto, 2004), recientemente editada por José Manuel Fernández Tirado y Alberto Gil Novales. Fue elaborada por su autor en 1924 como continuación de su estudio y repertorio de la imprenta en Cádiz entre 1598 y 1507, aún inédito³³, y es, hoy día, el único trabajo de conjunto que existe sobre la ciudad andaluza, si bien limitado a la producción relacionada con dicho periodo histórico. Es muy interesante porque, además de aportar cerca de dos millares de referencias, reproduce numerosos textos, dado su carácter histórico, e incluso da datos de los costes y de las tiradas de los impresos.

También reciente, y con otro carácter, es la obra dirigida por José Ignacio Cabano Vázquez, *Catálogo Colectivo do Patrimonio Bibliográfico de Galicia. A imprenta en Galicia. Século XIX* (2 vols., Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2002). Parte de las referencias gallegas del *Catálogo Colectivo* y es una herramienta indispensable para elaborar una moderna historia del libro y de la lectura en Galicia en el siglo XIX, que pretende realizar Cabano. El total de noticias es de 6.072, todas ellas con ejemplares localizados en bibliotecas gallegas, cuarenta. La descripción es catalográfica e incluye las características de los ejemplares.

El espectacular aumento de la producción, junto con la falta de repertorios del periodo anterior dificulta, sin duda, la elaboración

³³ RIAÑO DE LA IGLESIA, P.: *La imprenta en la Isla Gaditana (1598-1807). Ensayo bio-bibliográfico documentado (libros, folletos y hojas volantes)*, 4 vols. (manuscrito). Se conserva, al igual que el original del publicado, en el Archivo Histórico Municipal de Cádiz.

de bibliografías que se ocupen del siglo XIX en adelante, tanto de ámbito local, provincial o regional. De ahí la existencia de obras que acoten su objeto a textos especializados, como la coordinada por María José Porro Herrera, *El siglo XIX literario en las prensas de Córdoba, Jaén y Málaga: estudio y aproximación bibliográfica* (Córdoba, Universidad, 1996). Su punto de partida era el inventario de la producción impresa de las capitales andaluzas, pero su amplitud ha recomendado acotarlo a los textos literarios de las tres capitales mencionadas.

También nos encontramos con algún trabajo que reúna los impresos editados en una localidad por un organismo editor, como el de Fermín de los Reyes Gómez y Susana Vilches Crespo: *La labor editora de la Academia de Artillería y su incidencia en Segovia (1764-1900)* (Segovia, Asociación Cultural «Biblioteca de Ciencia y Artillería», 2003, 404 pp.). Es uno de los escasos trabajos que hay sobre edición institucional y en él se analiza la actividad editora de dicha institución y cuál es el proceso que lleva desde la necesidad de los textos hasta que éstos se distribuyen. Describe la descripción de 416 ediciones impresas y autografiadas, la mayoría del siglo XIX, con localización de ejemplares, muchos de ellos únicos. La identificación de algunas ediciones ha sido especialmente compleja, lo que muestra la necesidad de un minucioso análisis a la hora de elaborar repertorios bibliográficos.

Por último, y aunque no entre bajo la denominación de repertorio bibliográfico, sino de catálogo, hay que contar con una útil herramienta de trabajo para la localización de ejemplares y que también puede ser utilizada como primer paso para la elaboración de un trabajo bibliográfico: el *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español*, con edición en Internet desde 1997 (<http://www.mcu.es/ccpb>)³⁴. Como es sabido, su objetivo es el control del patrimonio bibliográfico español, por lo que su contenido es amplio, en especial de monografías impresas, por lo que aún es testimonial la presencia de manuscritos y otros soportes; su alcance cronológico es también extenso, hasta 1958, debido a que en este año se empieza a ejercer el Depósito Legal. Cuenta en su última actualización (10 de enero de 2005) con la descripción de 652.568

³⁴ LÓPEZ BERNALDO DE QUIRÓS, M. J.: «Edición en Internet del *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español*», en *Pliegos de Bibliofilia*, 14 (2001), pp. 45-60.

entradas, que contienen un total de 1.600.553 ejemplares de más de seiscientas bibliotecas españolas. De las ediciones, 284.214 son del siglo XIX, mientras que tan sólo 62.893 son del XX (la recogida de impresos de este siglo es selectiva). El conocimiento de la génesis y evolución de esta obra es fundamental para poder manejarlo con precisión.

Morfología del texto y producción de sentido en la lectura

Raquel Sánchez García
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Este artículo pretende ofrecer una visión general del proceso por el cual las formas del impreso intervienen en la creación de un significado que va más allá de las intenciones del autor o del editor. En el análisis de la morfología del texto como elemento productor de sentido han confluído varias disciplinas. Por una parte, hay que mencionar la renovación de los estudios bibliográficos. Por otra, es necesario tomar en consideración las aportaciones de una crítica literaria que ha entendido el contexto como punto cardinal en la elaboración y transmisión de las obras. Por último, ha correspondido a la historia cultural de lo social la construcción de un marco de interpretación global en el que insertar todas estas aportaciones.

Palabras clave: bibliografía, sociología de los textos, crítica literaria, historia cultural, morfología de los textos.

Abstract: This article offers a general view of the process whereby forms of texts give meaning apart from authors and editors' intentions. Some fields of study have come to analyse the morphology of the texts as an important component in the construction of meaning. On the one hand, we have to mention the renewal of bibliographical studies. On the other, we have to pay attention to some literary critics that include the context in the comprehension of the process of works' creation and transmission. Lastly, the cultural history of society has defined an overall interpretation to insert these contributions.

Key words: bibliography, sociology of texts, literary criticism, cultural history, morphology of texts.

William Hogarth publicó su *Marriage à la mode* entre 1743 y 1745. Se trataba de un conjunto de cuadros denominados por su autor «*modern moral subjects*», que fueron grabados para ser vendidos en librerías. Esta obra, como otras suyas, le valieron la calificación de «*writer of comedy with pencil*», otorgada por Horace Walpole como reconocimiento del carácter literario sus sátiras. Los grabados de Hogarth fueron «leídos» por sus contemporáneos como si de un libro se tratara. El soporte no era el de un libro, y tampoco había escritura que descifrar, sino un grupo de imágenes que, en su conjunto, eran interpretadas por sus contemporáneos, extrayendo de ellas no sólo la narración de un suceso, sino una interpretación crítica del mismo. La labor de descodificación del lector-observador de la obra de Hogarth venía a ser la misma que realizaba el mismo sujeto ante otro soporte: el de las hojas de un libro. *Marriage à la mode* aparece hoy en día en las monografías que estudian la literatura inglesa del siglo XVIII y en varias antologías, que reproducen estas imágenes del mismo modo que recogen fragmentos de Samuel Johnson o de Alexander Pope¹. Este hecho nos pone de manifiesto que la escritura no lo es todo en el proceso de comunicación. Las formas parecen tener una importancia de primera magnitud, de tal magnitud que incluso pueden llegar a modificar el mensaje que se quiere transmitir. De ahí que Victor Hugo se negara sistemáticamente a que la primera edición de *Los trabajadores del mar* apareciera en la prensa periódica (concretamente en el *Petit Journal* y en *L'Événement*) acompañada de ilustraciones, pese a la gran cantidad de dinero que podría haber percibido por ello².

Del texto al contexto. Del contexto al formato

Tradicionalmente, la bibliografía se ha ocupado de profundizar en las diferentes ediciones de una creación literaria, buscando los cambios formales (tipográficos, sobre todo), pero desde un punto

¹ Véase, por ejemplo, ABRAMS, M. H., y GREENBLATT, S. (eds.): *The Norton Anthology of English Literature*, vol. 1, 7.^a ed., Nueva York-Londres, W. W. Norton & Company, 2000, pp. 2652-2659.

² MELOT, M.: «Le texte et l'image», en CHARTIER, R., y MARTÍN, H. J. (dirs.): *Histoire de l'édition française*, 3, *Les temps des éditeurs. Du romantisme à la Belle Époque*, París, Fayard-Cercle de la Librairie, 1990, p. 331.

de vista filológico. Se trataba, en última instancia, de calibrar la diferencia entre las distintas versiones de una misma obra. De este modo, el análisis formal del libro seguía girando alrededor del texto, sin tener en cuenta otros posibles enfoques que se derivaban del mismo objeto de estudio. A esta tendencia tradicional aportaron sus contribuciones la crítica estructuralista y el New Criticism. Ambas corrientes de interpretación se han centrado alrededor del texto y del lenguaje como entes autónomos, independientes del contexto y del soporte de la información. Para algunos autores, incluso, el texto alcanza una autonomía tan grande que hasta se puede hablar de la muerte del autor³.

Otros estudios, por el contrario, han puesto de manifiesto las posibilidades que se ofrecen al investigador desde perspectivas que consideran lo contextual. Especial importancia tiene el New Historicism, que en la crítica literaria ha traspasado el umbral del texto y el lenguaje y se ha introducido en el estudio de lo que rodea al libro en un sentido amplio. Inclúyanse aquí las formas de poder, el mercado, las prácticas discursivas dominantes, las corrientes subterráneas, etc. La dinamicidad del texto es la clave para dicha tendencia, pues es entendido como un elemento en perpetua interacción con su entorno, que lo condiciona tanto en su producción como en su interpretación. El New Historicism ha tratado de apartarse del historicismo tradicional en los estudios literarios al negar que los momentos culturales sean homogéneos, sino que, por el contrario, varían en función de las contingencias históricas. Ello no es óbice para que sea posible reconocer un momento histórico-cultural por una serie de características que lo identifiquen y que el New Historicism engloba en la expresión «*cultural poetics*», queriendo hacer referencia a los valores, las creencias, las imágenes, las estructuras y las prácticas que definen una sociedad históricamente hablando⁴.

³ La bibliografía al respecto es muy amplia. En líneas generales, pueden consultarse las numerosas publicaciones de Roland Barthes, Tzvetan Todorov, Gérard Genette, etc., y como visión general, BERMAN, A.: *From the New Criticism to Deconstruction. The reception of structuralism and post-structuralism*, Urbana-Chicago, University of Illinois Press, 1988.

⁴ Sobre el *New Historicism* véanse los siguientes trabajos colectivos editados por GREENBLATT, S.: *Allegory and Representation*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1981; *The Power of Forms in the English Renaissance*, Norman OK, Pilgrim Books, 1982; *Representing English Renaissance*, Berkeley, University of California Press, 1988; GREENBLATT, S., y GALLAGHER, C. (eds.): *Practising the New Historicism*, Chicago,

El representante más destacado del New Historicism es Stephen Greenblatt, cuya concepción de la crítica literaria se halla muy influida por Foucault. Greenblatt ha sido director de la revista *Representations* y autor de destacados estudios sobre el Renacimiento inglés⁵. Concibe el estudio de la literatura no como el examen de las obras maestras, sino como el análisis de la realidad social en la que éstas se gestaron, tratando de ver qué otros discursos se encierran en el trabajo literario, concebido por él como «*fields of force, places of discussion and shifting interests*». De ahí que haya prestado atención a lo que denomina «textos ordinarios», es decir, a todos aquellos que no son estrictamente literarios: textos de carácter religioso, político, jurídico, etc. Desde este punto de partida, Greenblatt va a poder otorgar al concepto de cultura una más amplia significación: «*The notion of culture as a text has a further major attraction: it vastly expands the range of objects available to be read and interpreted. Major works of art remain centrally important, but they are jostled now by an array of other texts and images. Some of these alternative objects of attention are literary works regarded as too minor to deserve sustained interest and hence marginalized or excluded entirely from the canon. Others are texts that have been regarded as altogether non-literary, that is, as lacking the aura of distance from the everyday world, the marked status as fiction that separately or together characterize belles lettres*»⁶. Así, la representación cultural de un hecho y el mismo hecho se convertirán en un fluido de interrelaciones difícilmente separables: «*If a entire culture is regarded as a text, then everything is at least potentially in play both at the level of representation and at the level of event. Indeed, it becomes increasingly difficult to maintain a clear, unambiguous boundary between what is representation and what is event. At the very least, the drawing or maintain of that boundary is itself an event*»⁷.

University of Chicago Press, 2000; GREENBLATT, S., y GUNN, G. (eds.): *Redrawing the Boundaries: The Transformation of English and American Literary Studies*, Nueva York, Modern Language Association of America, 1992. También contamos con ARAM VESSER, H. (ed.): *The New Historicism*, Nueva York-Londres, Routledge, 1989.

⁵ Entre sus trabajos más importantes: *Sir Walter Raleigh: The Renaissance Man and His Role*, New Haven, Yale University Press, 1973; *Renaissance Self-Fashioning: from More to Shakespeare*, Chicago, University of Chicago Press, 1980; *Shakespeare Negotiations: The Circulation of Social Energy in Renaissance England*, Berkeley, University of California Press, 1988; *Learning to Curse: Essays in Early Modern Culture*, Nueva York, Routledge, 1990.

⁶ GALLAGUER, C., y GREENBLATT, S.: *Practising the New Historicism*, op. cit., p. 9.

⁷ *Ibid.*, p. 15.

Por otra parte, el mundo de lo impreso es también escenario de las luchas de poder, pues a través del lenguaje y de los símbolos asociados a la literatura se manifiesta la confrontación entre órdenes discursivos. Afirma que tal enfoque disuelve la distinción entre «*literary foreground*» y «*political background*», es decir, que se anula la separación entre la producción artística y otras formas de producción social, pues tales divergencias en las formas de expresión no son intrínsecas a los textos. Las representaciones se construyen definiendo las posibilidades estéticas proporcionadas por un modo de plasmar el imaginario, modo que a su vez está directamente entrelazado en la compleja red que forman las instituciones, las prácticas y las creencias que constituyen la cultura como un todo⁸. A la luz de este enfoque metodológico, tienen especial interés sus estudios (y los que ha contribuido a impulsar) acerca del choque entre la cultura europea occidental y el nuevo mundo⁹.

Otros especialistas también han prestado atención al contexto en que se produce la creación literaria. Particular importancia han tenido en Francia tales enfoques partiendo de las ideas de Lucien Goldmann acerca de la sociología literaria y, más adelante, de los escritos de Pierre Bourdieu sobre el campo literario¹⁰. Uno de los

⁸ Véase sobre esto su introducción a GREENBLATT, S. (ed.): *The Power of Forms in the English Renaissance*, op. cit.

⁹ Véase a este respecto el libro colectivo de GREENBLATT, S. (ed.): *New World Encounters*, Berkeley, University of California Press, 1993, y su monografía *Marvelous Possessions: The Wonder of the New World*, Oxford, Clarendon Press, 1991. Algunas críticas al *new historicism* en DURING, S.: «Post-Foucauldian Criticism: Government, Death, Mimesis», en QUINBY, L. (ed.): *Genealogy and Literature*, Minneapolis, University of Minneapolis Press, 1995, pp. 71-95; PEASE, D.: «Toward a Sociology of Literary Knowledge: Greenblatt, Colonialism and the New Historicism», en ARAC, J., y JOHNSON, N. (ed.): *Consequences of Theory*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1991.

¹⁰ Véanse especialmente GOLDMANN, L., et al.: *Sociología de la creación literaria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971; BOURDIEU, P.: «Champ intellectuel et project créateur», en *Les Temps Modernes*, 246 (noviembre de 1996), pp. 865-906; «Structuralism and Theory of Sociological Knowledge», en *Social Research*, XXV, 4 (invierno de 1968), pp. 681-706; «Le champ littéraire», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 89 (septiembre de 1991), pp. 3-46; *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, 3.^a ed., Barcelona, Anagrama, 2002. Goldmann, muy influido por G. Lukács, ha sido el teórico del estructuralismo genético que afirma que los verdaderos sujetos de la creación cultural son los grupos sociales, de ahí que la labor del sociólogo de la literatura sea enlazar el espíritu o el pensamiento que se encuentra en cada obra con la ideología del grupo al que representa. Bourdieu,

autores que más ha trabajado al respecto, conectando la literatura con la historia del hecho literario y del libro, ha sido Robert Escarpit, para quien el hecho literario aparece bajo tres formas: el libro, la lectura y la literatura. De estas tres formas del hecho literario se derivan tres objetivos para la investigación de la sociología de la literatura: la producción, la distribución y el consumo: «no es indiferente que la literatura sea —entre otras cosas, pero de una forma indiscutible— la rama “producción” de la industria del libro, como la lectura es su rama “consumo”»¹¹.

Desde el campo más estricto de la bibliografía y de la edición de manuscritos e impresos también se ha insistido en la consistencia real del texto, aunque lógicamente, a la búsqueda de diferentes propósitos. La bibliografía material ha evolucionado desde los enfoques clásicos de McKerrow hasta la concepción de los componentes materiales y las formas históricas de composición y preparación del texto como un conjunto interrelacionado. Ya en la primera edición de su obra de referencia, McKerrow demostraba cómo la transferencia de los textos desde su creación por el autor hasta su acogida por el lector se veía grandemente condicionada por los procedimientos de impresión¹². Más adelante, Philip Gaskell ha avanzado en esta línea, realizando numerosas aportaciones con vistas a la clarificación de las citadas formas de composición y edición en periodos posteriores a los estudiados por McKerrow, es decir, alcanzando los siglos XVIII, XIX y XX¹³. Desde la bibliografía francesa se ha insistido en sus mismos planteamientos, enlazándolos además con las contribuciones de la sociología de la literatura. Así nos lo explica Roger Laufer: «*Le texte est un produit matériel. Le jeu sur les signifiants, qui constitue l'espace*

por su parte, ha tratado, mediante el concepto de campo literario, de estudiar las condiciones sociales de la producción y la recepción de la obra de arte.

¹¹ ESCARPIT, R.: *Sociología de la literatura*, Barcelona, Oikos-Tau, 1971, p. 7. Otras obras de ESCARPIT, R.: *La revolución del libro*, Madrid, Alianza-UNESCO, 1968, y como editor: *Lo literario y lo social. Elementos para una sociología de la literatura*, Madrid, Edicusa, 1974.

¹² MCKERROW, R. B.: *Introducción a la bibliografía material*, Madrid, Arco Libros, 1998 (primera edición en inglés de 1928).

¹³ GASKELL, P.: *Nueva introducción a la bibliografía material*, Gijón, Trea, 1998. Señala Gaskell, desde su perspectiva bibliográfica, los muy distintos caminos de aproximación al texto por los que puede transitar el editor (en el sentido anglosajón de la palabra) a la hora de evaluar las necesidades de los diferentes lectores y de analizar las distintas ediciones de una misma obra (GASKELL, P.: *From author to reader. Studies in editorial method*, Oxford, Clarendon Press, 1988, p. 10).

littéraire, est un jeu sur des signifiants écrits quand bien même il se fait parodique. Si on commence à s'intéresser aux conditions économiques, sociales et culturelles qui déterminent la production du texte, on se saurait demeurer indifférent à la production matérielle du livre moderne: car le mode de production imprimé explique pour une grande part la différence entre littérature manuscrite et littérature typographique. Les ressources limitées de la typographie a engendré le mythe de la communion dans l'immortalité du texte, achevé et signé. Loin de dépasser ce mythe on le perpétue en prétendant textualiser toute trace écrite et, par analogie, toute trace devenue signe d'écriture. Pour écrire la Genèse graphémique de l'Univers, il faut de l'encre, du papier, des caractères, un éditeur, des libraires...»¹⁴.

Vemos, por tanto, cómo desde muy variadas disciplinas y desde muy diferentes enfoques metodológicos los investigadores se han ido aproximando no sólo al contexto que rodea al impreso o al manuscrito, sino también a la determinación que las formas y los soportes en que dichos impresos y manuscritos aparecen ante el lector ejercen sobre la transmisión de la información y la interpretación de la misma. De este modo, parece corroborarse el carácter dinámico de los productos culturales y la interrelación entre los agentes que giran a su alrededor, y así podemos afirmar con Edward Said: «Esto quiere decir que un texto cuenta con una situación específica que presenta restricciones al intérprete y a su interpretación no porque la situación esté oculta en el seno del texto como si fuera un misterio, sino más bien porque la situación existe en el mismo plano de particularidad superficial que el objeto textual mismo»¹⁵.

De entre las numerosas aportaciones que se han hecho al campo de estudio que nos ocupa, vamos a aproximarnos a continuación a dos de ellas, que han resultado especialmente relevantes por su impacto en el trabajo de otros especialistas¹⁶. Se trata de las reflexiones de Donald Francis McKenzie y de Roger Chartier, procedentes de distintas tradiciones teóricas, pero unidos en un interés común.

¹⁴ LAUFER, R., y SCAVETTA, D.: *Texte, hypertexte, hypermédia*, París, PUF, 1995, p. 153. R. Laufer participó en una mesa redonda organizada por Jacques Petit con el nombre de *La bibliographie matérielle*, y organizada por el CNRS (1983), en la que se discutió ampliamente sobre estas cuestiones.

¹⁵ SAID, E.: *El mundo, el texto y el crítico*, Barcelona, Debate, 2004, p. 59.

¹⁶ No se puede dejar de mencionar, en cualquier caso, la aparición de algunas revistas que se han ocupado con frecuencia de estas cuestiones, como *Visual Language* y *Word & Image*. Del lado español contamos con ejemplos como *Signo* o *Litterae*.

Donald F. McKenzie y la sociología de los textos

Desde las perspectivas de análisis anteriormente mencionadas, Donald Francis McKenzie ha ido realizando una obra de revisión metodológica que le ha llevado a reconducir sus iniciales estudios bibliográficos hacia los ámbitos de la sociología de los textos. Formado en el mundo de la filología y la bibliografía, McKenzie comenzó a interesarse por el contexto que rodea al libro ya desde sus primeros trabajos¹⁷. Recogió el interés de Escarpit por los canales de distribución del libro y se dedicó al estudio del negocio comercial del libro en Londres¹⁸. Sin embargo, la preocupación que ya late desde sus primeros trabajos está relacionada más que con el libro como negocio, con el libro como transmisor de información. De este modo, ha aplicado sus conocimientos a tratar de dilucidar cómo se produce el proceso por el cual un sujeto se enfrenta al objeto portador de dicha información. No se trataría tanto del contenido en sí como de los soportes por los cuales llega al lector y cómo tales soportes son interpretados por el sujeto que observa. En definitiva, el propósito de McKenzie es mostrar cómo el medio crea sentido más allá del contenido informacional del texto, y crea un sentido que a veces perturba las intenciones primeras del autor.

McKenzie inicia sus reflexiones replanteándose la estrecha relación que se ha establecido entre libro y texto, sobre todo en la cultura occidental. La cultura occidental mantiene un asentado fetichismo alrededor del libro como el único contenedor posible del texto. Desde el punto de vista de nuestro autor es necesario examinar a fondo tal idea. Coincide aquí McKenzie con las propuestas de

¹⁷ Algunos de sus trabajos dedicados más puramente a la edición bibliográfica: MCKENZIE, D. F.: «Compositor B's Role in *The Merchant of Venice* in Q2 (1619)», en *Studies in Bibliography*, 12 (1959), pp. 75-89; «Eight quarto proof sheets of 1594 set by formes: a fruitful commentarie», en *The Library*, 28 (1973), pp. 1-13; *The Cambridge University Press, 1696-1712. A Bibliographical Study*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966. Posteriormente, «Stretching a point, or the case of the spaced-out comps», en *Studies in Bibliography*, 37 (1984), pp. 106-121.

¹⁸ MCKENZIE, D. F.: *The London book trade in the later seventeenth century*, Cambridge, Syndics of Cambridge University Library, 1976. McKenzie no ha abandonado nunca su interés por aspectos económicos que rodean al mundo del libro, como muestra su vinculación como coeditor al volumen IV de *The Cambridge History of the Book in Britain* (Cambridge, Cambridge University Press, 2002).

Greenblatt acerca de investigar todo tipo de producciones escritas, como ya vimos, y no sólo las obras de la literatura impresas en forma de libro. Propone, dentro de lo posible, tener también en consideración otras fuentes como las producciones orales y, en el mundo contemporáneo, los datos informatizados. Va incluso más allá al señalar la importancia de los textos que no contienen grafías, que no se sirven del lenguaje para comunicar, sino que utilizan otro tipo de canales como la imagen o las partituras musicales. También estos instrumentos ofrecen al analista una serie de informaciones contenidas bajo la forma de un código que es necesario saber descifrar para obtener los datos que nos permitan conocer un periodo histórico, unas mentalidades, unas formas de vida y, en definitiva, lo que resulta más importante para McKenzie, comprender cómo se produce en una sociedad el proceso de producción de sentido. Estas propuestas de McKenzie conducen, ineludiblemente, a la ampliación del concepto de texto, pues en él se incluirían tanto los textos que se sirven del lenguaje verbal como aquellos que emplean otros códigos, pero que, en definitiva, remiten a unos mismos parámetros de comprensión del mundo. A estos últimos McKenzie los denomina con la paradójica etiqueta de «textos no verbales». Leamos sus propias palabras al respecto: «I define "texts" to include verbal, visual, oral and numeric data, in the form of maps, prints and music, of archives of recorded sound, of films, videos, and any computer-stored information, everything in fact from epigraphy to the latest forms of discography. There is no evading the challenge which those forms have created»¹⁹.

Si la primera propuesta de McKenzie era la reformulación del concepto de texto para ampliarlo a otros soportes, la segunda incide sobre el carácter inestable de lo textual y, como consecuencia, sobre el protagonismo, supuestamente cardinal, del autor en la creación del sentido de los textos. Señala que es necesario olvidar el viejo sueño de todo bibliógrafo de establecer la edición definitiva de un texto. La existencia de varias ediciones de una misma obra ofrece al investigador una fuente muy interesante para enclavar cada una

¹⁹ MCKENZIE, D. F.: *Bibliography and sociology of texts*, Nueva York, Cambridge University Press, 1999 (British Library, 1986), p. 13. Este texto formó parte de las tres conferencias impartidas por McKenzie en 1985 en los ciclos de las Panizzi Lectures de la British Library. Su versión francesa cuenta con un prólogo de CHARTIER, R.: *La bibliographie et la sociologie des textes*, París, Éditions du Cercle de la Librairie, 1991.

de ellas en su momento histórico y social, en el contexto productivo e intelectual en el que nació, nos da información sobre el público al que se dirigía y, en definitiva, amplía nuestro campo de investigación. Ahí se halla una de las claves que explican la inestabilidad textual. La otra hay que buscarla en las propias correcciones llevadas a cabo por el autor en aquellas ediciones que se hicieron durante su vida o en aquellos manuscritos que no se llegaron a publicar, así como los otros soportes en los que el autor dejó parte de su obra. Cada uno de estos impresos contiene en sí mismo información sobre el momento histórico y sobre el momento creativo, y todos ellos son igualmente importantes para el estudioso de un periodo o de un autor. Naturalmente, estas ideas de McKenzie obligan a replantearse muchas de las líneas de análisis con las que han estado trabajando la bibliografía y la historia de la literatura tradicionales. El protagonismo del autor, como decíamos, es mínimo a la hora de publicar. Otros agentes, como el editor, el mercado o los mismos tipógrafos, pueden afectar a sus intenciones primeras, desvirtuando el sentido de sus creaciones. De este modo, la bibliografía tradicional ha de abandonar sus acostumbrados caminos, centrados en el análisis descriptivo y en la edición de textos como entes autónomos, caminos que ofrecen muestras indiciarias de lo que describen, tratando de alcanzar la mayor precisión posible, pero que quedan limitados por su propio enfoque metodológico²⁰. En definitiva, «*physical bibliography —the study of the signs which constitute texts and the materials on which they are recorded— is of course the starting point. But it cannot define the discipline because it has no adequate means of accounting for the processes, the technical and social dynamics, of transmission and reception, whether by one reader or a whole market of them*»²¹.

De este modo, McKenzie construye un nuevo concepto de bibliografía y, en general, del mundo del libro. No se trata de abandonar los anteriores campos de trabajo de estas disciplinas, sino de integrarlos en una perspectiva más amplia que la que ofrece la bibliografía material: «*If, by contrast, we were to delineate the field in a merely*

²⁰ Con respecto a estas cuestiones, McKenzie ha seguido los trabajos de Ross Atkinson en su aplicación de las teorías del matemático y filósofo norteamericano Charles Sanders Peirce a la bibliografía [véase, sobre todo, ATKINSON, R.: «An Application of Semiotics to the Definition of Bibliography», en *Studies in Bibliography*, 33 (1980), pp. 54-73].

²¹ MCKENZIE, D. F.: *Bibliography...*, *op. cit.*, p. 16.

pragmatic way, take a panoptic view and describe what we severely do as bibliographers, we should note, rather, that it is the only discipline which has consistently studied the composition, formal design, and transmission of texts by writers, printers, and publishers; their distribution through different communities by wholesalers, retailers, and teachers; their collection and classification by librarians; their meaning for, and —I must add— their creative regeneration by readers»²². A estas formas de hacer, señala McKenzie, es necesario incorporar las aportaciones de la lingüística, la semiótica y la psicología de la lectura y de la escritura, así como los trabajos más recientes sobre teoría de la información y los medios de comunicación de la misma. De este modo, la bibliografía se convierte en la especialidad que se ocupa de los textos en tanto que formas conservadas, así como de su proceso de transmisión, sin olvidar la producción y la recepción, entendiendo por textos, tal y como ya se ha dicho, no sólo los libros o pergaminos. Ante esta redefinición de la bibliografía, el trabajo del especialista ha de ser el mostrar cómo los soportes y las formas tienen consecuencias sobre la interpretación, pues «forms effect meanings», en palabras de McKenzie.

Será éste el aspecto fundamental de las aportaciones de McKenzie. El proceso de producción de sentido y sus cambios a lo largo del tiempo nos ofrecen la posibilidad de ampliar nuestras perspectivas de análisis, permitiendo pasar, a partir del trabajo tradicional de la bibliografía, a la recepción del destinatario de los textos, es decir, a la lectura. Es, entonces, la lectura el punto final del recorrido propuesto por McKenzie. La lectura entendida como el propio proceso de construcción de sentido a partir de las señales materiales que ofrece el texto. De este modo, la bibliografía se convierte en un instrumento de interpretación de una realidad más extensa: «Nor is bibliography a sub-field of semiotics, precisely because its functions are not merely synchronically descriptive». Los signos que muestra el texto (estudiados por la bibliografía) serían el reflejo, por tanto, de las intenciones de autor, editor e impresor. A este instrumento que es la bibliografía se le uniría el propio bagaje del lector o receptor, que a su vez aporta un significado particular a su comprensión. Apunta nuestro autor que cada lectura es única y está claramente ligada a las condiciones en las que se ha producido. Cada lectura, por

²² *Ibid.*, p. 12.

tanto, puede ser, al menos parcialmente, deducida de las formas físicas que tiene el texto. Y son justamente esas lecturas diferenciadas lo que debe ser el objeto de análisis por parte del estudioso de estas materias, pues en ese resultado se conjugan las intenciones del autor al escribir, las del impresor y el editor al decidir la forma de publicación y los sentidos dispares que los lectores les puedan atribuir.

Las reflexiones de McKenzie le han conducido a la elaboración de un nuevo término para calificar su método de análisis: la sociología de los textos. Con esta denominación cumple su objetivo de llevar la bibliografía a un plano más amplio de comprensión de la realidad del texto, saltando del mismo a su interpretación por el receptor: «*The physical versions and their fortuitous forms are not the only testimonies to intent: implicit in the accidents of history is an ideal text meeting of minds. The concept of an ideal text as a cultural and political imperative is not imposed on history but derives from it and from an understanding of the social dynamics of textual criticism*»²³.

Para ejemplificar sus teorías, McKenzie ha llevado a cabo varios trabajos prácticos que nos permiten ver con más claridad en qué consiste la sociología de los textos. Ha estudiado el papel de las innovaciones técnicas en la producción de sentido a partir del análisis de diferentes ediciones de la obra teatral *The Way of the World* (1700), de William Congreve²⁴. Básicamente, estas innovaciones consistieron en el abandono del pliego de cuatro páginas por el de ocho, la numeración de las escenas, la colocación de los nombres de los personajes al comienzo de cada escena, la impresión de un ornamento entre dichas escenas, la indicación de las entradas y salidas de los personajes, la mención del personaje que habla en cada momento, etc.

²³ MCKENZIE, D. F.: «The sociology of a text: oral culture, literacy and print in early New Zealand», en BURKE, P., y PORTER, R. (eds.): *The social history of language*, Cambridge University Press, 1987, p. 190. Otras publicaciones en las que McKenzie ha publicado sus reflexiones: *What's past is prologue*, Munslow, Hearststone, 1993; *Making meaning: Printers of the mind and other essays*, Londres, Eurospan, 2002.

²⁴ MCKENZIE, D. F.: «When Congreve Made a Scene», en *Transactions of the Cambridge Bibliographical Society*, vol. II/2 (1979), pp. 338-342, y «Typography and Meaning: the case of William Congreve», en BARBER, G., y FABIAN, B. (eds.): *Buchbandel in Europa im achtzehnten Jahrhundert*, Hamburgo, Dr. E. Hauswedell und Co., 1981, pp. 81-126. *The Way of the World* es una de las mejores comedias de la Restauración inglesa, aunque la complejidad del argumento hizo que su éxito en las tablas fuera nulo y que Congreve decidiera abandonar el teatro y se dedicara a la política.

Estas transformaciones, aparentemente insignificantes, tuvieron una enorme repercusión no ya sólo en la apariencia y legibilidad del texto, sino en la trascendencia de las obras, pues los cambios fueron capaces de trasladar al formato papel la movilidad y la teatralidad que tenían las obras cuando eran representadas ante el público. El formato más pequeño y manejable, la paginación (anteriormente inexistente), la disposición del texto en la página implicaban, por tanto, una nueva forma de leer unos textos que anteriormente se presentaban ante el lector como un todo continuo sin indicaciones de ningún tipo. Textos que no permitían diferenciar claramente los géneros; textos que no eran capaces de reflejar la vitalidad del formato teatral al que el público estaba acostumbrado y que, por tanto, lo retraían de su lectura.

Pero tal vez el estudio más significativo, y más conocido, de McKenzie sea el dedicado al Tratado de Waitangi. El tratado fue firmado en 1840 por cuarenta y seis jefes maoríes y varios representantes del gobierno británico. Por medio de él, los maoríes cedían la soberanía de gran parte del territorio norte de Nueva Zelanda a la reina Victoria. Eso es, al menos, lo que dijeron los británicos. Si dejamos aparte las implicaciones imperialistas del asunto, el Tratado de Waitangi es un buen ejemplo del choque que se produjo entre una cultura letrada como la europea y una cultura indígena. En el estudio de McKenzie entran en juego muchos factores: desde la alfabetización llevada a cabo por los misioneros ingleses (más o menos fracasada) hasta el distinto significado del texto escrito para unos y otros, sin olvidar las dificultades para encontrar la equivalencia entre los lenguajes de cada una de las dos culturas. McKenzie nos resalta la importancia del documento y de su aparición en diversos formatos: *«it offers a prime example of European assumptions about the comprehension, status and binding power of written statements and written consent on the one hand as against the flexible accommodations of oral consensus on the other. Its variant versions, its range of signatures and the conflicting views of its meaning and status bring all those questions sharply into focus»*²⁵.

Según vemos, por tanto, una de las consecuencias más interesantes que se desprenden de este trabajo es justamente el distinto valor

²⁵ MCKENZIE, D. F.: «The sociology of a text: oral culture, literacy and print in early New Zealand», en BURKE, P., y PORTER, R. (eds.): *The social history...*, *op. cit.*, p. 161.

de lo escrito para una cultura basada en el fetichismo de la letra y para una cultura apoyada en la oralidad. Especialmente significativa de esta divergencia son las observaciones de McKenzie acerca de la escritura para los maoríes: «*The main use of literacy to the Maori was not reading books for their ideas, much less for the access they gave to divine truths, but letter writing. For them, the really miraculous point about writing was its portability; by annihilating distance, a letter allowed the person who wrote it to be in two places at once, his body in one, his thoughts in another. It was the spatial extension of writing, not its temporal permanence, that became politically potent in gathering the tribes and planning a war a decade and more later*»²⁶.

En definitiva, la clave del Tratado de Waitangi como objeto de estudio desde la perspectiva de la sociología de los textos está en que los soportes empleados por los ingleses para dar a conocer a los maoríes sus intenciones eran soportes ingleses; los conceptos del Tratado eran conceptos ingleses; las formas de transmisión, aunque orales en algunos casos, respondían a cánones ingleses. Todos ellos, soportes, conceptos y formas de transmisión, no podían producir en los maoríes el sentido esperado, sino otros, porque se hallaban fuera de su ámbito de comprensión.

Roger Chartier: formas y significados

Desde otra perspectiva, más próxima a la historia que a la filología, Roger Chartier ha coincidido con Donald McKenzie en la importancia que atribuye a las formas como creadoras de significación. Su punto de partida hay que buscarlo en la crítica que lleva a cabo a la explicación sociológica de los materiales culturales (entendidos en un sentido amplio) como la base de toda interpretación posterior. Sus observaciones, que parten de una historia cultural de lo social, se resumen en este párrafo: «Por último, al renunciar a la primacía tiránica del desglose social para dar cuenta de las diferencias culturales, la historia en sus últimos desarrollos ha demostrado que es imposible calificar los motivos, los objetos o las prácticas culturales en términos inmediatamente sociológicos y que su distribución y sus usos dentro de una sociedad dada no se organizan necesariamente según divisiones

²⁶ *Ibid.*, p. 170.

sociales previas, identificadas a partir de diferencias de estado y de fortuna. De aquí las nuevas perspectivas abiertas para pensar en otros modos de articulación entre las obras y las prácticas y el mundo social, sensibles a la vez a la pluralidad de divergencias que atraviesa una sociedad y a la diversidad de empleo de materiales o códigos compartidos»²⁷.

Así nacería su concepto del mundo como representación de una serie de creencias e identidades colectivas que se manifestarían a través de unas prácticas que a su vez forman parte del propio proceso de construcción de sentido de esa sociedad²⁸. Mediante este enfoque metodológico, Chartier trataría de superar el tradicional debate entre la objetividad de las estructuras y la subjetividad de las representaciones. La primera se caracterizaría por su convicción de ofrecer una interpretación de la historia real, realizada a través de documentos de carácter político o económico, de datos seriados y cuantificables. La segunda, según la dualidad metodológica en la que se ha movido la historiografía, haría referencia a lo que se aleja de lo real, a lo discursivo, a lo que mueve las relaciones humanas a un nivel conductual y valorativo. Propone retomar las ideas de Marcel Mauss y de Émile Durkheim en torno a las representaciones colectivas como instrumento más útil que el concepto de mentalidad. La idea de representaciones colectivas permite percibir las texturas intelectuales que se entretajan para configurar la realidad social, a veces con elementos contradictorios, a veces con elementos complementarios. Igualmente, nos da la posibilidad de acercarnos a ellas a través de

²⁷ CHARTIER, R.: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1995, p. 50.

²⁸ El término representación «permite designar tres registros distintos, aunque relacionados, de la experiencia histórica: las representaciones colectivas sobre las que se funda la manera en que los miembros de una misma comunidad perciben, clasifican y juzgan; las representaciones entendidas en el sentido de los diferentes signos o *performances* simbólicos encargados de hacer ver y hacer creer la realidad de una identidad social o la potencia de un poder; por último, la representación concebida como la delegación a un representante, individual o colectivo, de la coherencia y la permanencia del grupo o de la comunidad. El concepto de representación permite, pues, comprender la relación dinámica que articula la internalización que hacen los individuos de las divisiones del mundo social y la transformación de tales divisiones en virtud de las luchas simbólicas cuyos instrumentos y apuestas son las representaciones y las clasificaciones de los demás y de uno mismo» (CHARTIER, R.: *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogos e intervenciones*, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 124).

las prácticas mediante las cuales se manifiestan las identidades sociales. Por último, señala Chartier, la noción de representaciones colectivas nos facilita la tarea de reconocer las objetivaciones de tales representaciones, que serían las formas institucionalizadas por las cuales se asientan en el tiempo las identidades de un grupo, de una comunidad o de una clase social. De este modo, «la historia cultural se aparta sin duda de una dependencia demasiado estricta en relación con una historia social dedicada al estudio de las luchas económicas únicamente, pero también regresa sobre lo social ya que fija su atención sobre las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones y que construyen, para cada clase, grupo o medio un ser-percibido constitutivo de su identidad»²⁹.

Para llevar a cabo esta interpretación del proceso de construcción de sentido, Chartier propone prestar atención a la multiplicidad de manifestaciones culturales de una sociedad; manifestaciones que, al igual que McKenzie, concibe como textos, ampliando el significado de este término a dispositivos hasta ahora ignorados. En este contexto metodológico formulado por el historiador francés, las formas adquirirían un papel primordial: «Por un lado, los dispositivos formales (textuales o materiales) inscriben en sus estructuras mismas los deseos y las posibilidades del público al que apuntan, por tanto se organizan a partir de una representación de la diferenciación social. Por el otro, las obras y los objetos producen su campo social de recepción más de lo que son producidos por divisiones cristalizadas y previas»³⁰. Son las formas las que hacen de intermediarias en el fluido de materiales culturales entre unos grupos sociales y otros. Las formas y los soportes determinan las modalidades de apropiación del texto por parte de los receptores. Dichas modalidades, o prácticas, tienen una función no para los agentes que despliegan, sino para el analista

²⁹ CHARTIER, R.: *El mundo como representación...*, *op. cit.*, p. 57. Igualmente, en CHARTIER, R.: *Forms and meanings. Texts, Performances and Audiences from Codex to Computer*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1995, p. 96.

³⁰ CHARTIER, R.: *El mundo como representación...*, *op. cit.*, p. 60. También ha reflexionado sobre esto en el prólogo a la edición francesa de las conferencias de McKenzie en la British Library ya citadas. Dicho prólogo fue publicado con otro conjunto de ensayos en CHARTIER, R.: «Texts, Forms and Interpretations», en *On the edge of the cliff. History, language and practices*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1997, pp. 81-89.

que trata de descifrarlas³¹. De ahí la importancia que Chartier atribuye a los soportes en que se presentan los materiales culturales.

En su estudio del proceso de construcción de sentido Chartier se ha ocupado especialmente del Antiguo Régimen, estableciendo la relación entre los materiales culturales vendidos de forma ambulante y el mundo social de las sociedades de antiguo régimen. Sus conclusiones han mostrado cómo la literatura popular se presentaba como un repertorio de modelos de comportamiento, es decir, como un conjunto de representaciones de normas imitables. Por otra parte, sus trabajos han mostrado la variabilidad y la inestabilidad de los significados que se asignan al mismo texto desentrañado por audiencias diferentes. Evidentemente, como el mismo Chartier señala, de aquí no hay que desprender una equivalencia entre estos materiales y la mentalidad popular, pero sí es necesario tenerlos en cuenta a la hora de analizar las mediaciones que se producen en una sociedad y en los significados que les atribuyen en situaciones históricas diferentes y por distintos lectores: «lo escrito está instalado en el corazón mismo de la cultura analfabeta, presente en los ritos festivos, los espacios públicos, los lugares de trabajo. Gracias a la palabra que lo descifra, gracias a la imagen que lo duplica, se ha vuelto accesible incluso para aquellos que son incapaces de leerlo y no pueden tener, por sí mismos, más que una comprensión rudimentaria»³². Ésta es la clave que explica sus trabajos sobre la *Bibliothèque bleue*, serie de libros que se vendían masivamente a precios muy baratos y de forma ambulante en la Francia del Antiguo Régimen.

En su comprensión amplia de lo cultural coincide Chartier con las ideas expuestas por Clifford Geertz, que tanta influencia han ejercido en algunos historiadores culturales como Robert Darnton³³.

³¹ Según especificó BOURDIEU, P.: *Choses dites*, París, Éditions du Minuit, 1987, p. 137. La influencia del sociólogo francés sobre Chartier es muy evidente, sobre todo en el intento de Chartier de buscar la lógica específica de los bienes culturales. Es igualmente destacable en su pensamiento la huella de Norbert Elias, a quien difundió con gran éxito en Francia, así como la de Michel Foucault.

³² CHARTIER, R.: *El orden de los libros. Lecturas, lectores, bibliotecas en Europa entre los siglos XVI y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994, p. 37.

³³ Para no alargar demasiado la explicación, me remito a una cita de la obra más importante del antropólogo Geertz que define (a muy grandes rasgos, evidentemente) su concepción sobre la cultura: «El concepto de cultura que propugno y cuya utilidad procuran demostrar los ensayos que siguen es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto

Sin embargo, hace Chartier algunas observaciones muy interesantes al trabajo de Geertz. Cuestiona la afirmación de que las formas simbólicas estén organizadas en un sistema, pues eso implicaría, en última instancia, que todas ellas se hallarían dentro de un universo simbólico más o menos coherente, más o menos compartido, perdiéndose los matices que nos aporta el contemplar la apropiación a través de las formas en función de los diferentes usos y de las diferentes prácticas³⁴.

Por lo que respecta a Jauss, Chartier confiesa encontrar en las teorías acerca de la estética de la recepción un campo de análisis de gran interés para su trabajo. Jauss trató de realizar una revisión de los críticos formalistas y marxistas, acusándoles de haber marginado en sus análisis la recepción y sus efectos. El, en su momento, impactante ensayo *La historia literaria como desafío a la ciencia literaria* manifestaba el propósito de Jauss de convertir a la recepción en el polo principal sobre el que hacer girar la historia de la literatura: «En el triángulo formado por autor, obra y público, este último no constituye sólo la parte pasiva, un mero conjunto de reacciones, sino una fuerza histórica, creadora a su vez. La vida histórica de la obra literaria es inconcebible sin el papel activo que desempeña su destinatario»³⁵. Jauss introduce la dimensión tiempo en su estudio de la recepción, mostrando las variabilidades temporales en la historia de la literatura y facilitando la comprensión del sentido y la forma

en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie» (GEERTZ, C.: *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 20).

³⁴ CHARTIER, R.: «Text, Symbols and Frenchness», en *Journal of Modern History*, 57 (1985), pp. 682-695. Las afirmaciones de Chartier condujeron a Darnton a contestar en DARNTON, R.: «The Symbolic Element in History», en *Journal of Modern History*, 58 (1986), pp. 218-234. Véase igualmente BOURDIEU, P.; CHARTIER, R., y DARNTON, R.: «Dialogue à propos de l'histoire culturelle», en *Actas de la recherche en sciences sociales*, 59 (1985), pp. 86-93. Un comentario de este debate en LACAPRA, D.: «Chartier, Darnton and the great symbol massacre», en *Journal of Modern History*, 60 (1988), pp. 95-112.

³⁵ JAUSS, H. R.: «La historia literaria como desafío a la ciencia literaria», en GUMBRECHT, H. U., et al.: *La actual ciencia literaria alemana. Seis estudios sobre el texto y su ambiente*, Salamanca, Anaya, 1970, p. 69 (también en JAUSS, H. R.: *La literatura como provocación*, Barcelona, Península, 1970, pp. 113-211).

de la obra literaria por el cambio en sus interpretaciones a lo largo del tiempo: «La función social se manifiesta en su genuina posibilidad cuando la experiencia literaria del lector entra en el horizonte de expectativas de su vida práctica, preparando su interpretación del mundo e influyendo así en su comportamiento social»³⁶. Chartier pone en duda, sin embargo, algunos de los planteamientos de esta escuela. Desde su punto de vista, la estética de la recepción establece una relación demasiado inmediata entre el texto y el lector, de tal modo que el efecto producido en el lector por el código de señales del texto no se vería mediatizado por los aspectos formales de dicho texto y por las circunstancias materiales o físicas que de ellos se derivan. Las reflexiones de Chartier a partir de la estética de la recepción, tratando de superar algunos de los planteamientos de esta escuela, se focalizan alrededor de dos perspectivas. Por una parte, el considerar que los dispositivos textuales imponen al lector una posición en relación con la obra, es decir, que el texto se incluiría en un repertorio de referencias y convenciones que conducirían a una manera particular de leer y comprender. Por otra parte, el reconocer la pluralidad de lecturas posibles de un mismo texto, teniendo en cuenta las facultades individuales, culturales y sociales de cada lector. En la primera de las perspectivas expuestas, el horizonte de expectativas (según expresión de Jauss) vendría a ser unitario y estaría fundado en experiencias compartidas. En la segunda, las diferentes condiciones de apropiación de los textos se hallarían fuera de dichos textos, estando ubicadas en el lector y no en el conjunto social³⁷.

³⁶ JAUSS, H. R.: «La historia literaria como desafío a la ciencia literaria», en GUMBRECHT, H. U., *et al.*: *op. cit.*, p. 104. Aparte de la obra de Jauss, hay otras interpretaciones de la estética de la recepción que contribuyen con diferentes aportaciones a redefinir el papel del lector (W. Iser, E. Freund, H. U. Gumbrecht, R. Warning). Especial interés tiene, por haber permanecido al margen de los circuitos dominantes en crítica literaria (anglosajones, franceses y alemanes) y por haber expuesto conceptos tan interesantes como el de la lectura como creación, la obra de CASTELLET, J. M.^a: *La hora del lector. Notas para una iniciación a la literatura narrativa de nuestros días*, Barcelona, Península, 2001 (1.^a ed. de 1957 por Seix Barral).

³⁷ Véase a este respecto CHARTIER, R.: «Du livre au livre», en CHARTIER, R. (dir.): *Pratiques de la lecture*, Marsella, Rivages, 1985, pp. 61-88. En relación a la segunda perspectiva comentada, son interesantes las observaciones de GOULEMOT, J. M.^a: «De la lecture comme production de sens», en *Pratiques de la lecture, op. cit.*, pp. 90-99. Apunta Goulemot que leer es constituer un sentido, no reconstituírlo, es decir, las diferentes lecturas revelan la polisemia de los textos, de ahí la importancia que cabe atribuir al lector. Al bagaje de cada lector lo llama la biblioteca cultural

Ha profundizado Chartier en el papel del lector y de la lectura como agente (el primero) y como proceso (la segunda) por medio de las influencias que en su obra se observan de las ideas de Michel de Certeau. Apuntaba Certeau: «*qu'il s'agisse du journal ou de Proust, le texte n'a de signification que par ses lecteurs; il change avec eux; il s'ordonne selon des codes de perception que lui échappent. Il ne devient texte que dans sa relation à l'extériorité du lecteur, par un jeu d'implications et de ruses entre deux sortes d'"atente combinées" celle qui organise un espace lisible (une littéralité), et celle qui organise une démarche nécessaire à l'effectuation de l'oeuvre (une lecture)*»³⁸. Así, para Chartier, ambos, el lector y la lectura, se presentan como elementos mediatizados por la materialidad. Dando esta gran importancia al proceso de construcción de sentido que lleva a cabo el lector mediatizado por la formas, Chartier niega que las obras literarias (y cualquier tipo de texto) tengan un sentido fijo, un significado estable que nos informe sobre ellos. Por el contrario, la materialidad como instrumento condicionador nos dibuja un escenario plagado de interpretaciones que responden a las muy variadas expectativas del público lector. En este sentido, Chartier comparte con Derrida el concepto de inestabilidad de los textos, pero mientras que para Derrida el origen de tal inestabilidad hay que buscarla en el propio lenguaje, para Chartier se hallaría en la pluralidad de usos, en las comunidades de lectores y en los contextos. Son las prácticas las que nos informan, las que nos permiten reconocer las culturas, y no el contenido del texto. En definitiva, para Chartier «*la révolution du lire précède donc celle du livre*»³⁹.

Hay un aspecto especialmente interesante en las reflexiones de Roger Chartier sobre la morfología de los textos. Se trata de los nuevos soportes y sobre todo del texto electrónico. La pantalla de ordenador se nos aparece en el mundo contemporáneo como un nuevo medio para visualizar tanto imágenes como mensajes verbales, e incluso para recibir mensajes auditivos. Nos encontraríamos ante un gran revulsivo de la tradicional asociación entre texto y libro,

de cada receptor, en la que con cada lectura lo anteriormete leído cobra un nuevo sentido: «*Le livre lu prend son sens de ce que a été lu avant lui, selon un mouvement réducteur au connu, à l'antériorité*» (p. 97).

³⁸ CERTEAU, M. de: *L'invention du quotidien*, 1, *Arts de faire*, París, Gallimard, 1990, p. 247.

³⁹ CHARTIER, R. (ed.): *Les usages de l'imprimé*, París, Fayard, 1987, p. 9.

que quedaría disuelta para siempre. El texto electrónico se caracteriza precisamente por su inmaterialidad, al contrario que el libro. Además, señala Chartier, el texto electrónico (o la representación electrónica del texto, como puntualiza) se caracteriza por las posibilidades infinitas de manipulación por parte del lector, logrando éste la composición de un texto libre sobre la base del proporcionado por los recursos informáticos. Al contrario de lo que sucedía con los impresos y manuscritos, el lector de textos electrónicos podrá, no ya anotarlos, indexarlos, copiarlos, etc., sino convertirse en coautor. En pocos ejemplos se ve con tanta claridad como en éste la determinación de las formas sobre el significado y las prácticas. La existencia de representaciones electrónicas de textos tiene varias consecuencias que afectan a conceptos tradicionalmente asociados a la literatura y a la cultura en general.

Por una parte, modifica las prácticas de lectura; por otra, pone en cuestión el concepto de autoría como algo exclusivo del creador. Por lo que respecta a la lectura y la escritura, el soporte electrónico nos obliga a adoptar posiciones del cuerpo distintas y actitudes especiales ante el texto: «Con el ordenador, la mediación del teclado, que existía ya con la máquina de escribir, pero que aparece desmultiplicada, instala una distancia entre el autor y su texto. La nueva posición de lectura, entendida, bien en un sentido completamente físico o corporal, bien un sentido intelectual, es radicalmente original: reúne, y de una manera que aún haría falta estudiar, técnicas, posturas, posibilidades que, en la larga historia de la transmisión de lo escrito, se mantuvieron separadas»⁴⁰. La autoría, el derecho de autor e, incluso, la misma figura del editor quedan, con el texto electrónico, desprovistas de la trascendencia que habían tenido hasta el momento. La ya mencionada capacidad de manipulación de la que dispone el lector en el nuevo soporte es el elemento que ha contribuido a minar el alcance del papel del autor⁴¹. Coincide Chartier en estos debates con otros autores que han hecho hincapié en las situaciones de interacción del lector con el libro desprovisto de materialidad. Es éste un tema de análisis que se planteará en el futuro, dado que, concebida la historia de las prácticas como un proceso de larga

⁴⁰ CHARTIER, R., *Las revoluciones de la cultura...*, op. cit., p. 17.

⁴¹ Véase al respecto GINSBURG, J. C.: «Copyright Without Walls? Speculation on Literary Property in the Library of the Future», en *Representations*, 42 (primavera de 1993), pp. 53-73.

duración, resulta evidente que la disolución del vínculo entre materialidad del soporte y tipología de los textos sólo podrá tener lugar a largo plazo, pues las percepciones y representaciones asociadas a él están fuertemente incorporadas a nuestro mundo referencial. Son muy interesantes a este respecto las observaciones de Rodríguez de las Heras acerca de los nuevos contextos de actuación del lector, que se verán condicionados por elementos como la dosificación y la distribución del texto en pantalla, las formas de avance del texto y el plegado del mismo, es decir, la hipertextualidad⁴².

Añade Chartier una última reflexión relacionada con el soporte electrónico que lo pone en relación con el viejo sueño borgiano de la biblioteca universal, en la que se hallarían todos los libros que han sido publicados y los que se podrían publicar y que posibilitarían el tan ansiado deseo del saber universal: «*The communication of texts over distances annuls the heretofore insoluble distinction between the place of the text and the place of the reader, and so makes this ancient dream possible, accesible. The text in its electronic representation can reach any reader endowed with the necessary means to receive it. If all existing texts, manuscript or printed, were digitalized (in other words, converted into electronic text), then the universal availability of the written inheritance would become possible*»⁴³.

Formas y soportes en la producción de sentido

Los caminos transitados por historiadores y filólogos en la búsqueda de significaciones a partir de los soportes materiales constituyen el estudio de las formas del libro, es decir, aquellas características del libro que no son el texto, el contenido o el mensaje que mediante palabras e ideas se nos quiere transmitir. Constituyen las formas del libro el soporte gráfico mediante el cual el texto aparece ante el lector; son un código de señales que tiene una función expresiva. Complementan al texto, anticipando y completando informaciones

⁴² «Una conversación entre Roger Chartier y Antonio Rodríguez de las Heras», en *Litterae. Cuadernos de Cultura Escrita*, 1 (2001), pp. 11-40.

⁴³ CHARTIER, R.: *Forms and meanings...*, *op. cit.*, p. 21. Pese a esto, Chartier advierte (precisamente por la importancia que otorga a las formas y soportes como creadores de significación) que la digitalización de los textos saca a éstos de su contexto y de su forma primera, despojándoles, por tanto, de su significado originario para atribuirles uno nuevo en el seno de un distinto contexto.

acerca de su contenido por cuanto son primordialmente visuales. Para hacernos una cuenta cabal de su importancia, pensemos en una obra literaria cualquiera que se presenta ante los ojos del público en dos tipos de formato. Los elementos que constituyen cada formato contienen un lenguaje semiótico dirigido a los posibles lectores y orientado a un uso determinado. Un libro de lujo, con cuidada encuadernación y tipografía, tiene un destino y una aplicación muy distinta a la de un libro fabricado con un material más barato. Lo mismo cabe decir si el soporte de la información es un volumen encuadernado o si dicha información se nos muestra en la pantalla del ordenador. La disposición del cuerpo tipográfico en ambos casos diferirá y los requerimientos para la lectura serán también distintos.

Convendría plantearse también cuáles son los elementos que, en el terreno de la práctica, constituyen la morfología del libro y que pueden ser objeto de interés para el investigador. Los integrantes del formato del libro son la tipografía, la encuadernación y las ilustraciones (grabados, fotografías, etc.). Estos elementos han sido estudiados desde varias perspectivas, aunque con distinto interés. Especial tratamiento han tenido la encuadernación y la ilustración para los historiadores del arte y de la técnica artística. La tipografía también ha tenido su parcela, especialmente para bibliógrafos, tipógrafos e impresores. Sin embargo, el estudio de la morfología del impreso desde el punto de vista de la historia cultural busca otro tipo de enfoques. Se trata de profundizar en referentes sociales y culturales que se desprenden de la materialidad del impreso. Se incluyen aquí desde las concepciones acerca de la belleza artística hasta los condicionamientos del mercado; desde los usos a los que se consagra el texto hasta los modos de apropiación del mismo; desde las intenciones del autor hasta las percepciones del lector. Por lo tanto, al investigador le interesan aquí los mencionados elementos de forma individual, pero también las relaciones que se establecen entre ellos. Al resultado de esa relación es a lo que se denomina disposición de la página.

En el libro antiguo, la disposición de la página buscaba el diálogo entre la ilustración y el texto. A veces las ilustraciones reducían las complejidades de lo narrativo y su función era meramente aclaratoria. En otros casos, era la ilustración la que ofrecía una mayor información, haciendo del texto algo superfluo. Se añadían detalles, personajes, animales, plantas, edificios que, en conjunto, ampliaban lo que rela-

taba el texto, otorgando más profundidad al contenido y haciendo necesaria mayor atención por parte del espectador-lector. El diálogo entre ambos elementos a veces ni siquiera existía, sobre todo cuando el lector no era capaz de leer. Para este «lector analfabeto» la ilustración contenía un mensaje que él podía comprender gracias a la repetición de una serie de imágenes que se habían convertido en convenciones a la hora de representar a determinado personaje o un concreto acontecimiento de la historia sagrada. Sin embargo, la letra no dejaba de jugar un papel para este público analfabeto. Aunque no supieran leer, estaba comúnmente admitido que la presencia del lenguaje escrito, la escritura (que para este público era un arcano indescifrable), otorgaba legitimidad y veracidad a las imágenes junto a las que se situaba. Una vez más, el fetichismo de la letra. Por lo tanto, en el libro antiguo, las representaciones gráficas no eran elecciones estéticas, sino convencionalismos más o menos depurados con la evidente función de permitir la lectura al analfabeto (y perdónese la paradoja)⁴⁴.

En siglos posteriores, la evolución de las formas del libro estuvo directamente relacionada con la invención de la imprenta y las nuevas posibilidades que se ofrecían a través de ella. La imprenta permitió disminuir el tamaño del objeto libro, facilitando su lectura y su transporte, lo que iba a tener no pocas repercusiones para la aparición de novedosas formas de lectura. Por otra parte, con la imprenta iba a comenzar la apertura del libro a un mercado en crecimiento, que si bien en estos siglos aún no alcanzaba las cotas que se conocerían

⁴⁴ Entre las muchas publicaciones al respecto, véanse CAMILLE, M.: «The book of signs: writing and visual difference in Gothic manuscript illumination», en *Word & Image*, I, 2 (1985), pp. 133-148; LAUFER, R.: «L'espace visuel du livre ancien», en CHARTIER, R., y MARTÍN, H. J. (dirs.): *Histoire de l'édition française*, 1, *Le livre conquérant. Du Moyen Âge au milieu du XVII^e siècle*, París, Promodis, 1982, pp. 478-497; MARTÍN, H. J., y VÉZIN, J.: *Mise en page et mise en texte du livre manuscrit*, París, Promodis-Éditions du Cercle de la Librairie, 1990; SCHAPIRO, M.: *Words and pictures: on the literal and the symbolic in the illustration of a text*, La Haya-París, Mouton, 1973. Sobre el valor de la escritura a lo largo de los siglos, el libro de referencia obligado es el de PETRUCCI, A.: *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Turín, Einaudi, 1986; de la época de la que aquí hablamos se ocupó PETRUCCI en *Writers and Readers in Medieval Italy: Studies in the History of Written Culture*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1995. Siguiendo su estela se han publicado multitud de obras que analizan el papel de la escritura y de las personas vinculadas a ella a lo largo de los siglos, dando lugar al nacimiento a una línea de investigación en creciente auge.

en centurias posteriores, presentaba signos muy esperanzadores. De este modo, el libro va dejando de ser un instrumento exclusivo, ya que de las prensas salían más ejemplares que los que podían copiar los monjes medievales. Otro de los fenómenos asociados a la imprenta es el paso de la letra manuscrita a la letra impresa y su mayor facilidad de lectura. En este aspecto, también la morfología del libro permitió el acceso de más personas al libro por la mayor claridad y legibilidad del mismo. Asociado a este cambio está la aparición de las figuras del impresor y del cajista-tipógrafo, que tanta importancia iban a tener después en el desarrollo del negocio editorial. La orientación al mercado que favoreció la imprenta dio lugar a la proliferación de libros profanos que permitían, en el terreno de las formas (sobre todo de las ilustraciones), una mayor libertad en la representación y abrió paso a la creación de nuevas convenciones estéticas.

Con el paso del tiempo se fue diferenciando el texto impreso como ente único, produciéndose compartimentaciones, clasificaciones e indexaciones que facilitaban la lectura o la simple consulta de la publicación. Fue el momento en que en la morfología del impreso empezaron a desempeñar un destacado papel la paginación, las divisiones del texto en capítulos o la elaboración de índices. Por poner un caso concreto de esta evolución de las formas y de cómo afectó tanto a las intenciones del autor como a lo que el lector recibía (y, por tanto, a la producción de sentido) disponemos de un interesante trabajo de Francisco Rico. En él trata de demostrar cómo el *Lazarillo de Tormes* no se creó para aparecer en formato de libro, sino que fueron sus editores quienes, modificando la morfología del texto escrito por el autor, ofrecieron un producto diferente, con otro sistema de códigos para ser comprendido y bajo unos requerimientos absolutamente distintos: «El Lazarillo era un apócrifo a ciencia y conciencia: no tanto una ficción cuanto una falsificación. En 1552 o en 1553, se ofrecía como si realmente se tratara de la carta de un pregonero toledano; y sólo cuando los lectores habían entrado al engaño, guiñaba un ojo para insinuarles que no era tal y dejarlos perplejos preguntándose dónde estaba la verdad y dónde la mentira. Ahora bien, las cartas, de pregoneros o no pregoneros, no llevan título. A mediados del siglo XVI, con frecuencia prescindían incluso de fórmulas de encabezamiento, suplidas por el sobrescrito; y en el Lazarillo sobraba cualquier sobrescrito porque no se dirigía a nadie cuyo nombre pudiera sobrescribirse, sino a un destinatario delibe-

radamente anónimo: de ahí que se le aplicara el tratamiento neutro de Vuestra Merced. Al llegar a la imprenta, la obra exigía un título (ya vimos cómo se lo endilgaron “en casa de Juan de Junta”). Pero, mientras circulara manuscrita, el autor no tenía por qué ponérselo. En manuscrito, el Lazarillo no necesita presentarse como relación, copia o traslado de una carta: podía jugar a ser el original, la carta misma de Lázaro de Tormes»⁴⁵.

Se ha trabajado también en este sentido con las obras de William Shakespeare⁴⁶. Aquí entraríamos en el problema de la edición de obras teatrales, que ya mencionamos a propósito del estudio de Donald McKenzie sobre William Congreve. Para que un texto teatral, como ya se dijo, no pierda las características que lo definen como tal género cuando se traslada al impreso, es necesario dotarle de unos elementos que contribuyan a mantener la sensación de rapidez y dinamismo. Eso sólo se podía conseguir a base de manipular el texto introduciendo mecanismos como la partición en escenas, la incorporación de los nombres de los personajes, la indexación de éstos al principio, etc. Tal trabajo requería, obviamente, una modificación de la disposición de la página impresa tradicional, flexibilizándola para trasladar al lector la riqueza de la lengua hablada⁴⁷.

⁴⁵ RICO, F.: «La princeps del Lazarillo. Título, capitulación y epígrafes en un texto apócrifo», en *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, p. 446. A modo de ejemplo, se recogen otros trabajos de INFANTES, V.: «Los pliegos sueltos poéticos: constitución tipográfica y contenido literario (1482-1600)», en *El Siglo de Oro. Estudios y textos de literatura áurea*, Potomac, Maryland, Scripta humanistica, 1992, pp. 47-58; MOSS, A.: *Printed Commonplace-Books and the Structuring of Renaissance Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1996; TANSSELLE, T. G.: «Analytical bibliography and Renaissance printing history», en *Printing History*, vol. 3, 1 (1981), pp. 24-33; TROVATO, P.: *Con ogni diligenza corretto. La stampa e le revisioni editoriali dei testi letterari italiani (1470-1570)*, Bolonia, Il Mulino, 1991; RICHARDSON, B.: *Print Culture in Renaissance Italy. The Editor and the Vernacular Text, 1470-1600*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, etc.

⁴⁶ Por ejemplo, en MAROTTI, A.: *Manuscript, Print and the English Renaissance Lyric*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1995; STALLYBRAS, P., y GRAZIA, M. de: «The materiality of the Shakespearean text», en *Shakespearean Quarterly*, vol. 44, 3 (1993), pp. 255-283; WELLS, S., y TAYLOR, G. (comps.): *William Shakespeare. A Textual Companion*, Oxford, Clarendon Press, 1987.

⁴⁷ Véase CHARTIER, R.: *Publishing Drama in Early Modern Europe*, The Panizzi Lectures, 1998, Londres, The British Library, 1999; ZANGER, A.: «Paralyzing per-

Cuando se entra en los siglos XIX y XX, el proceso aquí presentado parece acelerarse. Durante este periodo se produjeron muy importantes transformaciones. Dos fueron los detonantes que movieron el proceso de cambio en la morfología del impreso y en la recepción del mismo: por una parte, la ampliación del mercado a sectores sociales y a ámbitos geográficos muy dispares; por otra, los grandes progresos técnicos de la industria editorial. Lo que observaremos, por tanto, será un panorama en el que los progresos técnicos permitirán satisfacer la demanda creciente de un público de lectores cada vez más amplio y más diversificado⁴⁸. Variedad en los públicos implica, lógicamente, variedad en la oferta y, por lo tanto, variedad en las formas. Hablamos de distintas capacidades económicas, distintos niveles de cultura, distinta edad, distinto sexo, distintos intereses (profesional, intelectual, divertimento), etc. Estas diferentes necesidades en el uso del impreso traerán consigo diferentes formatos que las empresas editoriales impulsarán para satisfacer o ampliar su mercado. El proceso alcanzará ya en el XIX unas ciertas dimensiones, pero será en el XX cuando la especialización se convierta en una de las características principales del negocio editorial. Se crearán colecciones preparadas para los distintos colectivos; además, se desarrollará la edición técnica y profesional, así como la bibliofilia. El mecanismo implica una retroalimentación entre editor y lectores, por cuanto el primero lanza la idea en función de lo que cree buscar el segundo y a la larga es éste el que determina si el producto responde a sus necesidades o no⁴⁹. Especialmente interesante fue la aparición del libro de bolsillo, por lo que significó respecto a la lectura (la lectura portátil) y a la propia consideración del libro (formato manejable y barato),

formance: sacrificing theater or the altar of publication», en *Stanford French Review*, otoño-invierno de 1998, pp. 169-185.

⁴⁸ Un estado de la cuestión por lo que al mundo de la edición se refiere en MARTÍNEZ MARTÍN, J. A.: «Historia de la cultura e historia de la lectura en la historiografía», en *La política en el reinado de Alfonso XIII*, *Ayer*, 52 (2003), pp. 283-294.

⁴⁹ Algunos ejemplos de estas ediciones especializadas en MARTÍNEZ RUS, A.: «Las editoriales de avanzada», en *Pliegos de Bibliofilia*, 6 (1999), pp. 33-47; SÁNCHEZ GARCÍA, R.: «Diversas formas para nuevos públicos», en MARTÍNEZ MARTÍN, J. A. (dir.): *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2001; SANTONJA, G.: *La novela revolucionaria de quiosco (1905-1939)*, Madrid, El Museo Universal, 1993, etc. Para las colecciones pueden verse las colaboraciones de R. Sánchez García, A. Viñao, J. C. Sánchez Illán y A. Sánchez Insúa en la citada *Historia de la edición en España*.

pudiéndose hablar de una auténtica revolución por lo que a la socialización de la lectura se refiere⁵⁰.

Una de las cuestiones más importantes es el incremento del papel desempeñado por la imagen. Precisamente fueron las limitaciones técnicas las que, hasta el siglo XIX, no permitieron que la imagen tuviera un lugar más activo en relación con el texto. Era necesario imprimir, por una parte, los caracteres y, por otra, las ilustraciones, de ahí que estas últimas siempre estuvieran desglosadas del texto, sin un verdadero diálogo con él. Sólo podían complementarlo o suplir la función de lo escrito (para los iletrados). Los progresos logrados con el desarrollo de la litografía y los demás procedimientos de grabación de imágenes, unidos a los nuevos sistemas, como el fotograbado, el huecograbado y (ya más avanzado el siglo XX) el fotomontaje y el offset, dieron lugar a una serie de publicaciones en las que la imagen convive con la tipografía en un maridaje que ofreció multitud de posibilidades y que facilitó la plasticidad del texto. La imagen cumplía su función de agregar significado a la escritura, pero, además, el mayor refinamiento en la reproducción permitía expresar las sutilezas que se desprendían de lo narrativo en el terreno de la expresión, de manera que el espectador podía aprehender los convencionalismos que en el ámbito de lo sentimental y de lo estético caracterizaron al siglo XIX. Para el siglo XX podemos decir lo mismo, con el añadido de que la aceleración del proceso mencionado y la vinculación de muchos artistas de las vanguardias al mundo del impreso abrió la espita a la experimentación y al acercamiento al lector de los motivos iconográficos de la modernidad⁵¹.

Este cambio fue notorio en la imagen, pero también en la tipografía, donde las experimentaciones de artistas como Guillaume Apollinaire o El Lissitzky dieron al trabajo tipográfico una dimensión desconocida hasta ese momento. El perfeccionamiento industrial de

⁵⁰ Sobre la aparición del libro de bolsillo véanse las reflexiones de MARTÍNEZ MARTÍN, J. A.: «La revolución de bolsillo», en *Blanco y Negro Cultural*, 11 de enero de 2003.

⁵¹ Existe al respecto una extensa bibliografía. Algunas monografías: HARVEY, J.: *Victorian Novelist and their Illustrators*, Londres, 1970; JUSSIM, E.: *Visual Communication and the Graphic Arts*, Nueva York-Londres, Browker, 1974; LE CLANCHE-BOULE, Cl.: *Typographies et photomontages constructivistes*, París, Papyrus, 1984; LILIE, O. M.: *History of Industrial Gravure Printing up to 1900*, Londres, 1972; MARTÍNEZ MORO, J.: *La ilustración como categoría*, Gijón, Trea, 2004, y un larguísimo etcétera.

la tipografía vino de la mano de la linotipia y de la continuada obsesión de los profesionales del mundo del libro por la calidad de su trabajo, fundamental para la legibilidad del texto, como es obvio. Con la intervención de creadores como los anteriormente mencionados, la tipografía conoció un uso expresivo que permitía muy distintos procedimientos de lectura y la concepción de las propias grafías como forma de expresión artística. Ése fue el sentido que tuvieron los ideogramas y los caligramas de Apollinaire o las aportaciones de Berlewi, Werkman, Tschichold, Doesburg, etc.⁵²

Un interesante ejemplo del uso combinado de imágenes, tipografía y disposición de la página para provocar en el lector o espectador que son los folletines y las novelas por entregas del siglo XIX. Estos folletines aparecían en los periódicos y, en algunos casos, podían después encuadernarse en forma de libros, como los modernos fascículos. Los primeros apenas tenían imágenes por la carestía que suponía su reproducción, pero posteriormente la imagen se fue convirtiendo en un reclamo para el comprador y, con el tiempo, en elemento imprescindible para mostrar los convencionalismos sentimentales o satíricos que ya se mencionaron («la niña romántica», «el joven rebelde», etc.). Muchas veces el editor ofrecía una lámina que iba situada en hoja aparte y que era considerada un lujo especial de la edición. El uso de estas láminas independientes es sumamente interesante, pues si bien su función era complementar al texto, en muchos casos acababan alcanzando un destino decorativo en las casas de los compradores que traspasaba la intención primera del editor para alcanzar ámbitos que iban más allá del texto. Las tramas de las novelas por entregas solían ser enrevesadas y de alta tensión emocional, lo que, claro está, se reflejaba en las ilustraciones. Pero también en la tipografía y en la disposición de la página. La existencia de multitud de puntos suspensivos, de signos de exclamación e interrogación, párrafos cortos, espacios en blanco, etc., denota el deseo de provocar en el lector unas determinadas expectativas y exaltaciones emocionales. En gran medida, lo que en realidad percibía el receptor era una sensación de realidad, de la realidad de los diálogos de la calle: poca descripción (no se hacía necesaria, pues para eso estaba

⁵² Véanse, por ejemplo, BELLEGUË, A.: *Le mouvement de l'espace typographique, années 1920-1930: Werkman, Zwart, Strzeminski, Eggeling, Schuitema, Berlewi*, París, Jacques Damase éditeur, 1984; SPENCER, H.: *Pionners of modern typographie*, Londres, Lund Humphries Publishers Ltd., 1990.

la ilustración, y el lector de folletines no tenía costumbre de leer largos párrafos) y mucha acción. Ambas, la poca descripción y la mucha acción, permitían mantener la atención del cliente (para una próxima adquisición con el prometedor «se continuará») o del oyente, pues hemos de tener en cuenta que en el siglo XIX todavía era muy frecuente la lectura en voz alta, especialmente entre los aficionados a la novela por entregas⁵³.

⁵³ Sobre las cuestiones formales aplicadas al libro decimonónico, véanse SÁNCHEZ GARCÍA, R.: «Las formas del libro. Textos, imágenes y formatos», en MARTÍNEZ MARTÍN, J. A. (dir.): *Historia de la edición...*, *op. cit.*, pp. 111-133; VÉLEZ, P.: «La ilustración del libro en España en los siglos XIX y XX», en ESCOLAR, H. (dir.): *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna, siglos XIX y XX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez-Pirámide, 1996; el papel de las imágenes en relación al texto y en el imaginario colectivo en ORTEGA, M. L. (ed.): *Ojos que ven, ojos que leen. Textos e imágenes en la España isabelina*, Madrid, Visor, 2004. De entre la bibliografía extranjera merece la pena destacarse CHARTIER, R., y MARTÍN, H. J. (dirs.): «Le culte à l'image», en *Histoire de l'édition française*, 3, *Le temps des éditeurs...*, *op. cit.*, pp. 329-402, y «Des formes et des images», en *Histoire de l'édition française*, 4, *Le livre concurrenté, 1900-1950*, París, Fayard-Cercle de la Librairie, 1991, pp. 367-503.

Imaginar la lectura versus leer las imágenes

Marie-Linda Ortega
Universidad de Marne-La-Vallée

Resumen: El trabajo trata de establecer el vínculo que se producía en el siglo XIX entre imágenes y texto a través de tres propuestas que se apoyan a su vez en tres ejemplos concretos: una portada ilustrada, una ilustración inserta en el texto y varios cuadros satíricos. El objetivo es el estudio de la interpenetración entre imagen y texto, que nos informa también acerca de la relación que se establece entre lector y dibujante, es decir, la determinación que ejerce la imagen sobre la lectura.

Palabras clave: lectura, imagen, lector, ilustradores, libros.

Abstract: This work tries to establish the link between images and texts in the 19th century. Her article analyses the process through three proposals based on three examples: an illustrated front cover, an illustration inserted in the text and several satirical drawings. The author's objective is to study these visual and textual relationships in the process of reading that give us information about the connection between the reader and the illustrator.

Key words: reading, image, reader, illustrators, books.

Al revisar la importante producción crítica sobre la lectura se puede comprobar que permanece desatendida la relación compleja que se establece entre texto e imagen, y de forma algo sorprendente, bien pensado, ya que esta modalidad no sólo conforma la experiencia inaugural del aprendizaje de la lectura, sino que para el estudioso del siglo XIX representa la situación más difundida a partir de 1850, en la que se multiplican las ilustraciones en las publicaciones más

importantes. Al ser imposible abarcar en un espacio limitado la totalidad de un fenómeno tan lleno de ramificaciones como de significados, he seleccionado tres calas para intentar mostrar la interpenetración, que no yuxtaposición, entre texto e imagen: cómo el texto se hace cargo de la imagen, o ésta de él, y cómo integran ambos el proceso de su lectura por venir. Representan tres muestras de imágenes muy distintas: una portada ilustrada, una ilustración inserta en un texto y, por último, unos dibujos satíricos.

La lectura decimonónica en la que se juntaban un texto con estampas o láminas resulta difícil de imaginar por los lectores del siglo XXI, tan acostumbrados a encontrarse con imágenes de todo tipo y tamaño, por lo cual hállanse aquí convocados los testimonios, distintos aunque coetáneos, de Juan Eugenio de Hartzenbusch y de José Castro y Serrano. Empezaré por este último en la medida en que viene a ubicar las novelas ilustradas en el marco más general de la «literatura popular». En el primero de sus *Cuadros contemporáneos*, volumen publicado en 1871 en la imprenta de Fortanet¹, el escritor se dedica a repasar lo que representa el libro en la sociedad española de mediados del siglo XIX, desde una situación de escritura un tanto ambigua, ya que si critica violentamente la acción perniciosa de la prensa periódica sobre la literatura, «abaratándola» —nos detenemos más adelante en este aspecto—, al mismo tiempo revela en el preámbulo que este libro por él compuesto está «dedicado por un Editor (*sic*) galante y entendido a recompensar la constancia con que muchos sostienen de largo tiempo sus bellas publicaciones ilustradas» (p. 8); más precisamente tratase de la empresa de *La Moda Elegante Ilustrada* y de *La Ilustración Española y Americana*². Libro obsequio a los suscriptores, encargado al escritor por una de las mayores publicaciones periódicas de la segunda mitad del siglo XIX, está constituido por la reunión de estudios «compuestos unos expreso para proporcionar aliciente a la lectura; arrancados otros a la inestabilidad de la prensa periódica para salvarlos de una efímera existencia que no merecen; rehechos y completados algunos por exi-

¹ Todas las citas e indicaciones de página se hacen siguiendo esta edición.

² Dirigida por don Abelardo de Carlos, fue una de la más importantes publicaciones ilustradas de la segunda mitad del siglo. Nació de la escisión de la redacción del *Museo Universal* provocada por dos posturas opuestas relativas al empleo de ilustraciones compradas en el extranjero. *La Ilustración de Madrid* mantuvo durante unos cuantos años la línea de producción nacional de grabados.

girlo así la precipitación con que obtuvieron el ser; pulidos y limados todos según lo exige un libro de esta clase». Según lo afirmado por José de Castro, la compilación en libro requirió un trabajo suplementario en relación con la publicación inicial en la prensa, demostrando y recalcando para el lector sospechoso el alto valor del volumen, lo cual deja entender al mismo tiempo la inferioridad natural del periódico frente a cualquier libro.

Obviamente se halla encerrado Castro y Serrano en unas cuantas contradicciones más, propias de la situación del escritor en esta época en la que las editoriales principales son también propietarias de títulos de prensa, reuniendo los destinos de ambos tipos de publicación con la publicidad, el folletín o los regalos a los suscriptores como en el caso presente. Se verifica otra contradicción cuando, unas cuantas líneas después de las anteriormente citadas, nuestro autor vuelve a la variedad de la composición del volumen cuyo modelo es el periódico:

«Podría comparársele con un gran periódico encuadernado: lleva sus artículos de fondo, su correo extranjero, su crónica del interior, sus estudios de viaje, su revista de salones, su crítica literaria, su necrología y hasta su folletín. En una palabra: la familia donde se cuente un padre grave, una madre solícita, un joven que estudie y una joven que sienta, puede jugar al pase de este libro...» (p. 9).

El modelo periodístico remite a una concepción colectiva, y muy burguesa, del público lector en la que el «lector» ha de ser «la familia» o el «hogar»³, con hembras y varones, padres y jóvenes, que no niños, para los que en aquellos años ya existen publicaciones específicas⁴. Si bien justifica Castro y Serrano la recopilación por la «clase de lectores a que se destina», añade otro parecido más amplio con la propia sociedad en la que vive, la cual «carece de pensamiento concreto y de tendencia uniforme» (p. 7); quizá sea

³ Piénsese en la multitud de títulos de colecciones de novelas y de periódicos publicados en los que entra «del hogar» o «de la familia» en el segundo tercio del siglo XIX.

⁴ CAZOTTES, G.: «Éléments de caractérisation de la presse madrilène pour les jeunes à la fin du XIX^e siècle (1870-1885)», en *Iris*, 2 (1987), pp. 1-38, y mi artículo «Los niños entre moral y rebeldía: unos dibujos de Ortega y sus comentarios en *Los Niños*», en FERNÁNDEZ, R., y SOUBEYROUX, J. (eds.): *Historia social y literatura. Familia y burguesía en España (siglos XVIII-XIX)*, vol. 2, Lleida, Milenio, 2003, pp. 201-212.

ésta otra forma de denominar lo que la historia de las ideas considera hoy como el «eclecticismo»⁵ característico de la época isabelina, aunque también se tenga que relacionar con un valor muy burgués, el «ahorro», de sumo provecho en este caso concreto, ya que un único volumen satisface a los cuatro miembros de la familia.

Una vez caracterizado el volumen que tiene entre las manos el lector, el primer «cuadro», titulado «El libro», considerado como «un ser» (p. 17), consta de una introducción y ocho capítulos en los que, tras abarcar el destino del libro, por así decirlo, desde su expansión merced a Gutenberg y a pesar de las trabas de la Inquisición y de la censura, hasta las distintas relaciones con el libro como objeto⁶, José de Castro dedica los tres últimos al «abatimiento» del libro bajo tres aspectos: la existencia de la literatura popular, causa principal de esta pérdida de calidad, la lectura de «literatura barata» y la necesidad de que los gobiernos presten ayuda al «libro serio», con por ejemplo «ferias del libro», conociendo la inocuidad del libro «verdadero y formal (...) caro, y que por lo mismo va derecho al que lo necesita y lo aprecia» frente al funesto influjo del libro «aperiodicado».

Respecto a la lectura de textos e imágenes, el sexto capítulo aporta valiosos elementos desde el punto de vista de la «novísima industria» de la «literatura de a dos cuartos» tan desarrollada en España en relación con los demás países europeos, según nuestro autor. Para explicar las razones de que este género no sea más practicado «si tales ventajas produce» escenifica tres encuentros entre un mismo escritor y distintos editores que le proponen sellar contratos. Cada cual constituye un caso representativo de los recursos más acostumbrados de la literatura económica. En el primer diálogo el editor viene a visitar a un escritor pidiéndole una novela. El literato le propone «una novela en que pruebo que de la primera educación

⁵ Para una definición se pueden consultar HERNANDO, J.: *El pensamiento romántico y el arte en España*, Madrid, Cátedra, 1995, o CALVO SERRALLER, F.: *La imagen romántica de España. Arte y arquitectura del siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1995.

⁶ Con sus reflexiones dedicadas al bibliófilo y al bibliómano aparecen en Castro y Serrano huellas de la lectura de Charles Nodier, cuyas novelas al menos fueron traducidas al castellano. Sin embargo, el propósito de nuestro autor consiste en reunir una serie de personas dedicadas al libro, o más precisamente a su secuestro, casi podríamos decir, ya que su actividad no comporta la lectura. Así es como crea Castro y Serrano las dos categorías originales del bibliótafo (ocultador de libros) y del bibliórrapo (secuestrador de libros).

depende todo el porvenir de la especie humana» (p. 58), lo que no corresponde en absoluto con los proyectos del primero:

«El editor echa mano a su cartera, y saca un papel con varios renglones escritos en forma lapidaria, añadiendo:

—Necesito una novela de ochenta entregas que se llame cualquiera de las cosas consignadas aquí: el pobre escritor examina el documento, y lee en alta voz para enterarse: *El Triunfo de los Mormones; Los Infanticidas Chinos; El hijo de la Monja; La Estrangulación de un obispo* y otros y otros de este jaez, que aluden a la chocarrería más desvergonzada o al rumor populachero más indecente de los que circulan por plazas y tabernas» (pp. 57-58).

Después de rechazar estas propuestas, entre exóticas y sangrientas, más bien propias de la literatura o de la prensa de sucesos, recibe el escritor la visita de un nuevo «mercader de literatura» que, si bien le deja muchas libertades al novelista («una novela de las entregas que guste, del país que más le agrade, de la época que se le antoje mejor y sobre el asunto a que más cariño le tenga»), expone en un segundo momento sus exigencias:

«—Que en la primera entrega haya un ahorcado.

—¡Un ahorcado en la primera entrega! Y ¿para qué?

—Precisamente, cuando lo exijo, mis razones tendré para ello. Suponga Usted que he comprado unas láminas viejas de mucho mérito, y habiéndolas dado a restaurar, la primera que tengo concluida representa un ahorcado. Excuso decir a Usted que con la primera entrega ha de repartirse esa lámina» (p. 59).

En este caso el orden del relato queda supeditado a la restauración de las láminas sabiendo que el editor impone que «en la segunda entrega ha de haber un baile de máscaras; y en la tercera, iesta lámina es preciosa!, en la tercera un ama de cría asustando a un niño con unos cuernos» (p. 60). La atracción ejercida por las ilustraciones sobre el lectorado de la literatura por entregas resulta en este ejemplo tan fuerte que invierte el proceso de creación, como en algunos juegos literarios practicados por los surrealistas, y el relato se convierte en mero comentario de imágenes, dejando éstas de asumir su papel de ilustraciones de un texto previo. Los escasos datos conocidos sobre el oficio de dibujante⁷ no permiten afirmar si Castro

⁷ Véanse al respecto las retribuciones indicadas por MARTÍNEZ MARTÍN, J.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1991, p. 47.

y Serrano ejemplifica lo que había de ser una práctica común, una excepción o una escena nacida de la fantasía.

En la tercera escena intenta el editor convencer al escritor de redactar una continuación de «veinticinco o treinta entregas más para redondear el negocio» a «una novela francesa que tiene en vías de terminación, y ha alcanzado diez y ocho mil suscriptores»⁸. Las muchas novelas y obras teatrales traducidas o adaptadas del francés fue uno de los frecuentes motivos invocados para explicar el estado de abandono de una literatura propiamente nacional, caída en desuso al apartarse de ella tanto el lectorado, con sus gustos *perversos* o *afrancesados*, como los escritores por necesidad de ser editados.

El caso de la segunda escena me parece muy relevante para nuestra reflexión, ya que supone por parte del editor una visión proyectiva de lo que puede ser la lectura de las entregas con la imagen. La imagen insertada en la primera entrega resulta esencial en la estrategia de venta, como reclamo vistoso que colabora a la llamada del título. Demuestra además la movilidad de las imágenes, cuyas matrices de madera desconocían las fronteras, ya que existía un mercado importante entre distintos países europeos que permitía multiplicar los soportes de reproducción de un mismo dibujo. Además, hemos de tener en cuenta el amoldamiento de las imágenes, ya que dentro de un mismo país, la compra-venta de matrices explica que una misma xilografía pueda aparecer en publicaciones y épocas muy distintas, con pie de grabado y significado diferente⁹.

Hartzenbusch, lector de imágenes

Después de considerar el punto de vista del escritor presionado por el editor, veamos la recepción de la obra ilustrada en un autor

⁸ Otro tipo de situación relata en *El frac azul* el escritor Pérez Escrich, cuando enfermó en medio de la redacción de una novela por entregas y recibió ayuda de su amigo Fernández y González, que le escribió en los seis días que duró su enfermedad «más de novecientas páginas». El editor se negó en un primer momento en avisar a los lectores del cambio y sólo a duras penas entendió las razones del escritor, el cual consiguió poner una nota al final de la obra y obtener una gratificación de diez mil reales (pp. 665-669).

⁹ En el artículo «Ortego, dessine-moi les Espagnols», en *Images et hispanité, Les Cahiers du GRIMH*, 1, Université Lumière-Lyon 2, 1998, doy unos cuantos ejemplos de esta movilidad iconográfica.

que se tendría que denominar «hombre de libros» casi más que de letras. Juan Eugenio Hartzenbusch aporta un testimonio sobre las modalidades de lectura del que fue un joven lector doceañero en 1818, en el prólogo que redactó en 1865 con ocasión de la nueva traducción de *Las Tardes de la Granja*, del escritor francés Ducray-Duménil. Esta obra «de entretenimiento, reputada útil a los jóvenes», era «leída con mayor gusto que las *Veladas* (otra obra del mismo Ducray-Duménil de gran éxito), por ser su composición de más amenidad e interés, por tener estampas y versos en ellas». La lectura se realizó en una biblioteca pública, lo que impuso unos requisitos específicos:

«Saben cuantos residen, o se han detenido algún tiempo, en la Capital de España, que el desfigurado edificio donde se halla hoy el Ministerio de Fomento, Instrucción y Obras Públicas fue antes convento de Religiosos Trinitarios; pero no es tan común la noticia de que allí estuvo la Biblioteca Real de Madrid, Nacional ahora, desde 1809, unos diez años. Allí en el claustro inferior, donde se servía la mayor parte de los libros al público, leyó un muchacho estudiante *Las tardes de la Granja* en varios jueves, día entonces de vacación en las aulas. (...) Asunto darán a este prólogo las impresiones que el mencionado estudiante, (...) leyendo *Las Tardes de la Granja* en ocho semanas, porque estaba dividida en ocho volúmenes aquella edición, y el tiempo de que podía disponer en cada jueves el chico apenas le bastaba para la lectura de un tomo».

«Lectura de los ocho jueves», presentada por Hartzenbusch como la primera experiencia de «leer de balde», es decir, gratuitamente, pero también por gusto, sin que responda a una imposición escolar y de la que recuerda perfectamente, cuarenta y siete años más tarde, las distintas etapas:

«Así que tuvo en la mano el primer tomo de la obra el lector, se puso a registrar las cuatro estampas que contenía, cada una de las cuales formaba una especie de marco, dividido en dos partes: en la de arriba se veía una viñeta grabada en cobre, que representaba un pasaje del libro; en la de abajo había grabada una décima análoga. Correspondía la primera lámina a la *Tarde primera*, y representaba a la infeliz esposa del holgazán Bernardo, reconociendo el cadáver de su marido, llevado a la orilla por las aguas del río donde su desesperación le había sepultado...».

La atracción ejercida por las imágenes sobre nuestro lector, que las busca hojeándolo, produce una primera *lectura* superficial del

tomo. Es de notar que la primera estampa por orden de aparición en el volumen representa un cadáver y una escena de duelo y aflicción cuya carga emocional nos puede recordar la situación evocada por Castro y Serrano, incluso en el detalle de estar presente en la «Tarde primera» que correspondería a «la primera entrega»¹⁰. La viñeta resulta inseparable del texto de la novela y de la décima, dedicada ésta a expresar el sentido moral figurado por la narración y el dibujo. Aquí las impresiones sentidas con la siguiente:

«Quedó, pues, el chico muy contento de la estampa, de la décima y de haberse venido a la Trinidad; y ha tenido muchas veces después ocasión de recordar con gusto aquella primera visita que hizo a la pública biblioteca.

Buscó la segunda lámina luego, donde leyó esta otra décima, que no le agradó menos que la primera; quizás le gustó más, porque la entendió menos (...) deseó entender el asunto de la viñeta, que era la prisión del poeta Hilario...».

El repaso previo de las láminas le proporciona al lector una visión de conjunto del contenido y del tono general a la vez que le prepara a la lectura disponiendo los principios morales en los que descansa la obra, puesto que, en este caso, las láminas van unidas a unas décimas. Este proceso de desciframiento previo se puede aplicar a la lectura de obras ilustradas en la medida en que las ilustraciones suelen llevar un pie de grabado a modo de título que puede incluso consistir en una frase, o parte de ella, del fragmento de texto que representa. Al tiempo que abarca las ilustraciones del volumen, el lector sigue el hilo formado por las muestras de texto que perfilan un esquema ligero más o menos estrechamente vinculado con el texto¹¹.

Estas reflexiones generales recalcan la importancia de la primera imagen presentada al lector y me han conducido a escoger como objeto de estudio la portada ilustrada de una novela popular¹².

¹⁰ La indicación de la «viñeta grabada en cobre» viene a recordarnos que la técnica de la xilografía o «grabado a la testa» fue la condición *sine qua non* de la expansión y multiplicación de las publicaciones ilustradas a partir de la década de los cuarenta.

¹¹ He dedicado un estudio al fenómeno de la interpretación que propone un ilustrador al crear imágenes para una novela a propósito de estas mismas *Tardes de la Granja* ilustradas por Francisco Ortego («Francisco Ortego y Hartzzenbusch lectores de las *Tardes de la granja*», en *Studi Ispanici*, Pisa-Roma, 2000, pp. 115-135).

¹² Esta práctica, aún no generalizada en los años sesenta, queda aún por estudiar.

De una portada

En el mundo de la novela por entregas de la década de los sesenta, los dos mayores novelistas son Manuel Fernández y González y Enrique Pérez Escrich. Este último presenta la particularidad de haber sido uno de los primeros escritores en conseguir un estatuto profesional específico, al firmar en 1864 con Miguel Guijarro un contrato de exclusividad comprometiéndose el escritor en entregar todo lo escrito a Guijarro, que le pagaba un sueldo fijo mensual importante¹³. Una de las razones que motivó dicho contrato fue el éxito de la primera novela de Pérez Escrich, *El cura de aldea*, que resultaba ser la adaptación de una de sus obras de teatro de mayor reconocimiento, realizada a petición del editor Manini. De forma que cuando se publica por vez primera en 1862 la novela *El cura de aldea* ya la conoce el público por haber asistido a la representación o por haberla oído contar, siendo la lectura una nueva modalidad de acceder a la historia y sus muchas peripecias, pero no la única. El establecimiento de los hermanos Manini, uno de los editores más importantes del siglo XIX, que publica, por otra parte, también las novelas de Fernández y González, creó una colección popular ilustrada por los mejores dibujantes y grabadores de la época a la que pertenece la portada¹⁴, cuyo análisis propongo para adentrarnos en una de las modalidades más complejas de mezcla entre texto y elementos icónicos.

Por regla general la portada obedece a la doble estrategia de orientación del lector y de seducción, que en parte incumbe al propio título cuyas tres funciones, definidas por Charles Grivel, han sido comentadas y precisadas por Gérard Genette en su obra dedicada al paratexto, *Seuils*¹⁵. Se trata de identificar el texto, significar su contenido y por fin hacerle atractivo, sabiendo que la primera función es la única obligatoria y que en muchos casos se confunden la primera y la segunda, como con nuestra novela, en la que el título es programático, proporcionándole al lector elementos de información esenciales acerca del mundo novelesco en el que se dispone a entrar.

¹³ NOMBELA, J.: *Impresiones y recuerdos*, Madrid, Tebas, 1976, y, en especial, en el principio del libro quinto, donde relata unas cuantas anécdotas relativas a esta edad de oro de la novela por entregas.

¹⁴ PÉREZ ESCRICH, E.: *El cura de aldea*, Madrid, Manini Hermanos, 1866.

¹⁵ GENETTE, G.: *Seuils*, Paris, Éditions du Seuil, 1987.



Observemos, pues, la portada dibujada y grabada por dos de los más famosos artistas de las publicaciones ilustradas, Múgica y Capuz. Inmediatamente se impone a la vista el nombre del novelista, por ocupar el espacio inferior fuera del dibujo, que corresponde al borde blanco que rodea a éste y que forma un primer marco. Para nosotros, lectores del siglo XXI, esta disposición invierte la que preside hoy día, en la que el nombre del escritor suele encabezar la superficie de la portada. La presencia de la preposición «por» materializa, reforzándola, la disposición que resulta ser el espejo del estatuto del escritor, plumífero por el cual se escribe una obra que gramaticalmente y jurídicamente no le pertenece, puesto que no leemos «*El cura de aldea* de Pérez Escrich». La lectura del *Frac azul*. *Memorias de un joven flaco*, en las cuales Pérez Escrich pormenoriza las muchas ganancias de los editores con las múltiples ediciones de su obra¹⁶, viene a recordarnos que la noción de «autoría» con su parte jurídico-financiera está en ciernes en los años sesenta y sólo en la década siguiente cuajará¹⁷. Aunque fuera de los límites de la lámina, el nombre del escritor impreso en un fondo blanco resalta y se destaca mucho más que el título integrado en el dibujo en las nubes del cielo nocturno representado.

Paradójicamente, el título, dibujando un arco muy abierto en la parte superior, casi desaparece a pesar de su tipografía ornamentada: el tipo de letra empleado se asemeja a un gótico de uso frecuente en la novela histórica en el siglo XIX¹⁸, ya que sólo se perciben algunos perfiles blancos de las letras iluminadas por los rayos de la luna oculta detrás de las nubes. Impensable hoy día, sólo se puede concebir

¹⁶ PÉREZ ESCRICH, E.: *El frac azul. Memorias de un joven flaco*, 4.^a ed., Madrid, Miguel Guijarro, p. VII: «Yo vendí la propiedad de mi novela *El cura de aldea* en ocho mil reales; de aquella venta sólo me queda un impermeable de caoutchouc que sirve de cama a mi perro de caza. Pero los editores que compraron mi primera novela, como recuerdo de sus muchas ediciones, conservan en su gaveta algo que es un remedio seguro contra la miseria».

¹⁷ Los aspectos de crematística, así como la constitución de la Sociedad de Escritores y Artistas Españoles, han sido estudiados por Jean-François Botrel o Antonio Porpetta. Sobre la condición del escritor a mediados del siglo XIX se puede consultar el volumen colectivo *Escribir en España entre 1840 y 1876*, Madrid, Visor Libros-Presses Universitaires de Marne-La-Vallée, 2002.

¹⁸ VÉLEZ, P.: «De la caligrafía gótica a la imprenta neogótica», en *Fragmentos*, 17-19 (marzo de 1991), pp. 145-150.

la casi invisibilidad del título, o al menos su lectura dificultosa¹⁹, en relación con la evidencia del dibujo cuyo centro ocupa un cura en oración. La vista del lector en un movimiento ascendente rastrea primero el nombre del autor famoso y al llegar al cura ya ha identificado la obra de la que se trata sin necesidad de leer el título. De suponer un movimiento descendente, frente a la confusión grisácea y oscura del cielo, rápidamente la iluminación del dibujo capta el ojo del lector y concentra su atención en el rostro del cura, cuya mirada bajada le lleva también al lector a bajar la suya hacia el nombre del autor que resalta. Al volver al título, el lector consigue deletrear la palabra «cura», lo que en un principio resulta difícil por las desapariciones de la «c» y de la «a» de la palabra en la nube oscura y por la delgadez del primer palo de la «u», y restablece la preposición «de», totalmente borrada en algunos ejemplares que presentan una portada más entintada.

La luz de la luna, sin embargo, cae de lleno en la inscripción de una lápida del cementerio delante de la cual está arrodillado el cura, que parece contemplar el nombre femenino «Ángela». Este elemento ya no pertenece al estricto paratexto y resulta más inmediatamente legible que el título, dándole a la lápida una dimensión muy particular: una suerte de página en blanco o de portada, dimensión subrayada por la dimensión y ubicación de la inscripción en el tercio superior, así como por el signo de admiración que enmarca el nombre, impropio de las inscripciones tumbales y que lo convierten en grito, recalcado por la tipografía temblante.

En más de un aspecto resulta notable esta portada, que sitúa una lápida en el mismo umbral de la obra, mientras que la muerte suele significar el término, el acabamiento. Dos elementos, sin embargo, vienen a prolongar lo que a primera vista podría ser interpretado como un final: un hombre está junto a (o escondido detrás de) los dos cipreses en la parte derecha de la lámina, en la que se distingue también lo que puede ser la puerta del cementerio. Conforme al código básico de lectura de las imágenes integrado desde la infancia, un hombre de frente con una pierna claramente delante de la otra representa un movimiento de acercamiento. Esta irrupción en el cam-

¹⁹ El mismo caso se vuelve a encontrar en otras portadas de novelas de PÉREZ ESCRICH, E.: *El corazón en la mano* o *Las obras de misericordia*. Quizá se trate de una constante iconográfica al ubicarse el título en «el cielo», o sea, en la parte superior, lo que requiere un análisis pormenorizado antes de poder afirmarse.

po santo y en el campo visual del lector-espectador anuncia un acontecimiento inminente que garantiza una posteridad narrativa a la imagen.

Por otra parte, el perro tuerce la cabeza al olfatear una presencia nueva. Pero la dirección no es la del visitante, el hocico del perro apunta hacia la derecha, es decir, fuera del campo delimitado de la lámina, como para indicarle al lector la dirección que ha de seguir su mirada si quiere saber lo que viene después. En nuestro sistema de lectura, el sentido de la mirada va de la izquierda a la derecha y al llegar a la página de la derecha sabe el lector que tendrá que pasar la hoja para proseguir su lectura. Algo semejante al signo en forma de hoja de hiedra de los manuscritos por el cual se indicaba que seguía el texto en la página siguiente.

El lector deletrea la imagen y luego lee, es decir, crea vínculos entre los distintos elementos yuxtapuestos en la lámina intentando contestar a una serie de preguntas: ¿qué relación puede existir entre el hombre que se acerca y el cura arrodillado?, ¿y entre el cura y la mujer en la tumba más allá de la adecuación entre el nombre «Ángela» y el hombre de iglesia?, ¿por qué estará rezando de noche?, ¿la pala y la hoz significarán acaso que cavó el cura la tumba de la mujer? y ¿la identidad de la mujer le habrá obligado a enterrarla de noche, a hurtadillas? Forjar las respuestas constituye una manera de adelantarse a la lectura que tendrá posteriormente lugar, de imaginar la lectura, pero también una forma de anticipar el contenido. La lectura efectiva se realizará teniendo en cuenta estos elementos previamente imaginados que resultarán acertados o equivocados.

De unas realidades invisibles

También se da el caso de que la imagen venga a ilustrar el texto, o sea, añadirle una traducción iconográfica, y para que la demostración cobre todo su significado he escogido la ilustración de una descripción minuciosa sacada del *Diario de un testigo de la guerra de África*, de Pedro Antonio de Alarcón²⁰. Al partir para la guerra de Marruecos Alarcón contrató a un fotógrafo, al que tuvo rápidamente que renunciar, de forma que las ilustraciones insertadas en su relato, en la

²⁰ ALARCÓN, P. A.: *Diario de un testigo de la guerra de África*, Madrid, Gaspar y Roig, 1861. Todas las indicaciones de página seguirán esta edición.



primera edición de 1861 por la editorial de Gaspar y Roig, fueron realizadas seguramente a partir de esbozos o croquis del natural, o de fotografías en el caso de los retratos de los oficiales y de las personas principales, fuesen españolas o marroquíes.

He estudiado en otra parte algunos aspectos ideológicos de la representación del «moro» a mediados del siglo XIX en España²¹, mas quiero volver sobre una pareja texto-iconografía en la que la lectura de la imagen desata unas interrogantes esenciales acerca del texto: la descripción en la que nos detenemos se sitúa en las páginas 46 y 47, que representan materialmente cada una un bloque de 25 × 17 centímetros de texto compacto repartido en dos columnas. La ilustración de la página siguiente del libro es de 10 × 16 centímetros, aquí reproducida, ocupa el centro exacto de un texto menos denso por dar también cabida a la interrupción de cambio de capítulo y de carta, y lleva el pie de grabado: «Cadáveres moros a orillas del mar. (De un croquis)».

En la disposición de un texto ilustrado cobra la mayor importancia el averiguar si la ilustración antecede al texto descriptivo o no, en la medida en que el lector en el primer caso pide al texto un complemento de información, mientras que en el segundo la imagen funciona como referente de la descripción obedeciendo a la ley del parecido.

El día 26 de diciembre de 1859 reanuda Alarcón su relato en forma de correspondencia para describir la terrible jornada del 25, en la que se produjo la «matanza» de unos cuarenta «enemigos» de España por los cazadores de su campamento en las inmediaciones de una playa hacia la que se encamina nuestro escritor, «sin más compañía que un sordo remordimiento por la cruel curiosidad que allí me había llevado» (p. 46). Como muchas descripciones diccionónicas, el modelo de seguir es pictórico²², lo que justifica que el escritor se haga pintor y su pluma pincel: «Una pincelada más y acabarás de formar idea de aquel paraje. Figúrate un arenal rojizo, estrecho y largo...» (p. 46). Mas ante estas descripciones situadas

²¹ «Mirar al otro/Mirar(se) como el otro», en *Revista de Estudios Hispánicos*, Washington University, en prensa.

²² Sobre el *ut pictura poesis*, en el siglo XIX han sido publicados numerosos estudios, entre los cuales destacaré, sin embargo, el último capítulo del estudio de HAMON, Ph.: *Imageries, littérature et image au XIXe siècle*, Paris, José Corti, 2001, pp. 271-305.

en las dos páginas del libro abierto y carentes de imágenes, el propio lector ha de dejar de leer solamente para «ver» o «figurarse», es decir, adoptar una postura de lector activo que participa en la elaboración del texto. Como lo recuerda Philippe Hamon:

«La imagen que se ve (una foto, una pintura, un diagrama, un mapa, una maqueta) es analógica, continua, simultánea, motivada, funciona mediante una semejanza más o menos grande con la cosa representada y requiere ser reconocida por un espectador, mientras que la imagen que se lee (una metáfora por ejemplo o una comparación) está hecha a partir de signos discretos, linearios, discontinuos, arbitrarios, que funcionan mediante diferencias internas dentro de un sistema y requiere ser entendida por un lector» (p. 275)²³.

La imagen, aquí definida, puede ser mirada sin que el espectador esté en la obligación de elaborar un significado, ligereza dada por la semejanza que ahorra más cavilaciones. En el momento de analizar el grabado de Ortega tendremos que tener en cuenta esta anotación, pero antes hemos de volver al texto de Alarcón con el que se enfrenta el lector. La cita, aunque larga, merece aparecer en toda su extensión para seguir aquellas mínimas variaciones que hacen pasar al lector de la lectura al espectáculo:

«Era el cuadro de mayor desolación que yo he visto nunca: sobrepujaba en horror al más angustioso naufragio (...) ¿Quiénes eran aquellos hombres?, ¿quién los echaría de menos?, ¿hacia qué sombras queridas tendieron los brazos al tiempo de morir?».

Al empezar esta descripción por la palabra «cuadro», el lector, acostumbrado a esta expresión lexical, no le hace mayor caso hasta llegar al término «naufragio», en la medida en que éste no corresponde con el contexto que nos ha sido presentado anteriormente: una matanza en tierra firme, si bien a la orilla del mar. Algo aquí revela que Alarcón compone su descripción siguiendo un modelo pictórico que probablemente sea el renombrado cuadro de Gericault *La balsa de la medusa*, compuesto en 1818-1819, cuya disposición y minuciosidad en la representación de los cuerpos demacrados, que conservan a pesar de todo su heroicidad, será frecuentemente imitada en la pintura

²³ La traducción es mía.

de historia española decimonónica²⁴. Así, a la realidad contemplada se viene a superponer un lienzo conocido, de forma que la descripción es a la vez descripción de un cuadro y de una realidad pasada por el filtro de la composición pictórica. *La balsa de la medusa* pertenece al género de la pintura de historia, género «nacional» entre todos, que fue respaldado y subvencionado por el Estado español a lo largo del siglo XIX y que mereció a los artistas que lo practicaban los mayores títulos y premios²⁵. Mencionando el «horror» de la escena, Alarcón integra una perspectiva romántica, en la que importa producir un estremecimiento en el espectador o el lector mediante el contraste entre atracción y repugnancia, movimientos contrarios en alternancia que imponen su ritmo a todo el texto citado y en particular en los cambios anímicos del narrador en el párrafo siguiente:

«Te lo he dicho: al acercarme a ellos, su pobre, miserable y selvático aspecto me hizo desconocerles como a adversarios dignos de una nación hidalga; pero luego, su fatal estrella, su menguado vivir y su fin trágico y desastroso movieron mi ánimo a la piedad (...) Después volví a ser cruel con su desgracia y procuré grabar en mi imaginación todos los accidentes de aquel patético cuadro, no viendo ya en él una catástrofe natural, sino un bello asunto para la pintura o para la estatuaria. Y he aquí las figuras que más vivamente me impresionaron».

La «selvatiquez» de los «moros» enfrentada a «la nación hidalga» expresa la herencia de unos tópicos vigentes desde los textos de Isidoro de Sevilla y que en este caso sirve para justificar la intervención española, presentada como ayuda a un pueblo «desastrado». En la alternancia entre «piedad» y «crueldad» sentida por Alarcón, la segunda propicia la descripción, al no considerar a los muertos más que como personajes de un cuadro, como «figuras». La expresión «grabar en mi memoria» cobra un matiz interesante en la medida en que Alarcón al redactar y enviar sus cartas desde Marruecos sabe que serán publicadas en parte por Gaspar y Roig en *El Museo Universal*, publicación periódica abundantemente ilustrada por grabados. Los

²⁴ Uno de los cuadros más conocidos, expuesto en la exposición nacional de Bellas Artes de 1862, fue el *Episodio de Trafalgar*, de Joaquín Sans y Cabot, barcelonés discípulo de Thomas Couture, que representa el naufragio del *Neptuno*.

²⁵ Se pueden consultar al respecto REYERO, C.: *La pintura de historia en España*, Madrid, Cátedra, 1989, o GARCÍA MELERO, J. E.: *Arte español de la ilustración y del siglo XIX*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1998.

elementos «grabados en la memoria» parecen poder pasar al grabado xilográfico más directamente aún, convidando una vez más al lector a «ver» más allá de su lectura y a pasar sin extrañarse del «cuadro de mayor desolación y horror» a «un bello asunto». Al final, Alarcón parece proponer asuntos para los pintores o los escultores de historia que recurrían con frecuencia a fuentes escritas como las historias de España. Al lector se le pide adoptar una mirada artística, una mirada de artista, aunque no por completo despojada de los prejuicios racistas de la época:

«Sorprendíome desde luego la variedad de tipos y aun de razas que se veía representada en cuarenta hombres segregados al acaso de un ejército no muy numeroso. La mayor parte eran indudablemente rifeños, a juzgar por sus pardos jaiques rayados de blanco; por sus cabezas afeitadas escrupulosamente, salvo un largo mechón que conservaban hacia el occipucio, como los chinos, y por sus fornidos miembros y atlética musculatura. Recuerdo de entre éstos a uno, joven y hermoso, cuya vestimenta, como la de casi todos sus compañeros, se reducía al largo jaique de descomunal capucha. Hallábase tendido en el mismo borde de las aguas: sus negríssimos ojos, aunque nublados para siempre, miraban aún enfurecidos, y su correcta y callosa mano, ennegrecida por la pólvora, se remontaba sobre su cabeza como si amenazase todavía. (...) Uno de sus pies conservaba una babucha redonda de cordován, y el otro, completamente descalzo, ostentaba la fortaleza del hierro y las finas proporciones de los pies del mediodía. Notábase, en fin, en todo aquel hombre medio desnudo, algo que recordaba los contornos graciosos y acerados de los caballos árabes. El arte antiguo le hubiera tomado para modelo de sus famosos gladiadores».

La descripción, después de repasar los elementos de la vestimenta y del peinado que permiten clasificar al «joven y hermoso», enfoca un elemento recortado, como en esos estudios de miembros realizados por los pintores para integrarlos en composiciones más importantes, el pie, un pie que corresponde a los criterios ideales de fuerza y fineza. El párrafo acaba con dos elementos que justifican que la mirada del narrador se haya detenido en este cadáver: «recordaba los contornos graciosos y acerados de los caballos árabes» y «famosos gladiadores». El hombre resulta tan interesante para la pintura como lo es el caballo árabe en este siglo XIX, y ahí están los cuadros de Géricault una vez más para servir de referencia. La animalización del marroquí significa su accesión a un estatuto privilegiado y explica que otra persona haya podido fijar su mirada en él y recordarlo!

Con el término «gladiadores» llegamos a la conclusión lógica del proceso de teatralización: lo que fue batalla encarnizada y sangrienta se ha convertido en diversión pública, en juegos circenses, lo que mantiene un vínculo con ilos caballos!

«En cambio de este elegante tipo, vi otro en quien todo era rudeza y ferocidad. Sus mismas barbas heridas le hacían parecer más horroroso; pues tenía deshecha la cabeza por un bayonetazo y los dos hombros ensangrentados por dos balas. Era de estatura colosal; chato como un tigre; con las rodillas más recias y nudosas que vi nunca en ser humano (...) y presentaba todos los perfiles y caracteres de una bestia sanguinaria. (...)

También recuerdo a un mulato, feo, cobrizo, imberbe, largo de brazos, semejante en todo a un ídolo egipcio.

(...) Allí encontré dos negros, el uno de ellos hermoso y reluciente como un cafre, y el otro deforme y parduzco como un hotentote: la verdadera casta mora se manifestaba en algunos por el trazo diagonal de las cejas y por la depresión de la nariz roma, así como la raza árabe se revelaba en otros por el noble perfil de sus semblantes ovalados, por la finura de sus músculos de acero y por la esbeltez de sus delgadas cinturas. Finalmente, según la opinión unánime de cuantos visitaron ayer aquel teatro de muerte, uno de los cadáveres parecía de europeo...» (p. 47)²⁶.

Con estas descripciones centradas en los «rasgos» y «perfiles» de algunos cadáveres vistos, Alarcón reanuda con uno de los géneros más «visuales» de la literatura científica de aquellos años: la fisiognomía, entremezclada con tópicos procedentes de una cultura visual «popular». El «mulato (...) largo de brazos» evoca en cualquier lector de la época las muchas caricaturas realizadas para publicaciones satíricas, nacidas con la guerra y desaparecidas con el final de la contienda, como *El Cañón Rayado*, en las que los marroquíes eran representados como monos que con ayuda de sus largos miembros trepaban por las fachadas. En cuanto al «negro hotentote» remite a los espectáculos de ferias o de vistas y demás galerías de monstruos y prodigios tan de moda por Europa. Recordemos a la mujer conocida como la Venus

²⁶ Quiero dejar establecida la diferencia entre esta descripción de Alarcón y otra sacada del libro de Evaristo Ventosa más abiertamente insultante: «Si la magia del colorido nos hubiera permitido completar la verdad de los expresivos rasgos de ese dibujo, habría aparecido en toda su asquerosa fealdad el sello de la incuria y de la desidia en la inculca y larga barba que completa el sombrío color del macilento rostro y la mugrienta piel de las manos, provistas abundantemente de aquella materia que sirve de arma ofensiva a ciertos cuadrúpedos» (p. 134).

hotentota que recorrió diferentes países, vendida varias veces a diferentes empresarios de circo.

Las descripciones de Alarcón solicitan tanto las representaciones pictóricas académicas, divulgadas por la fotografía y el grabado, como los espectáculos más populares, para que el lector español consiga «ver» lo que permanece fuera de su alcance por la distancia y que, por su ubicación, pertenece al exotismo. Así es que al volver la página 47 y encontrarse el lector con un grabado en el centro de la siguiente, intenta reconocer al cadáver representado o averiguar entre los diferentes descritos cuál será. El dibujante es Francisco Ortego, uno de los más famosos ilustradores, cuya agudeza compite con la pericia artística. Crea efectivamente un dibujo para defraudar al lector en su intento identificador: el muerto está representado de espaldas; ocultado su rostro, la pregunta del lector, ¿cuál de ellos será?, permanece sin respuesta. Esta estratagema de Ortego remite a uno de los problemas de la ilustración: sometida al texto carece de existencia propia, la lectura de la descripción la disuelve reduciéndola a mero referente, por así decirlo. Aquí la «ilustración» se hace reacia a cualquier rápida asimilación, el cadáver le «da la espalda» al espectador. Claro que podríamos afirmar que «reconocemos» al «joven hermoso» por la babucha, mas el dibujante entonces no sigue las indicaciones del texto, puesto que el pie descalzo cuyas proporciones estéticas eran enfatizadas por Alarcón pertenece aquí a un segundo plano mal acabado. La separación material del texto y «su» ilustración resulta significativa²⁷ de la distancia que media entre el escritor y el dibujante, comparable a la que media entre el gran cadáver y el rostro que aflora a la superficie cual si fuese una máscara.

Esta disyunción efectuada por el dibujante, su manera de rechazar a las claras el «reconocimiento», puede ser interpretada como una manera de poner en tela de juicio el texto producido por el que se autodenomina «testigo» de la guerra de África y que en este caso preciso es incapaz de mirar y describir sin interponer varios modelos pictóricos para que resulte una escena «estética» de amena variedad. Cada uno de los muertos descritos por Alarcón lleva una

²⁷ No afirmo que el escritor o el dibujante sean responsables de la ubicación de las ilustraciones, ya que la disposición de éstas en el conjunto de la obra sigue unas pautas palmarias: dos páginas ilustradas seguidas por dos páginas sin ilustración ritman la lectura y la vista, pero la frecuencia de las ilustraciones decae a partir de la página 105. Otra constante es el grabado rodeado de un halo blanco.

máscara o una careta: uno la de ídolo egipcio, otro la de bestia sanguinaria, ¡hasta lleva uno la de europeo! El intento, por parte del dibujante, de seguir escrupulosamente la descripción sería una manera de caer en la trampa del «espectáculo real», del «cuadro vivo», aunque lleno de cadáveres, tramado por Alarcón a base de «figúrate, lector». El muerto no tiene cara porque la suya ha sido ocultada en la descripción por otra más conveniente y la que flota parece la de un fantasma, casi imagen subliminal.

Leer es hablar palabras²⁸

El juego entablado por el dibujante con el lector presenta facetas muy diferentes, una de las más fascinantes consistiendo en la representación del momento de la lectura. Las dos ilustraciones siguientes forman parte de una serie publicada en 1867 por *Los Sucesos*, periódico ilustrado dirigido por Ángel Fernández de los Ríos, en el que colaboró Francisco Ortego, reconocido buen observador del género humano y ya afamado, como lo demuestra el tamaño de la tipografía en la que está impreso su nombre, caso excepcional para un dibujante. Antes de adentrarse en las imágenes conviene aclarar un tanto el contexto, puesto que el título general de la serie, «Influencia de los autógrafos en el sistema nervioso», remite a varias prácticas de moda por aquellos años.

En la década de los sesenta, las posibilidades técnicas de la imprenta permiten reproducir «manuscritos» para que se aprecien los distintos tipos de letra o «autógrafos» de escritores ilustres y menos ilustres como muestra más directa de su genio. Las publicaciones periódicas, por ejemplo *El Museo Universal*, *La Ilustración de Madrid*, o incluso *Los Niños*, destinada ésta a un público joven, multiplican, sin que se reduzcan a las firmas, los fragmentos autógrafos que vienen a completar los retratos escritos y dibujados de autores y héroes nacionales: Cervantes y Cristóbal Colón son los predilectos, pero tampoco faltan escritores coetáneos como el duque de Rivas o Zorrilla.

²⁸ Esta frase de Avendaño es citada por BOTREL, J.-F.: «Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX: el arte de leer», en *Bulletin Hispanique*, t. C, 2 (julio-diciembre de 1998), pp. 577-590.

LOS SUCESOS. 1867

INFLUENCIA DE LOS AUTÓGRAFOS EN EL SISTEMA NERVIOSO.
POR ORTIGO.



Cachibito mío.

Me mandame veinte y cinco dineros
que me quemaron y me faltó para
una posta
Está lejo que te espere para so-
nar pasquero tu. Boles



Cachibito. si tu me pidiere que
vaya a ver a tu mamá
de las tres cosas a la que yo quisiera

B / M
Cachibito

Por otra parte, el título evoca los estudios médicos, llevados a cabo en Francia por Duchenne de Boulogne, cuyos textos fueron traducidos por Pedro de Monlau, sobre la plasmación en el rostro de las emociones y la movilización de determinados músculos y nervios faciales. Las experiencias del científico francés fueron fotografiadas por él mismo y los clichés utilizados en la academia de Bellas Artes para renovar los tratados de pintura de las pasiones elaborados en el siglo XVII, y vueltos a considerar por Lavater en su tratado de fisiognomía. Ya lo vemos, el contexto en el que aparecen estos dibujos humorísticos es de lo más seriamente científico, pero a la vez artístico, al establecer ciertas reglas de representación del rostro humano.

El lector de *Los Sucesos* se halla frente a dos lectores, no de periódicos, sino de cartas, reproducidas como autógrafos justo debajo como si se tratara del pie de grabado. Al adoptar este dispositivo, Ortega invita al lector a mirar en un primer momento el dibujo y en un segundo momento a leer para interpretar el dibujo. El primer lector corresponde al tipo del burgués acomodado, su corpulencia, así como las sortijas y la vestimenta lo demuestran, de cierta edad, que con alegría lee la carta escrita por una mujer llamada «Lola» que encabeza su petición con un afectuoso «Chachito mío». Este tratamiento ya provoca una sonrisa en el lector de *Los Sucesos*, por la persona a la que se aplica el diminutivo «chachito» derivado de «muchacho». La autora de la carta no conoce la ortografía y escribe como habla, con el acento propio de las personas del pueblo o de los andaluces, que se puede encontrar remedado en más de una zarzuela o juguete teatral de la época: «Mándame beinte y sinco duros queme asen falta para una cosa. Asta lego que te espera para comer gaspacho tu Lola». Si «leer es hablar las palabras», se ha de suponer aquí una lectura con acento, teniendo en cuenta los lectores que no identifican ni las faltas de ortografía ni el acento, por escribir y hablar ellos también como Lola. A su vez el lector de *Los Sucesos* esboza una sonrisa al deletrear el autógrafo, adoptando entonces la misma actitud ¡que el burgués del dibujo! Hemos pasado del otro lado del espejo, puesto que mirando sólo el dibujo no vemos el texto de la carta, pero luego el leer el texto de la carta significa que no solamente hemos adoptado la actitud del burgués, sino que además ocupamos su lugar y puesto.

Y lo ocupamos el tiempo que nos quedemos sin elaborar el contexto de la pareja imagen-texto: a partir del momento en que nos

preguntemos ¿quién será Lola?, ¿por qué le pedirá dinero a «Chachito» si éste es su marido?, abarcamos el conjunto con la distancia que permite apreciar la gracia de la situación, cuyo humorismo nace del desfase entre una situación prosaica y un título solemne que parece anunciar observaciones científicas muy serias.

En la segunda ilustración, un hombre sorprendido por la lectura de la carta exclama o grita, los ojos muy abiertos; todo su cuerpo parece estar bajo la tensión del susto, lo que inmediatamente provoca en el lector de *Los Sucesos* la reacción de ir a buscar, quizá más rápidamente que en el ejemplo anterior, la clave en el contenido de la carta. Su lectura se ve dificultada por la letra del firmante, pero conseguimos deletrear: «Caballero, es V. un farsante y necesito beber su sangre. A las tres verán a V. mis padrinos. BSM Cascante». El tremendismo de la carta con la perspectiva de un duelo «vampiresco», el tono ceremonioso y ya algo anticuado en 1867 no corresponden en absoluto con la persona del lector, vestido modestamente como un obrero. El firmante se llama «Cascante», lo que refuerza la idea de muerte con el sentido coloquial de «casca» o «casarla». Más que de una carta parece tratarse de un fragmento de novela situada a principios de siglo y de intriga enrevesada.

Cualquier lectura, aunque sea la de un sencillísimo billete, produce reacciones físicas, emocionales, intelectuales y morales, baste recordar aquí los muchos tratados acerca del peligro que representan las novelas, cierto tipo de novelas, para las almas impresionables de las mujeres. Aunque sean aquí dos hombres los lectores, por lo que vemos también son «impresionados» por sus lecturas. El gozo del lector de *Los Sucesos* es doble en cierto modo, puesto que se le brinda la oportunidad de ocupar plenamente el lugar del lector, ofreciéndole además una suerte de espejo, y el del espectador con un dibujo y un texto, más bien con un texto que presenta a su vez la característica de ser a un tiempo texto y dibujo. «Lola» ha creado este grafismo que llama la atención y provoca en el lector la sonrisa de satisfacción de quien reconoce las faltas de ortografía. ¿De qué se sonreirá «Chachito»? ¿de la satisfacción de ser llamado con ese diminutivo o de las faltas?

Con estos viajes por los mundos de la lectura que nos han propuesto tres ilustraciones he querido recalcar algunos nexos que intervienen en el proceso de la lectura de un dibujo a partir del momento en que ha sido concebido como «ilustración» y no como elemento

icónico yuxtapuesto al texto. O sea, una imagen que interviene e interfiere en la elaboración del significado del texto, intentando modificar o recalcar o anular, la lista es larga, su impacto en la mente del lector-espectador. Se entenderá entonces que sólo haya recurrido a dibujos debidos al lápiz de grandes artistas como Múgica u Ortego, tan integrados en las redacciones de las muchas publicaciones periódicas en las que participaron que en su caso la expresión «diálogo entre texto e imagen» cobra su máximo sentido. Pese a someterse a las pautas dictadas por el escrito, inventan estos dibujantes un espacio de libertad en el que la imagen exige para sí misma, de parte del lector con el que juega, una lectura.

*Un palacio de libros en los trópicos:
metáforas, proyectos y la fundación
de la Biblioteca Nacional
en Río de Janeiro*

Nelson Schapochnik

Universidad de São Paulo (USP), Brasil

«Ainsi, le problème des bibliothèques se révèle-t-il un problème double: un problème d'espace d'abord, et ensuite un problème d'ordre».

Georges PEREC, «Notes brèves sur l'art et la manière de ranger ses livres», *Penser/Classer*.

Resumen: En este texto se analiza el proceso de creación y desarrollo de la Biblioteca Nacional en Río de Janeiro (Brasil). Dicho proceso se vio condicionado por diversos proyectos político-culturales que divergían a la hora de comprender la función y el uso social de la biblioteca. Partiendo de la idea de biblioteca real, entendida como emplazamiento reservado en el que se guardan los tesoros culturales vedados a la mayoría de la población, hasta el concepto de biblioteca nacional, asociado al Estado liberal, la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro ha conocido una interesante evolución como espacio de lectura que podemos conocer en este trabajo.

Palabras clave: libros, bibliotecas, cultura, lectores, lectura.

Abstract: Nelson Schapochnik studies the process of foundation and development of the National Library in Río de Janeiro. This process was determined by several political and cultural projects that defend different ideas about the function and the use of the library. The concept of royal library implied a building dedicated to the preservation of books, that were considered as cultural treasures. On the other hand, the idea

of national library was associated to the liberal political project, understanding books as a part of the inheritance of the nation.

Key words: books, libraries, culture, readers, reading.

El uso del término «palacio» para designar una biblioteca es recurrente en los informes de los funcionarios de la Biblioteca Nacional y en los registros memorialísticos consultados. Aparece como una metáfora preciosa para indicar el local donde se concentra y dispone un variopinto conjunto de saberes, materializado en forma de libros, grabados y manuscritos. Independientemente de su naturaleza, pública o privada, sagrada o profana, antigua o moderna, toda biblioteca presupone no sólo una categorización de los materiales allí encerrados, sino también una determinada organización espacial, en cierta manera anterior a la clasificación y disposición de aquel repertorio.

Espacio de lectura donde un lector silencioso busca satisfacer sus placeres egoístas o lugar en el que un grupo acompaña el ejercicio de descifrar un texto realizado por otros, la biblioteca es una construcción, una intervención sobre un territorio. Pero, sobre todo, es habitado por un mito avasallador:

«Babel y Alejandría son los dos polos fundamentales de este imaginario. Por un lado, el imperio de los signos con sus juegos de espejos y de *mise-en-abîme*, sus lazos hipertextuales que se desdobl原因 en laberintos escapando, al fin, de todo control intelectual: la biblioteca como metáfora del infinito, del tiempo inmóvil, de la inmensa sincronía de todas las palabras y pensamientos; ya formulados, con el riesgo de la pérdida del sentido y la referencia. Por otro, el incendio, la ruina, el olvido, la muerte: la biblioteca o la pesadilla de la destrucción, la obsesión por lo irremediable, la interrupción brutal de la transmisión»¹.

A pesar de estar integradas en el escenario cultural del siglo XVIII, las nuevas bases institucionales de la lectura implantadas en la ciudad de Río de Janeiro en las cuatro primeras décadas del siglo XIX tuvieron una existencia errante. Sometidas a sucesivos desplazamientos, las bibliotecas y los gabinetes de lectura ocuparon las más distintas instalaciones, que incluyeron desde las dependencias de un hospital (Biblioteca Pública) y habitaciones de hoteles (British Subscription

¹ JACOB, C.: «Préface», en BARATIN, M., y JACOB, C. (dirs.): *Le pouvoir des bibliothèques*, París, Albin Michel, 1996, p. 13.

Library), hasta residencias particulares (Gesellschaft Germânia, Gabinete Português de Leitura, Bibliotheca Fluminense, Biblioteca Pública), cuando no compartieron su edificio y sus funcionarios con otras instituciones (Biblioteca Municipal). Como se puede notar, las bibliotecas fueron adaptadas a espacios previamente forjados para otros usos, lo que generaba, de tiempo en tiempo, quejas generalizadas por parte de los administradores y funcionarios, que se veían obligados a empaquetar los libros y desmontar parte del mobiliario para después realizar la operación inversa, remodelando la biblioteca de acuerdo con las nuevas instalaciones.

El nomadismo de las bibliotecas se producía básicamente por dos motivos: los escasos recursos de que disponían, provenientes de suscriptores o de los cofres públicos, y la opción deliberada, siempre que era posible, por invertir para ampliar los fondos. Ahora bien, el vértigo suscitado por la ambición de adquirir más y más volúmenes imponía la necesidad de aumentar el espacio físico de la biblioteca, eso sin hablar de las decepciones y frustraciones producidas por la imposibilidad de reunir la memoria del mundo. En especial porque, con las nuevas tecnologías de la producción editorial implantadas en el siglo XIX y la multiplicación de títulos y ediciones, esa ampliación de fondos nunca tendría fin.

La mayor de todas, la Real Biblioteca, así denominada hasta 1822 y después Biblioteca Pública y Nacional, estuvo cerca de cuatro décadas comprimida en las antiguas dependencias de un anexo de la Iglesia do Carmo, donde funcionaba un hospital, desde la transferencia de la familia real portuguesa hacia Río de Janeiro, en 1808². Con todo, los relatos de los visitantes no mancillan la configuración espacial o arquitectónica de este establecimiento. Más bien todo lo contrario: enfatizaban la plena adecuación y el placer de las horas allí invertidas. Para Schlichthorst, que anduvo por la ciudad en los años veinte, la impresión que recibió fue ampliamente favorable:

«La Biblioteca Pública también es una reliquia de los tiempos del Rey. Es riquísima en historia eclesiástica y contiene genealogías de la hidalguía portuguesa y española. Todo se encuentra amontonado y sin orden sis-

² La instalación de la Real Biblioteca, fruto de la fusión de la Librería del Infantado y de la Librería Real en la ciudad de Río de Janeiro, solamente ocurrió en 1810. Para comprender la migración de la Librería Real portuguesa consúltese SCHWARCZ, L. M.: *A longa viagem da biblioteca dos reis*, São Paulo, Companhia das Letras, 2002.

temático. Se encuentran pocas obras modernas posteriores a 1815. Sólo existía un volumen del Viaje del Príncipe Neuwied. La Biblioteca está instalada en un edificio de la Iglesia do Carmo y es muy frecuentada, principalmente por frailes. Los pupitres para leer son cómodos. Hay en abundancia, lo mismo que tinta y papel, que están a mano. Es un placer pasar allí algunas horas»³.

El fragmento destaca la «numerosa» presencia de lectores, la rapidez del servicio bibliotecario, la conveniencia del mobiliario, las cualidades de la colección —marcada por el preciosismo en algunos casos y por la escasez de «obras modernas»—, pero también registra la mala disposición de los libros.

Algunos años más tarde, un capellán anglicano de nombre Robert Walsh, que acompañaba a lord Strangford en Brasil, anotó minuciosamente su visita a la Biblioteca Pública:

«... compuesta de 60.000 volúmenes de libros en todas las lenguas, antiguas y modernas, conteniendo ilustraciones, mapas y manuscritos. Pero es particularmente conocida debido a su colección de Biblias, mayor, tal vez, que cualquier otra en el mundo, y que ocupan una sección entera. Los libros están distribuidos en diversas salas, pero especialmente en dos salones; uno de ellos, de uso exclusivo de la familia imperial, y el otro abierto al público, que tiene libre acceso a todos los libros de la biblioteca.

Pasé gran parte de mi tiempo en esta noble casa, y no la considero inferior a ninguna otra similar en Europa, tanto en el tamaño cuanto en la amplitud de las instalaciones, a pesar de que el número de libros realmente pueda ser menor. Todas las personas son no sólo admitidas sin preguntas o averiguaciones, sino invitadas a entrar y ampliar sus conocimientos. El acceso a la biblioteca se hace a través de una enorme escalera de piedra, decorada con hermosas pinturas del Vaticano. La sala de lectura se encuentra en un espacioso salón con arcos que se extiende por todo el edificio y por donde circula constantemente una brisa proveniente de los amplios ventanales situados en las extremos. En este local, uno se sienta en una mesa alargada cubierta con un paño verde, equipada con escritorio y material para escribir, como ocurre en el Museo Británico. Hay varios bibliotecarios repartidos por todo el salón que atienden cualquier petición que se les haga. Reciben los periódicos de Río y las ciudades del interior todas las mañanas y esto, junto con el creciente gusto por la lectura, atrae a este lugar a muchos brasileños de todas las razas, que parecen no sólo divertirse

³ SCHLICHTHORST, C.: *O Rio de Janeiro como é (1824-26)*, Río de Janeiro, Getúlio Costa, s. d., p. 74.

mucho sino también sentirse bastante orgullosos del centro. La Biblioteca abre todos los días, excepto en fiestas, a partir de las nueve de la mañana, y no conozco ningún otro lugar donde sea posible soportar el calor de forma más agradable, o provechosa, que ese local fresco, silencioso y distinguido. Así, amigo mío, ¿no sería una gran injusticia condenar a los católicos como enemigos del saber? Aquí existe una noble y pública institución literaria, compuesta de libros sobre todos los asuntos, fundada por un monarca de convicción católica, y en un sistema mucho más liberal y menos restringido que cualquier institución similar en nuestro país protestante. Se mantiene con un presupuesto anual de cuatro mil cuatrocientos ochenta y cinco mil reis»⁴.

Aunque larga, la cita de Robert Walsh es muy significativa, pues describe y comenta el escenario desde el punto de vista de un extranjero protestante y culto, lo que le permite trazar afinidades y contrastes entre esta institución y las similares europeas que conocía. Walsh resalta la pluralidad de los artefactos textuales, la diversidad de las obras, la riqueza de algunas colecciones, la ausencia de impertinencias en el trato con el público, la disposición del mobiliario, el creciente gusto por la lectura, etc. Sin embargo, ninguna de las referencias parece aproximar el local a la condición de palacio, salvo la mención al salón reservado a la familia imperial.

Si, a ojos de los viajeros, la Biblioteca Pública cumplía plenamente su papel de «lugar de memoria»⁵, para Grandjean de Montigny las instalaciones de la institución no eran compatibles con la «*imago*» de la corte imperial. Ante la tradición portuguesa de construcción espontánea y las disputas por el control «artístico» de las obras públicas de la capital, el proyecto del profesor de arquitectura de la Academia Imperial de Bellas Artes ofrecía una solución monumental que enaltecía la ciudad y el Imperio. La diferencia de escala y de repertorio formal permitía establecer, de manera puntual, un contraste con los rasgos del paisaje de la ciudad colonial dominada por las iglesias y los conventos.

El trazado empleado por Montigny revela un gran palacio de rasgos neoclásicos, con soluciones arquitectónicas nítidamente palatinas. La fachada del edificio era bastante despejada, uniforme y

⁴ WALSH, R.: *Notícias do Brasil (1828-1829)*, Belo Horizonte-São Paulo, Itatiaia-Edusp, 1985, pp. 186-187.

⁵ Cfr. NORA, P.: «Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux», en *Le lieux de mémoire*, I, *La République*, París, Gallimard, 1989.

simétrica. Un pequeño juego de escaleras, ornamentado con dos alegorías, a la izquierda la *Filosofía* y a la derecha la *Poesía*, daba acceso al portón principal. En el cuerpo central de la fachada destacaba un pórtico jónico de seis columnas. En la planta superior resaltaba una *loggia* con hermas de aspecto griego, sustentando el marco de la puerta y simbolizando las musas. Aunque no estaban todas contempladas, pues si, por un lado, estaban presentes Urania (astrología), Clío (historia), Polimnia (pantomima), Terpsícore (danza), Talía (comedia) y Érato (poesía lírica), por otro lado, Calíope (poesía épica), Euterpe (música) y Melpómene (tragedia) no estaban allí representadas. En lo alto sobresalía una inmensa platibanda y, bajo la columnata del cuerpo central, un frontón exhibía el blasón imperial⁶.

Lamentablemente, la ausencia de las demás láminas impide una caracterización más minuciosa de este proyecto. De cualquier manera, conviene observar que la austeridad del piso inferior ciertamente haría difícil airear el ambiente y la difusión de la luz natural, lo que tal vez pudiese ser compensado por las ventanas dispuestas en el piso superior. Ahora bien, el aislamiento del edificio y la existencia de dos salidas laterales que daban acceso a amplios corredores, jardines y chafarises también podrían indicar una solución para los problemas aludidos. Súmese, además, que el riesgo asumido en el planteamiento del nuevo palacio de libros era perfectamente compatible con las condiciones técnicas y materiales disponibles, en aquel momento, en la corte imperial.

A pesar de que sea cuestionable la laguna en el panteón de las musas, el proyecto de Grandjean de Montigny para la Biblioteca Nacional fue presentado en la Exposición General de la Academia de Bellas Artes de 1842 y recibió una entusiasmada calificación por parte de su director, Félix Emilio Taunay. De acuerdo con el parecer de los miembros de la Academia:

«... una producción aparece con primacía visible entre todas; y la observación atenta confirma esta primera impresión: es el proyecto de la Biblioteca Imperial creado por el Profesor Grandjean de Montigny. Simplicidad y propiedad de carácter, solidez en la forma y elegancia en la decoración, disposición grandiosa y aspecto monumental, tales son las cualidades que elevan

⁶ MORALES DE LOS RÍOS, A.: *Grandjean de Montigny e a evolução da arte brasileira*, Río de Janeiro, A Noite, 1941, p. 255.

esta obra a la categoría de las más notables en su género. Este es el fundamento del voto que esta Academia se anima a expresar, que, a falta de un edificio aislado, adecuado a las necesidades de una biblioteca para la Capital, se eche mano de un riesgo tan grandioso y original. La Academia presume de sentir la convicción de que, con una designación semejante, atiende menos a la consideración de la persona que al interés general: al mismo tiempo, la realización física de una concepción sublime es la verdadera recompensa de su autor»⁷.

Un año después del parecer y el premio, el proyecto todavía no había sido puesto en práctica. Pero las láminas que reunían los diseños trazados por Montigny fueron nuevamente expuestas en la Exposición de 1843. En esta ocasión, el elogio partió del pintor Manoel Araújo Porto-Alegre, que envió a las páginas de la revista *Minerva Brasiliense* un artículo en el que enaltecía el trazo empleado en la representación del interior de la biblioteca, pero sobre todo alababa la firmeza y el ingenio del anciano:

«Este bello dibujo es una obra preciosa; hecho al estilo de los arquitectos, tiene una pureza de formas, una riqueza de ornamentos y una armonía de líneas que prueban con exuberancia la delicadeza de uno de los mayores diseñadores salidos de la escuela de los señores Percier y Fontaine. Feliz el mortal que a la edad del Sr. Grandjean pueda conservar una mano tan firme, y una frescura de colorido y ligereza de toque como se observa en aquel boceto: las irregularidades que el autor presenta de su planta son motivadas por no querer ocultar con una columnata el rico anfiteatro del fondo de la biblioteca»⁸.

Contrariando el parecer de Taunay, que afirmaba ser su realización el digno premio al proyecto, como también la supuesta sintonía entre el interés público y las potencialidades inherentes a la difusión de una amplia gama de saberes, la implantación del palacio no se realizó y la biblioteca permaneció en las viejas dependencias del antiguo Hospital.

No obstante el confinamiento de la Biblioteca Pública en su *locus* original, es posible reparar en un crecimiento de los fondos e indicios de un cierto esfuerzo de actualización, subrayándose así

⁷ Apud ARESTIZÁBAL, I. (dir.): *Grandjean de Montigny e o Rio de Janeiro*, Río de Janeiro, Indez, 1986, pp. 261-262.

⁸ PORTO-ALEGRE, M. A.: «Bellas Artes», en *Minerva Brasiliense*, vol. 1, 5 (1844), p. 151.

el carácter de una institución dedicada a la difusión filantrópica y educativa del saber, distinta, por tanto, del aspecto patrimonial y del perfil de espacio puramente de exhibición que caracterizaba la «biblioteca del príncipe»⁹.

Esta afirmación es corroborada por los registros de un napolitano que llegó a Río de Janeiro en los años cuarenta del siglo XIX. Las anotaciones de Eugenio Rodríguez reiteran impresiones ya divulgadas por otros viajeros, especialmente sobre la genealogía, la configuración espacial, la riqueza y la libertad de acceso a los fondos. Sin embargo, aparecía un matiz diferenciado que apuntaba a la actualización de una parcela de la colección cuando Rodríguez afirmaba que la institución estaba «abundantemente provista de libros modernos, sobre todo de literatura francesa»¹⁰.

En paralelo al enriquecimiento de los fondos y la desaparición de lagunas en las colecciones, el entonces bibliotecario Fray Camillo de Monserrate, que ocupaba el cargo de director de la institución en los años cincuenta, procuró introducir nuevas condiciones materiales que repercutirían en el ambiente del palacio de libros y en las prácticas de lectura allí realizadas.

Monserrate parecía tener muy claro lo que significaba leer en una biblioteca. Lugar de anhelos, de los sustitutos del deseo, una vez que allí se busca aquello que no se posee, se convierte en un espacio que se visita, pero no un espacio que se habita. Aun así, él se preocupaba del bienestar de los lectores, facilitándoles comodidades para las horas dedicadas a la lectura. En respuesta a la demanda del público, Monserrate solicitó la sustitución del tosco mobiliario, constituido por «taburetes de madera incómodos», por «sillas de mimbre», supuestamente más adecuadas a la disposición corpórea de los lectores. Esta asociación entre la actividad lectora y una determinada postura variaba dependiendo de la forma y la dimensión del material que se consultaba. Las condiciones de legibilidad y las posturas inherentes a la lectura, por ejemplo, de un libro *in-octavo*, formato de fácil manejo, que podría ser depositado sobre la mesa o mantenerse suspendido por las manos del lector, eran bastante

⁹ Sobre las mutaciones de las «bibliotecas de los príncipes» véase PETRUCCI, A.: «Bibliotecas y lectura: entre progreso y conservación», en *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona, Gedisa, 2000, pp. 284-285.

¹⁰ RODRÍGUEZ, E.: *Descrizione del viaggio a Rio de Janeiro*, Nápoles, Presso Caro Batelli e Comp., 1844, p. 69.

distintas de las exigidas para la lectura de volúmenes de grandes dimensiones. Monserrate no descuidó esta dimensión teatral de la lectura y reivindicó la necesidad de «poner al alcance de los lectores que consultan los libros *in-folio* unos prismas triangulares, para poder acercarse a estos volúmenes y facilitarles una actividad cómoda»¹¹.

Si el acceso a la Biblioteca Pública suponía lectores decentemente vestidos, conforme preconizaban los anuncios de la institución publicados en el *Almanack Laemmert*, las disposiciones del vestuario y objetos traídos por los lectores, exigidos en la costumbre social, se transformaban en obstáculos y creaban situaciones incómodas para el buen desempeño de la lectura. La incompatibilidad entre estas exigencias formales de apariencia y la necesidad de despojarse de algunas ropas para el acto de leer suscitó una solicitud puntual del director, la cual no estuvo exenta de un cierto toque de *humeur*:

«La orden de la Biblioteca parece exigir la confección de una percha para colgar en ella las armas, los bastones y los sombreros a la entrada del edificio: los paraguas llenan de agua las salas: las armas y los bastones perturban el silencio y pueden convertirse en instrumentos de riñas, incluso científicas»¹².

Después de implantar un vasto plan de mejoras, Monserrate se convenció de que el viejo edificio que albergaba la biblioteca era incompatible con las dimensiones de los fondos y de que las deplorables condiciones materiales exigían una urgente mudanza. Su deseo de ver la biblioteca ubicada en otro punto de la corte imperial fue transformándose gradualmente en una verdadera obsesión.

Al principio se pensó en el edificio del Asilo de Nossa Senhora do Parto; pero Monserrate se opuso. Después se sugirió el Cuartel de Bragança, reconstruido en 1854, mas juzgado por el director de la Biblioteca como no adecuado. Él, a su vez, indicó el edificio planteado por Grandjean de Montigny en la Rua do Passeio, esquina de las Marrecas, pero su petición no fue aprobada por el gobierno. Finalmente, el gobierno adquirió, en 1855, por un valor de 125.000 reis, el edificio neoclásico, de tres plantas, situado en el Largo da Lapa, número 48, frente al Passeio Público, perteneciente a João

¹¹ Informe del director de la Biblioteca Nacional, 6 de mayo de 1853, p. 3.

¹² *Ibid.*, p. 8.

Pereira da Rocha Vianna. La transferencia de los fondos requirió numerosos viajes de carrozas cargadas de libros a un costo de 10 reis, lo que fue objeto de críticas y reprimendas por parte de un indignado marqués de Olinda, secretario de Negocios del Imperio, instancia de la cual dependía la biblioteca.

Tras una larga reforma, la institución fue abierta al público el 5 de agosto de 1858. Desgraciadamente, la victoria fue parcial, pues la nueva biblioteca no disponía de gas canalizado, lo que limitaba la consulta pública al horario de 9 a 14 horas, en función de las condiciones naturales de luz. Estaba también desprovista de las muchas mejoras proyectadas por Monserrate y que no fueron llevadas a cabo, permaneciendo encerradas en los cajones de la Secretaría. Aunque más espaciosa, la configuración interna de la casa no había sido concebida según criterios estéticos o funcionales. La descripción de Moreira de Azevedo está caracterizada por una mezcla de sequedad y sarcasmo cuando afirmaba categóricamente: «No hay arquitectura, no hay elegancia en este edificio, nada tiene de bello ni de grandioso; es una casa construida para vivienda particular»¹³.

Por lo que se puede percibir hasta aquí, la pertinencia del término palacio para referirse a la Biblioteca Pública parece limitada. Dando crédito a las *Memórias sobre os edifícios da cidade do Rio de Janeiro*, de Moreira de Azevedo, la forma no se ajustaba a su contenido. Esta anomalía suscita otra posibilidad de significado, que no es de orden denotativo, pues no remite a la concreción de su configuración espacial o de algún trazo arquitectónico. Por el contrario, su uso puede ser justificado por la relación connotativa que ella establece, en cuanto indicio de riqueza y opulencia.

A pesar de sus rasgos de vivienda particular adaptada para recibir la copiosa colección de libros, manuscritos y grabados, la Biblioteca Pública poseía cualidades incuestionables. Según el prusiano Koseritz, que la visitó el día 7 de agosto de 1883, era un verdadero monumento:

«Quien se esfuerza en considerar como miserable todo lo que Brasil posee, no debe entrar en la Biblioteca Nacional, pues en ella encontrará un local que aproxima a Brasil a los mayores países de Europa. Hice hoy una visita a la Biblioteca y todavía estoy impresionado. La Biblioteca se encuentra en un gran edificio frente al Passeio Público. Es bastante espaciosa,

¹³ AZEVEDO, M.: *Panorama ou descrição dos principaes edifícios da cidade do Rio de Janeiro*, vol. 2, Rio de Janeiro, Typ. Paula Brito, 1861-1867, p. 232.

pero insuficiente para los fines y la abundancia de libros, pues la Biblioteca posee cerca de 150.000 volúmenes. En la entrada están las estatuas de Pedro I y Pedro II, y en una cavidad bajo la escalera el busto de Don Juan VI, que es buen merecedor de esta honra, pues lo que la Biblioteca posee de más costoso y raro lo trajo Don Juan con ocasión de su fuga para Brasil, en el año de 1806 (*sic*), habiendo permanecido aquí posteriormente. Portugal perdió así tesoros que son insustituibles. Fui recibido con la mayor gentileza por el Bibliotecario, consejero Saldanha da Gama, el Jefe de la sección, Teixeira de Meio, y el primer Oficial, doctor Fernandes de Oliveira, y estos señores me concedieron el honor de acompañarme durante toda la visita. La casa tiene cuatro plantas, tres de las cuales están ocupadas por los libros de tal suerte que cuando se sube la escalera ya estamos rodeados de ellos.

150.000 volúmenes, entre los cuales numerosos muy gruesos y de enorme formato, ocupan mucho espacio y llenan gran número de salas. En esta primera visita pude naturalmente ver apenas las mayores rarezas; para conseguir un golpe de vista general sobre todo serían necesarios varios meses. La dirección general, que trabaja mucho, ocupa la sala del medio; al lado se encuentra la sala de lectura, alargada, estrecha y un poco oscura, pues, como ya dije, la casa es demasiado pequeña. De todos los tesoros que vi en la travesía de estas salas sin fin citaré aquí solamente lo que encontré más raro e interesante. La Biblioteca posee, naturalmente, literatura de todos los países e idiomas y en materia de libros alemanes tiene verdaderas preciosidades (...) La sección histórica es absolutamente completa en lo que se refiere a Brasil y Portugal; para el estudio de la historia nacional allí se encuentran reunidas increíbles preciosidades, inclusive las más viejas cartas marítimas y mapas. Igualmente opulenta es la sección clásica en la cual se hallan centenas de incunables (libros impresos antes de 1520). Allí están ediciones de clásicos de todas las épocas, pertenecientes a los mayores países, dignos señores que hace siglos ya hicieron en la vida lo que tenían que hacer. También la sección de manuscritos posee muchos miles (hasta papiros romanos, griegos y egipcios). (...) Pero todo esto se desvanece ante la sala de rarezas excepcionales. Allí están dos ejemplares de la Biblia en la primera edición de Fust y Schoeffer, impresa en Maguncia en el año de 1456 (*sic*). De esta edición sólo existen treinta ejemplares en el mundo y de esos treinta la Biblioteca posee dos. Los ejemplares son absolutamente auténticos y datados de manera usual por Fust y Schoeffer. Y a pesar de esto pierden interés cuando vemos en el armario de vidrio los manuscritos de la Biblia y del Salterio. Son manuscritos de los siglos XI, XII y XIII, altamente impresionantes por la frescura de sus colores, la corrección de los diseños y la seguridad de la escritura. Los diseños son bonitos no sólo en los títulos y cabezas de capítulos, sino también en las iniciales iluminadas. Estos manuscritos de la Biblia hechos por los monjes no son muy raros en Europa, pero

pocas bibliotecas en el mundo poseerán un manuscrito como un ejemplar del siglo XII, existente en Río. (...) Otro manuscrito interesante es un salterio español (libro judío que data de 5306, o mejor, 1310 de nuestra era). Existen en total más de treinta Biblias, Salterios, etc., con admirables diseños. Se ve también la primera edición de los *Lusíadas* de Camões, así como la gran edición de lujo, conmemorativa del último centenario del gran poeta. (...) La reunión de documentos manuscritos e impresos es de una gran importancia histórica y debe interesar considerablemente a los investigadores. (...) La Biblioteca posee también una rica colección de monedas que está siendo justamente completada. (...) Dedicaré un artículo especial a los grabados en madera y los aguafuertes de la Biblioteca, de tan importantes que me parecieren»¹⁴.

La advertencia inicial ya da una clave para la lectura del texto: la biblioteca es el revés de la imagen que se hacía de la *terra brasilis*. O, en otro tono, el imperio brasileño no se parecía en nada a la biblioteca que poseía! El relato testimonial de Koseritz refuerza la legitimidad del uso de la metáfora palacio, puesto que la Biblioteca Pública reunía un tesoro polivalente cuya preciosidad era traducida por una narración puntuada con repetidas expresiones que indicaban cantidad («centenas», «millares», «abundancia») y cualidad («costoso», «raro», «precioso», «lujo», «opulenta», «tesoro», «primera edición»). Éstas agregaban al caserón índices de riqueza material y simbólica que dejaban estupefacto al narrador a cada nueva dependencia visitada. Incluso aturdido por el recorrido a través de salas abarrotadas de objetos seductores, Koseritz no dejó de destacar la estulticia de las instalaciones: «La casa tiene cuatro plantas, tres de las cuales están ocupadas por los libros de tal suerte que cuando se sube la escalera ya estamos rodeados de ellos», «la sala de lectura, alargada, estrecha y un poco oscura, pues, como ya dije, la casa es demasiado pequeña». A pesar de la limitación espacial de la institución, la Biblioteca ya disponía de un sistema de gas canalizado que permitía la ampliación del horario de consulta, presentando también una organización en salas especiales o «secciones» (manuscritos, obras raras, numismática, grabados) que revelan la complejidad de los fondos allí reunidos.

Fue en esa manzana donde se discutió la necesidad de construir una nueva sede específicamente planeada para albergar la biblioteca,

¹⁴ KOSERITZ, C.: *Imagens do Brasil*, Belo Horizonte-São Paulo, Itatiaia-Edusp, 1980, pp. 140-143.

ahora, más que nunca, abarrotada con las nuevas incorporaciones, con el desarrollo de la producción editorial y con la generalización de la práctica del depósito legal.

Después de sucesivas quejas de los directores de la Biblioteca y de reformas paliativas en el viejo caserón de la Rua do Passeio, fue lanzada en el año de 1883 una convocatoria que anunciaba la realización de un concurso público para edificar nuevas instalaciones que reunirían la Biblioteca Nacional, el Archivo Público y, además, salas de conferencias. La selección del proyecto sería atribución del ministro del Imperio, que acataría el parecer de una comisión compuesta por el bibliotecario de la Biblioteca Nacional, el director del Archivo Público y tres ingenieros, quedando establecido el premio de 10.000 y 4.000 reis para el primer y el segundo lugar, respectivamente. De acuerdo con las especificaciones, el proyecto debería incluir las respectivas plantas (general, fachada principal y lateral, corte longitudinal y transversal), un informe descriptivo y un presupuesto que no podría exceder la cuantía de un millón de reis¹⁵.

Cabe recalcar que el proyecto debería contemplar algunos aspectos detallados en la convocatoria, a saber:

«III. La Biblioteca tendrá tres secciones: una destinada a los impresos, con capacidad para 500.000 volúmenes, en comunicación con las dos subsecciones de cartas geográficas y medallas; otra destinada a los manuscritos, y la última a estampas, cada una de estas en salones diferentes.

IV. El edificio para el Archivo Público tendrá cuatro secciones, una destinada a la parte administrativa, en salones de vastas dimensiones; otra a la parte histórica; otra a la parte legislativa; y la última a la parte judicial, cada una de ellas en un salón.

V. El edificio para las conferencias científicas y literarias, y las sesiones de sociedades de la misma naturaleza, tendrá los salones necesarios y apropiados para este fin»¹⁶.

El resultado del concurso fue divulgado en 1885, y la comisión indicó como vencedora la propuesta del ingeniero y arquitecto parisino

¹⁵ «Bases do concurso para um projeto de edificio destinado à Bibliotheca Nacional, Archivo Público do Império e salas de conferências, sessões científicas e litterárias», en anexo E del *Relatório apresentado à Assembléia Geral Legislativa na 3ª sessão da 18ª legislatura pelo Ministro e Secretário de Estado dos Negócios do Império Pedro Leão Velloso*, 1883, pp. 1-3.

¹⁶ *Ibid.*, p. 2.

Auguste Sauvage, seguida por el proyecto del también ingeniero y arquitecto Francisco de Azevedo Monteiro Caminhoá, residente en Río de Janeiro. Curiosamente, la realización del proyecto para la biblioteca, una vez más, no se consumó. Con todo, las plantas trazadas por Sauvage acabaron por integrar la colección publicitaria reunida en el pabellón brasileño de la Exposición Universal de 1889, realizada en París. Rodeado de un raudal de productos tropicales, de fotografías que servían para dar a conocer la inmigración europea y de objetos indígenas cuidadosamente seleccionados por su carácter exótico y pintoresco, figuraba el proyecto para la institución.

Todavía en la coyuntura de fin de siglo, la Biblioteca Pública fue beneficiaria de los actos voluntariosos de individuos que donaron diversas obras y manuscritos o, incluso, por la adquisición e incorporación de bibliotecas privadas e institucionales que contribuyeron a la manutención de un aura palaciega para el espacio. Pero, sin duda, la más compleja y numerosa colección que fue integrada a sus fondos fue el expolio de la biblioteca imperial, a la que el viejo monarca se empeñó en ponerle el nombre de su esposa, Theresa Cristina, y en la que constaban manuscritos, fotografías, grabados y 43.236 volúmenes encuadernados y cartillas¹⁷.

Con el triunfo de los republicanos en 1889, la Biblioteca Nacional pasó a la órbita del Ministerio de Justicia y Negocios Interiores. Esta nueva dependencia no interfirió en el día a día de la institución, una vez que los problemas vividos por los administradores y funcionarios no fueron aliviados. Desde la perspectiva del director, además de lo exiguo del espacio y del riesgo de incendio, la Biblioteca carecía de recursos para la encuadernación de las colecciones o para llenar las lagunas en la sección de periódicos. Para los funcionarios, las pagas seguían siendo irrisorias, y la instalación de iluminación

¹⁷ Cfr. ALMEIDA, P.: *Biblioteca Nacional. Resumo histórico*, Río de Janeiro, Typ. Leuzinger, 1897. Véase también MAURICÉA FILHO, A.: *Ramiz Galvão: O Barão de Ramiz (1846-1938)*, Río de Janeiro, INL, 1973. La abdicación del emperador Pedro II, que se deshizo de su preciosa biblioteca cuando fue forzado al exilio por los republicanos, generó expresiones indignadas de un viejo partidario de la monarquía: «¡Qué contraste! Al tiempo que el Congreso discutía si la Nación debía, como atenuante de crudísima injusticia, enviar al más ilustre de los exiliados que algún día hubo 120.000 reis anuales, cedía él a esta Nación su biblioteca, más de dos millones de reis icon el mayor desprendimiento, la más admirable generosidad y espontaneidad!» (TAUNAY, V.: «Na bibliotheca do imperador», en *Homens e cousas do Império*, São Paulo, Melhoramentos, 1924, p. 135).

eléctrica en sus dependencias, permitiendo la ampliación del horario de visita de las 8 a las 21 horas, no tuvo como contrapartida la contratación de nuevos trabajadores (cuando no disminuyó, en función de bajas o transferencias). Sin embargo, un hecho es incuestionable, el flujo de usuarios y el número de obras consultadas en la sección de impresos aumentó considerablemente, como se puede observar en la siguiente tabla:

<i>Año</i>	<i>Usuarios</i>	<i>Obras consultadas</i>
1893	9.950	12.691
1894	10.375	13.116
1895	14.047	17.317
1896	16.052	20.055
1897	16.877	22.475
1898	19.625	25.711
1899	19.668	26.673
1900	20.385	26.766
1901	25.281	35.020

La paradójica situación de la institución fue objeto de sucesivos mensajes de Manuel Cícero Peregrino da Silva, entonces director de la Biblioteca Nacional, dirigidas al «ciudadano» ministro de Justicia, conforme la jerga republicana de nítida inspiración positivista. De acuerdo con el informe del año de 1902, la precariedad de las instalaciones del edificio de la Rua do Passeio era incompatible con «el mayor tesoro bibliográfico de América Latina». El director argumentaba también que las posibilidades de reorganización del espacio interno estaban agotadas, a pesar de que se hubiesen realizado algunas reformas y medidas paliativas, incluyéndose en este apartado el alargamiento de las estanterías hasta el techo, la transformación de corredores y galerías en salas y el traslado de parte de la colección a la antigua residencia del bibliotecario. El resultado inmediato fue el de un ambiente completamente saturado de estantes repletos de libros, «dificultando el tránsito del personal y el libre paso del aire».

La petición no sólo surtió efecto, sino que suscitó una estrategia victoriosa de movilización y convencimiento de los miembros de la Comisión de Presupuestos de la Cámara de los Diputados, que se sensibilizaron, después de visitar el espacio, con la calamitosa situación de la Biblioteca y decidieron comprometerse con la aprobación de los recursos necesarios para darle un nuevo proyecto a la institución.

Inicialmente, fue considerada la instalación de la nueva biblioteca al lado del Archivo, en la Rua Visconde do Rio Branco, cerca de la Praça da Republica. Sin embargo, la idea fue abandonada por el inconveniente de perjudicar las zonas de expansión de los edificios en la red urbana local. Le fue entonces reservado un terreno, que ocupaba una manzana, en la Avenida Central. Fruto de un urbanismo de inspiración haussmaniana, esta nueva arteria pasó a concentrar, a partir de su inauguración en 1905, un conjunto arquitectónico ecléctico compuesto de edificios públicos, sedes de los principales diarios cariocas y de las tiendas más refinadas. El lugar reservado para el futuro monumental palacio de libros no fue nada aleatorio, pues estaba situado al lado del Museo de Bellas Artes, en la diagonal del Teatro Municipal y lindando con el Palacio Monroe. De esta forma, quedaba patente que el nuevo espacio era parte de la escenografía que trataba de arraigar la imagen civilizada de los grupos dirigentes y de la ciudad remodelada como *imago* de la modernidad¹⁸. Por decisión del ministro J. J. Seabra, los recursos para la construcción fueron incluidos en el presupuesto y el proyecto fue confiado al ingeniero general Francisco Marcelino de Souza Aguiar, conocido por la construcción del Cuartel Central dos Bombeiros y de los Pabellones brasileños en las Exposiciones de México y San Luis (1904).

El historiador de la arquitectura brasileña Paulo F. Santos registra en el estudio introductorio al *Album da Avenida Central*, libro que reúne las plantas y proyectos de los edificios aprobados por el ayuntamiento para ser construidos en la nueva avenida, que el partido adoptado por Souza Aguiar estaba totalmente calcado del plano del arquitecto francés Hector Pepin, cuyo proyecto comprendía:

¹⁸ Sobre las reformas urbanas en Río de Janeiro a inicios del siglo XX y sus consecuencias en el día a día de la población, véase SEVCENKO, N.: *Literatura como missão*, São Paulo, Brasiliense, 1982, y «A capital irradiante: técnica, ritmos e ritos do Rio», en *História da Vida Privada no Brasil*, vol. 3, São Paulo, Companhia das Letras, 1998; NEEDEL, J. D.: *Belle Époque tropical*, São Paulo, Companhia das Letras, 1993.

«1.^{er} Étage, Plan du Sous-Sol, Façade, Installation du Service Pneumatique de Depeche de la Salle de Lecture à la Bibliothèque». Santos resalta, además, que

«el diseño de Pepin muestra que no se trataba de un simple estudio, o incluso de un ante-proyecto, sino de un proyecto definitivo, única hipótesis para que el proyectista llegase a tales detalles. La estructura era semejante a la de los demás edificios de la Avenida: paredes perimetrales de ladrillo y forjado de hierro. Había indicaciones precisas de cada pilar: cuatro cantoneras con chapas intermediarias, pareciendo haber sido deducidas por medio de cálculos estáticos. En cuanto a la fachada del proyecto francés, que también sirvió de inspiración al proyecto ejecutado, se liga, como en toda la Avenida Central, al eclecticismo internacional»¹⁹.

La aclaración de este caso de apropiación, que en realidad fue un procedimiento empleado en la mayoría de las edificaciones construidas en la Avenida Central y en la reforma de la ciudad de Río de Janeiro de aquel periodo, la proporciona el arquitecto Lúcio Costa. Éste explica que era práctica de los estudios brasileños encomendar y comprar proyectos originalmente formulados en Francia para, posteriormente, ser transplantados y adaptados a las condiciones técnicas y artísticas disponibles en Brasil. La propiedad intelectual pasaba, entonces, a ser atribuida al estudio que había adquirido el proyecto y materializado posteriormente²⁰.

Lo que resulta evidente en este proyecto es su capacidad de mezclar un lenguaje compositivo de cierta manera severo, juntando además elementos decorativos de clara inspiración clásica o académica con técnicas constructivas modernas. La solución historicista, presente en el interior y exterior del edificio de rasgos neo-renacentistas, parecía corresponder a una ingeniosa filiación de la cultura racional moderna, identificada con el orden de los saberes de los cuales la Biblioteca era portadora, y a los dictámenes de la joven República, que se contraponía al arcaísmo de la sociedad imperial.

¹⁹ SANTOS, P. F.: «Arquitetura e urbanismo na Avenida Central», en FERREZ, M.: *O álbum da Avenida Central*, São Paulo, Ex-Libris, 1983, p. 39.

²⁰ Cfr. «Parecer: Biblioteca Nacional. Río de Janeiro, 11 de mayo de 1984», en PESSOA, J. (org.): *Lúcio Costa: Documentos de trabalho*, Río de Janeiro, Iphan, 1999, pp. 288-290. Este mismo tipo de equivocación a la hora de atribuir una autoría también puede ser observado en el caso del Teatro Municipal de Río de Janeiro: el vencedor del concurso para la construcción del edificio fue el ingeniero Francisco de Oliveira Passos, aunque el proyecto había sido adquirido en París.

El 15 de agosto de 1905 era colocada la primera piedra del imponente edificio, consagración de la cultura de las letras y monumento enseña de los nuevos tiempos. La fiesta que se realizó contó con la presencia del entonces presidente de la República, Rodrigues Alves, y de toda la cúpula del gobierno. El acta de conmemoración, especialmente diseñada por el pintor Rodolfo de Amoedo y grabada en aguafuerte por Modesto Brocos, fue distribuida a las personas más importantes, junto con una medalla conmemorativa, de autoría de Augusto Girardet²¹.

Con motivo de esta ocasión, el escritor João do Rio aludía, en la crónica «Hora de la biblioteca», al encuentro que mantuvo con un caballero que le daba la noticia, lleno de satisfacción: «Al final, amigo mío, la Biblioteca va a tener un extraordinario palacio, ¡ya llevan gastados cinco mil contos! Nuestra pobre preciosidad está metida en tal desbarajuste, con el personal enfadado entre sí, la confusión de los catálogos, la confusión de los estantes, la confusión de los lectores, que sólo la mudanza la salvará»²². El encuentro fortuito suscitó en el narrador el deseo de «recordar viejos tiempos en aquel lugar donde yo pasara hace unos años una época de voraz y oscura lectura».

Tras comentar la ausencia de público en las secciones de numismática y de estampas, y de registrar la presencia de «algún que otro historiador, algún que otro curioso que leía trechos de la vida oculta de los reyes portugueses y cotejaba unos mapas» en la sección de manuscritos, el cronista realiza consideraciones sobre la intermitencia de los grupos de estudiantes. Todavía siguiendo al cronista, las mesas de la sección de impresos, en el periodo de las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, horario inicial del *footing* por la Rua do Ouvidor, «se llenan de una sociedad más o menos ruidosa, que se levanta cada poco a beber agua, lavarse las manos y fumar en ciertos retiros que facilitan necesidades urgentes».

João do Rio, con su trazo documental, dice haber consultado durante tres años las fichas de esos usuarios, y «noventa y nueve veces de cada cien, leía *Física*, de Ganot; *Geometría*, de F. I. C.; *Química*, de Langlebert, en la primera ficha, y, en las otras: *La Reina*

²¹ Cfr. *Anais da Biblioteca Nacional*, vol. 33, Río de Janeiro, 1911, p. 395.

²² Río, J.: «Horas na Biblioteca», en *Cinematographo*, Oporto, Chardron, 1909, p. 249.

Margot, *Los Tres Mosqueteros*, *El Guaraní*, *Los Fantoques de Madame Diabo*, *Lucíola*, *Nana*»²³. De cierta forma, su relato confirmaba la desolación de los administradores de la Biblioteca, que deseaban un público compuesto por intelectuales y se encontraban con estudiantes de secundaria que no pestañeaban a la hora de cambiar las lecturas escolares por el deleite suscitado por las novelas y la literatura de evasión.

Además del público escolar cautivo, el narrador se fija en la presencia de «tipos interesantísimos», una rica comunidad de lectores distinguidos por un cierto número de caracteres que informan sobre algunas de las prácticas de lectura y escritura realizadas en la Biblioteca²⁴. En este contexto de experiencias figuraban escritores de cartas apasionados que se servían de la tinta y el papel cedidos gratuitamente por la institución; anotadores compulsivos; eruditos «que ped[ía]n libros ilegibles hace siglos»; poetas que solicitaban su propio libro, proclamando a pleno pulmón que se trataba de una obra muy buscada; usuarios a los que les sonaba el nombre del autor pero no sabían el título de sus obras.

João do Rio cerraba su crónica con una anécdota curiosa, valiéndose de un estereotipo que, bien o mal, ilustra los desencuentros y vicisitudes entre los lectores y los funcionarios de la Biblioteca:

«He de recordar siempre que una vez, habiendo subido a la sala pública, me encontré con cierto joven de gafas discutiendo furioso con un auxiliar de densos bigotes.

El auxiliar decía, golpeando la ficha:

—¿Cómo quiere usted que yo sepa lo que desea, si escribe Larousse en dos palabras y sin una s? ¿Cómo quiere que yo descubra a Larousse en La Buse?

—Fue un lapsus, un claro lapsus —gritaba el jovencito. Y de repente:

—Bueno, pues ya no quiero más Larousse, quiero Hugo, *Chatiments* de Hugo.

Alrededor ya se habían ido juntando los curiosos y esperábamos la conclusión de la escena, como en el teatro. (...)

—No tenemos.

—No es posible. No tener los *Chatiments* del gran Hugo, de Víctor Hugo...

²³ *Ibid.*, p. 251.

²⁴ El término «carácter» entendido como elemento individualizador e identificador de una persona fue tomado de CANETTI, E.: *O todo-ouvidos*, Río de Janeiro, Espaço e Tempo, 1989.

—¡Así que con ésas! Usted comienza a ser impertinente. ¿Duda? Pues venga a ver...

El joven se abalanzó, metió la nariz en el fichero y la sala vibró inmediatamente con su voz violenta:

—¡Claro! ¡Tengo o no tengo razón! Usted estaba buscando Victor Hugo en la letra U...»²⁵.

Durante cuatro años, los ingenieros Napoleão Muniz Freire y Alberto de Faria siguieron de cerca la materialización del proyecto del palacio de ímpetu ecléctico que mezclaba elementos neoclásicos y soluciones inspiradas en la estética *art nouveau*. Las diversas etapas de la obra, desde los cimientos y el montaje de las estructuras de acero empleadas para dar solidez y sustento al edificio, los trabajos de albañilería y cantería, y también el acabamiento y la ornamentación fueron captados y eternizados por las lentes de Augustu Malta, fotógrafo oficial de la gestión Pereira Passos.

Al término de los trabajos resplandecía el imponente edificio de cinco plantas, proyectado inicialmente para acoger «un millón de libros impresos y toda la colección de manuscritos, estampas, colección numismática, etc.». En el centro de la fachada principal, un gran pórtico, sustentado por seis columnas corintias, era coronado por un frontón triangular de bronce, con la figura de la República flanqueada por las alegorías de la *Prensa*, la *Bibliografía*, la *Paleografía*, la *Cartografía*, la *Iconografía* y la *Numismática*. El conjunto, en relieve, fue ejecutado siguiendo la maqueta de Modesto Brocos, profesor de la Escuela de Bellas Artes. A lo largo de la fachada del edificio, grandes ventanas, guarnecidas con vidrios biselados, exhibían el emblema de la República, ofreciendo iluminación y ventilación. Todavía en la entrada, tres inmensos portones de bronce dan acceso al vestíbulo y, a continuación, un inmenso recibidor donde destacan la columnata toscana, la balaustrada de mármol, las frisas decoradas y los candelabros. Al fondo estaba la escalinata con verjas de protección en bronce con motivos florales y barandilla en latón dorado. Finalmente, en lo alto, una inmensa claraboya con cristales coloridos parecía estar sustentada por doce cariátides de yeso. El espacio interno del edificio fue dividido en varias salas, que pasarían a albergar las distintas secciones de la colección y el servicio técnico-administrativo, separadas todas ellas por paredes divisorias de madera y vidrio.

²⁵ Río, J.: *op. cit.*, pp. 256-257.

Todavía antes de la inauguración de las nuevas instalaciones, el director informaba al ministro de Justicia sobre el pedido de paneles decorativos para el salón de lectura y la respectiva galería:

«Se hicieron cuatro paneles en el salón y dos en la galería, donde terminaron faltando otros dos encargados al reputado artista Henrique Berardelli que no los pudo hacer a tiempo. Los que forman la serie del salón representan la *Imaginación*, la *Observación*, la *Reflexión* y la *Memoria*, y son de Modesto Brocos los dos primeros y de Rodolpho Amoedo los dos últimos. Los que hicieron en la galería son del pincel de Elyseu Visconti y representan la *Solidaridad Humana* y el *Progreso*. Estas decoraciones fueron pintadas sobre tela que fue pegada a la pared. Seleccioné los temas que me parecieron adecuados y a los artistas, considerados de los más competentes, confié su interpretación»²⁶.

Si, de hecho, la obra requirió los mejores esfuerzos por buscar un estilo que reverenciaba al pasado y que podría producir un efecto edificante sobre los futuros usuarios, la organización de la Biblioteca tampoco dejaba de ser un elogio a la modernidad y la tecnología. El informe del director detalla toda esta parafernalia incorporada a la Biblioteca, destacando el mobiliario encomendado a la Art Metal Construction Compay (Jamestown, Nueva York) y a la Van Dorn Iron Works Company (Cleveland, Ohio), formado por estantes de varios tipos, mostradores y arcas resistentes al fuego y a la acción nefasta de seres bibliófagos; una «máquina de limpieza al vacío»; un «aparato transportador de libros (*book-carrier*)», que permitiría mayor rapidez en el traslado de los libros de los depósitos al salón de lectura; un sistema interno de envío de los formularios de solicitud de consulta por medio de tubos neumáticos, lo que exigió la instalación de un compresor de aire y la adquisición de «18 aparatos telefónicos Ericsson y un centro de 30 líneas para la red interna de la Biblioteca»²⁷.

El día 29 de octubre de 1910, en una ceremonia que marcó la inauguración del nuevo edificio y el centenario de la institución, el director de la Biblioteca Nacional, Manuel Cícero Peregrino da Silva, acompañado por el presidente de la República, Nilo Peçanha, y el ministro de Justicia, Emeraldino Bandeira, abrió las puertas del

²⁶ «Relatório do Diretor em 1910», en *Anais da Biblioteca Nacional*, vol. 33, Río de Janeiro, 1911, p. 389.

²⁷ *Ibid.*, pp. 387-390.

«palacio de libros». Cupo al director el discurso oficial, que enfatizaba la magnitud del acontecimiento:

«Coronación de la gigantesca empresa que a 15 de Agosto de 1905 comenzó a ser ejecutada, la fiesta de hoy es la confirmación de mi pronóstico entonces expresado. La primera piedra colocada en aquella fecha, que resultó memorable, se transformó prodigiosamente en un magnífico palacio, sin que fuese alterado su primitivo destino.

Se esbozaba entonces la victoria de una causa noble y altruista. Era el prólogo de otra obra colosal, a cuyo epílogo estamos asistiendo en este momento.

El triunfo es ahora completo.

Es finalmente una resplandeciente realidad la instalación de la Biblioteca Nacional en un edificio para ella construido, aislado, vasto, incombustible, apropiado»²⁸.

El acontecimiento recibió amplia cobertura de la prensa carioca, que, de manera unánime, destacaba la presencia de autoridades nacionales y de representantes de las delegaciones extranjeras en aquel espacio que albergaba la memoria de la cultura literata enmarcada en un edificio que dignificaba a la sociedad brasileña²⁹.

Desafinando del coro de los advenedizos que, cegados por las proyecciones grandiosas del centro remodelado, se mostraban exultantes ante la suntuosa nueva sede de la Biblioteca Nacional, el escritor Lima Barreto señaló, desde un punto de vista bastante personal, los efectos perturbadores despertados por la monumentalidad del edificio entre sus habituales lectores y usuarios. El tono engolado empleado por este desterrado de la *Belle Époque* hacía explícitas algunas de las aporías del programa republicano, especialmente la falacia entre los límites de la ciudadanía y el restrictivo acceso al mundo de las letras:

«Poco frecuento la Biblioteca Nacional, sobre todo después de que se mudó para la avenida y ocupó un palacio americano. Mi alma de bandido tímido, cuando veo esos monumentos, los observa, tal vez, un poco, como

²⁸ *Ibid.*, pp. 393-394.

²⁹ Cfr. «A inauguração de hoje, Bibliotheca Nacional», en *Jornal do Brasil*, 29 de octubre de 1910, p. 5; «Inaugura-se hoje o edifício da Bibliotheca Nacional na Avenida», en *Correio da Manhã*, 29 de octubre de 1910, p. 3; «Bibliotheca Nacional», en *O Paiz*, 30 de octubre de 1910, p. 3; «Bibliotheca Nacional», en *Jornal do Commercio*, 30 de octubre de 1910, p. 5.

un burro; pero, por encima de todo, como una persona que se asombra de admiración ante lujos innecesarios. (...) El Estado tiene curiosas concepciones, y esta de albergar una casa de instrucción, destinada a los pobres diablos, en un palacio intimidante, es de las más curiosas... ¿cómo es que el Estado quiere que los mal vestidos, los tristes, los que no tienen libros caros, los harapientos avancen por escalinatas suntuosas para consultar una obra rara? La vieja biblioteca era mejor, más accesible, más acogedora, y no tenía la petulancia de la actual. Pero, incluso así, amo la biblioteca y, si no voy, la sigo por las noticias»³⁰.

³⁰ BARRETO, L.: «A Biblioteca», en *Obras completas*, vol. XII, São Paulo, Brasiliense, 1956, pp. 37-38. Originalmente, este artículo fue publicado en el *Correio da Noite*, Río de Janeiro, 13 de enero de 1915.

Bibliotecas ideales en la prensa neogranadina (Colombia, mitad del siglo XIX)

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Universidad Nacional de Colombia

«Si se suprimiesen los periódicos el *spleen* se apoderaría de todos, la sociedad moderna se moriría de tedio»¹.

Resumen: Este trabajo presenta las propuestas de bibliotecas ejemplares por los periódicos de Colombia a mediados del siglo XIX, induciendo al lector a asumir gustos y actitudes orientadas a configurar un discurso nacional. Se estudia cómo buscaron dirigir lecturas con bibliotecas ideales a partir de dos espacios: textos publicados en los mismos periódicos y otras rutas que remitían, a través de avisos publicitarios, a otras lecturas posibles con la misma finalidad, presentándose como portadores de la autoridad de la palabra y de la selección de libros.

Palabras clave: prensa, lectores, lectura, bibliotecas, libros.

Abstract: This work presents the proposals of model libraries of Colombian newspapers about the middle of 19th century. These proposals tried to induce readers to assume tastes and attitudes aimed to design a nationalistic discourse. The article also studies how these model libraries directed their objectives in two ways: texts published in the newspapers and advertisements that suggest other potential readings inserted in the same context of the authority and selections of words and books.

Key words: libraries, newspapers, readers, books, reading.

¹ «Los periódicos y su influencia en la sociedad», en *Los amigos del País*, Medellín, 1846, p. 5.

Recopilar textos de autores antiguos y modernos que no estén al alcance de los neogranadinos dada su magnitud, idioma o escasez de ejemplares es el propósito de los editores de *El Recopilador*², que inicia su publicación en Santafé de Bogotá el 1 de noviembre de 1842. Afirman que, frente a los males que afligen a la Nueva Granada después de 1810 —la inmensa deuda extranjera, la pobreza general, los odios, la ignorancia, la mala fe y la inmoralidad del siglo—, es necesaria la publicación de textos que bajo los preceptos de la religión, en oposición a la proliferación de textos impíos y subversivos, darán un nuevo rumbo a la sociedad. El camino inicial es la publicación del Índice de los libros prohibidos copiado del que se imprimió en Roma en 1841, por mandato de Gregorio XVI. Como nota explicativa, señalan los editores: «Por ahora sólo anotamos los libros prohibidos más comunes que se han introducido en N. G. en el mismo idioma que se hallan en el Índice para conocimiento de los señores sacerdotes, y de los buenos católicos».

Esta breve publicación, cuya duración no alcanzó sino el número doce, es expresión elocuente de la función social que se daba a la prensa, en la que sus páginas únicamente adquirirían importancia si se tenía en cuenta la manera como intervenía sobre sus lectores y lo que era quizá más importante, no sólo en el ámbito espiritual sino en sus acciones «terrenales». Esta conciencia dirigida hacia intereses propios la tuvieron escritores y editores durante buena parte del siglo, fueran como en el caso señalado católicos, o bien conservadores o liberales, o su interés estuviera en publicar un periódico oficial, religioso, político, literario, comercial o científico.

Los lectores de prensa, que en buena parte eran a la vez editores o publicistas³ que publicaban sus textos en uno y otro periódico, se encontraron así frente a la construcción de un horizonte de posibles lecturas, llamémosla una red, en la que se podían seleccionar textos propuestos por la misma publicación, a la vez que se les sugerían nuevas posibilidades lectoras. Puede decirse entonces que los lectores se encontraron ante un sinnúmero de textos, de bibliotecas propuestas por cada una de las publicaciones, las cuales se encargaron de señalar el rumbo a seguir por el lector.

² *El Recopilador*, núm. 1, Santafé de Bogotá, 1 de noviembre de 1842, p. 4.

³ En el siglo XIX no se utilizó el término periodista, fue común el de publicista. MARTÍNEZ, F.: *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República-Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001, p. 33.

Los lectores se encuentran entonces frente a promesas de lectura, se les convida a ingresar a un mundo, el de los textos, y a participar con esto de la función social de construir la nacionalidad⁴. La escritura se asume como una forma de participar en las prácticas de los individuos y las colectividades, de esta manera los periódicos intervienen socialmente en la expresión de intereses políticos y de ahí su carácter fuertemente educativo, desde el cual se le dio un valor de autoridad a la palabra. Esta característica era parte de la tradición de la sociedad letrada ya establecida desde la colonia, lo que permaneció como una forma de distinción social. Ahora, los distintos partidos políticos, tendencias ideológicas y religiosas se arrogaban el derecho a la autoridad que les daba la escritura.

Si bien una historia de la lectura puede ubicarse en primera instancia en diferenciar las prácticas, en comprender comunidades lectoras y las expresiones individuales de interpretación, es posible también pensar en un espacio previo a la lectura, quizá indeterminado, en el que la exposición a una serie de posibilidades de lectura se consolida previamente en el horizonte del lector, conformado por lo que «hay y se puede leer». Por eso es que aquí se propone pensar las publicaciones periódicas como bibliotecas ejemplares, lo cual permite así aproximarse a ese momento previo a la selección de un texto en donde se está expuesto a la apertura de nuevos horizontes de expectativa y, por qué no decirlo referido al siglo XIX, a una selección fuertemente restringida.

Dos imágenes permiten dar cuenta de cómo se puede pensar la biblioteca: una, en la que el lector se ubica en ella y, creyéndose selectivo, es abordado por los libros que la componen y le inducen a una práctica lectora; la otra, y que parte de la fantasía de un ávido lector, es la del susurro o murmullo permanente de diálogo entre los libros ubicados en los estantes de una biblioteca ideal. Tanto una como otra imagen permiten dar a la biblioteca un carácter vital, activo, en la que se pierde el sentido de la acumulación gratuita y, más aún, de depósito. En el caso de las publicaciones periódicas,

⁴ La construcción de la nación por la palabra ha sido una constante de los estudios sobre el siglo XIX. Basta con señalar el papel que le da a la prensa y a la novela Benedict Anderson en la elaboración de su concepto sobre las comunidades imaginadas o, referido a un caso particular, el trabajo coordinado por ACHUGAR, H. (comp.): *La fundación por la palabra. Letra y Nación en América Latina en el siglo XIX*, Uruguay, FHCE, 1998, para la literatura uruguaya.

la imagen de las bibliotecas permite construir unas redes en las cuales el periódico establece al menos dos dinámicas, la de hacerse leer y proponer nuevas lecturas, a la vez que, lo que difícilmente es ajeno a lo anterior, dialoga con las demás publicaciones.

Quizá porque todo periódico literario es una forma de biblioteca, en él se unifican de manera más visible el tiempo y el espacio en una labor de selección. En la publicación se establece el orden de los libros y las lecturas presentes, posibles en el espacio, en un espacio que se considera construido bajo unas características particulares. Se recoge en ella el conocimiento materializado, acumulado y ordenado⁵. La biblioteca es concebida como una compilación, como la permanente tensión entre lo exhaustivo y lo esencial, como una selección cultural que siempre se asimila a la noción del deber ser. Pero la biblioteca no se entiende sólo como la compilación de obras presentes o sugeridas, puede ser también la reunión de varias obras de la misma naturaleza o bien las obras de un mismo autor o sobre un mismo tema. Dado lo anterior se puede pensar que varios periódicos literarios, como la *Biblioteca de Señoritas* (1858-1859), *El Mosaico* (1858-1872), *El Hogar* (1868-1872) y *El Iris* (1866-1868), por nombrar sólo algunos, son bibliotecas ejemplares, pensadas como la presentación, concreción, delimitación e inducción a determinadas lecturas de obras y de libros; como fragmentos culturales que intentaron conformar una unidad, siempre de cara a la construcción de la nación.

También puede pensarse en la promoción de la lectura que se asignaron periódicos declaradamente políticos como *El Conservador* (1863-1899), *El Tiempo* (1855-1872) y *El Neogranadino* (1848-1857); religiosos como *El Catolicismo* (1849-1861), *La Caridad* (1864-1862) y *La Religión* (1852-1854), y comerciales como *El Comercio* (1858-1859). En ellos se propusieron lecturas que buscaban legitimar su propuesta, en la que también en algunas oportunidades la literatura ocupó un lugar importante. Todos los periódicos, literarios o no, permiten hablar de una biblioteca ejemplar, porque exigieron ser tomados como modelos, bajo la misma concepción de ser portadores de una propuesta sobre lo nacional que les asignaba el deber de

⁵ CHARTIER, R.: *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVII*, Barcelona, Gedisa, 1994. «El reparto entre los libros que hay que poseer forzosamente y aquellos que pueden (o deben) descuidarse es sólo uno de los medios de paliar la imposible universalidad de la biblioteca» (p. 72).

señalar lo que debía seguirse. Ejemplar es cada uno de los elementos de una especie o de un género, y lo ejemplar se constituyó también en una manera de ejemplificar, mostrar o ilustrar con ejemplos un aserto; ejemplos que se mostraron para imitar lo que era bueno o evitar lo que era malo.

Fue así como en la conformación de lectores se hizo presente una elaboración que partía o enfrentaba la tradición, ya que toda selección implicó una forma de autoridad en la que se decidía lo que era y lo que no era apropiado, lo que era y no era literario o el discurso que era aceptado moral o políticamente y su relación con el que ya había sido aprobado. Entonces el periódico ocupó un papel principal en la consolidación de los factores por medio de los cuales se indujo al lector a asumir determinados gustos y actitudes. El lector de la prensa pudo, tan sólo en apariencia, elegir la solución de sus expectativas. Estuvo ante la oferta de textos que el periódico se encargó de proponer, en posibilidades que moldearon dichas expectativas y a la vez se dejaban moldear por ellas.

La biblioteca ejemplar se construyó a partir de dos grandes espacios de lectura. Uno, el de los textos publicados en el periódico, la biblioteca que seduce a su lectura, y otro, el de las obras propuestas y señaladas para sus otras posibles lecturas, en aquel diálogo entre los textos, las que, por decirlo así, se desplazan fuera del marco del periódico hacia otros espacios, en los diversos estantes y anaqueles, donde se ubican un gran número de obras tanto nacionales como extranjeras. Asomarse a estos espacios es lo que se propone a continuación, evidenciar algunas características de estas bibliotecas ejemplares, publicadas en Colombia a mediados del siglo XIX⁶.

⁶ Asumimos el nombre de Colombia referido a la actual división político-administrativa. El lector debe saber que el mapa de mediados del siglo XIX era bien distinto, ya que incluía a Panamá y un mayor territorio de la Amazonia. Los nombres del territorio también cambiaron permanentemente durante el siglo: de Colombia pasó a ser la Confederación Neogranadina (1858), los Estados Unidos de Colombia (1861) y nuevamente Colombia con la regeneración (1886). COOK DE HINCAPIÉ, O.: *Historia del nombre de Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1998. Igual ocurrió con Bogotá, que en algunos períodos ha sido renombrada como Santafé de Bogotá, para nuevamente adquirir el nombre que hoy tiene.

Pasillos, anaqueles y rutas posibles

La imagen de la lectura había ingresado en la cotidianidad a mediados del siglo siguiendo la tradición colonial. Se mantuvo el carácter minoritario de la escritura, y tanto ésta como la lectura se consolidaron en formas de distinción social. A la vez, se la ubica en relación con las polémicas sobre la libertad de educación y los diversos proyectos pedagógicos que conducen a la reforma educativa proyectada por los radicales en la década de los años setenta y cuya implementación fue muy parcial. Simultáneamente, la imagen de la lectura formaba parte del mundo de lo privado y absorbía otros ámbitos distintos al de la palabra escrita, se desplazaba a otros lenguajes: tanto los personajes de novela como los individuos leían en los ojos de la amada para interpretar sus sentimientos, se leía en la naturaleza sus enseñanzas y a través de sus experiencias leían en el libro de la vida. La lectura como alimento del alma fue una constante, como lo fue el libro amigo, consejero, consuelo y tentación.

Aunque *La Reforma* fue el primer periódico voceado en Bogotá en 1851, de tiempo atrás los periódicos ya eran vendidos en las imprentas y los almacenes. No era larga la tradición de las publicaciones periódicas en la naciente república. La imprenta había tenido su desarrollo tardío hasta finales del siglo XVIII y después de la Independencia las publicaciones se habían encaminado tímida y brevemente hacia la elaboración de algunos textos que buscaban un efecto político inmediato o de interés religioso. Sólo en la década de los treinta se consolida el periodismo estatal, se producen los primeros periódicos literarios, como *La Estrella Nacional* (1836), y algunas publicaciones políticas y religiosas de corta duración, que la mayoría de las veces surgían como respuesta a circunstancias que una vez superadas ya no exigían su permanencia. En la década de los cuarenta, la prensa se consolida como una de las actividades permanentes e indispensables de los grupos letrados nacionales.

El grupo letrado era reducido. Contaba con el poder político y económico, que a la vez participaba de las diversas actividades educativas; actividades de las que estuvieron excluidos de manera casi total grupos amplios de la población, entre los que se encontraron los indios y los negros. Entre la élite letrada se encontraban fundamentalmente militares, educadores, políticos, publicistas, algunos

comerciantes y miembros de las jerarquías eclesiásticas, o que cumplieran varias de estas actividades a la vez; «es posible que algunos de los lectores, que también consultaban los periódicos, pertenecieran a la clase media: en este caso se trataba de profesionales, burócratas del ejército y miembros de las jerarquías medias del ejército y de la Iglesia»⁷. Es poca la documentación sobre censos de educación durante este periodo. Pueden señalarse algunas cifras, correspondientes a la *Geografía general física y política de los Estados Unidos de Colombia y geografía particular de la ciudad*, elaborada por Felipe Pérez, para afirmar que el censo de 1871 arrojó un total de 6.181 letrados, dentro de una población de casi tres millones de habitantes, distribuidos como sigue: 1.728 educadores, 1.573 sacerdotes, 1.037 abogados, 767 religiosas, 727 médicos, 275 ingenieros y 82 intelectuales⁸. A la vez, hay que señalar que buena parte de la prensa periódica estuvo escrita por hombres y dirigida a las mujeres, y sólo en casos muy especiales, como el de Soledad Acosta, editado por una de ellas. Este grupo lector exigiría al igual que otros grupos aparentemente distanciados de producción y recepción de la prensa investigaciones particulares.

Los títulos de algunas publicaciones como *El Museo* (1849), *El Álbum* (1856), *La Biblioteca de Señoritas* (1858) y *El Mosaico* (1858) se aproximan mucho a los usos de una biblioteca y al carácter que se imprimía a las publicaciones de exponer unos textos con carácter tan especial que debería ser conservado. Algunos de sus propósitos permiten iniciar la reflexión sobre cómo se presentaba esta selección de obras que debían ser expuestas a los lectores y propiciar el carácter multiplicador de la lectura; pero también interesa acá mostrar cómo,

⁷ BERMÚDEZ, S.: *El bello sexo. La mujer y la familia durante el olimpo radical*, Santafé de Bogotá, Uniandes-Ecoe Editores, 1993, p. XXI.

⁸ Esta referencia es citada por ROJAS, C.: *Civilización y violencia*, Bogotá, Norma, 2001; PÉREZ, F.: *Geografía general física y política de los Estados Unidos de Colombia y geografía particular de la ciudad de Bogotá*, Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1883; KONING, H.-J.: *El camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y la Nación en la Nueva Granada, 1750-1856*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1988, p. 432. «En el año 1835 había 690 escuelas primarias públicas y 20.123 alumnos (inclusive alumnos de escuelas privadas), que constituían el 4 por 100 de los niños de edad escolar; en 1843 había 25.144 alumnos (inclusive alumnos de escuelas privadas) que recibieron clases en 427 escuelas públicas: esto representaba una tasa de 4,5 por 100 de los niños en edad escolar, un aumento apenas perceptible».

dado el carácter multiplicador de la escritura, se proponían cadenas de lectura.

Los límites en las expectativas, la conciencia de la ubicación frente a una tradición y una serie de textos contemporáneos hacen que *El Museo* se legitime como periódico literario, enunciando los periódicos publicados no sólo en la capital, *La Gaceta*, *El Constitucional*, *El Día*, *El Aviso*, *El Neogranadino*, *La América*, *La Voz del Pueblo*, *El Republicano*, *La Prensa*, *El Progreso*, *La Crónica del Espíritu Santo*, sino en toda la República, como *El Fanal*, *El Samario*, *La Estrella de occidente* y *El Riobachero*; y los que llegan del extranjero, entre otros, *El Correo de Ultramar*, *La Crónica*, *El Correo de los Estados Unidos*, *El Correo de Europa*. Se enumeran veinte publicaciones ante las cuales el lector debe ubicarse desplazándose a su posible lectura, en función de reconocer las diferencias. De igual manera ocurre cuando los editores José Caicedo Rojas y Santiago Pérez legitiman el carácter de su trabajo frente a la prensa política, de la que exponen su importancia como parte de la educación de los pueblos, pero frente a ella se elige la literatura como una forma de lograr el camino hacia la civilización. Un tercer horizonte de lecturas ante las cuales el lector ubicará las que encuentra en el texto es el de la literatura nacional, que se considera bastante pobre, y que debe ser ampliado, superando los obstáculos de sus antecesores. Se refiere seguramente a *La Estrella Nacional*, *El Albor Literario* y *El Duende*, periódicos de carácter literario que ya habían sido publicados con muy corta duración. Igual suerte correrá *El Museo*, del que sólo se publicarán cinco números.

Si bien las lecturas pueden marcarse desde la presentación de los límites de los textos frente a los cuales se encuentra el lector, también los periódicos literarios se encargan de señalar ampliamente las posibilidades lectoras en su campo. *La Biblioteca de Señoritas*, al igual que *El Mosaico*, mosaico de producciones literarias⁹, participa de doble interés por diferenciarse del discurso político y de formar parte de la construcción de una literatura nacional frente a la extranjera, en la creación y conservación de una tradición: «Para esto se necesita un campo conocido y seguro donde sembrar los granos del

⁹ Ya en otro trabajo desarrollé los elementos de seducción que *El Mosaico* tuvo para con sus lectores. Por esta razón los ejemplos serán breves. ACOSTA PEÑALOZA, C. E.: *Lectores, lecturas y leídas. Historia de una seducción a mediados del siglo XIX*, Icfes, Bogotá, 1999.

talento, especie de urna de oro que guarde y recoja nuestras primeras obras como un depósito sagrado. Esa urna es la *Biblioteca de Señoritas* que nosotros no hemos vacilado en poner en manos de las jóvenes neogranadinas, como en las manos mismas de las protectoras del genio (*sic*)»¹⁰. Propone no sólo una serie de obras en su publicación directa, poemas, cuadros de costumbres, novelas por entregas, artículos sobre literatura, sino que también amplía las posibilidades lectoras con biografías de artistas y escritores como Eugène Sue, William Shakespeare, Lope de Vega y Fray Luis de León; a la vez que publica bibliografías en las que se comentan por medio de colaboraciones de los lectores obras publicadas en otros periódicos, o también se imprimen traducciones. Forman parte fundamental de la publicación algunos artículos sobre los diversos géneros literarios y su desarrollo a través de la historia, lo cual exige a los autores asumir un canon sobre dicho desarrollo e implica ubicarse frente a la tradición española. Yarilpa, seudónimo de José Caicedo Rojas, señalará que se requiere volver a leer los antiguos romances españoles en la necesidad de que los poetas suramericanos cultiven este género para bien de la historia nacional. El mismo autor realizará la referencia a las obras de Walter Scott y a *La cabaña del tío Tom* como modelos a seguir por las novelas históricas elaboradas por sus contemporáneos.

Una de las mayores preocupaciones estuvo en reconocer los modelos y las formas apropiadas para la construcción de un discurso nacional, la cual también se ubicó no sólo en la escritura de obras, sino en la consciente formación de lectores a los que se les consideraba sin una tradición que debía propiciárseles: sólo construyendo el pasado podía pensarse en una literatura para el porvenir. Dicha actitud provenía de un afán de asimilarse a la historia de la literatura universal, ser partícipe de una historia, que, aunque con orígenes difícilmente delimitados, algunos remontados al pasado colonial, otros al cercano periodo de la independencia, permitían una relación de identidad con las literaturas europeas. Así, José María Vergara y Vergara, en esta preocupación acumulativa, además de elaborar la primera *Historia de la literatura en Nueva Granada*, publica «Bibliografías de la literatura nacional», divididas por géneros; y Soledad Acosta de Samper publica cuadros sinópticos de las literaturas nacionales, francesa, inglesa, española y neogranadina, listados que permiten al lector ubicarse frente

¹⁰ *La Biblioteca de Señoritas*, 1, Bogotá, 3 de enero de 1858, p. 1.

a un sinnúmero de oportunidades de lectura en las que puede no sólo reconocer una tradición, sino sentirse partícipe de ella.

Aunque fue frecuente la publicación de poemas, artículos y cuadros de costumbres, en la prensa no sólo literaria sino política y religiosa, también fue notoria la motivación de los procesos lectores por parte de las novelas por entregas. Estaban ubicadas a veces en una sección señalada como literaria en el cuerpo del texto o como una franja en la parte inferior de la página, ocupando el espacio asignado al folletín, que por lo demás no siempre era una novela; podían estar también publicadas como suplemento o como cuadernillo que, como en el caso anterior, daba la posibilidad de ser coleccionado de manera independiente. Las «Semanas Literarias» de algunos periódicos asumieron esta última modalidad, utilizada usualmente para novelas extranjeras. Quizá la que adquiere mayor unidad es la publicada por el *Neogranadino*, donde el lector se encuentra ante *El Conde de Braguelone*, *Las dos dianas*, *Rienzi o el último tribuno* y *La cabaña del tío Tom*. A nivel nacional serán publicadas bajo esta modalidad *El Mudo*, *secretos de Bogotá*, por El Mudo, seudónimo de Eladio Vergara y Vergara, y *El Doctor Temis*, de José María Ángel Gaitán, entre otros. Pero lo que es quizá más importante para los propósitos de este texto es que la publicación de las novelas por entregas, como ocurre quizá con la de cualquier texto, remite a la obra más amplia del escritor. Esta función exige el reconocimiento permanente de un autor, por ejemplo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Eugenio Díaz o de José María Samper. Algunas veces la presencia del autor se ve señalada por la referencia directa a sus obras. Esto ocurre frecuentemente con las advertencias o notas iniciales de los editores, donde se presenta al autor o su importancia frente a una literatura nacional, sea ésta la propia o la extranjera. Se dan casos especiales, como el de la publicación de *Carlota de Nébrant*, firmada por la señora Craven, y en la que a continuación se especifica que la autora lo es a su vez de *La relación de una hermana*, lo cual hace suponer que dicha obra era o debía ser leída por los suscriptores del periódico y, a la vez, legitimaba la lectura presente.

Es cierto que cada texto remite a múltiples textos del pasado y del futuro, y que podría pensarse que se está hablando aquí de diversas formas de intertextualidad. Los discursos políticos, en la distinción que quería marcarse entre las propuestas liberales y conservadoras, hicieron diferentes referencias sobre Voltaire y Rousseau,

el padre Vigil, Jeremías Bentham o los discursos del papa Pío IX, quizá cada uno ubicado en tradiciones distintas, estos últimos refiriéndose, como es de esperar, al canon religioso. También es así como, en los textos narrativos, narradores y personajes remiten a un sinnúmero de lecturas posibles. Se publicaron novelas por entregas con personajes que son infatigables lectores y que como partícipes de la tensión más fuerte del costumbrismo se les critica su actividad lectora. Por ejemplo, *Manuela*, de Eugenio Díaz, en la que, señalando algunas de las lecturas de don Demóstenes, se realiza una crítica a la sociedad letrada liberal, y en *Cuentos color de rosa*, de José Antonio de Trueba, donde Pedro reconoce el engaño al que lo han conducido las múltiples lecturas sobre su concepción de la realidad. Pero también se dieron personajes que encontraron en la lectura la guía para el desarrollo de su interioridad, como en las novelas *Dolores y Teresa la limeña*, de Soledad Acosta.

Igual podría pensarse en las influencias, en aquellos textos a los que el lector se remite durante el proceso. Cómo no pensar en Eugène Sue cuando se lee *El Mudo. Secretos de Bogotá* (1848), de Eladio Vergara y Vergara, y se encuentra un modelo de escritura basado en la actitud antijesuita de *El Judío Errante* o la referencia inevitable a *Los siete pecados capitales* o en títulos provocadores como el de *El cristiano errante*, de Antonio José de Irisarri. También están dentro de estas posibilidades, sugeridas por las convenciones románticas, la profusión de epígrafes de Chateaubriand, Victor Hugo, Larra y Espronceda. A su vez, tanto en las novelas como en los discursos políticos nacionales fueron frecuentes Victor Hugo y Lamartine.

Pero frente a todo este abanico de lecturas puesto a disposición del lector siempre existe una referencia fundamental. *El Conservador*, de 1848, contiene una sección destinada a publicar un compendio de *La Biblia*. Éste va a ser el libro ideal, el que subyace a todas las lecturas. Pero lo que aparece contradictorio, y va a determinar las prácticas lectoras, es que si bien se trata del libro que debe seguirse, sobre él se propone una lectura mediada. La Iglesia es clara en varias oportunidades al señalar la diferencia de la lectura entre los católicos y los protestantes. Para los primeros, *La Biblia* requiere de la mediación lectora de los sacerdotes, los profesores o los padres de familia; para los segundos, se trata de una lectura directa, que permite la interpretación individual. Esta diferenciación quizá puede ser desplazada a la manera como se va desarrollando una tradición lectora

en comunidades que asumen una u otra perspectiva. En varios momentos, periódicos como *El Catolicismo* van a señalar la forma adecuada de aproximación al libro modelo, que es «un libro que contiene todo lo que el pensamiento ha podido concebir de bello y magnífico, sobre un libro que abraza nuestro origen y destinos, el objeto de nuestras esperanzas, el término de nuestras aspiraciones y los títulos de nuestra grandeza», propone *El Atalaya*¹¹. La función de *La Biblia* es la de exponer la verdad pura, establecer la paz en los corazones, la esperanza, la prudencia, la senda de la rectitud y la justicia que ilustra, enriquece y consuela. Por eso es eterna su lectura, y debe ser permanente.

En oposición al libro modelo están los textos publicados por las Sociedades Bíblicas Protestantes, que para los católicos pueden conducir al lector a aceptar anatemas, contrariando así los principios de la Iglesia, expresadas por el Concilio de Trento y las encíclicas del papa Pío XVI, publicadas y referidas en varias oportunidades¹². Por otra parte, no son pocas las luchas emprendidas por periódicos como *El Catolicismo* y *La Caridad* en oposición a las ediciones que del Nuevo Testamento comenzaron a circular por entonces. El texto, publicado por la imprenta de los Echavarría, además de otros escritos prohibidos, fue señalado como el origen de la ruina de los Estados y se impusieron penas a quienes los imprimieran, vendieran, retuvieran o hicieran circular.

El control sobre las lecturas fue definitivo entonces en la presentación por parte de los periódicos católicos sobre lo que era y no era permitido. División que, como era de esperar, se desplazaba fuertemente hacia los textos que debían seleccionarse para una lectura. En los periódicos van a estar presentes cantidad de artículos donde se registran las indicaciones por medio de las cuales se debe controlar o favorecer una lectura. Referido a la novela se afirma, por ejemplo: «Los libros más peligrosos no son siempre aquellos en que el vicio se muestra triunfante y la virtud oprimida, y el fin de la intriga de un drama o novela puede ser moral, sin que el conjunto lo sea. ¿Cuál es el padre que quisiera que asistiese su hija a una repre-

¹¹ AMH, «Los libros “santos”», en *El Atalaya*, 1, Bogotá, 21 de octubre de 1849, p. 3.

¹² «La Biblia y su sublimidad», en *El Porvenir*, 263, Bogotá, 3 de septiembre de 1859, p. 115; «Prohibición de las biblias protestantes», en *El Centinela*, 20, Bogotá, 12 de abril de 1857, p. 1.

sentación amorosa y a una intriga criminal, por más seguro que estuviese que será premiada la inocencia y castigado el vicio?»¹³.

El carácter mediador de la autoridad sobre la lectura va estar entonces identificando los posibles procesos lectores que deben desarrollarse hacia el futuro, restringiendo las posibilidades del texto. De esta actitud no está exenta ni siquiera *La Biblia*, cuya lectura no escapa del control: «Como el padre de familia o el cura deben haber leído ya la sagrada Biblia, sabrán dónde están algunas expresiones que no se pueden leer ni a los niños ni a las mujeres. El libro no debe andar rodando por la casa, ni debe ser leído indistintamente...»¹⁴. Esta actitud se desplazará también a otro tipo de lecturas que exigirán su fragmentación interior en la aceptación de lo que podríamos llamar lecturas incompletas. Si bien reconociendo la importancia que Madame du Stael da a la valoración de una obra sólo posible en su totalidad, un publicista, refiriéndose a *Los Misterios de París*, recomienda su lectura «únicamente con la restricción de que a las señoritas muy jóvenes se les prohíba leer la historia de Luisa, y las escenas entre Santiago Ferrán y Cecilia, no porque juzguemos estos retazos inmorales, sino por que encontramos demasiado apasionados y ardientes»¹⁵. A esto se agregan casos como el de la lectura no propuesta en la que periódicos como *El Catolicismo* prefieren silenciar el nombre de las obras heterodoxas para evitar la curiosidad por parte de los lectores.

En esta perspectiva el concepto sobre obras específicas y sus peligros va a ser objeto de los artículos de prensa. Quisiera señalar el caso de dos obras, de carácter bien distinto, que despiertan conflictos sobre su interpretación. Se trata del debate literario sobre la novela *Viene por mí y carga con U.*, de Raimundo Bernal Orjuela, publicada en *El Núcleo* en 1858, y *La Vida de Jesús*, de Renan. Sobre la primera, escrita para los artesanos, el conflicto se ubica en la manera como se acusa al autor de desvirtuar las costumbres de la ciudad y de las mujeres, y la errada imagen que pueden hacerse de ellas los lectores no sólo de los otros Estados, sino, lo que para

¹³ «Del teatro y las novelas», en *El Loco*, 37, Bogotá, 12 de abril de 1857, p. 4.

¹⁴ AREIZIPA (seudónimo de José María Vergara y Vergara): «Lectura de la Biblia», en *El Catolicismo*, 305, Bogotá, 16 de febrero de 1858, p. 51.

¹⁵ «Los misterios de París», en *El Amigo del País*, 3, Medellín, 15 de enero de 1846, p. 3.

el momento reviste mucha gravedad, los extranjeros. La relación entre la literatura de costumbres, la exposición de los valores, la función social del escritor y la construcción de una representación de la nacionalidad está en este caso en juego.

Por su parte, la obra de Renan va a generar un alto número de artículos en su contra. En *El Católico* de 1853, como ocurre en otros periódicos contemporáneos, es anunciada la publicación de la obra *La refutación analítica del libro de Renan*, escrita por José Manuel Groot, que al ser promocionada por dicho periódico avisa que además de incitar a su lectura la ubicará, entre otras características, frente a un horizonte de lecturas ideales: «La obra del ciudadano granadino será puesta por los verdaderos filósofos y por los literatos al lado de las de Augusto Nicolás, Balmes, Gaume y Doupanloup. No es esto poco para el orgullo nacional...»¹⁶.

Con las distinciones entre los libros permitidos y los que no lo eran, las recomendaciones sobre las lecturas que debían seguirse se presentan de manera ejemplar en casos también de oposición, como es el que se da entre escritores. Frente al peligro que representa la lectura de las novelas de George Sand, no sólo por su contenido, sino por los efectos que pueden generar en los lectores el conocimiento de su vida, se señala el valor de la lectura de Fernán Caballero, quien presenta adecuadas enseñanzas morales que pueden servir de ejemplo de vida. Periódicos como *La Caridad* publicarán permanentemente no sólo sus obras, sino artículos en los que se recomienda su lectura. Pero estas oposiciones hacen patente otra gran diferenciación señalada sobre las lecturas. Se trata del enfrentamiento entre la literatura francesa y la española. Estos mundos enfrentados de lecturas ideales daban cuenta de las tensiones que los neogranadinos vivían frente a la delimitación de los criterios con que creían debían consolidar la nación y la manera como intervenían en su desarrollo moral. Aunque letrados, y con una tendencia fuerte por mantener su *status* social y político frente a los demás grupos sociales, siguieron más las lecturas francesas los liberales, y los conservadores buscaron sus respuestas preferiblemente en las lecturas españolas. Se enfrentaron en su visión de aceptación o rechazo frente al pasado colonial y los cambios hacia el progreso, el federalismo y el centralismo, el libre comercio y el proteccionismo económico. Las referencias europeas

¹⁶ «Un libro muy importante», en *El Católico*, 3, Bogotá, 1853, p. 2.

hacían que el señalamiento de una tradición nacional llevara a ubicar de antemano un discurso como católico o como protestante.

Pasadizos a otras bibliotecas

Mantener un lector potencial, éste es el interés de la prensa. Ir formando a un lector al que se ponen a su disposición promesas de lectura y que siempre estará frente a la necesidad de leer más textos, pero en contraposición de textos dirigidos por la autoridad de dicha prensa. Para crear y seducir a lectores distintos a los existentes Juan Nepomuceno Vargas funda *La Noche*, que quiere contraponerse al carácter político de *El Día*. La polémica entre *El Tiempo* y *El Porvenir* por la libertad de imprenta dará cuenta del carácter periodístico y la concepción sobre la función de la palabra escrita que manejan sus adversarios. A la vez en las secciones de «Canastilla» o de «Revista de la semana» es común la presencia de la revista de periódicos, espacio dedicado a presentar algunos de los artículos de interés publicados contemporáneamente en otros periódicos, o de relacionar los contenidos de éstos, bien sean nacionales o extranjeros. Los suscriptores fueron entonces partícipes y directamente responsables no sólo de la construcción, sino de la supervivencia de la biblioteca, de la continuidad que podían tener las publicaciones y del apoyo de unas a otras.

Además de señalar la adhesión a la prensa nacional, también está presente en las diversas publicaciones la necesidad de anunciar la existencia y las posibilidades de suscripción a la prensa extranjera, por lo que la publicación de avisos sobre su promoción fue permanente. En las diversas imprentas o agencias se promueven las suscripciones a *El Correo de Ultramar* (parte ilustrada, parte política y novelas ilustradas, se venden por separado), *Eco Hispanoamericano* (parte ilustrada, teniendo derecho al periódico de modas), *La Caprichosa*, *Museo de las Familias*, *La Razón Católica*, *El Eco del Mundo Católico*, *El Eco Científico de Venezuela*, *La Biblioteca*, *El Universo Pintoresco*, *La Aurora*, *La Risa*, y varios más que al ampliar los listados presentados en las publicaciones permitiría establecer nuevas relaciones entre lo nacional y lo extranjero. En varias oportunidades se señala el periódico del que proviene una obra extranjera o del cual ha sido traducido o transcrito un artículo, ampliando a nuevas

publicaciones periódicas y al interés por su consecución, bien sea latinoamericano como *El Comercio* de Lima, o de periódicos europeos como *El Correo de Ultramar* o *L'Illustration*, lo cual permitía el acceso a una amplia cadena de lecturas con una tradición diferente a la española¹⁷. Desde luego, este énfasis en las publicaciones extranjeras tuvo que ver con la participación del imaginario cosmopolita en la conformación de las naciones¹⁸.

En las bibliotecas, el horizonte de experiencias lectoras ideales, mediadas por los diversos elementos de difusión y distribución de los textos, hay una voz que en apariencia es completamente distinta a la de editores y lectores y que promueve el diálogo aún más amplio con otras obras. Se trata de los avisos publicitarios promovidos por avisos individuales, librerías, almacenes y tiendas. Fueron constantes, por ejemplo, los listados de venta por parte de las librerías, donde la exposición de textos es quizá menos selectiva que la propiciada por los escritores. Se encuentran listados de librerías especializadas, de carácter religioso o literario, a la vez que de amplios temas en los que se exponen algunos comentarios sobre las obras, que compitieron con listados de otras locales donde se combina la venta de libros con objetos de uso cotidiano o de papelería. En todos los casos se trata de libros de literatura, ciencias, matemáticas, música y educación, entre otros. Se promocionaron libros de venta en la tienda de Daniel María Velazco en Cali, de los Hermanos Martínez en Medellín, en la tienda de José María Vergara, la librería del doctor Lombana, el almacén del señor Mariano Tanco y la tienda de Fernando Conde en Bogotá. También es común la presencia de un aviso ofreciendo la venta de una obra en particular, en el que se hacen explícitas sus características. En la década de los cuarenta se ofrece en varias oportunidades, por ejemplo, *La historia de los Girondinos*, de Lamartine; en los periódicos literarios, durante los cincuenta, se vende *El Doctor Temis*, de José María Ángel Gaitán,

¹⁷ «Los intelectuales liberales españoles exiliados en París y Londres sobrevivieron sirviendo como traductores, periodistas y redactores de las nuevas empresas editoriales que por entonces se montaron en esos países para proveer de libros, periódicos, almanaques, catecismos, etc., a los lectores de Hispanoamérica, cuya industria editorial no estaba en condiciones de atender sus propias necesidades. Entre ellos llegó a ser expresión corriente la de *traductor para América*», RAMA, C.: *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina (siglo XIX)*, México, Fondo Cultura Económica, 1982, p. 78.

¹⁸ MARTÍNEZ, F.: *op. cit.*, p. 60.

y se exaltan sus cualidades sobre la exposición de las costumbres y su carácter moral. Hay algunos casos que no dejan de despertar curiosidad, como es el del aviso publicado en un periódico donde se enumeran veintisiete títulos y varios volúmenes de algunos de ellos, que han sido robados en una librería de la que no se da el nombre y sobre los cuales se ofrece recompensa. Para nombrar sólo algunos autores están Cervantes, Garcilaso, Martínez de la Rosa, Jovellanos, Chateaubriand, Rabelais, Voltaire, Reynaud y Platón.

Asimilado a este tipo de avisos está el de la promoción de otras publicaciones periódicas. Aquí se da la posibilidad de acceso a lo nacional y en buena medida a la producción extranjera. Ganchos como las primas navideñas, el regalo de una novela o la presencia accesoria de una revista de modas serán los elementos por medio de los cuales se invita al lector a la suscripción. La Biblioteca Popular Americana es promovida por parte de la agencia general de periódicos de Nicolás Pereira Gamba, que ofrece acciones para un proyecto editorial fundado en Madrid por Francisco de P. Mellado, con el que, además de las ganancias, se recibirá semanalmente el *Album pintoresco*, que contiene «El civilizador», de Lamartine. A continuación se refieren las diversas series de obras ya publicadas en la biblioteca religiosa, legislativa, médica, instructiva, histórica, recreativa, dramática y también publica la empresa el *Diario de Ambos Mundos* y el *Universo Pintoresco*¹⁹. A la vez, como suscripción a obras publicadas en el extranjero, se da el caso de la invitación realizada por *El Día* a adquirir el *Diccionario de pensamientos sublimes, filosóficos, políticos, morales y literarios*, empresa que sólo será posible al lograr el número suficiente de suscriptores que permitan realizar los gastos correspondientes. Están también algunas subastas de librerías, unas anunciadas como de más de mil volúmenes, con obras antiguas y modernas, de legislación, diplomacia, medicina, matemáticas, en idiomas castellano, inglés, francés, italiano y latín²⁰. En varios anuncios se promocionaron también las librerías o bibliotecas como objeto de rifas y premios del juego de la lotería.

Roger Chartier afirma que los libros instauran un orden²¹. Desplazando su afirmación podría decirse que las publicaciones periódicas instauran un orden a través de sus textos y, al igual que los libros,

¹⁹ *El Neograndino*, Bogotá, 1 de abril de 1853, p. 116.

²⁰ «Importante», en *El Día*, 817, Bogotá, 13 de mayo de 1851, p. 4.

²¹ CHARTIER, R.: *op. cit.*, p. 20.

en el carácter multiplicador de otras obras. En un interesante trabajo, Cristina Rojas señala la manera como la civilización fue el ideal a través del cual los dos partidos políticos colombianos a mediados de siglo vislumbraron el camino a seguir por la nación. En las expresiones de dicho ideal se dieron prácticas discursivas en las que se establecieron las diferencias, se enfrentaron las contradicciones y se buscó un efecto tanto en lo que se decía como en lo que se silenciaba²². El deseo civilizador se ve expresado en la prensa como la forma privilegiada de enfrentar el ideal del opositor. En estas formas de vehicular lo escrito se buscó dirigir las lecturas, configurar un futuro nacional a partir de la construcción de un lector a través de un ámbito de lecturas posibles.

El paseo por los anaqueles y caminos de una biblioteca siempre será parcial, las rutas que amplían sus estanterías y los pasajes hacia otras bibliotecas se multiplican infinitamente, lo que hace este texto permanentemente abierto. Es así como la experiencia de seguir algunas de las rutas hasta aquí señaladas permite generar a la vez vías de aproximación al orden de los libros, instaurado en interior de la sociedad letrada.

²² ROJAS, C.: *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Bogotá, Norma, 2001. p. 37.

*La práctica social de la lectura en las comunidades rurales de Baden, 1871-1914*¹

Gloria Sanz Lafuente
Universidad de Zaragoza

Resumen: El estudio que se realiza parte de la consideración del elevado grado de alfabetización de la sociedad rural alemana durante el Imperio, para explorar las prácticas de lectura y sus barreras. Se trata así de analizar cómo operó esa capacidad de leer y escribir en un contexto determinado para forjar, modificar o consolidar la cultura política nacional liberal, la de los católicos del Zentrum o la de los miembros del SPD.

Palabras clave: prácticas de lectura, cultura política, lectores, historia cultural.

Abstract: The aim of this research is to study the social practices of reading in the rural German society of the Empire with the example of Baden and to explain how this activity contributed to modify, consolidate and generate a political culture around the Liberalism, the Catholicism of Zentrum and the SPD.

Key words: readers, political culture, cultural history, reading practices.

La historia del libro, de los lectores o de las prácticas de lectura aparece en los últimos años como un campo a explorar por los historiadores². En este contexto, el medio rural precisa de nuevos estu-

¹ Este trabajo fue realizado en una estancia posdoctoral en el Historisches Seminar de la Universidad de Heidelberg. Una primera versión del mismo se presentó en el Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado en Santiago de Compostela en septiembre de 2004.

² MARTÍNEZ, J. A.: «Historia de la cultura e historia de la lectura en la historiografía», en *Ayer*, 25 (2003), pp. 283-294.

dios que comiencen a perfilar una historia cultural de las sociedades agrarias todavía por hacer. Considerar la situación de la alfabetización y explorar los hábitos de lectura y sus barreras en el mundo de los municipios rurales como un factor más del proceso de politización nos lleva a analizar varios aspectos. En primer lugar, el analfabetismo estaba representado en Baden por un porcentaje insignificante (0,03 por 100 en 1895). La mayoría de la población sabía leer y escribir, aunque la capacidad de escritura no se ejercitase en igual medida³. En 1871 había en Baden más de 1.700 escuelas⁴ y a mediados de los años setenta del siglo XIX no había casi ningún analfabeto⁵. La financiación estatal de las escuelas —*Volksschule*— había avanzado en medio del apoyo liberal, que observaba la formación como un ingrediente básico de unificación y consolidación propia⁶. La utilización de multas contra la familia en la que los hijos no asistían a la escuela fue también utilizada durante el siglo XIX como mecanismo para asegurar este proceso de alfabetización.

En el caso de Baden, más que en la politización de una sociedad agraria basada en la oralidad⁷, como podía ser Aragón, debemos adentrarnos en un mundo en el que la lectura se asentaba como mecanismo de conocimiento, de comunicación o de ocio. No deja de ser, por lo tanto, interesante observar los hábitos, prácticas⁸ o las barreras de esa lectura como mecanismo de politización y de construcción de una identidad política. Existe una visión «hacia delante» de este

³ Véase PETERSILIE, A.: «Analphabeten», en VVAA (eds.): *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, Verlag von Gustav Fischer, 1890, pp. 249-252; KELLER, K.: «Analphabeten», en VVAA (eds.): *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, Verlag von Gustav Fischer, 1923, p. 275.

⁴ BOELCKE, W. A.: *Sozialgeschichte Baden-Württembergs, 1800-1989*, Stuttgart-Berlín-Colonia, Verlag W. Kohlhammer, 1989, pp. 208 ss.; PETERSILIE, A.: *Das öffentliche Unterrichtswesen im Deutschen Reich und in den übrigen europäischen Kulturländern*, Leipzig, Verlag von C. L. Hirschfeld, 1897, p. 138.

⁵ ENGELSING, R.: *Analphabetum und Lektüre. Zur Sozialgeschichte des Lesens in Deutschland zwischen feudaler und industrieller Gesellschaft*, J. B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung, 1973, p. 97.

⁶ Sobre el desarrollo de las escuelas rurales —*Ländliche Volksschulen*—, en general, KUHLEMANN, F. M.: «Schulen, Hochschulen, Lehrer», en BERG, Ch. (ed.): *Handbuch der deutschen Bildungsgeschichte*, IV, 1870-1918, Múnich, C. H. Beck, 1991, pp. 192 ss.

⁷ Véanse reflexiones en GOODY, J.: «Mémoire et apprentissage dans les sociétés avec et sans écriture: la transmission du Barge», en *L'homme*, 17 (1977), pp. 29-52.

⁸ CHARTIER, R.: «Las prácticas de lo escrito», en *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 113-162.

proceso que precisa, sin embargo, de algunas matizaciones. La diferenciación social del público que accedía a estos medios y la aparición de culturas de clase separadas, entre otros muchos aspectos, también por la lectura fueron ingredientes del periodo del Imperio alemán⁹.

El medio rural de la región de Baden en la época del Imperio era un espacio en el que se entremezclaban campesinos muy diferenciados, obreros de centros fabriles en auge, braceros de obras públicas y trabajadores campesinos —*Arbeiternbauern*—. Estos últimos combinaban la posesión de una pequeña parcela de tierra y el trabajo industrial. La impronta que imponían protestantismo y catolicismo como elemento no sólo de identidad religiosa sino también política comenzó a perfilarse en el siglo XIX y se asentó en el primer tercio del siglo XX por medio de organizaciones políticas como el Partido Nacional Liberal, identificado con los primeros, o con el católico Zentrum. La mayor parte de las publicaciones del Zentrum se había instalado en el campo y el 50 por 100 de sus periódicos aparecía en pequeñas localidades o ciudades de importante componente rural¹⁰. Su desarrollo entroncaba con el periodo de la *Kulturkampf*, en los años ochenta. También la prensa protestante se había afianzado en las comunidades rurales. Hacia 1900 la producción de libros ascendía en Alemania a más de 24.000 títulos. Desde la Revolución de 1848 hasta la Primera Guerra Mundial avanzaron no sólo el número de publicaciones, sino también de bibliotecas y de lectores, así como las librerías y editoriales. En el mismo sentido, el fomento de la lectura a través de ligas o de las actividades de las organizaciones de trabajadores se hizo notar.

Buena parte de los estudios actuales sobre el tema no establecen una contraposición tajante entre la oralidad y el mundo de la cultura impresa, sino que estudian su interconexión durante un amplio espacio de tiempo¹¹. La capacidad de leer o escribir no operaba de forma aislada y aséptica, sino que lo hacía dentro de un contexto social

⁹ SCHÖN, E.: «Geschichte des Lesens», en FRANZMANN, B.; HASEMANN, K.; LÖFFLER, D., y SCHÖN, E. (eds.): *Handbuch Lesen*, Múnich, K. G. Saur, 1999, pp. 43 ss.

¹⁰ Uno de los encabezamientos de estas publicaciones católicas era «Por la Iglesia y el Estado», de manera que el aspecto religioso y el político aparecían estrechamente unidos. LAULE, F.: *Die katholische Presse Badens im Verhältnis zur Öffentlichen Meinung von 1845 bis 1920*, Bruchsal, 1931, p. 17; BENSHEIMER, E. J. (1910), p. 30.

¹¹ Véanse reflexiones en BÖDEKER, H. E., y HINRICHS, E. (eds.): *Alphabetisierung und Literalisierung in Deutschland in der Frühen Neuzeit*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1999, pp. 6 ss.

determinado. La lectura como práctica social y la consideración del lector como un actor social dinámico son objeto de la investigación. El lector o incluso el que escuchaba la lectura eran actores del proceso y accedían al libro con su situación social y valores propios. En este sentido, tanto la influencia como el significado de asentamiento de la cultura escrita no fueron nunca autónomos, sino que se establecieron, junto a una determinada estratificación social, unas relaciones de poder o una hegemonía política¹².

La interacción entre la construcción de los Estados liberales y el avance de la cultura escrita ha sido un hecho constatado en numerosos Estados europeos¹³; pero este avance no se desarrolló de la misma forma en España o Italia, por ejemplo. Es evidente que uno de los ingredientes básicos del ejercicio del poder se asentaba sobre la difusión de la escritura. Las instituciones políticas utilizaron desde temprano la escritura para «redactar transformaciones sociales» y llevarlas a lugares lejanos desde el centro de poder en Alemania. Sin esa comunicación escrita entre las autoridades centrales y las comunales o locales, o sin la comunicación entre el ayuntamiento y los vecinos del municipio no era posible llevar a cabo el ejercicio del poder¹⁴. Las nuevas leyes y ordenanzas, la documentación sobre impuestos, las peticiones a instancias políticas locales o supralocales, los contratos de trabajo o escrituras de propiedad habían introducido el documento escrito desde fechas anteriores como mecanismos de asegurar, ejercer y demostrar el poder económico y político¹⁵. El propio desarrollo de la burocracia como forma de introducción del nuevo Estado no hubiera sido posible sin el desarrollo de la escritura. La lectura y escritura participaban, pues, de un doble carácter. Sí, por un lado, abrían nuevos horizontes, por otro nos encontramos con que ambas se convertían también en un ingrediente importante del ejercicio del poder.

¹² Véase sobre las relaciones entre relaciones de poder y lectura MARTÍN, H. J.: *Historia y poderes de lo escrito*, Gijón, Trea, 1999.

¹³ WINNIGE, N.: «Alphabetisierung in Althessen», en BÖDEKER, H. E., y HINRICHS, E. (eds.): *Alphabetisierung und Literalisierung in Deutschland in der Frühen Neuzeit*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 1999, p. 67.

¹⁴ Véase PRÖVE, R.: «Herrschaft als kommunikativer Prozess: das Beispiel Brandenburg-Preußen», en PRÖVE, R., y WINNIGE, N. (eds.): *Wissen ist Macht. Herrschaft und Kommunikation in Brandenburg-Preußen, 1600-1850*, Berlín, Berlin Verlag, 2001, p. 16.

¹⁵ MESSERLI, A., y CHARTIER, R. (ed.): *Lesen und Schreiben in Europa, 1500-1900. Vergleichende Perspektiven*, Basel, Schwabe Verlag.

Las preguntas en este sentido serían varias, pero nos centraremos en algunas de ellas: ¿cómo influyó la lectura en el proceso de politización?, ¿modificaba la lectura las percepciones políticas existentes?, ¿se convirtió en mecanismo de introducción de nuevas ideas o de consolidación de las ya existentes?, ¿favorecieron estas capacidades de lectura el conocimiento de las instituciones y sus representantes políticos? Alrededor del año 1600 el filósofo inglés Francis Bacon establecía su famosa máxima en la que señalaba que el conocimiento es poder —*Knowledge is power*—. También, y siguiendo la estela de obras como las de Jack Goody, se concedía al proceso de alfabetización una gran fuerza de transformación dentro de la sociedades¹⁶. Si, por un lado, hemos relacionado el desarrollo de la cultura impresa con diferenciaciones de tipo social y cultural de los lectores, por otro lado su estudio no puede ser separado del poder o del control social¹⁷. La lectura podía ser, sin duda, otro medio de comunicación política en los municipios rurales de Baden, y ésta era durante el Imperio un hábito ciertamente extendido en estos espacios. A diferencia de Aragón, aquí no eran necesarios los «traductores» de las leyes escritas o los redactores de cartas, pero sí que existieron también «mediadores» que podían favorecer o censurar el acceso a manifestaciones de la cultura escrita. El poder de los «traductores» permaneció todavía con fuerza durante el siglo XX en el seno de las comunidades rurales aragonesas y el poder de los «mediadores» o «multiplicadores» de la cultura escrita oficial, sobre todo religiosa, permaneció también en la sociedad de Baden con fuerza durante esta época en medio de una sociedad letrada. La jerarquía y las diferencias sociales se mantenían, de manera que la atención a los mensajes no se centraba sólo en la información suministrada, sino también en el capital económico, político y social del emisor de este mensaje¹⁸. Pese a la gran existencia de un creciente volumen editorial y de una circulación de textos¹⁹ su difusión operaba también sobre

¹⁶ Véanse consideraciones en GOODY, J.: *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, Alianza Universidad, 1990, pp. 207 ss.

¹⁷ GOETSCH, P. (ed.): *Lesen und Schreiben im 17. und 18. Jahrhundert*, Tübingen, Gunter Narr Verlag, 1994, p. 23.

¹⁸ Sobre cómo las capacidades de leer y escribir no cambian automáticamente la distribución del poder, véase BLOCH, M. F.: *How we think they think. Anthropological approaches to cognition, memory and literacy*, Colorado, Boulder, 1998.

¹⁹ Consideraciones generales sobre la expansión y diferenciación de libros y editoriales durante este período en JÄGER, G.: «Medien», en BERG, Ch. (ed.): *Handbuch*

la base de espacios diferentes y de grupos sociales o de confesiones religiosas. Mecanismos de control como la censura fueron activos como instrumento político y también de control social en la sociedad rural de Baden.

**Distribución de las escuelas elementales
de Baden (1871)**

<i>Tipo de escuela</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
Protestantes	518	29,35
Católicas	1.205	68,27
Judías	26	1,47
Mixtas	16	0,91
Total	1.765	100,00

Uno de los primeros contactos con el libro en el seno de una comunidad rural lo proporcionaba la escuela. Dentro de los planes de estudio la religión²⁰, la escritura y lectura, las matemáticas y el canto eran las materias principales. Los denominados *Realienbücher*, en los que la geografía y la historia tenían su presencia, disponían de menos horas en el periodo de formación. La relación entre el suministro de un determinado contenido político fue considerado elemento central por los grandes historiadores alemanes del siglo XIX, como Ranke, Burckhardt, Th. Mommsen, Droysen, Sybel o Treitschke²¹. A través de estos textos comenzaban a forjarse lecturas nacio-

der deutschen Bildungsgeschichte, 1870-1918, t. IV, Múnich, C. H. Beck, 1991, pp. 473-498.

²⁰ Ésta se mantenía a pesar de las protestas desde algunos sectores docentes liberales, que observaban a la religión como sustento del ultramontanismo. Véase, por ejemplo, ya en 1868 *Badische Schulzeitung*, 11 de enero de 1868: *Das Recht des Staates und das der Kirche in der Bad. Volksschule*. La organización escolar de Baden en las comunidades rurales en *Gesetzes und Verordnungsblatt für das Großherzogtum Baden*, 8 (junio de 1869).

²¹ Véase especialmente el capítulo de HARDTWIG, W.: «Erinnerung, Wissenschaft, Mythos, Nationale Geschichtsbilder und politische Symbole in der Reichsgründung-

nales²² de la historia, pero el dominante historicismo clásico ofrecía pocas posibilidades de aprehender la sociedad que se estaba formando y minusvaloraba la presencia de aspectos sociales o económicos en sus análisis²³. La historia oficial estaba centrada en Prusia, como forjadora de la nación alemana, en el rechazo de la revolución —especialmente la francesa, pero también la del 48—, en la presencia de la religión y también en una imagen de héroes, guerras y grandes personalidades con gran papel de la idea dinástica y del káiser. En una obra para las escuelas elementales con 44 imágenes gráficas, más del 60 por 100 eran príncipes, señores o sucesos bélicos con príncipes²⁴. El nacionalismo y el imperialismo después también se colarían en los textos históricos de las escuelas elementales. En ocasiones éstos se acompañaban de los nuevos cultos al progreso como eran Krupp —rey de los cañones—, Borsig —rey de las locomotoras— o de Siemens. La electrotenia o los avances en las comunicaciones se combinaban con las dinastías principescas y el culto al káiser. La socialdemocracia estaba ausente en los textos en estos años. Sin embargo, se hacía alusión a la política social y siempre unida a la voluntad del káiser Guillermo I, al que se le designa como «padre del pobre pueblo de los trabajadores»²⁵. Las instituciones políticas, sus actividades, los partidos desaparecían de la historia más reciente de los libros. Era aquella de las últimas páginas a las que nunca se llegaba y que además eran muy breves. Horst Schallenger comenta en este sentido:

«En efecto, la proporción de la formación en torno al Estado en los libros de las escuelas permaneció en niveles bajos (...) El rol de Parlamento

sära und im Kaiserreich», en HARDTWIG, W.: *Geschichtskultur und Wissenschaft*, Múnich, DTV Verlag, 1990, pp. 230 ss.

²² Sobre la contribución de la lectura al proceso de nacionalización de las comunidades rurales en Baden véase SANZ LAFUENTE, G.: «Identidad y construcción nacional en la Alemania Imperial. La experiencia local de la nación a través Baden, 1871-1914», en *Actas del IV Congreso de Historia Contemporánea de Aragón*, Barbastro (Huesca) 3-5 de julio de 2003 (en prensa).

²³ MÜTTER, B.: *Historische Zunft und historische Bildung. Beiträge zur geisteswissenschaftlichen Geschichtsdidaktik*, Weinheim, Deutscher Studien Verlag, 1995, p. 44. Reflexiones en SCHNEIDER, G.: «Geschichtsdidaktik und Geschichtsunterricht am Ende des Kaiserreichs», en LEIDINGER, P. (ed.): *Geschichtsunterricht und Geschichtsdidaktik vom Kaiserreich bis zur Gegenwart*, Stuttgart, Ernst Klett Verlag, 1988, pp. 54 ss.

²⁴ SCHALLENBERGER, H.: *Untersuchungen zum Geschichtsbild der Wilhelminischen Ära und der Weimarer Zeit*, Ratingen, A. Henn-Verlag, 1964, especialmente p. 87.

²⁵ SCHALLENBERGER, H.: *op. cit.*, pp. 53-162.

o de los Partidos no aparecía apenas. Una imagen del edificio del Reichstag servía menos para la promoción de las aspiraciones parlamentarias que para la glorificación del Reich.

La formación en torno al Estado se ofrecía sólo en los últimos capítulos (títulos como: “25 años de paz”, “Florecimiento de la Patria”) o en suplementos especiales»²⁶.

Este hecho ha sido considerado retardatario dentro del proceso de cambio de visión de las relaciones políticas y de la reciente historia que la escuela debía suministrar, contribuyendo a perpetuar mecanismos políticos dinásticos, nobiliarios y escasamente democráticos²⁷. Si se tiene además en cuenta el elevado número de alumnos por clase y las escasas posibilidades de atención habrá que señalarse que, por encima de los planes de estudio, la práctica social de la escuela concedía pocas posibilidades de expansión de un «saber histórico» con detenimiento, y por extensión quedaban reducidas sus posibilidades de educación política. La patria, la fidelidad al káiser o al príncipe²⁸, el respeto y obediencia a la autoridad o el rechazo a ideas consideradas revolucionarias e identificadas con la socialdemocracia penetraron como valores, sin embargo, a través de estos textos escolares.

Las relaciones jerárquicas frente a la idea de ciudadano con derechos e instituciones también se difundieron a través de estas primeras lecturas escolares²⁹. En la medida en que éstos operaban desde la uniformidad, para todos los alumnos se convirtieron en mecanismos de inclusión política y de integración a través de una serie de valores más o menos compartidos. Muchas de estas características formaban

²⁶ SCHALLENBERGER, H.: *op. cit.*, p. 123.

²⁷ ASSEL, H. G.: *Politische Pädagogik im Wandel der Zeit*, Frankfurt am Main, Haah und Herchen, 1983, pp. 5 ss.

²⁸ Sobre el suministro de una visión de la región a través de estos textos escolares en Sajonia véase WOLLERSHEIM, H. W.; MODEROW, H. M., y FRIEDRICH, C. (eds.): «Schulbücher und ihre Bedeutung für regionenbezogene Identifikationsprozesse», en WOLLERSHEIM, H. W.; MODEROW, H. M., y FRIEDRICH, C. (eds.): *Die Rolle von Schulbüchern für Identifikationsprozesse in historischer Perspektive*, Leipzig, Leipzig Universität Verlag, 2002, pp. 7-18.

²⁹ Véanse consideraciones en BECHER, U.: «Politische Erziehung durch Geschichte: Schulbücher im Kaiserreich», en *Wolfenbütteler Notizen zur Buchgeschichte*, 21, 2 (1996), pp. 147-166; BERGMANN, K.: «Imperialistische tendenzen in Geschichtsunterricht ab 1890», en BERGMANN, K., y SCHNEIDER, G. (eds.): *Gesellschaft, Staat, Geschichtsunterricht*, Dusseldorf, Paedagogischer Verlag Schwann, 1982, pp. 190-217.

parte del libro de lectura de las escuelas elementales en Baden. La pequeña patria y la nación alemana, el káiser y el gran duque. Las tradiciones a través de poesías, cuentos y leyendas, las directrices morales en la familia y con los demás, los avances como la electricidad o el ferrocarril aparecían con fruición; sin embargo, no había una sola línea dedicada al ayuntamiento, al Badischer Landtag o al Reichstag. Tampoco el político o los partidos políticos existían y los funcionarios y leyes eran inexistentes³⁰. Estas deficiencias de fondo no fueron, sin embargo, la única causa de que los libros de historia suministrasen escasa educación estatal —*staatsbürgerliche Erziehung*— en las aulas de los municipios de Baden. Hay que tener en cuenta que la historia a la que accedían los campesinos, trabajadores, trabajadores-campesinos y artesanos no tenía ni siquiera la profundidad de los escritos de los historiadores y que además del escaso tiempo disponible en las aulas, el trabajo era a comienzos de siglo habitual en los niños que iban a la escuela. El cura protestante que visitaba la localidad de Mosbach en 1908 señalaba: «En verano se pone a los niños a prueba en el trabajo en el campo de manera que para aprender queda poco tiempo y fuerza restante»³¹.

Es cierto, sin embargo, que la lectura facilitaba el contacto con las decisiones e instituciones políticas. En este sentido, el proceso de alfabetización y la lectura habían contribuido a modificar la naturaleza del conocimiento y, por extensión, también del conocimiento de la política. La amnesia de las sociedades orales y el desconocimiento de la ley se habían acabado en teoría. En este sentido, podríamos exponer que cuanto más se extendió el libro más se reforzó la capacidad de abstracción de los habitantes de Baden respecto al mundo de sus propias localidades y más críticamente podían comportarse en relación con la política. En el municipio de Mittelschefflenz, en el distrito de Mosbach, el párroco protestante comentaba cómo algunos lectores de prensa se habían convertido en «ilustrados» que discutían al párroco local temas religiosos, por ejemplo³².

Lo que el libro había proporcionado era el comienzo de un proceso de individualización en el seno de las comunidades rurales. No obs-

³⁰ *Lesebuch für die Volksschulen Badens*, Erster Teil, 1914, Lahr, Druck und Verlag von Moritz Schauenburg; *Lesebuch für die Volksschulen Badens*, Zweiter Teil, 1914, Lahr, Druck und Verlag von Moritz Schauenburg.

³¹ LKA-Ka Spa, 2279, Kirchenvisitation, Fahrenbach (Mosbach), 1908.

³² LKA-Ka Spa, 7329, Kirchenvisitation, Mittelschefflenz (Mosbach), 1919.

tante, el potencial de transformación de la lectura en relación con el proceso de politización en los municipios de Baden no fue tan espectacular como puede presuponerse. Con los libros no se cambiaron las jerarquías o la distribución del poder en el seno de las comunidades rurales. Es cierto que el libro podía ofrecer nuevos horizontes, pero siguió siendo central saber quién había dicho algo y si esa nueva lectura se adecuaba a las relaciones y valores dentro de la propia localidad. Estas jerarquías operaron además en ocasiones con mecanismos de censura destinados a prohibir la difusión de algunas publicaciones. En 1878 el Ministerio de Interior en Baden se dirigía al distrito de Sinsheim con el fin de que las autoridades se mantuviesen atentas para prohibir la difusión de un libro crítico con la casa real prusiana. En este sentido señalaban:

«Se le ha comunicado al Ministerio de Estado del Gran Ducado de Baden que en la Comisión de editoriales en los próximos días va a parecer un libro con el siguiente título “Falseamiento de la historia desenmascarado o vida, hechos y traición al Reich del rey de Prusia Federico II llamado el pícaro Fritz”. Exactamente según documentos oficiales y en virtud de las fuentes elaborado por Carl Leugen, autor de catorce escritos políticos (...) El libro parece contener el citado y pérfido menoscabo de la casa real de Prusia y despertará a las masas no sólo contra ésta, sino contra el orden actual.

(...) en caso de que este libro se distribuya en el distrito, debe establecerse un examen y en la medida en que establecen las premisas de ley del Reich, dar comunicación (...) en tanto en cuanto el contenido parece totalmente punible comunicarlo al abogado del Estado»³³.

La censura volvía a aparecer en julio con motivo de la publicación de unas hojas volantes con el título *Alemania en esclavitud. Una palabra sobre el príncipe y el gobierno a la nación alemana con motivo de las elecciones (Deutschland in Sklaverei. Ein Wort über Fürst und Regierung an die deutsche Nation aus Anlaß der Wahlen)*³⁴. Estas prohibiciones y censuras no venían de arriba hacia abajo y se acataban como decisión estatal, sino que en ocasiones eran las propias «fuerzas vivas» de los municipios las que operaban para prohibir la difusión de escritos

³³ GLA, 377, 6850, Comunicado del Ministerio de Interior al distrito de Sinsheim, junio de 1878.

³⁴ GLA, 377, 6850, Comunicado del Ministerio de Interior al distrito de Sinsheim, julio de 1878.

considerados subversivos y políticamente «revolucionarios». En 1878 el alcalde del municipio de Mischelfeld, en el distrito de Sinsheim, se dirigía a las autoridades gubernativas para denunciar a un tintorero llamado Clausing al haberse encontrado en su domicilio documentos impresos de carácter socialdemócrata con el título *Los secretos de la socialdemocracia (Die Geheimnisse der Sozialdemokratie)*³⁵. Estos mecanismos de control se fueron relajando en las primeras décadas de siglo, una vez suprimida la efímera *Lex Heinze*, y permitieron la circulación de materiales escritos de carácter socialista o demócrata con más fuerza hasta la Primera Guerra Mundial, a la vez que crecía la fuerza política del SPD³⁶. Cuando en 1907 el Ministerio de Interior se interesaba por saber cuántas multas se habían impuesto en relación con la Ley de Prensa, el distrito de Sinsheim contestaba que entre 1904 y 1907 no se había impuesto ninguna sanción por este motivo.

En los municipios, la persecución contra un tipo de literatura considerada «sucía y mala» (*schmutz und schund*) formó parte de organizaciones religiosas o docentes durante varios años. En este sentido, de una forma mucho más directa y en un sentido censor claro, el párroco del municipio de Korb lograba deshacerse en 1913 de novelas que llegaban a la localidad y que consideraba poco recomendables como lectura de sus habitantes. También el párroco de Mittelschefflenz se ocupaba de introducir a los jóvenes en las «buenas lecturas», aunque con poco éxito de público³⁷.

Dentro de las comunidades operaron, sin embargo, otros mecanismos de censura que no eran solamente los gubernativos o religiosos. La supervisión e informes del párroco y del alcalde sobre los socialdemócratas que había en su municipio existían todavía en los noventa. Las recomendaciones de instancias superiores —el maestro, el padre, el jefe de los aprendices del taller— eran, sin duda, elementos que en los años jóvenes influían en el acceso a una determinada lectura o no. El aprendiz de carpintero y luego destacado socialdemócrata W. Engler recuerda también cómo su maestro le había recomendado que se suscribieran a novelas que se vendían por entregas y cómo

³⁵ GLA, 377, 6850, Comunicado de la policía de Hilsbach al Ministerio de Interior, noviembre de 1878.

³⁶ LÖFFLER, D.: «Literarische Zensur», en FRANZMANN, B.; HASEMANN, K.; LÖFFLER, D., y SCHÖN, E. (eds.): *Handbuch Lesen*, Múnich, K. G. Saur, 1999, pp. 340 y 341.

³⁷ LKA-Ka Spa, 5711, Kirchenvisitation, Korb (Adelsheim), 1913. También en este sentido LKA-Ka Spa, 56, Kirchenvisitation, Aglasterhausen (Mosbach), 1911.

el mismo se había suscrito. Esta literatura era considerada en este sentido como una buena vía para los ratos de ocio de los aprendices lectores y les apartaba además de otras que podían ser menos recomendables³⁸. Saltarse esos mecanismos o recomendaciones y buscar otras era algo que podía acarrear rechazo en el medio al que se pertenecía, pero también formaba parte del mecanismo de unión con otros grupos en el taller del maestro o en la taberna. Un lugar este último en el que también se buscaban otras lecturas.

Frente a estos factores que jugaban a favor de un determinado conservadurismo en las lecturas o de la multiplicación de culturas oficiales —liberales o católicas— existían otros que operaban de forma contraria. La lejanía del municipio de origen, de la jerarquía paterna, del párroco o del maestro facilitaba nuevos contactos para los aprendices de oficios, pero esas nuevas lecturas significaban de antemano romper con el entorno. Las posibilidades de trabajo ofrecidas fuera, la desestructuración de las relaciones entre maestros y aprendices³⁹ con el desarrollo del fenómeno de los asalariados en las fábricas favoreció también, sin duda, estas rupturas.

Que la profesión, el estatus social o los ingresos y el medio son elementos que condicionaban —y condicionan— el interés y el acceso a libros es un elemento clave a tener en cuenta. Si nos adentramos en las lecturas que se tenían a disposición en las casas de campesinos y *Arbeiterbauern*, tenemos que señalar por encima de todas a las religiosas. En especial en los medios protestantes, la lectura de la Biblia o de libros de oraciones estaba muy extendida. «Los devocionarios están por todas partes presentes y se utilizan en especial en los momentos de necesidad», señalaba el párroco encargado de realizar la visita del municipio de Neckargerach, en el distrito de Mosbach, en 1909⁴⁰. Eran las publicaciones religiosas —especialmente la Biblia, devocionarios, libros de cantos o calendarios con

³⁸ «Auf Veranlassung des Meisters hatten wir sowie er Romanhefte aboniert», GLA N Engler, 2, p. 21.

³⁹ A este respecto W. Engler señala, por ejemplo: «Es bestand auch nicht mehr das alte Verhältnis zwischen Meister und Gesellen wie früher, weil viele Arbeiter auch gelernt, in Fabriken und anderen Grossbetrieben arbeiten», GLA N Engler, 2, p. 62.

⁴⁰ LKA-Ka Spa, 8137, Kirchenvisitation, Neckargerach (Mosbach), 1909. También en LKA-Ka Spa, 721, Kirchenvisitation, Breitenbronn (Mosbach), 1895; LKA-Ka Spa, 7329, Kirchenvisitation, Mittelschefflenz (Mosbach), 1908; LKA-Ka Spa, 12264, Kirchenvisitation, Sulzfeld (Bretten), 1898; LKA-Ka Spa, 1137, Kirchenvisitation, Dallau (Mosbach), 1907.

pequeños consejos morales o prácticos y anécdotas— las que estaban presentes en las casas, las que formaban parte de los regalos y compras y las que se consideraban básicas en la familia⁴¹. Con el desarrollo de las tendencias antirreligiosas procedentes del socialismo o del liberalismo democrático, este tipo de publicaciones se apoyó especialmente desde los medios eclesiásticos en los municipios y en las editoriales procedentes de las confesiones religiosas. Más que como instrumento de cambio social o de introducción de nuevas ideas, el libro actuó, en este sentido, como elemento de integración religiosa y por extensión de cultura política ligada a las dos confesiones religiosas. Estas lecturas difundían símbolos culturales que representaban las normas del grupo y sus experiencias.

No obstante, también hay que tener en cuenta qué otras lecturas llegaban a los municipios de Baden. Dentro de las comunidades rurales se habían extendido con fuerza las bibliotecas públicas. Éstas se encontraban en manos del municipio, al lado de la escuela o formaban parte en ocasiones de la casa parroquial. Sus fondos no eran muy numerosos si atendemos a las descripciones de estos centros y su visita muy desigual. En Breitenbronn, la recién fundada biblioteca tenía 91 volúmenes en 1895, 131 en Dallau, en Fahrenbach 200 en 1908 y 500 en Mittelschefflenz, con el apoyo de las autoridades de la Iglesia protestante⁴². Si en la mayoría de los municipios se habla de una cierta afluencia de público especialmente en invierno o de la gran demanda de libros, en otros se señala la escasa asistencia de la gente⁴³. Rappenau, en el distrito de Sinsheim, era un municipio de cerca de mil quinientos habitantes. Durante 1909 la biblioteca

⁴¹ Véase FRANÇOIS, E.: «Das religiöse Buch als Nothelfer, Familienreliquie und Identitätssymbol im protestantischen Deutschland der Früherneuzeit (17.-19. Jahrhundert)», en BRUNOLD-BIGLER, U., y BAUSINGER, H. (eds.): *Hören, Sagen, Lesen, Lernen. Bausteine zu einer Geschichte der kommunikativen Kultur*, Berlín, u. a, Peter Lang, pp. 219-230.

⁴² LKA-Ka Spa, 721, Kirchenvisitation, Breitenbronn (Mosbach), 1895.

⁴³ En Neckargerach se señalaba: «... äusser in Zwingenberg und Lindach werden die Bibliotheken nur schwach benutzt», LKA-Ka Spa, 8137, Kirchenvisitation, Neckargerach (Mosbach), 1909. Por el contrario, en Neunkirchen la biblioteca no sólo era visitada, sino que se demandaban libros [LKA-Ka Spa, 8413, Kirchenvisitation, Neunkirchen (Mosbach), 1898]. En el mismo sentido, LKA-Ka Spa, 8819, Kirchenvisitation, Obrigheim (Mosbach), 1913; LKA-Ka Spa, 7987, Kirchenvisitation, Neckarbuch (Mosbach), 1909.

disponía de 150 tomos y se habían hecho cerca de 1.400 préstamos, es decir, alrededor de 0,93 por persona⁴⁴.

¿Qué se leía en la biblioteca? Dominaban en su interior los fondos de carácter popular. Narraciones populares de Gustav Schwab, de Franz Horn y de Johann Peter Hebel o los cuentos de los hermanos Grimm eran las principales lecturas de los habitantes de la localidad de Dallau a comienzos de siglo. A través de ellas se consolidaban parámetros morales —derecho, fidelidad, verdad, piedad o se suministraban descripciones de jerarquías sociales—⁴⁵ que tenían que ver más con el mundo anterior a la introducción de la industria que con el nuevo que se estaba formando de los trabajadores campesinos —*Arbeiterbauern*—. También se suministraban en estos cuentos más relaciones jerárquicas de poder de sociedades agrarias del Antiguo Régimen que otras pertenecientes a las recién establecidas de carácter representativo. La descripción de una sociedad armónica en la que la desigualdad se daba por hecho y carecía de importancia también formaba parte del poso conservador que dejaban los cuentos y leyendas. Más que en un mecanismo de emancipación, los libros de las bibliotecas populares se convirtieron en objeto de distracción y de control a través de la supervisión que se hacía de las lecturas.

«En Dallau se dispone de una biblioteca pública en el ayuntamiento y de ésta se ha separado una biblioteca escolar. Solamente 10 tomos permanecen en el ayuntamiento. La biblioteca escolar está en la escuela. El bibliotecario es el maestro Signart. Según la lista de libros, hay 131 tomos, de los que los *Naturbilder* de Grube en 10 partes, cuentos de Grimm, narraciones de Horn y Becker, también de J. P. Hebel, libros populares de Schwab, un número de buenas biografías y narraciones de viajes, las *badische Sagen* de Schmitt, etc., se leen especialmente según la lista las narraciones de Horn y Hebel...»⁴⁶.

Además de los mecanismos de censura y de la propia disponibilidad de bibliografía variada, otra de las barreras que debía superar la lectura para operar en el proceso de politización de las comunidades

⁴⁴ LKA-Ka Spa, 9623, Kirchenvisitation, Rappenau (Sinsheim), 1909.

⁴⁵ SIEVERS, K. D.: «Völkische Märcheninterpretation. Zu Kurd Niedlichs Mythen-und Märchendeutungen», en SCHMITT, Ch. (ed.): *Homo narrans. Studien zur populären Erzählkultur. Festschrift für Siegfried Neumann zum 65. Geburtstag*, Münster-Nueva York-Múnich-Berlín, 1999, pp. 91-110.

⁴⁶ LKA-Ka Spa, 1137, Kirchenvisitation, Dallau (Mosbach), 1907.

rurales fue, sin lugar a dudas, la propia disponibilidad de ocio de los sectores sociales. Las largas jornadas laborales y los desplazamientos de los trabajadores a los centros fabriles dificultaban la posibilidad de contar con tiempo dedicado a la lectura en los municipios. Algo similar puede decirse de los sectores agrarios. Como se exponía en 1908 en el municipio de Mittelschefflenz, en el distrito de Mosbach, los agricultores «trabajaban, comían y dormían»⁴⁷, siendo la lectura una actividad más propia de los momentos de ocio del invierno. La disponibilidad de tiempo, de medios económicos para adquirir libros o para suscribirse a periódicos limitaba las posibilidades de acceso a los medios escritos. En sus desplazamientos para trabajar como carpintero, W. Engler señala cómo en los albergues en los que dormían los aprendices y oficios se hablaba poco de política en general, y cómo el cansancio y la lucha por la supervivencia diaria dominaba buena parte de las actividades de la vida cotidiana. «En los Albergues se hablaba poco de política. Las preocupaciones por la comida y el alojamiento colocaban lo demás en un segundo plano»⁴⁸.

Además del horario, tampoco la disposición de libros era tan amplia. En sus años de aprendiz de carpintero en Kenzingen, el socialdemócrata W. Engler ponía de manifiesto la escasa disposición de prensa o libros para los aprendices y la presencia de lo «escuchado» y de la conversación como mecanismos de intercambio de ideas políticas entre ellos. La labor didáctica y cultural de la socialdemocracia tardaría unos años en implantarse⁴⁹ y en ser asumida por el público al que se dirigía, y el contacto diario en la fábrica y la charla de la taberna se convirtieron en fuentes de difusión de ideas socialistas en las comunidades rurales con mucha más fuerza que la lectura.

«Entre los aprendices, que aprendían un oficio conmigo en Kenzingen, había algunos que se interesaban por la política. Periódicos u otros materiales de lectura no estaban a nuestra disposición, sólo podíamos hablar entre nosotros, lo que sacábamos de la conversación de nuestro maestro y de otra gente. Las elecciones para el Reichstag de 1890, que llevaron a una

⁴⁷ LKA-Ka Spa, 7329, Kirchenvisitation, Mittelschefflenz (Mosbach), 1908.

⁴⁸ GLA N Engler, 2, p. 49.

⁴⁹ ROTH, G.: «Die kulturellen Bestrebungen der Sozialdemokratie im kaiserlichen Deutschland», en WEHLER, U. (ed.): *Moderne deutsche Sozialgeschichte*, Colonia-Berlín, 1966.

situación caliente entre los liberales y el Zentrum, dieron lugar a comentarios entre los aprendices católicos y protestantes, sin conseguir la enemistad.

También la elección local de alcalde nos dio la posibilidad de conversaciones políticas (...) De las cercanías de Freiburg llegaron noticias de movimientos salariales; éstos y especialmente una huelga de pintores se discutieron ampliamente, porque los compañeros pintores exigían la jornada de trabajo de diez horas y salario por horas. Los maestros estaban sublevados por estas demandas»⁵⁰.

A pesar de estas limitaciones y de la presencia de los mecanismos orales como acceso a la información política hasta los comienzos de siglo para la mayoría de la población, otros elementos empezaron a operar a favor del desarrollo de la lectura desde finales de siglo. La división religiosa, que actuaba además como división política, llevaba a que se produjese una distribución de libros relacionados con la consolidación propia del grupo. En este sentido se desarrollaba una literatura «liberal-protestante» y otra de carácter «liberal-católico». W. Engler rememora en este sentido cómo en casa de sus padres, en el municipio de Weisweil, del distrito de Emmendingen, había leído algunas cosas del reformismo liberal-protestante de Adolf Stöcker y de Friedrich Naumann, que formaban parte de las lecturas del liberalismo reformista. Esas lecturas de finales de los ochenta y noventa se habían desarrollado en relación con su entorno protestante y le habían abierto luego el camino para acceder a las ideas socialdemócratas, además de estimularle para conocer otras lecturas y acceder a nuevas ideas. Hacia 1891 W. Engler se había abonado al *Arbeiterstimme* y cogía sus libros en la biblioteca de la Grütlerverein⁵¹.

«Ni Schlenker ni yo sabíamos mucho sobre los socialdemócratas. En la casa de mis padres había leído algo de Stöcker y Naumann. Lo que nosotros aprendices fabulábamos y formulábamos como deseos sociales iba en la dirección que fue representada por Friedrich Naumann. Ante todo se tenía una vaga idea de un káiser de inclinaciones sociales...»⁵².

A pesar de las limitaciones impuestas por el medio, la lectura y las publicaciones se habían hecho un hueco en los municipios de

⁵⁰ GLA N Engler, 2, p. 12.

⁵¹ GLA N Engler, 2, p. 21.

⁵² GLA N Engler, 2, p. 13.

Baden y operaban en el proceso de individualización de las opciones políticas. El proceso de individualización era mayor. Surgían, además, pequeños grupos en las localidades que se apartaban de las lecturas tradicionales o religiosas⁵³ y se interesaban por las de ciencias naturales, por ejemplo, o por autores alejados de las confesiones religiosas. Los *Welträtsel* del naturalista y filósofo Ernst Haeckel se habían distribuido en Alemania entre 1899 y 1919 en más de 400.000 ejemplares⁵⁴, y algunos de ellos también habían llegado al municipio de Mittelschefflenz, en el distrito de Mosbach. El párroco de la localidad llegaba a hablar con recelo del grupo de «hackelianos» del municipio y de su escasa participación en las actividades culturales religiosas de la localidad. La defensa del darwinismo por parte de éstos, su progresismo social o sus tendencias ateas les colocaban al margen de la comunidad religiosa. En este sentido podemos señalar que durante este periodo se produce un proceso de individualización interna en el seno de algunos municipios rurales que está relacionado con la circulación de nuevas ideas escritas y que penetra también en algunos sectores sociales —con toda seguridad muy reducidos— que se diferencian así del resto de la comunidad y del dominio de las ideas religiosas. El efecto de un texto en una localidad rural estaba condicionado no sólo por la posibilidad de acceder a él o su difusión, sino por la propia referencia del contenido a la vida diaria del lector, a su estructura de valores, a sus enseñanzas prácticas y utilidad y a la aceptación social del grupo al que se pertenecía⁵⁵.

Los habitantes de este municipio no sólo tuvieron, sin embargo, la posibilidad de acceder a la cultura escrita leyendo libros, sino que este contacto se podía establecer como oyente, cantando o viendo un pequeño teatro. De todo ello sabían las diferentes ligas, encuentros o veladas desarrolladas en Mittelschefflenz. Es dentro de estas actividades donde los multiplicadores de la cultura oficial podían desarrollar una labor mayor y donde la actividad de las dos confesiones religiosas se hizo presente. Si las actividades religiosas comenzaban en estos momentos a ser cuestionadas y comenzaban un largo proceso

⁵³ En Stein, por ejemplo, ya se hablaba de una presencia de los devocionarios y biblias en las familias cristianas, pero no en toda la comunidad [LKA-Ka Spa, 12087, Kirchenvisitation, Stein (Bretten) 1906].

⁵⁴ ENGELSING, R.: *op. cit.*, p. 121.

⁵⁵ Véase sobre estos elementos BAUMTGÄRTNER, A. C.: *Lesen. Ein Handbuch*, Hamburg, Verlag für Buchmarkt, 1973, p. 242.

de retirada, este retroceso se producía todavía más lentamente en los municipios rurales durante el Imperio. La influencia de la casa parroquial en la escuela, en la formación o en el ocio todavía estaba muy presente. En 1908 se organizaban, por ejemplo, conferencias en las que los temas religiosos y patrióticos eran exaltados. Una determinada visión de la historia reciente aderezada con abundantes referencias a la nación alemana eran los ingredientes de la misma. La presencia y control de manifestaciones culturales por parte de la Iglesia permitió además a los párrocos de una u otra confesión controlar espacios de comunicación de símbolos políticos, personajes, difundir memorias escritas o identidades religiosas, como eran estas conferencias.

«Las conferencias eran de tipo religioso y patriótico. El tiempo de la Guerra de Liberación con sus grandes hombres, el gran tiempo de 1870-1871 con su espíritu religioso se le llevaba a la gente delante de los ojos. Las conferencias encontraron gran aceptación»⁵⁶.

En relación con la transmisión de nuevas ideas políticas y de un vocabulario que procedía, por ejemplo, de los escritos de los teóricos socialistas, éste se difundió a través de múltiples reuniones en tabernas o en el trabajo de forma oral. La capacidad de atracción de nuevos mensajes políticos estaba en relación con otros aspectos. Por un lado, la propia vinculación con la situación personal o con el entorno de relaciones y jerarquías en que se vivía y también con la comprensión del nuevo mensaje político. La lectura se había desarrollado dentro de los trabajadores sobre todo desde comienzos de siglo, aunque no con la fuerza que era de esperar y en ocasiones centrada en literatura de esparcimiento de carácter burgués⁵⁷. En este sentido, conviene señalar las dificultades de acceso a un nuevo vocabulario que no formaba parte de la experiencia cotidiana y que eran elaboraciones intelectuales, como puede ser el propio término de «burguesía» o la consideración de la «huelga general», de la «revolución» o de la «reforma social». La utilización de extranjerismos fue además habitual entre algunos oradores socialdemócratas, que

⁵⁶ LKA-Ka Spa, 7329, Kirchenvisitation, Mittelschefflenz (Mosbach), 1908. También sobre la presencia de conferencias en LKA-Ka Spa, 8819, Kirchenvisitation, Obrigheim (Mosbach), 1913.

⁵⁷ NITSCHKE, W.: «Wie und nach welcher Richtung entwickelt sich das Lesebedürfnis der Arbeiterschaft?», en *Sozialistische Monatshefte*, 19 (1913).

transmitían los textos de los libros sin atender a la comprensión del público para el que hablaban y sin lograr difundir su nuevo mensaje político. En este sentido, y de forma crítica, W. Engler rememora, en relación con uno de los oradores socialdemócratas a comienzos de los noventa, cómo existían problemas de comprensión y comunicación entre los dirigentes socialdemócratas y su público.

«Él lanzaba extranjerismos para dárselas de formado y los unía con citas extranjeras. Ésa era entonces, en las reuniones de todos los partidos, la loca moda. Gente con gran formación hablaba la totalidad de las frases en lengua extranjera para decir después: “esto es en alemán”. Los trabajadores parloteaban palabras sueltas extranjeras del diccionario de Liebknecht.

Una cosa no era indiferente o insignificante, sino que era «irrelevante»; el adversario no había expedido un certificado de incapacidad, sino «testimonium pauperpatis»; no se tenía necesidad, sino «pauperismus». (...) Peor era cuando las palabras se pronunciaban mal o se utilizaban de forma incorrecta (...).

Bullmer está preparado para apoyarme para la siguiente reunión. (...) Las palabras extranjeras con las que Bullmer se despachaba me las marqué y le pedí a un estudiante amigo que me las tradujese. Él dijo riendo: “Le voy a dar el gusto para que pueda entender estas palabras cuando las oiga, pero no empiece con estas tonterías. Hable usted alemán, se puede decir todo en alemán”. Es tonto cuando los trabajadores quieren un nombre en latín, y todavía más tonto y reprochable es cuando los académicos creen que pueden elevarse por encima de las otras clases a través de la utilización de extranjerismos»⁵⁸.

Que la lectura se había afianzado y que existía una demanda de la misma en muchos municipios rurales de Baden eran hechos evidentes. En muchas visitas pastorales los párrocos suelen hablar desde finales del siglo XIX de un incremento de la lectura y de una demanda creciente de la misma —*Lesebedürfnis*—⁵⁹. Además de los libros, los periódicos eran recibidos y leídos dentro de las casas. En comparación con la pluralidad de medios escritos en las ciudades, los municipios rurales no mostraban, sin embargo, tanta diversidad. Por otro lado, en estas localidades rurales la presencia de la prensa diaria de las grandes ciudades no era tan abundante durante el Imperio

⁵⁸ GLA N Engler, 2, p. 101.

⁵⁹ Sobre las crecientes necesidades de lectura —*reichlich vorhandenes Lesebedürfnis*—, LKA-Ka Spa, 12264, *Gemeinde Sulzfeld. Bericht zur Kirchenvisitationen*, 1908.

y se mantuvo con seguridad limitada a ciertos grupos sociales con acceso a su compra y con interés en sus contenidos⁶⁰.

Es evidente que a lo largo de estos años se fue configurando una demanda social de información exterior a la comunidad que fue adquiriendo valor dentro de la sociedad alemana, en la medida en que lo local se relacionaba con flujos económicos, políticos o sociales más o menos lejanos. Durante los años previos al Imperio creció el número de periódicos locales de las pequeñas y medianas ciudades con más intensidad que el de las grandes ciudades, tanto en la prensa católica como en la nacional-liberal⁶¹. Hacia 1910 existían en Baden alrededor de 449 publicaciones diferentes, incluyendo periódicos y revistas, de las que 264 (58 por 100) tenían un marcado carácter político, por encima incluso de la media en el Reich⁶². La prensa de carácter regional y local se mantuvo con fuerza y ese crecimiento no hacía sino mostrar, en definitiva, que existía una demanda de información ceñida en gran medida al propio espacio conocido y a la experiencia vivida⁶³. También es verdad que a través de la incorporación de noticias procedentes de otros grandes periódicos regionales los espacios institucionales del poder y sus protagonistas penetraban en los municipios ensanchando el espacio no tanto vivido pero sí desde luego el percibido⁶⁴.

⁶⁰ En este sentido señala Benssheimer cómo los abonados a la prensa de las grandes ciudades eran en general el cura y el maestro de la localidad o incluso la redacción del periódico local que se nutría así de nuevas informaciones, BENSSEIMER, E. J.: *op. cit.*, p. 35: «... der einzige Abonnent der Grossstadtzeitung im Dorfe ist gewöhnlich die Redaktion des lokalblattes, der die Stadtzeitung als Material für das eigene Organ dient. Dazu kommt ab und zu noch der "Herr Pfarrer" und der "Herr Lehrer". Die andern Gemeindeinsassen haben werde Geld noch Zeit für die Grossstadtzeitung; dazu wird ihnen die Neuigkeit in der Grosszeitung in einer durchaus ungewohnten Form dargeboten, so dass ihnen auch die Lust fehlt, deartige Zeitungen zu halten».

⁶¹ SÖSEMANN, B.: «Publizistik in staatlicher Regie. Die Presse- und Informationspolitik der Bismarck-Ära», en KUNISCH, J. (ed.): *Bismarck und seine Zeit*, Berlín, Duncker & Humblot, 1992, p. 292.

⁶² SEPAINNER, F.: «Die badische Presse im Kaiserreich. Spiegelbild der Parteiverhältnisse vor dem Ersten Weltkrieg», en *ZGO*, 128 (1980), p. 404.

⁶³ STÖBER, R.: *Deutsche Pressegeschichte*, Konstanz, UVK, 2000, pp. 113 ss. Véanse las reflexiones al respecto sobre la base de un análisis de la actualidad en HERRMANN, C.: *Im Dienste der örtlichen Lebenswelt. Lokale Presse im ländlichen Raum*, Wiesbaden, Westdeutscher Verlag, 1993.

⁶⁴ RONNEBERGER, F.: «Wandel von Raumvorstellungen durch Medienkommunikation», en *Publizistik*, 3 (1990), pp. 257-266.

Las formas, contenidos y funciones de los medios estaban marcados por los determinados contextos socioculturales y por la recepción de los mismos en esos contextos. Es necesario, por lo tanto, explorar los mecanismos de la comunicación entre medios escritos y actores sociales en sus propias circunstancias socioeconómicas y culturales⁶⁵. El contacto con las publicaciones escritas se establecía sobre la base de identidades políticas y religiosas previamente establecidas⁶⁶ y actuaba sobre un espacio social no democrático y en el que la idea de jerarquía estaba muy presente.

Incluso en el seno de un marco regional como Baden pueden distinguirse diferentes situaciones en relación con el acceso a las informaciones de la prensa escrita entre ciudades y municipios rurales. Esto significaba que esos flujos de comunicación no eran iguales en pueblos más alejados o más cercanos a estos centros industriales. Como señalaba el párroco de Stein: «ya no somos un municipio rural cerrado y dedicado al cultivo de la tierra; casi 70 personas buscan trabajo fuera del municipio. Éstos encuentran una mayor ganancia que la gente de campo»⁶⁷. La presencia de trabajadores que se desplazaban a los centros industriales también había favorecido la penetración de nuevas ideas y publicaciones en el seno de los municipios rurales, como eran algunas relacionadas con los socialdemócratas. Es evidente que, como se señalaba en Stebbach en 1905, los jóvenes de la localidad que se trasladaban a Heilbronn a trabajar todos los días habían adoptado un «sentido socialdemócrata» y trataban de difundirlo entre sus antiguos compañeros en la localidad⁶⁸. Estos trabajadores-campesinos que se desplazaban a las zonas industriales se convertían así en fuente de comunicación de un nuevo vocabulario político —revolución, justicia social, derechos, igualdad, etc.— y también de intereses políticos distintos en sus municipios que se trasladaban al ayuntamiento como primera instancia de intervención política. Esta apertura fue la que permitió que W. Engler,

⁶⁵ ZIMMERMANN, C.: «Kommunikation und Medien», en VAN DÜLMEN, R. (ed.): *Das Fischer Lexikon Geschichte*, Frankfurt am Main, Fischer Taschenbuch Verlag, 2003, especialmente pp. 238-239.

⁶⁶ Véanse las consideraciones en BEGEMANN, M.: *Zur politischen Funktion der Lokalpresse, Dissertation*, Universität Münster, 1982, p. 311.

⁶⁷ LKA-Ka Spa, 12046, Gemeinde Stein. Bericht zur Kirchenvisitationen, 1906.

⁶⁸ LKA-Ka Spa, 12065, Gemeinde Stebbach. Bericht zur Kirchenvisitationen, 1908.

aprendiz de carpintero y miembro de una familia campesina protestante, se acercara a la prensa socialdemócrata fuera de su municipio.

La conexión «local» o «comarcal» con el entramado industrial y la utilización de un lenguaje sencillo se veían por algunos redactores socialdemócratas, como Arno Frank, como la base principal sobre la que debía edificarse el edificio socialdemócrata⁶⁹. Estas afirmaciones se enfrentaban a una prensa que solía carecer de contenidos más amenos y a la que Frank llegaba a calificar de poco popular. Frente a estas ideas se situaban otras que observaban la prensa como vehículo de «enseñanza» en la línea didáctica que caracterizaba a la socialdemocracia⁷⁰. La necesidad de mantener la parte política nacional para evitar, como se decía entonces, «la miopía» y «la excesiva atención a los problemas de la propia localidad o comarca» era también destacado referente de otros autores socialdemócratas⁷¹.

En las publicaciones periódicas del SPD aparecía un nuevo vocabulario político que se alejaba del de las hojas dominicales religiosas y, sobre todo, describía las nuevas relaciones de trabajo, como eran las industriales, ante las que se ofrecían como garantes y mediadores. Todavía en 1913 se discutía entre los dirigentes socialdemócratas sobre la necesidad de explicar términos sociales y políticos que eran interpretados por los lectores de manera diferente a como se entendían por los dirigentes. En la celebración del Día del Partido, el informe de la presidencia señalaba en tono laudatorio que la prensa socialdemócrata se estaba dirigiendo ya a los compañeros con fines «didácticos» y con éxito y que estaba ganando nuevos miembros. Menos optimistas y más escépticos se mostraban algunos delegados socialdemócratas, como era el caso de Scheidemann, sobre esa capacidad de comunicación e influencia de esta abundante prensa y señalaba:

«Nuestra terminología, todas las expresiones que para todos nosotros son familiares como el abecedario, son sin embargo para las masas a las

⁶⁹ KOSZYK, K.: *Zwischen Kaiserreich und Diktatur. Die sozialdemokratische Presse von 1914 bisw 1933*, Heidelberg, Quelle & Meyer, 1958, p. 17.

⁷⁰ Sobre las relaciones existentes entre el movimiento de los trabajadores y la formación entre otros puede consultarse GROSCHOFF, H.: *Zwischen Bierabend und Bildungsverein. Zur Kulturarbeit in der deutschen Arbeitsbewegung vor 1914*, Berlín, 1985; VON SALDERN, A.: «Wilhelmische Gesellschaft und Arbeiterklasse. Emanzipations- und Integrationsprozesse im kulturellen und sozialen Bereich», en *Internationale wissenschaftliche Korrespondenz für die Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, 13 (1977), pp. 469-505.

⁷¹ KOSZYK, K.: *op. cit.*, p. 20.

que debemos llegar en gran medida incomprensibles; ellos sacan de esas palabras desconocidas cosas totalmente distintas de lo que se quiere decir»⁷².

Que la interpretación de estas noticias políticas fuera sobre la base de la localidad, que la comunicación oral y las relaciones todavía estaban muy presentes como medio de acceso a información y que en muchos de estos lugares se leyese con fruición la prensa eclesiástica o el folletón que acompañaba a las publicaciones son aspectos que no pueden dejarse de lado para matizar, sin embargo, el papel de la prensa y de la lectura como instrumento de «nueva politización» en las comunidades rurales de Alemania en el Imperio. Que las relaciones de trabajo y la comunicación oral entre los compañeros socialdemócratas se propagó como acceso a la comunicación de nuevas ideas políticas, más que una prensa a menudo excesivamente uniforme y encerrada en un discurso ideológico y en profusión de datos políticos alejados de la experiencia cotidiana, también es un hecho a tener en cuenta. Que, en definitiva, la información escrita aparecía en las comunidades filtrada en gran medida a través de los intereses, relaciones previas, confesiones y distintas situaciones sociales locales también es un hecho a no olvidar, para mostrar también los espacios y relaciones políticas que la lectura por sí sola difícilmente podía cambiar o subvertir.

Si bien hubo una gran circulación de información escrita y ésta influyó en la politización de estas comunidades, también es cierto que había otros factores que influían en ella. El proceso de individualización política comenzaba por estas fechas en los municipios y el libro o el periódico fueron un referente claro en Baden. No obstante, tardarían muchos años en extenderse las lecturas por todos los sectores sociales en la misma medida y con la misma heterogeneidad. El libro, al igual que el periódico, aportó nuevas ideas e información, pero éstas siempre operaron de manera distinta en los diferentes medios sociales y con cadencias temporales claras incluso en una sociedad con un elevado índice de alfabetización, como era la sociedad rural alemana durante el Imperio.

⁷² KOSZYK, K.: *op. cit.*, p. 15.

La lectura pública durante la Segunda República

Ana Martínez Rus

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El propósito de este artículo es analizar las prácticas de lectura durante la Segunda República española (1931-1936). Este periodo supuso un punto de inflexión en la valoración social del libro y la lectura porque se pasó de la lectura popular a la lectura pública. Esta transformación se plasmó en la política bibliotecaria del régimen republicano, en las estrategias editoriales y en la actitud del público hacia estas iniciativas. La socialización del libro y la lectura se abordó desde distintos ámbitos: por un lado, las políticas estatales, a través de las bibliotecas escolares y municipales, destinadas fundamentalmente al medio agrario, y, por otro, las iniciativas privadas, como la organización de la Feria del Libro de Madrid y las giras del camión-librería ambulante por distintas ciudades y pueblos de España. Ambas líneas convergieron en una mayor democratización y difusión de la lectura.

Palabras clave: lectura, lectores, libros, historia cultural, bibliotecas

Abstract: The aim of this article is to analyse the reading practices in Second Spanish Republic (1931-1936). This period implied an inflexion point in the social valuation of book and reading because popular reading becomes public reading. This transformation acquired a definite form in the republican librarian policy, in the publishing houses strategies, and in the attitudes of the general public towards these enterprises. The book and reading socialization started on several fields: on the one hand, the public policy, through school and council libraries, whose target was the agrarian environment; on the other, the private enterprises such as the organization of the Book Fair in Madrid and the tours of the travelling bookshop-truck throughout the country. Both sides converged on a bigger democratization and diffusion of reading.

Key words: reading, readers, books, cultural history, libraries

Las prácticas de lectura durante la Segunda República estuvieron asociadas al nuevo régimen de libertades, a la política bibliotecaria oficial y a las estrategias editoriales para ampliar el mercado del libro. En cualquier caso, las actividades de editores y libreros, así como la actitud y reacción del público respondieron a las expectativas creadas por la política oficial y formaron parte del mismo proyecto cultural de socialización del libro y de la lectura. Los ciudadanos fueron partícipes de una extensión social de la lectura en las distintas iniciativas organizadas por el Estado y los profesionales del libro.

La biblioteca pública como derecho democrático

El proyecto educativo y cultural formó parte del programa modernizador republicano en un intento de modificar las estructuras socio-económicas del país. El acceso a la cultura y a la educación de los ciudadanos se convirtió en un deber del Estado democrático. Las autoridades consideraron que era urgente alfabetizar a la población y asegurar su acceso al libro para mejorar su capacitación profesional, su formación cultural y su comportamiento cívico en relación con la participación en la vida pública. En este sentido era necesario crear escuelas y bibliotecas en todo el territorio para acercar a todos los habitantes el libro, y en tal sentido el Estado republicano se ocupó de la dotación, organización y expansión de las bibliotecas públicas¹. Estos establecimientos se convirtieron en centros de formación permanente como apoyo y complemento a la escuela laica, pública y gratuita. El libro pasó a ser un instrumento fundamental en el proceso de culturización popular desarrollado por el régimen democrático. La República fue un proyecto cultural con señas de identidad propias que incorporó la cultura en claves sociales y de derechos políticos².

Con la democracia republicana se superó el concepto restringido de biblioteca popular por el de biblioteca pública abierta a todos

¹ Sobre la política bibliotecaria republicana véase MARTÍNEZ RUS, A.: *La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura*, Gijón, Trea, 2003.

² Véanse HOLGUÍN, S.: *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Barcelona, Crítica, 2003; HUERTAS VÁZQUEZ, E.: *La política cultural de la Segunda República española*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1988, y MARTÍNEZ MARTÍN, J. A.: «La Segunda República (1931-1936)», en BAHAMONDE, Á. (coord.): *Historia de España. Siglo XX*, Madrid, Cátedra, pp. 541-636.

los ciudadanos. Las bibliotecas destinadas a las clases populares, que carecían de medios económicos para acceder al libro, fueron sustituidas por bibliotecas públicas al servicio de toda la sociedad. El libro se socializó gracias a la extensión de las bibliotecas públicas, sobre todo en las zonas agrarias. Al mismo tiempo, muchos de estos libros contribuyeron a la difusión de los valores republicanos y democráticos³. La política bibliotecaria se articuló alrededor del Patronato de Misiones Pedagógicas y de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros para bibliotecas públicas. Las bibliotecas del Patronato formaron parte de la acción de extensión cultural desarrollada por Misiones en el campo. La Junta de Intercambio era un organismo específico en materia bibliotecaria, encargado de modernizar el patrimonio bibliográfico nacional y de la dotación y expansión de las bibliotecas del Estado.

Tanto las bibliotecas escolares y rurales de Misiones como los establecimientos municipales de la Junta contribuyeron a la difusión del libro en la sociedad española, pero el régimen no trataba únicamente de mejorar las instalaciones y los fondos de las bibliotecas, sino de fomentar la lectura pública. La biblioteca se transformó en un servicio público que debía garantizar el acceso al libro de todos sus ciudadanos más allá de la biblioteca popular de carácter paternalista de épocas pasadas dirigida a mejorar la formación de las clases trabajadoras⁴. La instalación de nuevas bibliotecas y la actualización de las colecciones existentes tuvieron un efecto multiplicador, aumentando la consulta de los lectores habituales y aficionando a los libros a personas secularmente alejadas de lo impreso. En este sentido conviene distinguir entre los lectores potenciales, que incluían a todas

³ Sobre el papel de la biblioteca como agente socializador del régimen republicano véase FERNÁNDEZ SORIA, J. M.: *Educación, socialización y legitimación política (España, 1931-1970)*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1998, pp. 61-97.

⁴ Acerca del cambio cualitativo entre el concepto de biblioteca popular y el de biblioteca pública abierta a todos los ciudadanos véase MARTÍNEZ RUS, A.: «Las bibliotecas y la lectura. De la biblioteca popular a la biblioteca pública», en MARTÍNEZ MARTÍN, J. A. (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, 2001. Y sobre la evolución de las bibliotecas públicas véanse los trabajos de GARCÍA EJARQUE, L.: *Historia de la lectura pública en España*, Gijón, 2000, y FONSECA RUIZ, I.: «La lectura pública en España. Pasado, presente y deseable futuro», en *Boletín de la Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos*, año XXVII, 2, Madrid, 1977, pp. 57-81.

las personas alfabetizadas, y los lectores reales, que asistían con regularidad a estos centros de cultura y ciencia. De ahí que la extensión de las bibliotecas fuese paralela a la generalización de la instrucción de la población, como apoyo y complemento de la escuela. Además, el diseño de una política general de bibliotecas para coordinar los servicios de los distintos establecimientos del país en un intento de crear una red bibliotecaria interrelacionada constituyó un cambio sustancial respecto al pasado⁵.

Las bibliotecas escolares y su proyección en los pueblos

Uno de los objetivos principales de las visitas de Misiones a los pueblos fue el establecimiento de bibliotecas fijas y circulantes, así como la organización de lecturas públicas, según Decreto de 7 de agosto de 1931, atendiendo preferentemente a localidades aisladas y de población reducida. El Patronato y el Museo Pedagógico Nacional se encargaron de la selección, adquisición y distribución de los títulos. Las colecciones iniciales comprendían cien volúmenes, sólidamente encuadernados y divididos en dos grupos: «Lectura para adultos» y «Lectura para niños». El primero era más amplio e incluía materias variadas: literatura española y universal —contemporánea y clásica—, ciencias aplicadas, técnica agrícola e industrial, ciencias naturales, historia y geografía general y de España, viajes, biografías, diccionarios, etc. Las lecturas específicas para niños recogían cuentos, libros de aventuras, adaptaciones de obras maestras de la literatura, así como una serie de obras científicas, geográficas e históricas para completar las tareas de las clases.

Aunque las bibliotecas del Patronato de Misiones Pedagógicas se instalaban en las escuelas bajo la dirección del maestro, no eran propiamente escolares, ya que permanecían a disposición de todo el pueblo. Durante el día la biblioteca estaba al servicio de los alumnos como apoyo y complemento de la docencia, y además ellos mismos participaban en la organización y control de los libros. Por la tarde, en función de la disponibilidad del maestro, la biblioteca abría al

⁵ Véase FAUS SEVILLA, P.: *La lectura pública en España y el Plan de Bibliotecas de María Moliner*, Madrid, 1990. Y el catálogo de la exposición sobre *La lectura pública en España durante la Segunda República*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1991.

resto de vecinos varias horas para la consulta y lectura de obras *in situ* y para el préstamo. Poder llevarse un libro gratuitamente a sus casas era lo que más atraía y gustaba a los habitantes. Esta nueva oportunidad permitía tener una obra durante varios días para leerla cuando ellos quisiesen o pudiesen en función de su tiempo libre. Sobre la repercusión de las bibliotecas en las distintas localidades destacan las cifras de lectores y lecturas entre 1931 y 1933, que, aunque no sean exactas, demuestran la importancia del fenómeno lector que fomentaron las bibliotecas de Misiones Pedagógicas. En diciembre de 1933, con 3.151 bibliotecas creadas, el número de lectores contabilizados fue de 467.775, de los cuales 269.325 eran menores de catorce años y 198.450 adultos. Se realizaron 2.196.495 de lecturas, correspondiendo 1.405.845 a los niños y 790.650 a mayores de catorce años.

Según estos datos, los niños eran los que más leían, debido lógicamente a sus estudios, pero conviene destacar un aspecto muy importante que no recogían las estadísticas: los escolares que llevaban libros a casa incitaban a la lectura a sus padres y hermanos, ya que esta novedad despertaba la curiosidad y el interés de quienes antes no habían tenido tal posibilidad. Probablemente muchas obras de los niños eran leídas por el resto de la familia de manera colectiva en voz alta o al menos por algún otro miembro de manera individual y silenciosa. Después del estímulo inicial, los adultos acudían a la biblioteca por su cuenta. Así, en la visita del inspector a Anzánigo (Huesca) comentaba: «Es de admirar el entusiasmo que ha despertado la biblioteca escolar entre los niños y los adultos, pues desde la inauguración de la referida biblioteca la escuela es el punto de reunión, estrechando de esta manera los lazos entre la escuela y la familia»⁶. En otros casos los escolares hacían de intermediarios en el préstamo de libros, como ocurría en el pueblo de Montealegre del Castillo, en Albacete: «las hijas del dueño de la fonda, aficionadas a leer, habían tenido en préstamo varios libros de las Misiones, mientras que ignoraban la existencia de la [Biblioteca] Municipal. Claro que esto ocurre con facilidad tratándose de mujeres, y sobre todo en el sur de España, porque les molesta ir a la Municipal, mientras que los libros de la de Misiones se los procuran dirigiéndose

⁶ PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Informes, septiembre de 1931-diciembre de 1933*, Madrid, Aguirre Impresor, 1934, p. 68.

al maestro o maestra, o por medio de sus hermanos que van a la escuela»⁷.

En líneas generales, las bibliotecas de Misiones fueron recibidas con interés y expectación por los vecinos, según recogen los informes de las Memorias del Patronato. En La Cuesta y El Carrascal (Segovia): «Nunca se leyó allí y cuando me despedí ya se habían repartido setenta libros. Sé de una mujer que no se acostó hasta que terminó la novelita que llevó su marido y me he encontrado a algún aldeano leyendo camino adelante. Y tienen el mayor inconveniente en la luz»⁸. En algunas localidades sirvieron para estimular pequeñas agrupaciones que contribuyeron a la adquisición de nuevas obras. Así, en Sadaba (Zaragoza), con los ingresos recogidos en un festival ampliaron los fondos de la biblioteca a 600 volúmenes. Y en Valdunciel (Salamanca), un pueblo pequeño y agrícola, «aprovechan y matan sus ratos de ocio en la biblioteca, que han acogido con verdadero interés y cariño, hasta el extremo de haber formado otra que funciona unida a ésta». Estos testimonios favorables nos hablan de los espacios colectivos e individuales, así como de los hábitos de lectura de estas comunidades rurales que condicionaron la apropiación y usos de esos textos⁹. Pero también encontramos limitaciones sobre el reducido número de libros para atender la demanda de lectura de los pueblos, aunque en otros casos existieron problemas por cuestiones políticas y por indiferencia de algunos maestros. Éste era el estado de la biblioteca de Mérida (Badajoz), instalada en una escuela graduada de niñas: «A la Biblioteca le dan acaso menos importancia de la debida. No está en un estante, sino que los libros están sobre una mesa de canto con los lomos hacia arriba. La directora me dio la impresión de que consideraba la Biblioteca como uno de tantos elementos del

⁷ PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Memoria de la misión pedagógica social en Sanabria (Zamora). Resumen de los trabajos realizados en el año 1934*, Madrid, Aguirre Impresor, 1935, p. 83.

⁸ Impresiones de Juan Vicens de la Llave en sus visitas de inspección a las bibliotecas, recogidas en PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Informes...*, *op. cit.*, p. 49.

⁹ Sobre las prácticas de lectura y la apropiación de los textos por parte de los lectores resultan fundamentales los trabajos de CHARTIER, R.: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992; *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993; *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1996, o *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervenciones*, Barcelona, Gedisa, 2000.

material de la Escuela. Le pregunté si leía gente de fuera de la Escuela y si las niñas u otros lectores sacaban los libros a sus casas, y a ambas preguntas me contestó que no, con cierto aire de asombro. Me dijo que sólo sacaban los libros fuera las profesoras»¹⁰.

En la provincia de Valencia, las bibliotecas de Misiones adquirieron mayor entidad al transformarse en establecimientos rurales en un intento de sacarlos del ámbito escolar e involucrar a toda la población en su funcionamiento. Sobre las prácticas, los espacios y usos de lectura destacan las respuestas de los responsables de las bibliotecas al cuestionario que envió la responsable de la red bibliotecaria, María Moliner, en 1936 en relación con la situación y marcha de los mismos¹¹. Estos informes ponen de manifiesto las inquietudes y necesidades diversas de comunidades agrarias de lectores similares, pero también nos indican las coincidencias en las preferencias de títulos, autores y temáticas, así como en hábitos y prácticas de lectura en relación con sus necesidades vitales y con la colección inicial recibida. De hecho, la mayoría de los usuarios adultos que acudían a la biblioteca lo hacían después de la finalización de las tareas agrícolas, predominando el servicio de préstamo, más flexible y cómodo que la consulta en sala. Por otra parte, la ubicación de los libros en la escuela condicionaba el tipo de usuario habitual, destacando los menores de edad.

Según las estadísticas, leían poco los hombres, apenas las mujeres y predominantemente los niños. Pero esto no quiere decir que el público adulto fuese ajeno a esos textos. No debemos olvidar la mediatización de los textos que conocían a través de sus hijos en ediciones escolares y juveniles que expurgaban textos clásicos. Podemos agrupar los libros más demandados por su temática.

En un primer grupo se encontrarían los cuentos infantiles, algo lógico teniendo en cuenta la clientela preferente de estas bibliotecas: Andersen, Grimm, Perrault, la serie de Calleja. En un segundo grupo estarían los clásicos adaptados al público infantil y juvenil, que en cierta manera se asimilarían al grupo anterior (Homero, Dante, Cervantes, Quevedo, *El Lazarillo*, Romancero medieval). Baste recordar las ediciones en este sentido de María Luz Morales de Grimm y Homero, respectivamente, habituales en estas colecciones. Otro grupo

¹⁰ PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Informes...*, op. cit., p. 79.

¹¹ Estos cuestionarios y sus respuestas se encuentran en el Archivo General de la Administración (AGA), Sección de Cultura, caja núm. 20053.

básico eran las novelas de aventuras, que en cierta medida también estaban relacionadas con un público juvenil, con Verne a la cabeza (Defoe, Stevenson, Poe, Swift, folletines al estilo de Dumas y Sué). También encontramos a los autores contemporáneos de los siglos XIX y XX, preferentemente españoles (Palacio Valdés, Varela, Bécquer, Pereda, Valle-Inclán), con predilección manifiesta por Pérez Galdós y Blasco Ibáñez. El caso de Pérez Galdós es significativo para entender la visión que estos lectores tenían de la España decimonónica, puesto que sus *Episodios Nacionales* constituían su principal referencia histórica. Entre los autores extranjeros destacaban Tolstoi, Dostoievski y Víctor Hugo. Por último, sobresalían las obras de carácter científico y técnico, entre las que ocupaban un lugar preferente las que versaban sobre agricultura, geografía y ciencias naturales.

Resultan igualmente reveladores los nuevos títulos que solicitaban los usuarios a través de los responsables de las bibliotecas. En muchos de estos casos, las inquietudes de los maestros influían sobre las peticiones. En este sentido, abunda la demanda de libros de pedagogía, didáctica de ciertas materias, autores y obras de mayor complejidad y menos conocidas por el gran público (Teresa de Ávila, Montaigne, Thackeray, Platón, Azorín). Otras de ellas responden a intereses diversos de los usuarios (novelas menos conocidas de autores consagrados, géneros predilectos, referencias orales de algunas obras, autores que ampliaban su fama por entonces, como Lorca o Alberti). Todo ello dependía de las creencias e identidades previas de los lectores. En cualquier caso, la demanda de más novelas de aventuras, libros de agricultura y colecciones legislativas era constante.

Pese a la proyección de estas bibliotecas, lo cierto era que se encontraban con problemas para difundir su uso. Desde noviembre de 1935 y durante todo el año 1936, María Moliner, como delegada e inspectora del Patronato, recorrió los pueblos valencianos de la red bibliotecaria rural para impulsar la actividad de las bibliotecas, tanto de Misiones como las municipales, y ayudar a los responsables en su funcionamiento¹². Una de sus preocupaciones era implicar a los adultos en esta tarea. Para ello veía necesario la organización de reuniones de los responsables de los establecimientos con los vecinos de las poblaciones. Pero los bibliotecarios, en líneas generales, consideraban que no era factible celebrar una sesión semanal en

¹² Véanse todas las visitas de la inspectora María Moliner a los pueblos en el AGA, Sección de Cultura, caja núm. 20052.

la biblioteca para potenciar su difusión, porque la población era eminentemente agrícola y durante las horas de la noche necesitaban, primero, cobrar el jornal y, luego, buscar ocupación para el día siguiente, máxime en la época primaveral. En todo caso aconsejaban el domingo o un festivo para realizar estas sesiones. De hecho, había épocas del año, dependiendo del ciclo del campo, que las bibliotecas apenas eran utilizadas por el público adulto.

Muchas de estas resistencias se hicieron nítidas durante estas visitas de inspección de María Moliner a distintas localidades valencianas, ejemplo significativo de los obstáculos que a nivel nacional tenía esta estrategia de difusión de la lectura. Entre los problemas más habituales que esta inspectora se encontró destacaron la ubicación del local, la identificación de estas instituciones con determinadas opciones políticas, los traslados administrativos de algunos de los responsables (maestros, funcionarios municipales), las presiones consuetudinarias para mantener a la mujeres alejadas de la vida pública en el seno de estas sociedades rurales y, en general, el grado de analfabetismo. En este sentido, resultaba paradójico que las más receptivas a las iniciativas de la inspectora fueron las amas de casa, que curiosamente no contaban entre los principales usuarios de las bibliotecas.

En algunos casos resultaba difícil ubicar la biblioteca en edificios públicos y accesibles que no se identificasen con opciones políticas o religiosas que provocasen el rechazo de algunos usuarios. Por ejemplo, en Guadasuar se desató un conflicto porque en el local elegido existía imaginería religiosa; en Pinet se rechazó la casa abadía como instalación por las asociaciones ideológicas que suponía, aunque se acabó eligiendo el local de un carpintero, que era conocido por sus simpatías derechistas y al que se nombró colaborador de la biblioteca. Este problema se agravaba cuando amplias capas sociales en estas áreas rurales identificaban la política de difusión de la lectura con la legislación social y laboral que había promovido el régimen republicano. En los casos más extremos, la visita de la propia inspectora fue boicoteada, como ocurrió en Fortaleny. Los cambios de destino de los docentes y funcionarios condicionaron la vida de estas bibliotecas, porque, a falta de bibliotecarios profesionales, eran ellos personalmente quienes gestionaban estas instituciones de forma voluntarista. De modo que podría establecerse una relación directamente proporcional entre la actitud del maestro y el éxito de la biblioteca.

En el caso de Cullera, las bibliotecas estaban bajo la dirección del secretario del ayuntamiento, que las había convertido en su coto privado. Sobre los obstáculos que encontraban las mujeres baste como ilustración que en Pinet recibieron a la delegación de las Misiones de pie, trabajando en las trenzas de palma con que confeccionaban los cestos que constituían la artesanía típica de esta zona.

Las bibliotecas municipales

Las bibliotecas municipales fueron creadas por la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros, según Decreto de 13 de junio de 1932, para continuar la promoción de la lectura pública en el ámbito rural, pero en localidades de mayor entidad y tratando de implicar a las autoridades municipales en su funcionamiento. La Junta se encargaba de formar y enviar el lote fundacional de la biblioteca atendiendo a la población del municipio. Se optó por enviar una biblioteca tipo de carácter enciclopédico de 300 volúmenes, donde predominaba la literatura de carácter recreativo para atraer al público y crear nuevos hábitos de lectura, prescindiendo de obras infantiles que constituían la temática principal de las bibliotecas de Misiones. Aunque en la selección última de los títulos también influyó la intervención editorial en cuanto a precios, ediciones y formatos.

Sobre el comportamiento de los lectores y la recepción de las bibliotecas en las poblaciones resultan fundamentales los informes derivados de las visitas de inspección de Juan Vicens de la Llave¹³. En su viaje a Andalucía, el inspector elogió la actuación de las Juntas y de los bibliotecarios, así como la actitud del público. Valoró muy positivamente el hecho de que un pueblo solicitase una biblioteca, porque demostraba el interés de los habitantes y del ayuntamiento, ya que en otros muchos sabían que podían pedir una biblioteca a la Junta de Intercambio pero no lo hacían por distintos motivos. En unos casos las autoridades menos receptivas no querían que la gente leyese, o les daba pereza emprender las gestiones y nombrar la Junta, o bien les parecía un despilfarro gastar dinero en la instalación de una biblioteca aunque les regalasen los libros.

¹³ El grueso de los informes de inspección de Vicens también se encuentran en el AGA, Sección de Cultura, caja núm. 20052.

El inspector destacaba la existencia de dos tipos de bibliotecas: unas que él llamaba de «inspiración popular», y otras que denominaba «paternales». Aunque con esta división no quería hacer una cuestión política, era indudable que en la organización y funcionamiento de la biblioteca se reflejaban las condiciones sociopolíticas y económicas de cada pueblo. De hecho, señalaba que las bibliotecas de índole popular existían generalmente en localidades con ayuntamientos socialistas o de izquierdas y donde la tierra estaba dividida o contaban con talleres artesanales y pequeñas industrias, mientras que las de carácter paternalista se establecían en pueblos con la propiedad muy concentrada, con mucho analfabetismo y gran cantidad de jornaleros sin fortuna. Sin embargo, esto no quería decir que todas las bibliotecas del primer tipo fuesen favorables y las del segundo negativas, pues existían bibliotecas populares y paternales que funcionaban bien y mal. Así, en la misma provincia de Huelva existía un buen ejemplo de biblioteca paternal en el pueblo de Alájar, donde la propiedad estaba en manos de cuatro caciques, y otro de establecimiento popular en la localidad de Cortegana, formada principalmente por artesanos. Aunque la biblioteca de Alájar había sido creada por las personas acomodadas del pueblo, estaba a disposición de todos los vecinos, el encargado tenía buena disposición, y el local era alegre y luminoso. El intenso movimiento de la biblioteca de Cortegana se debía a la colaboración de la corporación y de los vecinos. Pero no todas las bibliotecas pertenecían por completo a alguna de estas clasificaciones, existían muchos matices intermedios. En cualquier caso, esta tipología también era aplicable al resto de bibliotecas del país.

Vicens consideraba bibliotecas paternales a aquellas que habían sido establecidas por un grupo de personas pertenecientes a los notables locales en apoyo de la población más desfavorecida. Tenían un carácter de obra de beneficencia, y en algunos casos la biblioteca se convertía en un aula de colegio, frecuentada principalmente por niños llevados por sus profesores, donde el bibliotecario parecía más bien un vigilante. Casi siempre esos notables habían organizado la biblioteca con gran interés, aunque a veces habían tardado meses. Pero en las Juntas paternales se apreciaba una actitud despectiva, generalmente inconsciente, hacia sus propios vecinos y futuros usuarios de la biblioteca con afirmaciones como «aquí la gente es muy bruta y no les gusta más que la taberna». En estas bibliotecas se oponían enérgicamente a establecer el préstamo creyendo que los

libros iban a desaparecer, como en el pueblo de Chipiona (Cádiz) o en Peñafiel (Valladolid), o bien no querían establecerlo sino mediante fianza de cinco pesetas, como en los casos de Mengíbar (Jaén) e Híjar (Teruel). En Mengíbar los encargados eran muy recelosos al préstamo y sólo lo establecieron con fianza. Pero Vicens les hizo ver que de esta manera excluían del servicio a toda persona que no dispusiera de esa cantidad, perjudicando a los habitantes más modestos. A pesar de las reservas, el inspector les convenció apoyado en el reglamento e instrucciones de la circular número 2 para eliminar la fianza del préstamo a domicilio. Además, en estas bibliotecas las Juntas aseguraban que sólo tendrían lectores las obras frívolas, y que acudiría muy poca gente. Así, en Mengíbar la Junta bibliotecaria advirtió que los únicos libros que debían formar la biblioteca eran novelas de aventuras y literatura banal. En este sentido, Vicens señaló que el trabajo precisamente de dicha Junta era explicar a la gente los libros que poseía la biblioteca, ya que los posibles lectores a quienes podían interesar los libros sobre la cría de gallinas o de abejas ignoraban que eso se denominaba avicultura o apicultura. Esta situación estaba relacionada con la existencia en la provincia de Jaén de latifundios y de un gran número de analfabetos que trabajaban como jornaleros.

Las bibliotecas de inspiración popular eran las que se habían desarrollado por iniciativa de los propios habitantes de los pueblos. En unos casos, la creación de la biblioteca fue impulsada por un grupo de vecinos como algunas asociaciones obreras, y, en otros casos, el ayuntamiento solicitó la colección municipal respondiendo a la demanda de la mayoría de la población. Las sociedades obreras participaron porque eran las asociaciones más preocupadas por su funcionamiento. También actuaron en las Juntas los maestros, ya que eran elementos relativamente independientes, aunque muchos de ellos comprometidos con la República, y que por su preparación y dedicación tenían interés directo en la biblioteca. Así, en el pueblo malagueño de Villanueva del Trabuco, la Junta bibliotecaria estaba formada por el presidente de la Comisión Municipal de Instrucción Pública, dos maestros, el presidente del Sindicato Agrícola, el médico, el sacerdote, el presidente de la Sociedad Obreros del Campo y dos empleados. Su actuación resultó decisiva en la marcha del establecimiento municipal. La sociedad obrera de Portillo (Valladolid) presionó al ayuntamiento para conseguir la biblioteca, y participó

activamente de sus servicios con la presencia de 60 lectores diarios en sala. En Villar del Campo (Soria), por iniciativa propia, al no existir ninguna entidad profesional o cultural, decidieron nombrar un representante de los patronos y otro de los trabajadores en la Junta de la biblioteca para implicar a los distintos colectivos en su funcionamiento. La biblioteca de Villanueva del Rosario, en Málaga, fue impulsada por la Sociedad Socialista de Oficios Varios, cuyo presidente era concejal y miembro de la Junta rectora, junto con un agricultor, dos empleados, el comandante de la Guardia Civil, dos maestros, un jornalero y el médico. En la Junta bibliotecaria de Ubrique estaban representadas la Sociedad de Obreros Petaqueros, la de Obreros Curtidores, el Círculo Cultural, el Ateneo, la Sociedad de Patronos de Talleres de Calzado y la Sociedad Cultural La Biblioteca. En todos los pueblos donde las asociaciones profesionales formaban parte de las Juntas habían prestado un apoyo incondicional a la biblioteca y en ningún caso habían provocado conflictos. En este sentido, destaca la labor de la Junta bibliotecaria de Sástago (Zaragoza), que publicó un bando para difundir la función de la biblioteca entre sus vecinos, incitando a la lectura y a la participación de sus servicios.

Tanto si la iniciativa era colectiva como si era municipal, los organizadores no habían trabajado solos, sino alentados y ayudados constantemente por muchos vecinos, incluso los carpinteros y herreros del pueblo habían colaborado para montarla y amueblarla gratis o sólo por el valor de las materias primas. Además, Vicens señaló que desde el primer día el público acudió masivamente a estas bibliotecas porque se sentía protagonista de su fundación, y el préstamo casi siempre se había organizado sin esperar las instrucciones de la Junta de Intercambio, pero no existía queja alguna sobre el deterioro o pérdida de los libros. Incluso en Villanueva del Rosario (Málaga), donde se dejó un lote de obras durante seis meses a libre disposición de los lectores sin intervención de ningún bibliotecario, no faltaba un solo libro. El público, en su mayoría obreros socialistas, se acercaba al ayuntamiento donde estaban los libros en un armario abierto para leerlos allí mismo o en su casa, y no había desaparecido ningún volumen. Cuando estaban un poco desordenados, algún espontáneo se dedicaba durante horas a colocarlos. Estas actitudes estaban en consonancia con la participación y responsabilidad ciudadana que defendía el régimen republicano. De hecho, las bibliotecas habían

adquirido vida propia gracias a la colaboración de los usuarios, convirtiéndose en el centro cultural de sus respectivas localidades.

La lectura y los lectores: cifras y contenidos

En la memoria de la JIAL de 1934 se incluían el número de lectores y el volumen de obras consultadas por materias durante ese año en las bibliotecas municipales creadas a lo largo de 1933, que han sido contrastadas y corregidas con los datos aparecidos en los expedientes de cada establecimiento. Los municipios agrupaban a 596.554 habitantes y de ellos 209.532 fueron lectores, es decir, el 34,8 por 100 de la población acudió a la biblioteca para consultar obras y llevarse libros a casa. Los usuarios menores de catorce años eran 74.585, mientras que los adultos sumaban 134.947, predominando el lector masculino, ya que la mayoría, 109.056, eran hombres. La respuesta del público en los primeros meses de funcionamiento de las bibliotecas y la difusión de la lectura en estas localidades rurales resultan de gran relevancia si tenemos en cuenta la novedad que representaba para los habitantes la llegada de la biblioteca, los problemas de organización e incluso políticos que implicaba, aparte de la falta de hábito de asistencia. Así, en la biblioteca de Bienservida (Albacete) a la hora de ir a la biblioteca, siempre a la tarde después del trabajo, la gente se agolpaba a la entrada para dejar y coger nuevos libros. Algunos estantes estaban continuamente medio vacíos y las obras de muchas secciones, salvo las de ciencias aplicadas y las de bellas artes, estaban muy usados. Además, la Junta bibliotecaria y personas del pueblo reconocían abiertamente que la biblioteca había influido muy positivamente en la cultura, trato y conducta de los vecinos: «La Biblioteca Municipal es el paseo del pueblo, porque es tal cantidad de gente que va a tomar libros prestados, que arrastra a los demás, y todo ese mundo se instala delante de la puerta formando una verdadera manifestación. Los domingos que está cerrada, la gente va allí por costumbre y se está allí hablando. De los 300 volúmenes, había en poder de lectores más de la mitad, y los que vi mostraban las señales de un uso intensísimo»¹⁴. De hecho, en esta localidad, que contaba con 3.088 habitantes, se registraron a lo largo del año

¹⁴ Informe de inspección de Juan Vicens de la Llave recogido en PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Memoria de la misión...*, op. cit., p. 85.

8.280 lectores, ya que también era utilizada por vecinos de pueblos próximas, como la aldea de La Sierra, que convirtió su biblioteca de Misiones en sucursal de la municipal de Bienservida. Vicens siempre destacó el impulso de las bibliotecas en la difusión del libro y el fomento de la lectura por la afluencia de lectores. El inspector Vicens nunca encontró una biblioteca que fallase por falta de respuesta del público. Las que fallaban eran por una mala dirección, por motivos políticos, etc., pero en cuanto las Juntas o los bibliotecarios se molestaban un poco, los lectores acudían en gran número.

La distinción de materias de las obras consultadas en 1934 se hizo siguiendo la clasificación decimal universal, que comprende diez categorías del 0 al 9, correspondiendo a cada número un grupo de disciplinas genéricas. Los libros más consultados en 1934 fueron los literarios, con 133.032 peticiones; seguidos por los de geografía e historia, con 14.613; las obras generales, con 14.406; y los textos de ciencias aplicadas y tecnología, con 10.699 registros. También eran demandadas las obras de ciencias sociales y las de ciencias puras, con 7.980 y 7.754 solicitudes, respectivamente. De este modo, aparte de la literatura y de las obras de referencia, las inquietudes profesionales y sociopolíticas condicionaban la lectura del público. Esta situación explicaba que las personas generalmente acudían a las bibliotecas en principio a entretenerse, leyendo novelas, ya que no eran lectores avezados. Y después con la práctica se introducían en las demás secciones según iban conociendo sus fondos. Pero también existían otros lectores que visitaban los establecimientos municipales para buscar directamente libros instructivos y científicos. Así pues, existían lectores diferenciados en las bibliotecas que sólo leían literatura, o bien libros más elevados, aunque otros usuarios combinaban el placer con el estudio.

La estadística de lectura de 1935 demuestra una progresión evidente en la utilización de las bibliotecas municipales por parte del público. Contamos con las cifras de usuarios de 162 de los 201 establecimientos instalados hasta la fecha, elaborados a partir de los datos que remitían a la Junta de Intercambio. Los lectores aumentaron a 236.130, repartidos de la siguiente manera: 72.197 entre niños y niñas, 132.054 varones y 31.879 mujeres. El incremento no era muy notable respecto al año anterior, además, si atendemos a la población de los municipios, el porcentaje de lectura disminuyó al 29,8 por 100, pero esta situación estaba relacionada con el desco-

nocimiento de los datos de 39 bibliotecas respecto a 1934, donde sólo faltaron las cifras de cinco establecimientos. Por otra parte, no debemos olvidar los problemas políticos, debido a los cambios de los ayuntamientos, que obstaculizaron la vida de muchas bibliotecas que habían funcionado con normalidad. Durante 1935 se sirvieron en sala y en préstamo de las bibliotecas municipales registradas un total de 250.937 volúmenes, predominando la literatura, con 139.894 obras. Las siguientes materias más demandadas fueron los libros de historia, con 20.622; las ciencias aplicadas, con 13.902 ejemplares; las obras generales, con 13.187 consultas; las ciencias puras, con 10.173 peticiones; las bellas artes, con 9.957; y las ciencias sociales, con 9.402 libros. Más del 55 por 100 de las obras leídas eran literarias, ya que para un público no habituado a los libros resultaban los más atractivos, aparte de las inquietudes profesionales, políticas y sociales, que representaban un 21,5 por 100 de los títulos solicitados. Las secciones menos frecuentadas fueron las de religión y teología, con sólo 2.758 obras, y la de filosofía, con 3.517 volúmenes.

Para analizar el fenómeno lector en su amplitud no sólo interesa saber cuántos leían, sino también quiénes acudían a las bibliotecas. Aunque las estadísticas clasificaban los lectores por edad y género, apenas conocemos los colectivos sociales que leían en los establecimientos públicos y a domicilio. En este sentido destacan los datos de las profesiones de los usuarios de Sanlúcar de Barrameda, en Cádiz, durante los dos últimos trimestres de 1935 y los primeros de 1936. De este modo podemos seguir la trayectoria de los lectores en un año de esta biblioteca, arraigada en la vida local, ya que existía con anterioridad a la Junta de Intercambio. Estaba instalada en el Instituto de segunda enseñanza, pero se acogió al Decreto de 13 de junio de 1932, convirtiéndose en biblioteca pública municipal. Las cifras demuestran que el grupo de vecinos que acudían más a la biblioteca eran lógicamente los estudiantes (2.270), ya que los libros se encontraban en un centro de enseñanza, y los obreros (2.976), que superaron a los anteriores, incrementando paulatinamente su asistencia. Según se difundió el carácter público y gratuito de la biblioteca en la localidad aumentó la población no estudiantil. De hecho, de 6.442 lectores totales, 4.172 desempeñaban un oficio que compaginaban con la utilización de los servicios del establecimiento municipal. Probablemente la mayoría de las personas que no tenían oficio se refería a mujeres, dedicadas principalmente a labores domés-

ticas y familiares, aunque también solían trabajar en el campo, o incluso a otras tareas fuera de casa, pero no se consideraba una profesión reconocida.

Estas tendencias se ven corroboradas por los datos que conservamos de Puerto de Santa María y Chipiona, en Cádiz, y Breña Baja, en Santa Cruz de Tenerife. En definitiva, todo esto refleja que las personas que más utilizaron las bibliotecas municipales fueron los estudiantes, en relación con sus tareas, y los trabajadores, para mejorar su capacitación laboral y formación intelectual. Pero esto no debe llevarnos a pensar que el resto de la sociedad ignoraba el libro, ya que no debemos olvidar las prácticas redistributivas y colectivas de lectura del préstamo domiciliario.

El préstamo domiciliario

A pesar de la creencia extendida de que en España la gente no estaba educada para llevarse libros a casa, la experiencia de las más de 200 bibliotecas municipales indicaba que el préstamo fue un procedimiento extendido, sobre todo en las localidades pequeñas y de vida exclusivamente rural, donde los lectores no podían ejercer la lectura en la sala por falta de tiempo y porque los establecimientos no estaban bien acondicionados. Las cifras del préstamo a domicilio demuestran la importancia de este servicio y revelan la proyección de la biblioteca entre la población. En Cortegena (Huelva) durante 1935 se realizaron 1.926 operaciones de préstamo a adultos y a menores de catorce años. Se prestaron 1.426 obras a hombres, 507 libros a mujeres y sólo 85 volúmenes a niños y 44 a niñas. Aunque predominaba el usuario masculino, destacaba la lectura de las féminas frente a la escasa asistencia de éstas a la biblioteca. Así, de los 1.696 lectores en sala, únicamente 23 fueron mujeres, 3 niñas y 42 niños. La mujer leía en privado, ya que su espacio se reducía al ámbito de la casa y al cuidado de la familia. En sociedades agrarias y atrasadas no estaba bien vista la participación de las mujeres en la vida pública. Además, las tareas agrícolas y domésticas apenas les dejaba tiempo para leer directamente en la biblioteca. En los primeros seis meses de 1936 se registraron 1.203 préstamos particulares, aparte de los 691 usuarios de sala. Esta circunstancia demuestra claramente que la mayor acción de las bibliotecas residía en la lectura a domicilio.

En la biblioteca de Lanjarón, en Granada, durante 1935 se realizaron 762 préstamos de libros, siendo 405 a varones, 181 a mujeres, 125 a niños y 51 a niñas. Además, el movimiento en sala fue de 1.354 lectores, repartidos de la siguiente manera: 864 hombres, 262 féminas, 163 pequeños y 65 chicas. El servicio del préstamo se efectuaba dos días a la semana, pero los encargados, un empleado del ayuntamiento y un botones de catorce años, eran desbordados por gran cantidad de vecinos que se agolpaban ante las dos ventanillas solicitando y devolviendo libros. A pesar de la celeridad de los bibliotecarios no daban abasto, y ante el temor de que la biblioteca cerrara sin haberles atendido, el público gritaba y reclamaba para conseguir su objetivo. Esta situación es muy representativa de la importancia y del impacto del préstamo domiciliario de obras en estas localidades rurales. A esta biblioteca asistían muchas mujeres en los primeros meses, unas 70 atendiendo a los carné, aspecto raro en el sur, pero, según le contó confidencialmente el bibliotecario al inspector, un día visitó la sala el párroco y, mientras él servía al público, tomó nota de todas las muchachas inscritas. Desde entonces se dedicó a disuadirlas de ir a la biblioteca porque las lecturas eran perniciosas para su formación y no era apropiado que se mezclaran con los hombres. Por este motivo durante algún tiempo las féminas dejaron de acudir a leer, aunque después volvieron casi todas. Sobre la hostilidad que despertaba la biblioteca entre algunos sectores sociales también destacaba el hecho de que durante un mes estuvo cerrada porque todas las noches dos individuos armaban escándalo e impedían su funcionamiento. En Hoyos del Espino (Ávila), con una población de 539 habitantes, se prestaron 1.467 obras a los vecinos del municipio y de pueblos cercanos, destacando las 841 volúmenes de literatura. Los mayores de catorce años se llevaron 1.209 libros, 736 los hombres y 473 las mujeres, mientras que los niños solicitaron 206 y las niñas 92 volúmenes. Además, 2.762 lectores consultaron *in situ* 2.836 obras, siendo 1.466 hombres, 1.002 niños, 152 mujeres y 142 niñas. Nuevamente en el préstamo domiciliario se observa mayor equilibrio entre el género masculino y el femenino. Las mujeres no dudaban en acudir a la biblioteca un momento para pedir libros prestados, pero eran más remisas a leer en sala por sus múltiples ocupaciones y roles sociales. En cualquier caso, conviene destacar que el préstamo de obras no se correspondía exactamente con la misma cifra de lectores, debido a que estos usuarios eran habituales del servicio, aunque

tampoco era registrada la lectura de los libros prestados a una persona por otros miembros de la familia.

La difusión de la literatura política y social

Dentro del auge lector impulsado por estas bibliotecas destaca el interés por la temática política y social que tuvo su reflejo en el servicio de préstamo y en la apuesta del mundo editorial por este tipo de obras. Un ejemplo muy significativo de esto es la demanda de los lectores de la biblioteca de Bujalance, en Córdoba. Allí, entre los doscientos nuevos libros que llegaron en 1933 pedidos por los lectores, destacaron de manera considerable clásicos de la literatura anarquista (Kropotkin, Anselmo Lorenzo, Mauro Bajatierra, Nettlau), mezclados con obras sobre el cristianismo y la tauromaquia (por ejemplo, biografías de «Gallito» y Granero).

Otros casos similares los encontramos en las preferencias registradas en las bibliotecas populares de Cataluña, creadas por la Mancomunidad en localidades agrarias y fabriles, y que durante la República pasaron a depender de la Generalitat catalana¹⁵. En 1931 las bibliotecas se vieron condicionadas por los acontecimientos políticos y el cambio de régimen. En primer lugar, todas experimentaron un descenso de lectores en la asistencia a la sala, ya que el público estaba más interesado en participar en la vida política. En vez de acudir a la biblioteca asistía a mítines, se reunía para leer y comentar la prensa en otros espacios colectivos, acudía a las sedes de partidos y sindicatos, o bien escuchaba las retransmisiones radiofónicas de los distintos actos políticos. Pero al mismo tiempo cambiaron las preferencias de los lectores, más preocupados por cuestiones sociales y políticas. De hecho, aumentaron las peticiones de obras de historia y de ciencias sociales en la sala y en el préstamo. Muchos lectores adultos de la biblioteca de Canet de Mar (Barcelona) leyeron títulos como *El sufragio*, de Posada; *La nueva libertad*, de Wilson; *La triple revolución*, de Rathenau; *La lliçó de les dictadures*, de Nicolau d'Olwer, o *Catalunya i la República* y *Defensa de la democràcia*, de Rovira i Virgili. También se interesaron por conocer términos y temas que aparecían constantemente en los diarios. Algunos usuarios solicitaron

¹⁵ Véase GENERALITAT DE CATALUNYA: *Anuari de les biblioteques populars de 1931, 1932, 1933, 1934 y 1935*, Barcelona, 1931-1935.

libros sobre el origen del gorro frigio como emblema de la República, el Pacto de San Sebastián, los sindicatos, la revolución bolchevique y el comunismo, aunque no siempre los fondos bibliográficos podían responder a esta demanda. Las bibliotecas tenían que actualizar sus fondos para responder a las nuevas inquietudes del público en relación con las distintas ideologías en auge y acorde con los aires de cambio. En Valls (Tarragona), la sección de Derecho y ciencias sociales, que abordaba temas de actualidad despertó el interés del público en 1932. Entre las nuevas adquisiciones, los libros más leídos fueron *El comunismo en España*, de Karl; *Manual de la Nueva Rusia*, de Monzie; *El principi de les nacionalitats* y *La constitució interior de Catalunya*, de Rovira; *Els exilats acusen*, de Xuriguera; *Catalunya sota la dictadura*, de Perucho, y *L'exemple de Txecoslovàquia*, de Serch. Pero las obras más demandadas fueron las que trataban cuestiones laborales, ya que los conflictos de trabajo condicionaban la vida social de estos pueblos. Además, los lectores estaban preocupados por conocer la nueva legislación laboral y social del Ministerio de Trabajo. Destacaron títulos como *Conflictos del Trabajo y manera de evitarlos*, de Hebert N. Casson; *Comitès Parataris (Constitució y funcionament)*, de Plana Mañé; *Los Jurados Mixtos para dirimir las diferencias entre Patronos y Obreros y para prevenir o remediar las huelgas*, de Prat de la Riba; *El Contrato Colectivo del Trabajo*, de Nicolás Salmerón, y *Accidentes del Trabajo, jurisprudencia y comentarios del libro tercero del Código del Trabajo*, de Rodríguez Martín.

Para acercarnos a los lectores potenciales de este tipo de literatura veamos el caso concreto de Vendrell (Tarragona), que vivía de la agricultura, y de la industria y comercio derivado de la vinificación. La mayoría de los vecinos eran propietarios y ejercían algún oficio o comercio, ya que cada domingo tenía lugar un importante mercado que abastecía la comarca. El trabajo de las mujeres estaba relacionado con la aguja, eran costureras, modistas o bordadoras. Las personas con carrera eran minoritarias, tampoco existían muchos estudiantes, ya que no había establecimientos de segunda enseñanza. Los pocos que podían permitirse estudiar fuera volvían en verano. Entre los lectores más asiduos destacaban: dos abogados, un maestro forastero, un profesor mercantil, un músico, empleados de banca y de Correos, dos fotógrafos, dos impresores, tres mecánicos y electricistas, un zapatero, un relojero, un ebanista, un sastre, un comerciante de vino, uno de granos y otro de ropa, un agricultor propietario, un carretero,

un ordenanza de carabínero y un campesino. Las mujeres que visitaban la biblioteca eran en su mayoría jóvenes y solteras, entre las que destacaban señoritas sin profesión, modistas, dos estudiantes, dos bordadoras a máquina y una a mano, dos cesteras y una gorrista.

La bibliotecaria de Vendrell comentaba que los niños dejaban sus libros a familiares y amigos, e incluso muchos vecinos se cambiaban los libros antes de devolverlos para no esperar a retirarlos de la biblioteca. Las cifras no expresaban este importante fenómeno lector distributivo. También otros lectores utilizaban indirectamente el servicio de préstamo, ya que no acudían personalmente a la biblioteca. Enviaban a algún familiar o amigo a la búsqueda de un libro. Los niños eran los principales intermediarios entre la biblioteca y sus familias, ya que eran los lectores más asiduos y entusiastas. Un niño de once años a la vez que cambiaba su libro llevaba el de su padre, el de sus dos hermanos casados y cuñados. Estos lectores que no tenían contacto directo con el catálogo de la biblioteca encargaban una obra que habían oído elogiar, que habían visto anunciada en el periódico o la de una colección o autor determinado que ya conocían. Para implicar individualmente a todos los habitantes en el funcionamiento de la biblioteca se cambiaron las condiciones del préstamo, que anteriormente habían permitido llevarse a domicilio dos, tres e incluso cuatro libros durante quince días. Estas condiciones habían facilitado el intercambio de obras y la lectura múltiple de los libros prestados. Esto cambió a partir de 1932, cuando cada usuario sólo pudo conseguir prestado un volumen, salvo contadas excepciones, por el periodo de ocho días prorrogable por otros ocho. De este modo, aparte de agilizar el servicio se evitaban las prácticas de lectura colectivas que escapaban al control de la biblioteca.

Las prácticas de lectura y el mundo editorial. Las Ferias del Libro

Como ya hemos sugerido, el mundo editorial fue un protagonista fundamental en las prácticas de lectura como suministrador de las obras que se prestaban en estas bibliotecas y, por tanto, como responsables de las ediciones a las que accedían estos usuarios. Por otra parte, iniciativas editoriales como las Ferias del Libro en Madrid y los camiones-librería de la Agrupación de Editores Españoles tam-

bién contribuyeron a modificar las prácticas de lectura, ya que sacaron el libro a la calle, lo airearon para ponerlo en contacto directo con los ciudadanos. El objetivo en ambos casos era popularizar y divulgar el libro entre la sociedad española¹⁶.

La primera Feria del Libro de Madrid se organizó con este propósito el 23 de abril de 1933 en el paseo de Recoletos por iniciativa de un grupo de editores de la Cámara Oficial del Libro de Madrid, liderados por Rafael Giménez Siles. Esta iniciativa fue respaldada por la Cámara en pleno, el ministro de Instrucción Pública y el alcalde de Madrid, y siguió repitiéndose anualmente hasta 1936. Los editores en la capital, a través de estas ferias, pretendieron responder a la demanda social que frecuentaba las librerías de viejo, los carritos y los puestos ambulantes porque eran más accesibles y baratos. Para ello durante unos días mostraban sus últimas publicaciones y las de su catálogo a un precio más reducido que en los comercios convencionales. Esto diferenciaba a la Feria de su precedente, el Día o Fiesta del Libro, que venía organizándose por iniciativa oficial desde 1926 (RD de 6 de febrero) en toda España, generalmente con el objetivo de vender títulos antiguos o de difícil salida. En cualquier caso, el descuento del 10 por 100 en la venta al público se mantuvo en ambas estrategias y se ha convertido en una costumbre hasta el día de hoy en el mundo del libro.

La primera Feria se celebró durante la semana del 23 al 29 de abril de 1933, con un gran éxito de público y de ventas, según todos los testimonios que conservamos. El paseo de Recoletos se transformó en un espacio de sociabilidad donde convergían los más variados colectivos sociales de la ciudad en torno a su interés compartido por el libro. El paisaje estaba formado por las casetas, los carteles colgados entre los árboles con máximas incitando a la lectura y el bullicio de los viandantes que curioseaban frente a los expositores. Las imágenes de la época nos revelan la presencia de gorras y blusones, trajes y sombreros, sotanas y uniformes, faldas y lazos. Recoletos se convirtió, así, en la capital simbólica del libro hasta la Guerra Civil y el primer espacio urbano de esta magnitud que las prácticas de lectura transformaban haciéndolo suyo.

¹⁶ Véanse a MARTÍNEZ MARTÍN, J. A.: *Editores, librerías y público en Madrid durante la Segunda República*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 2000, y SANTONJA, G.: *La República de los libros. El nuevo libro popular de la Segunda República*, Barcelona, Anthropos, 1989.

La Feria del Libro puso en contacto el libro con toda la sociedad, puesto que los clientes habituales de las librerías eran profesionales y estudiantes, pero no los trabajadores. Esta iniciativa permitió que los libros saliesen de su espacio habitual, donde los libreros los controlaban, y penetrasen en espacios que hasta entonces les habían sido ajenos. Esto suponía la desmitificación del libro como objeto de culto privado y su irrupción como elemento básico de un mercado de masas. Desde este punto de vista es fácil entender la oposición que los libreros ejercieron hacia la Feria. Los libros pasaron de reliquias santas a mercancías de exposición:

«El pueblo no entra en las librerías. Por su aspecto y por su tradición, las librerías tienen algo de recinto sacro, para iniciados solamente. Por eso la República debería invitar al libro a salir a la calle con frecuencia. Debería fomentar en el libro el espíritu golfo. Es una de las pocas cosas que puede hacer la República sin que se enfaden mucho sus enemigos. Ayer, por ejemplo, al inaugurarse la Feria del Libro, no cerraron sus balcones los palacios de Recoletos y la Castellana. Y bien sabe Dios que ésta era una fiesta bastante más republicana que la parada militar de hace unos días»¹⁷.

El balance económico de estas ferias fue muy favorable. Los totales de ventas hablan por sí solos: 43.399,75 pesetas en 1933, 213.396,15 pesetas en 1934, 285.122,09 pesetas en 1935. La duración también tendió a prolongarse: una semana en 1933, diez días en 1934, diecinueve días en 1935. Los libreros fueron pasando de una oposición inicial a organizarla directamente en 1936, marginando a los primeros editores que la impulsaron. Muchos intelectuales y escritores (Sender, Rivas Cherif, Zamacois) se comprometieron personalmente en su difusión, participando *in situ* y dirigiéndose al público a través de los micrófonos que Unión Radio solía emplazar a lo largo del recinto. Esta elevada implicación de los autores y de los medios de comunicación ha continuado hasta la actualidad.

Igualmente, los camiones-librerías de la Agrupación trataron de acercar las publicaciones de sus fondos a los habitantes del país en sus recorridos provinciales, atendiendo a las nuevas necesidades de lectura generadas por las bibliotecas públicas y supliendo las carencias y limitaciones de las librerías locales. El primer camión puesto

¹⁷ «Los libros golfos», de Heliófilo, publicado en *La Luz*, 24 de abril de 1933, y recogido en *Bibliografía General Española e Hispanoamericana*, 1933, p. 76.

en marcha hizo varios itinerarios a lo largo de 1934, llevando dos toneladas de libros de las veintiséis editoriales agrupadas. El vehículo tenía un dispositivo que se abría y en veinte minutos se convertía en una atractiva librería ambulante. Solía situarse en la plaza principal del pueblo y era recibido del siguiente modo: «Nos esperaban todas las autoridades y casi todo el pueblo, que estaba esperando que abriésemos el “Camión” para comprar libros. Se notaba, y luego nos lo confirmó el Alcalde, que estaba todo el mundo preparado de antemano esperando nuestra llegada, de tal manera que, nada más abierto, empezó la venta de libros y en menos de dos horas se vendieron 400 pesetas»¹⁸.

De este modo se demuestra que durante la República se rompieron los circuitos tradicionales de la venta del libro. En esta misma dirección cambiaron la oferta editorial y las demandas del público. Hubo géneros que retrocedieron notablemente; otros, muy asentados y tradicionales, se potenciaron de forma considerable; y, por último, apareció un genuino interés por nuevas temáticas. Ejemplo de género literario en desuso fue la novela rosa o galante. El tradicional género de los cuentos infantiles experimentó un importante incremento, apareciendo nuevas heroínas de éxito como *Celia*, creada en 1932 por Elena Fortún. Entre las novedades jugó un papel esencial el desarrollo de colecciones de literatura social y política. Pioneras de esta nueva dirección fueron las editoriales de avanzada, como Ediciones Oriente, Historia Nueva o Cenit (Trotsky, *Imán* de Sender, Malraux, Gorki, Dos Passos), que impulsaron este tipo de publicaciones desde finales de la dictadura de Primo de Rivera, y que influyeron en el resto de empresas más comerciales como Aguilar (Marx), Biblioteca Nueva (Lenin) o Espasa-Calpe (Faulkner). Así, proliferaron colecciones con nombres como «El libro para todos», «El libro del pueblo» o «La biblioteca del pueblo», a las que se sumaron otras de un carácter mucho más militante con la intención expresa de lograr una mayor concienciación social, por ejemplo la «Colección de Cultura Política» (Molotov, Engels) de la editorial Dédalo. Como muestra de estos intereses tan dispares baste decir que entre los libros más vendidos durante la II Feria de Madrid (1934) se encontraban los de la Sociedad

¹⁸ Resumen de la actividad del camión en el pueblo de Alameda (Málaga) recogida en la Memoria de la Agrupación de Editores Españoles, en GIMÉNEZ SILES, R.: *Retazos de una vida de un obstinado aprendiz de editor, librero e impresor*, México, Impresora Azteca, 1981.

Bíblica, los de la casa Dédalo y los cuentos de Celia que editaba Aguilar.

Esta situación demuestra que, en general, había demanda para todo tipo de títulos. De hecho, durante el periodo republicano convivieron distintas consideraciones sociales de la lectura: como agente de instrucción y aprendizaje, instrumento de trabajo, vehículo de progreso, medio de entretenimiento e incluso símbolo de emancipación social. El libro formaba parte del conjunto de la sociedad y había dejado de ser un privilegio o signo de estatus exclusivo. Las ferias y las giras al aire libre sacaron las publicaciones a la calle y se convirtieron en una fiesta de exaltación del libro y de los valores republicanos y democráticos, debido a la participación activa de las masas y al apoyo institucional.

Así pues, una de las características más destacadas del régimen republicano fue la ruptura de los circuitos de lectura socialmente restringidos, debido a la extensión de las bibliotecas públicas, a las ferias y giras, que salieron al encuentro de los lectores. Por un lado, la política bibliotecaria republicana contribuyó a la socialización del libro y de la lectura en el medio agrario. Por otro, las iniciativas de numerosos editores y librerías pusieron el libro en la calle en las grandes ciudades y lo hicieron ambulante para llegar a los pueblos de provincias. Se multiplicaron los espacios, las prácticas, los lectores y la circulación de publicaciones en la España de los años treinta. Estas bibliotecas públicas y estas estrategias editoriales familiarizaron a amplios colectivos con lo impreso para mejorar su formación intelectual y profesional y poder ejercer sus derechos políticos. La creación de establecimientos y la distribución de colecciones respondieron a la demanda social de lectura de los nuevos ciudadanos.

ESTUDIOS

*Los republicanos del ochocientos y la memoria de su tiempo**

Ángel Duarte

Universitat de Girona

Resumen: El republicanismo español se dotó, a lo largo del siglo XIX, de una mirada recurrente sobre los grandes acontecimientos del pasado tanto nacional como europeo. El propósito era sostener, con eficacia, las luchas de su tiempo. Romántica y positivista, nacional y popular, la historia construida por algunos de los principales dirigentes republicanos presentará rasgos compartidos, en el análisis del pasado y en el diagnóstico de los males que afectaban a la patria, con el conjunto de la historiografía liberal previa a la consolidación de los marcos académicos.

Palabras clave: historiografía, biografía, republicanismo, nación, pueblo.

Abstract: In the XIXth century, the Spanish republicanism, as a political culture, looked backwards insistently to the past. National and European events linked to liberal revolutions were used as a cultural basis for a collective action. Romantic and positivist, national and popular, the history written by the most important republican leaders shared with the liberal historiography the diagnosis about what was wrong in the recent Spanish past.

Key words: historiography, biography, republicanism, nation, common people.

* Agradezco a Joaquim Maria Puigvert y a María Cruz Romeo la lectura previa de estas líneas. Las debilidades de las mismas, sin embargo, sólo son atribuibles al autor.

La democracia republicana, en tanto que cultura política, miró insistentemente en la España del ochocientos al pasado y a su propia historia. Lo hizo desde su condición de proyecto plural que, bajo una misma rúbrica, encerraba anhelos colectivos e individuales no ya diversos sino incluso contrapuestos¹. Ese mirar hacia atrás, para sostener un horizonte de cambio, encubría notables divergencias. Los motores y los actores del mejoramiento social no siempre eran idénticos —el ideal de libertad, los avances de la ciencia o el conflicto social se superponen—, mientras que la construcción de la nación de ciudadanos tendría sus agentes en el pueblo o en el propio Estado, en las clases jornaleras o en esa mesocracia moderna capaz de asumir, en compañía de profesionales e intelectuales, el principio ordenador de la razón. En todo caso, la tarea de construcción de una memoria del republicanismo y de una lectura del pasado de España tuvo, también, mucho de compartido: la noción de progreso, de raíz ilustrada, y un omnipresente historicismo. Elementos que, acaso, puedan parecer débiles frente a los motivos de divergencia, pero que, en la mayor parte de las ocasiones, resultaban compatibles para los consumidores de esa lectura del pasado. No pocos federales desmedidos extraían lecciones para afirmar su pasión democrática de los textos de Emilio Castelar, mientras que otros más templados y patricios leían la más combativa propuesta de Francisco Pi y Margall como fuente de argumentos estrictamente liberales.

Sin duda, no puede decirse que los republicanos hicieran siempre ese ejercicio historicista con el mismo énfasis. Aunque desde los albores de la democracia se escribieran crónicas del movimiento, fue sobre todo durante el Sexenio, y todavía más bajo la Restauración, cuando la confección de los anales del republicanismo y de sus antecedentes —en síntesis: un cúmulo de luchas por la libertad y la fraternidad que les permitía explicarse a ellos mismos inmersos en las luchas de su tiempo— pasó a ocupar gran parte de las energías intelectuales de numerosos polígrafos republicanos. Al fin y al cabo, éstos, ya estuviesen en el poder o, sobre todo, en las largas travesías del desierto que recorrieron entre exilios, conspiraciones y trabajos electorales o periodísticos, eran hijos del siglo XIX. Y éste, como tuvo a bien señalar Castelar en su discurso de 25 de abril de 1880

¹ Véanse GONZÁLEZ, R. M.: «Las cultura políticas del republicanismo histórico español», en *Ayer*, 53 (2004), pp. 207-236, y el monográfico *El republicanismo español*, en *Ayer*, 39 (2000).

ante la Real Academia, era también, junto al del progreso del conocimiento científico y el avance de la democracia, el siglo de la historia: «no olvidemos que si la idea de la naturaleza y la idea del Estado crecieron desmesuradamente en el espíritu moderno, creció en iguales proporciones también la idea de la historia»².

La historia como memoria y como proyecto

El siglo XIX será para el grueso de los demócratas la centuria en la que la humanidad abandona el estadio de la infancia, ese momento descompensado en el que acaso podría haber tenido una explicación, que no una justificación, el recurso al poder absoluto. Al madurar, al entrar en la edad adulta de la industria y el liberalismo, las sociedades occidentales llegan al principio nacional y, de éste, inexorablemente, al republicano y, para algunos de ellos, al precepto federal. De hecho, este último criterio sería el que permitiría, para el republicanismo avanzado que otorgaba a los sectores populares un protagonismo político central, dejar atrás los conflictos, articular la humanidad y abrir una era de paz sin precedentes³.

El tránsito del ochocientos no es fácil. Los republicanos, todos ellos, son conscientes de que lo nuevo convive con lo viejo. Y, en España, esto último condiciona en extremo el porvenir. Un ejemplo primerizo se suele aducir: la Constitución de Cádiz, reclamada a lo largo de todo el siglo, y aún más allá, por su originalidad, por los límites que pone al poder de la monarquía, en suma, por introducir el principio de soberanía nacional, es una de las más avanzadas de Europa. A veces se sostiene, sin recato, que es la más adelantada de su tiempo. Pero tiene una mancha: empieza «con una invocación a Dios todopoderoso, padre, hijo y espíritu santo; autor y supremo legislador de las sociedades». Además, atribuye a la religión católica la condición, por y para siempre, de signo de identidad de lo español.

² CASTELAR, E.: *Discurso leído en la Academia Española seguido de otros varios discursos del mismo orador*, Madrid, Lib. de A. de San Martín, El Libro de Oro, s. f., p. 51.

³ En este punto continúa siendo obra de referencia aquella que, bajo el magisterio de José María Jover, elaboró LÓPEZ-CORDÓN, M.^a V.: *El pensamiento político-internacional del federalismo español (1868-1874)*, Barcelona, Planeta, 1975.

Son resabios de intolerancia religiosa que impregnan un hito, por lo demás, genuinamente novedoso y liberal⁴.

La labor de los demócratas tenía que enmendar esa y otras sombras que arrastraba la revolución liberal y corregir la visión del pasado nacional, en conflicto con la lectura católica. La mirada republicana del pasado, o la construcción de una memoria propia de la facción, resultó de una combinación del romanticismo historicista y, desde los años setenta, del primer positivismo. El establecimiento de una ruptura brusca entre uno y otro paradigma resulta en ocasiones insatisfactorio. Lo ha apuntado Santos Juliá a propósito de la labor erudita y discursiva de los nacionalismos peninsulares⁵. Otro tanto debe advertirse en relación con el relato republicano de la contemporaneidad. El mito se combina, sin graves discordancias, con el dato. La naturaleza junto al Estado y la razón constituían los factores explicativos de lo acontecido. Un pasado que se aprehendía, para empezar, mediante los anales de la humanidad. Sustentar las particulares cosmogonías democráticas y progresistas exigía, como apuntaba el título de una de las obras del historiador positivista, diputado federal entre 1872 y 1874 y seguidor más tarde del posibilismo, Salvador Sanpere y Miquel, conocer el largo e inexorable camino que se había recorrido para *La emancipación del hombre*⁶. La historia era, entendida de esta manera, un pilar filosófico para los que concebían la existencia desde la confianza genérica en el progreso del género humano.

Además, los republicanos se sirvieron de la historia con el objetivo, más prosaico si se quiere, de dotarse de referentes, de enmarcarse a sí mismos, de situarse no solamente en la larga cadena argumentativa de los hombres ilustrados, de los contendientes pertinaces en pro de la autonomía de la razón, sino también de proclamarse herederos de una dilatada trayectoria de combates por la libertad y la justicia,

⁴ VERA GONZÁLEZ, E.: *Pi y Margall y la política contemporánea*, 2 vols., t. I, Barcelona, La Academia, 1886, pp. 73-74.

⁵ JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 111.

⁶ SANPERE I MIQUEL, S.: *La emancipación del hombre: historia de su desenvolvimiento físico, religioso, moral, político, científico y artístico*, conclusiones y epílogo de N. SALMERÓN ALONSO, 5 vols., 2.^a ed., Barcelona, Jaime Seix, 1883-1887; ALBAREDA, J.: «Estudio introductorio», en SANPERE I MIQUEL, S.: *Fin de la Nación Catalana* [1905], edición facsímil, Barcelona, Base, 2001, pp. 29-53. Entradas de GRAU, R.: *Diccionari d'Història de Catalunya*, Barcelona, Ed. 62, 1992, p. 963, y PEIRÓ, I., y PASAMAR, G.: *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002, pp. 575-576.

la fraternidad y la igualdad, en España, en Europa y en el mundo. De hecho, se da en toda concepción republicana de la historia una referencia implícita, aunque constante, a una pretérita edad de oro, un tiempo en el que la humanidad era dichosa viviendo en sociedades sin dominación y sin barreras al ejercicio del libre albedrío. La Revolución francesa sería el último episodio del combate milenarista de la razón por recobrar —éste es el verbo que usa y no otro— sus derechos, es el eslabón más reciente de la lucha del pueblo por recuperar sus fueros. En este sentido, el relato republicano no deja de ser una variante más de la lectura liberal de la historia⁷.

Fuente de conocimiento y genealogía, la mirada republicana sobre la historia se proyecta en dos direcciones. Junto al interés por los tiempos más remotos se mostraron proclives a la narración del tiempo presente, a pensar en términos históricos los episodios que vivieron y protagonizaron. Ambas direcciones, la del pasado y la del presente, la de los tiempos antehistóricos —por utilizar una expresión habitual en el último tramo del siglo XIX— y la de los contemporáneos, fueron cultivadas por las primeras figuras republicanas. Lo hicieron desde un acendrado sentido del acontecimiento. Es cierto que algunos dirigentes democráticos, en línea con lo que resulta habitual en todas partes y en casi todas las épocas, dieron cuenta de sus hazañas en unas memorias presentadas como el balance de una trayectoria⁸, pero muchos otros escribían mientras protagonizaban los eventos que narraban. En 1867 el unitario Eugenio García Ruiz firmaba en el exilio *La revolución en España, con la historia de los movimientos de enero y junio de 1866 y el del mes de agosto último*. Un menos conocido Amalio Gimeno y Cabañas, presidente de la Juventud Republicana de Valencia, redactaba, dos años más tarde, en octubre de 1869, una «memoria estensa (*sic*) y detallada» de los sucesos que acaecieron en la capital levantina con motivo de la revuelta federal. La obra es modélica: los protagonistas, los movimientos estratégicos

⁷ CASTELAR, E.: «Prólogo», a GARRIDO, F.: *La República democrática federal universal*, Madrid, Iniesta ed., 1881, 17.^a ed., pp. 16-17. Las primeras expresiones formales de la cosmogonía democrática quedaron reflejadas en densos libros como aquel de casi trescientas páginas que dedicó al tema Garrido en lo que sería el inicio de su trayectoria de polígrafo (GARRIDO, F.: *Lo que es el mundo, o Memorias de un escéptico: leyenda contemporánea, dedicada a la más virtuosa de las mugeres*, Cádiz, Revista Médica, 1843).

⁸ RISPA Y PERPIÑÁ, F.: *Cincuenta años de conspirador (memorias político-revolucionarias)*, Barcelona, Vilella, 1932.

de los insurrectos —plasmados en un plano anexo—, el bombardeo de la ciudad, aparecen retratados en *El partido republicano de Valencia ante la historia*. Por su parte, Pi y Margall publicaba en 1874 *La República de 1873: apuntes para escribir su historia: libro primero*. Habían transcurrido pocos meses desde el colapso de las esperanzas federales y Pi se creía obligado entonces a vindicar para la historia, porque de eso se trataba, la labor de quienes habían hecho posible la Primera República. Cuando más tarde, en plena Restauración, quiera dejar constancia, entre otras cosas, de las labores del federalismo Pi redactará *Las luchas de nuestros días*, obra no precisamente histórica aunque con una voluntad manifiesta de alzarse tácitamente sobre la descripción de los problemas de España y sus raíces en el tiempo. En *Las luchas de nuestros días*, mediante una retahíla de diálogos catequísticos —alternativa eficaz a la sólida pero engorrosa narrativa histórica—, se recapitulaban las problemáticas urgentes para la izquierda republicana y social, y se procedía contando siempre con una mirada atenta al pasado⁹.

Los próceres de la democracia fueron hombres de palabra y, algunos de ellos, de pluma fácil. En consecuencia, no le hacían ascos a la posibilidad de tomar a su cargo la redacción de anuarios en los que se recogían, seleccionados y comentados, los hechos más descollantes de los últimos doce meses¹⁰. En otras ocasiones era, como se ha podido ver por alguno de los títulos citados, algún episodio concreto el que por su ejemplaridad se convertía en el eje explicativo de un año de combates¹¹. En general, los republicanos doblados

⁹ GARCÍA RUIZ, E.: *Las luchas de nuestros días*, París, Imp. de Ch. Lahuce, 1867; GIMENO Y CABAÑAS, A.: *El partido republicano de Valencia ante la historia. Memoria extensa y detallada de los sucesos de octubre de 1869, con relación exacta e imparcial de las circunstancias que los motivaron*, Valencia, El Avisador Valenciano, 1870; PI Y MARGALL, F.: *La República de 1873: apuntes para escribir su historia: libro primero*, Madrid, Aribau, 1874. Véase PI Y MARGALL, F.: *El reinado de Amadeo de Saboya y la República de 1873*, prólogo y notas de Antoni JUTGLAR, Madrid, Seminarios y edic., 1970, y *Las luchas de nuestros días*, Madrid, El Progreso Tipográfico, 1890 (existe una edición *post-mortem*, Madrid, A. Pérez, 1906). También Sanpere se acogió al folleto para polemizar sobre la experiencia federal (SANPERE I MIQUEL, S.: *La verdad sobre la República Federal: contestación al folleto de D. Antonio Bergnes de las Casas*, La Independencia, s. f.).

¹⁰ Véase CASTELAR, E.: *Anuario republicano federal... para 1871*, o *Historia del año*, vols. de 1883 y 1884, Madrid, Oficina de La Ilustración Española y Americana, 1884.

¹¹ Por un periodista viejo (atribuido a N. SALMERÓN): *Un caso entre mil ó La*

de historiadores revisaron la política general y la imbricaron con la del partido, la del movimiento y la de las ideas democráticas y republicanas. Fernando Garrido, Pi y Margall o Castelar llevaron a cabo un tipo de trabajo, de ambición metodológica desigual, que participaba de los avatares de la historiografía liberal de su época¹². La interacción con los clásicos de la producción europea de la época es bien nítida: Castelar, por ejemplo, prologará mediante un juicio crítico de la Revolución «y sus hombres» la edición española de la *Historia de la Revolución Francesa*, de Adolphe Thiers. También hará lo mismo con un estudio sobre Hippolyte Taine cuando se imprima en España su *Los orígenes de la Francia contemporánea*; y, de manera más convencional, escribirá el proemio a la *Historia general de la masonería*, de G. Danton¹³.

También es con el bagaje conceptual y metodológico tomado en préstamo de los epígonos de la historia romántica y de la primera historia positivista, y con un marcado influjo francés, que Miguel Morayta escribe su *Historia general de España: desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, o que Pi y Margall, junto a su hijo Francisco Pi y Arsuaga, firmará la *Historia de España en el siglo XIX*, un trabajo en el que se aspira, tal como advierte el subtítulo, a contemplar el grueso de los factores explicativos de la historia reciente del país: de la cultura a la sociedad, de la política a la economía¹⁴.

Los prohombres de la democracia se ocupan, parece claro, de

prensa y la dictadura: datos interesantes para la historia de España en el año de gracia de 1876, Madrid, Imp. A. Iniesta, 1876.

¹² Presentación de MALUQUER DE MOTES, J., a *La federación y el socialismo* [1970], 1.ª reed., Barcelona, Labor, 1975; AJA, E.: *Democracia y socialismo en el siglo XIX español: el pensamiento político de Fernando Garrido*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976; MARTÍNEZ PASTOR, E.: *Fernando Garrido, su obra y su tiempo*, Cartagena, Instituto de Estudios Cartagineses, 1976.

¹³ THIERS, A.: *Historia de la Revolución Francesa, 1789-1815*, 5 vols., Barcelona, Montaner y Simón, 1876-1879; la obra se reeditó en diversas ocasiones en ediciones de dos o cinco volúmenes. De TAINÉ, H.: *Los orígenes de la Francia contemporánea: el antiguo régimen*, 2 vols.; puede consultarse la edición preparada por DANTON, O. G.: *Historia general de la masonería: desde los tiempos más remotos hasta nuestra época*, 2 vols., Barcelona, Jaime Seix, 1882-1883. Para Castelar, PEIRÓ, I., y PASAMAR, G.: *Diccionario Akal...*, op. cit., pp. 172-174.

¹⁴ MORAYTA, M.: *Historia general de España: desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días*, 9 vols., Madrid, Felipe González Rojas, 1888-1896; PI Y MARGALL, F., y PI ARSUAGA, F.: *Historia de España en el siglo XIX: sucesos políticos, económicos, sociales y artísticos... detallada narración de sus acontecimientos y extenso juicio crítico*

la historia de la civilización occidental¹⁵, pero lo hacen en la medida que ésta permite explicar los avatares patrios. Si se ven obligados a optar, no dudan en hacerlo en favor de una historia nacional, que es, al tiempo, liberal, popular y de las ideas. De hecho, alguno de ellos, tan pronto como en los años cuarenta, asumió la tarea de concluir alguna de las primeras historias nacionales. Así, Eduardo Chao tomará la pluma para dar fin a la *Historia de España* del padre Mariana. A ella se sumará para encontrar en las libertades municipales y en el omnipresente particularismo una suerte de genio nacional, un rasgo distintivo de la más pura esencia española. Un principio en absoluto ajeno a *La España contemporánea*, de Garrido, publicada en los años sesenta, o a la *Historia de la Revolución española*, obra del Blasco Ibáñez finisecular. Deudores de los estereotipos que presentaban a España como un país de grandes contrastes —ruda, feudal, sometida al clero, y, al mismo tiempo, susceptible de apostar por el progreso y la libertad, gracias a la virilidad de sus mejores hijos—, esta suerte de trabajos hacía balance de los cambios registrados en el país y oponía al resignado presente un futuro de optimismo y esperanza¹⁶.

Narración y biografía

El nacimiento del partido republicano se remontaba, según el canon histórico, a la noche de los tiempos, a los orígenes de una España configurada con sus primeros pobladores. Autores como Enrique Rodríguez Solís, ejemplo acabado del historiador de combate, llegarán al extremo de fundir, en el sentido de identificar por entero, los orígenes del republicanismo con los de España. Por lo demás, la de Rodríguez y la de tantos otros autores republicanos será una

de sus hombres, 8 vols., Barcelona, Miguel Seguí, 1902; PEIRÓ, I., y PASAMAR, G.: *Diccionario Akal...*, *op. cit.*, pp. 428-429 y 492-494.

¹⁵ CASTELAR, E.: *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo: lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid*, 2 vols., Madrid, Manuel Gómez, 1858-1859.

¹⁶ MARIANA, J. de: *Historia de España*, completada por E. CHAO, Madrid, Gaspar y Roig, 1849; GARRIDO, F.: *La España contemporánea*, 2 vols., Barcelona, 1865-1867; BLASCO IBÁÑEZ, V.: *Historia de la Revolución española, 1808-1874*, Barcelona, 1891-1892. Para estas últimas obras véase FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J., y FUENTES, J. F.: voz «España», en *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 289-291.

historia marcadamente narrativa que aspiraba a contemplar la totalidad de la experiencia humana: el arte y la ciencia se combinaban con la política y, en ocasiones, con la economía y la sociedad. Con todo, no cabe llamarse a engaño. Los historiadores republicanos, con la remarcable excepción de figuras clave del progreso historiográfico como Rafael Altamira —ya en pleno siglo XX, desde la cátedra universitaria y ocupándose de problemáticas ajenas a la historia del partido republicano—¹⁷, no aspiraban —más allá de los subtítulos enfáticos— a una historia total que abordase en su globalidad y con voluntad explicativa el conjunto de experiencias de la sociedad, y no podían, ni querían, sustraerse a las exigencias de un punto de partida cargado de ideología.

La tarea como historiadores de los próceres del republicanismo se había suscitado en los momentos previos a la autonomización del mundo universitario en relación con el poder político. Cuando Garrido, Pi o Castelar —por lo demás profesor universitario— escriben historia no han llegado todavía, o bien están en sus albores, los tiempos en los que se multiplican las asociaciones profesionales de historiadores. No es tanto que no haya empezado a tener lugar la eclosión de disciplinas nuevas que, como la sociología o la antropología, contribuyen a la codificación de normas de trabajo científico, como que es posible continuar publicando al margen de las mismas. Estamos, pues, haciendo referencia a una mirada republicana militante, independiente de los requerimientos metodológicos del hegelianismo o del krausopositivismo y alejada de la exigencia que preside las realizaciones del citado Altamira o de Pedro Dorado o de Gumerindo de Azcárate. En 1879, en plena vorágine de divulgación de

¹⁷ Para Altamira, ASÍN VERGARA, R.: «Estudio preliminar», a ALTAMIRA, R.: *Historia de la civilización española*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 13-14; FORMENTÍN, J., y VILLEGAS, M. J.: «Altamira y la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas», en ALBEROLA, A. (ed.): *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Gil Albert, 1987, pp. 183-190; LUQUE TALAVÁN, M.: «Rafael Altamira y Crevea: un “regeneracionista” como historiador del Derecho indiano», en RUIZ-MANJÓN, O., y LANGA LAORGA, A. (eds.): *Los significados del 98. La sociedad española en la génesis del siglo XX*, Madrid, Fundación ICO-Biblioteca Nueva-Universidad Complutense, 1999, pp. 587-601, y PEIRÓ, I., y PASAMAR, G.: *Diccionario Akal...*, op. cit., pp. 73-76. La relevancia de Altamira en los medios republicanos de mediados de siglo XX se puso de manifiesto en el ciclo de conferencias que le dedicó la comunidad democrática española de Buenos Aires. Especial eco tuvo la conferencia dada por Claudio Sánchez Albornoz el 7 de julio de 1956; véase SÁNCHEZ ALBORNOZ, C.: *España Republicana*, Buenos Aires, 15 de julio de 1956, p. 6.

anales militantes de la democracia hispánica, Azcárate editaba el primer volumen de su *Ensayo sobre la historia del Derecho de Propiedad y su estado actual en Europa*¹⁸. Se trata, queda claro, de otra historia. Incluso en lo que tiene de historia nacional —inserta ineludiblemente en la europea—, la disposición científica del estudio de Azcárate permite que le sea aplicable el rasgo recordado por Pierre Nora al situar el advenimiento de la disciplina como ciencia, el de «establecer un neto reparto, una discontinuidad controlada, entre lo que los contemporáneos creían vivir o haber vivido y la evaluación lo más precisa posible de este cúmulo de creencias y de tradiciones»¹⁹.

En cualquier caso, los dirigentes federales o posibilistas doblados de publicistas a los que nos venimos refiriendo podían llevar adelante sus proyectos —en los que el «neto reparto» era suplantado por una complicitad emocional intencionada— porque todavía la profesionalización no había acabado con aquellas figuras universales, tan propias de los siglos XVIII y XIX, que eran, sin mayores dificultades y simultáneamente, historiadores, filósofos, escritores y dirigentes políticos. Su labor, aunque cargada de juicios de valor y escasamente profesional, no puede en absoluto ser tachada de anecdótica. Más allá de sus limitaciones sistemáticas —empezando por el tratamiento y crítica de las fuentes—, crearon un *corpus* discursivo —entre legendario y científico— que alimentó el intelecto y la sensibilidad de no pocos españoles del tramo final del siglo XIX y aun de las primeras décadas del XX.

Además, como se puede intuir de la simple enumeración de determinados títulos, la perspectiva no era únicamente interna. Ese saber que no estaban solos, común a los republicanos y a los progresistas, resultaba uno de los rasgos más destacados. La compañía a la que aludo era tanto la de otros pueblos como la de determinados grupos sociales. Garrido, que en el doble sentido fue un claro exponente de ese sentimiento de compartir un destino común con los trabajadores y con los pueblos de Europa y del mundo, redactó una muy conocida *Historia de las asociaciones obreras en Europa ó Las clases trabajadoras regeneradas por la asociación*²⁰. Eran tiempos, los previos

¹⁸ AZCÁRATE, G. de: *Ensayo sobre la historia...*, 3 vols., Madrid, Biblioteca Jurídica de Autores Españoles, Imp. de la Revista de Legislación, 1879, 1880 y 1883.

¹⁹ NORA, P.: «La aventura de *Les lieux de mémoire*», en CUESTA, J. (ed.): *Memoria e historia*, en *Ayer*, 32 (1998), p. 23.

²⁰ 2 vols., Barcelona, S. Manero, 1864.

a la Revolución de Septiembre, en los que la energía íntegra del agitador cartagenero se volcaba, desde el exilio londinense, en la redacción de todo tipo de historias europeas. Destacó la *Historia de las persecuciones políticas y religiosas ocurridas en Europa desde la Edad Media hasta nuestros días*, una obra en dos volúmenes que combinaba con éxito la inserción de lo español en lo europeo y la anécdota en el tiempo largo del vía crucis que la ciencia y la filosofía habían tenido que padecer a causa de la intolerancia religiosa. Hasta tal punto tuvo alcance la empresa que en los años siguientes se sucedieron las traducciones a diversos idiomas europeos²¹. Y, aunque sin duda con menor eco, también de esos años data su *Historia de los crímenes del despotismo. Cuadros históricos de la política y de la vida de los reyes y emperadores absolutos, de los déspotas y tiranos de todas las naciones de Europa, antiguos y modernos hasta el establecimiento del sistema representativo y reconquista por los pueblos de sus derechos y libertades*²².

Castelar, en una línea más moderada —en particular en cuanto a los actores— aunque no menos voluminosa, redactó una conocida *Historia del movimiento republicano en Europa*²³. Una obra, de 1874, en la que el sustantivo movimiento aludía tanto a las falanges del democratismo continental como a la noción de progreso y a las complejas raíces filosóficas del individualismo —del subjetivismo de Fichte al practicismo de Humboldt— que lo hacía posible. La idea y la ciencia se imponían, con claridad meridiana, al improbable protagonismo popular. Era el progreso autosuficiente, con su corolario de prosperidad material y moral del hemisferio, el que se habría puesto en circulación con el tránsito imparable del viejo al nuevo

²¹ *Historia de las persecuciones políticas y religiosas ocurridas en Europa desde la Edad Media hasta nuestros días: galería política, filosófica y humanitaria, imparcial y concienzudamente escrita* [por Alfonso TORRES DE CASTILLA], 6 vols., Barcelona, Salvador Manero, 1863-1866; GARRIDO, F., y CAYLEY, C. B.: *A history of political and religious persecutions: from the earliest days of the Christian church*, 2 vols., Londres, London Printing and Pub. Co., 1876-1879; GARRIDO, F.: *Historia das perseguições políticas e religiosas ocorridas em Hespanha e Portugal desde a idade media até aos nossos dias...*, traducida, anotada y ampliada la parte referida a Portugal por L. TRINDADE, 3 vols., Lisboa, F. A. da Silva, 1881. También se hicieron reediciones posteriores; véase, por ejemplo, *Historia de las persecuciones políticas y religiosas*, 2 vols., Barcelona, Petronio, 1978.

²² Por don Alfonso TORRES DE CASTILLA, 4 vols., Barcelona, S. Manero, 1867-1870.

²³ Madrid, M. Rodríguez, 1874, también en 2 vols.

orden social y político²⁴. Un bienestar que, precisamente, podía verse amenazado por la emergencia de nuevos sujetos colectivos y de inéditas y alternativas utopías: el cuarto estado desbordando al tercero, el socialismo amenazando la democracia, el resentimiento de los desheredados imponiéndose sobre la capacidad creadora de las clases medias. Conocer de inmediato los rasgos básicos de la Comuna parisiense de 1871 no era sólo responder a la natural curiosidad del hombre que vivía con pasión su tiempo, sino facilitar la comprensión y la búsqueda de soluciones terapéuticas a la cuestión social²⁵.

En general, este tipo de obras de historia republicana, las más avanzadas y las más conservadoras, reúne una segunda gran característica, un rasgo que las hace muy atractivas para los lectores. Son libros en los que el partido se explica a través de la narración de las peripecias que han de afrontar sus propagandistas, sus tribunos y sus mártires²⁶. El individuo, de acuerdo con la filosofía que constituye el sustrato común a buena parte de esta producción, es el autor de su vida, es la figura principal del movimiento social, es el genuino protagonista de la aventura democrática. En el proemio a una de las semblanzas de Pi y Margall se podía leer: «Nace la Biografía, según Spencer, como la Historia y otros géneros literarios, del culto semi-heroico que primitivamente se rinde a los difuntos»²⁷. El tema privativo, en este y otros casos, es el héroe y la celebración de sus hazañas. Para ser más exactos cabría decir que el personaje principal es, casi siempre, el hombre, aunque puedan gestarse en lápices republicanos los esbozos para una muy tardorromántica *Galería histórica de mujeres célebres*²⁸.

²⁴ Castelar continuó su labor de informar y reflexionar sobre el acontecer de Europa en sus artículos en *El Globo* o en *La Publicidad*, sobre la cuestión de Oriente, o en trabajos como *Cartas sobre política europea: primera serie*, Madrid, San Martín, 1876, o *Europa en el último trienio*, Madrid, La Ilustración Española y Americana, 1883.

²⁵ MORAYTA, M.: *La «Commune» de París: ensayo histórico, político y social*, Madrid, J. Antonio García, 1872.

²⁶ RODRÍGUEZ SOLÍS, E.: *Historia del partido republicano español*.

²⁷ CARAVACA, F.: *Pi y Margall*, Barcelona, Juventud, 1935, p. V. Para los rasgos culturales y filosóficos básicos, ÁLVAREZ JUNCO, J.: «Los “Amantes de la Libertad”: la cultura republicana española a principios del siglo XX», en TOWNSON, N. (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, p. 268.

²⁸ CASTELAR, E.: *Galería histórica de mujeres célebres*, 6 vols., Madrid, Álvarez Hnos., 1887-1888.

La biografía es, por lo común, un género de éxito en los decenios centrales del ochocientos, aunque alcanza su apogeo en los años que se sitúan a caballo de los siglos XIX y XX. En ocasiones basta con breves opúsculos —como las 32 páginas y una lámina que Garrido destinó a la *Biografía de Sixto Cámara*—, pero no se excluye la posibilidad del grueso volumen. En ambos casos se verifica «la capacidad que tiene el relato de una vida individual de comunicar, y de interesar, de forma inmediata»²⁹. Así, los editores se muestran interesados en encargar biografías y los publicistas encuentran un modo de asegurarse pingües ingresos. Los grandes personajes ven, en ocasiones en vida aunque a menudo en *laudatio postmortem*, cómo sus orígenes son caracterizados de modestos —cuando no de humildísimos—, cómo su juventud es presentada en función de su tono ejemplar —genuinos hombres hechos a sí mismos gracias al estudio y a la voluntad de superarse—, cómo se evoca su actividad parlamentaria, cómo se recuerdan sus gestas conspirativas³⁰. De entre todas las crónicas vitales dedicadas a los patriarcas republicanos destacaron las que tenían por protagonista a Pi y Margall. Sobresalieron por su número, por las elevadas dosis de veneración que contenían y por su reiteración a lo largo del tiempo. Sin duda la más valiosa es la que le dedicó Enrique Vera González, fuente primera para el estudio tanto del personaje como de la acción democrática. No fue la única. Pablo Correa Zafrilla daba a principios de los años ochenta noticia biográfica de Pi en la edición de un combativo discurso del dirigente federal en defensa de la libertad de imprenta³¹.

²⁹ Barcelona, S. Manero, 1860. La cita del estudio clave de BURDIEL, I.: «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en BURDIEL, I., y PÉREZ LEDESMA, M. (coord.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, p. 28.

³⁰ LLOPIS Y PÉREZ, A.: *Historia política y parlamentaria de D. Nicolás Salmerón y Alonso*, Madrid, España, 1915; *Homenaje a la buena memoria de D. Nicolás Salmerón y Alonso: trabajos filosóficos y discursos políticos relacionados por algunos de sus admiradores y amigos*, Madrid, Gaceta Administrativa, 1911; MORAYTA, M.: *Juventud de Castelar: su vida de estudiante y sus primeros pasos en la política*, Madrid, A. Álvarez, 1901; GÓMEZ CHAIX, P.: *Ruiz Zorrilla, el ciudadano ejemplar*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

³¹ VERA GONZÁLEZ, E.: *Pi y Margall y la política contemporánea*, 2 vols., Barcelona, La Academia, 1886. La nota de Correa en PI Y MARGALL, F.: *La Federación: discurso pronunciado ante el Tribunal de Imprenta en defensa del periódico federalista La Unión y otros trabajos acerca del sistema federativo*, 2.^a ed., Madrid, F. Iravedra, 1881.

El partido federal, pujante en el Sexenio y activo durante las dos últimas décadas del siglo XIX, había quedado reducido a una situación de menor relevancia, en tanto que fuerza operativa en el ámbito nacional, en tiempos de la Segunda República. Y, no obstante, las biografías de Pi continuaban editándose, y aparecían otras nuevas: el federalismo había pasado a ser una suerte de sustrato orgánico sobre el que, superándolo, se había alzado el nuevo republicanismo, por no citar al catalanismo de izquierdas, y Pi encabezaba la nómina de ancianos honorables que hacían digno de respeto el combate democrático y popular. En ocasiones ese uso instrumental de la memoria adquiría fisonomías chocantes, como en 1931, cuando Ángel Farré Parareda dedicaba su biografía de *El apóstol del republicanismo federal español* a la persona, en aquellos momentos triunfal, de Francesc Macià. De éste se aseguraba, sin rubor, que era el «*home digne, abnegat, continuador de l'obra santa i immortal d'En Pi i Margall*»³². El libro de Farré se inscribía en una línea particular de desarrollo del catalanismo, línea en la que cabría situar a históricos del republicanismo catalán de la Restauración como Josep Roca Roca, el periodista que se encuentra tras empresas de larga duración y de extensa influencia como *La Campana de Gracia*, o a ideólogos del renovado nacionalismo de izquierdas, como Antoni Rovira i Virgili. Es, sin duda, un campo de revisión de Pi muy singular, que tiende a poner de relieve su catalanidad, tanto idiosincrásica como política, a mezclar las imágenes de honestidad, sencillez y modestia con las de sentido práctico. Incluso hasta forzar los límites de lo razonable. Con todo y los problemas que encierra cualquier lectura presentista del pasado, la de un Rovira i Virgili, por ejemplo, tuvo la virtud nada desdeñable de hallarse entre los primeros a rebatir «*la faula d'un Pi i Margall de pensament abstracte, metafísic de la política, deslligat de les realitats de la terra, orb davant els fets positius i històrics*»³³.

Más allá de los usos instrumentales, estos estudios elevaban siempre al protagonista por encima de la mediocridad social reinante—incluyendo la del propio partido que lideraban— y alcanzaban fácilmente, en el elogio, el grado ditirámico. De Pi, a propósito

³² FARRÉ PARAREDA, A.: *Francisco Pi y Margall. El apóstol del republicanismo federal español*, Barcelona, Asther, 1931.

³³ ROCA I ROCA, J.: *Francesc Pi i Margall*, Barcelona, Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana, 1922; ROVIRA I VIRGILI, A.: *Pi i Margall i Proudhon*, Barcelona, Norma, Biblioteca Sociològica Contemporània, 1936.

del cual se insistía en su origen humilde y en un ascenso procurado por la inteligencia, llegó a decirse, sin que se exigiese la más mínima verificación del aserto, que «fue uno de los mejores escritores castellanos de todos los siglos, uno de los hombres más instruidos de su época, un historiador eminente, un gran filólogo. Era, además, un profundo, un magnífico político. La mala calidad de muchos de sus compañeros, la ignorancia de las desdichadas muchedumbres, la torcida intención de sus adversarios le impidieron demostrar sus admirables condiciones de gobernante, que no puede el árbol más fecundo arraigar en un arenal ni crecer pomposo si falta riego a la tierra que le sustenta»³⁴.

La referencia es de época, pero los historiadores posteriores han asumido con facilidad, acaso como consecuencia de la seducción que ejerce la condición apostólica de Pi, el estereotipo. En el ensayo preliminar de Trías Bejarano a una edición de textos del dirigente federal se subrayaba «su entereza e independencia de carácter; su consecuencia política; además de la austeridad de su vida, ausencia de afectación, serenidad en los peores momentos y al abordar las más espinosas cuestiones, serenidad que no hay que confundir con frialdad, como subraya justamente Azorín confirmando el testimonio del propio Pi»³⁵. El punto de partida de la imagen —el propio Pi— explica muchas cosas. En ocasiones parece como si los historiadores hubiesen decidido escribir aquello que, a grandes rasgos, Pi y Margall hubiese deseado que se escribiese de él. En relación con Castelar o con Salmerón, Pi ha sido, con diferencia, el republicano más bien parado.

No todos los militantes adquirieron similar relevancia, pero algunos —y paso a usar las fórmulas de los propios republicanos—, al destacar en ese arenal, en esa tierra árida de España para con las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, encontraron su lugar en la memoria democrática y popular. Al fin y al cabo, si la historia tenía tanta significación para los republicanos era porque ponía de manifiesto la calidad del linaje en el que se insertaban. Un linaje sostenido sobre la evocación de la gloria de los antepasados familiares, fuesen éstos auténticos primates federales o modestos, pero honrados,

³⁴ RIERA, A.: *Francisco Pi y Margall*, cuaderno de la serie *Hombres Célebres*, núm. 6, Barcelona, Ramón Costa, s. f., p. 1.

³⁵ TRIAS BEJARANO, J.: «Estudio preliminar», a PI Y MARGALL, F.: *Pensamiento social*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968, p. 18.

dirigentes de casino de pueblo o barriada. Así, algunas de las más significativas obras de revisión de la trayectoria republicana serán colecciones más o menos completas de historias de vida. Aparecer, por ejemplo, en la *Historia crítica de los hombres del Republicanismo catalán* o en el *Libro de oro del partido republicano radical* podía llegar a ser la culminación exitosa, o la justificación, de toda una vida de acción. Al respecto de estos trabajos resulta revelador que, aun siendo de épocas en las que el federalismo constituía ya una fracción, y no de las más importantes del movimiento republicano, tuviesen sus autores particular interés en señalar las raíces federales de la moderna política democrática. De manera especial conviene tener presente el texto de Juan Arderius y Banjol sobre «El republicanismo ampurdanés desde 1868 hasta 1914»³⁶, integrado en la *Historia crítica*, por la elección de un ámbito comarcal en el que el tránsito y la interacción creciente entre federalismo y progresismo resultaban modélicos para la fallida recomposición de la escindida democracia catalana de 1915.

La diagnosis republicana de los males de España

Un rasgo central de la visión histórica que trabaron los republicanos, tanto del país como de ellos mismos, fue su abierta intencionalidad polémica. La historia republicana del republicanismo y de la nación es una historia partisana, alejada del ideal científico de objetividad. Una deliberada vocación belicosa que se prolonga desde los primeros patriarcas de la democracia española, pasando por Morayta, Rodríguez Solís o Rispa y Perpiñá, hasta el radical socialista Álvaro de Albornoz en los años veinte y treinta del siglo XX, y que tendría, acaso, su manifestación agónica en los escritos de Régulo Martínez ya a mediados de los setenta y en plena Transición.

³⁶ NAVARRO, E.: *Historia crítica de los hombres del republicanismo catalán en la última década (1905-1914)*, prólogo de Pedro COROMINAS, resúmenes históricos de Emiliano IGLESIAS y Juan ARDERIUS BANJOL, Barcelona, Ortega & Artís Impr., 1915; *Libro de oro del partido republicano radical: historia de la organización desde su iniciación en los partidos republicanos históricos hasta el 31 de diciembre de 1934, siendo esta fecha presidente de la República D. Niceto Alcalá-Zamora y Jefe del gobierno D. Alejandro Lerroux*, director literario: Antonio MARSÁ BRAGADO; promotor y uno de los redactores políticos de este libro: Bernardo IZCARAY CALZADA, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1935?

La intencionalidad polémica quedaba reflejada, normalmente, en las primeras páginas de los libros. Si Garrido abrió su *Historia del reinado del último Borbón de España* con una irónica dedicatoria a Isabel II por su papel decisivo en el triunfo de una revolución, la de 1868, que había proclamado la libertad de cultos, el sufragio universal y las otras libertades «que forman el dogma de la Democracia universal»³⁷, no era Martínez menos interactivo con la realidad del momento, cuyos textos surgen con la voluntad de incidir en el proceso de la Transición. Este último autor no tendrá ningún empacho en advertir que sus libros son, en cierta medida, la respuesta de la tradición republicana a unas propuestas de reconciliación nacional que pasan, o así lo entienden esos herederos de los derrotados en 1939, por la ocultación definitiva del valor intrínseco de la labor y la experiencia republicana. Andaba el autor, se advierte en el prólogo a un libro de 1976, preguntándose cómo dar noticia imparcial de las peripecias de los exiliados republicanos cuando «me enteré de que el propio Fraga Iribarne, en su libro, compuesto durante su provechosa singladura de embajador en Londres, y que intitula: *Un Objetivo Nacional*, afirma que “hay que acabar con las dos Españas que de hecho subsisten y se renuevan en cada generación, empeñadas en desconocerse y en oprimirse la una a la otra” y subraya, por cierto, un poco después: “Es claro que la iniciativa para ello ha de partir precisamente del poder establecido”. Pues bien, me dije para mis entretelas, transidas de tan plausible deseo, a fin de que desaparezca ese lamentable desconocimiento entre las llamadas dos Españas, adrede promovido y aun acentuado por los medios informativos durante tantos años, conveniente y hasta necesario es dar cuenta todo lo minuciosa y circunstanciada posible de cuál ha sido el comportamiento de los españoles republicanos, por esos mundos de Dios, lanzados por la vorágine de nuestra trágica “Guerra Civil”»³⁸.

En fin, la historia resultaba fundamental para el republicanismo español, y por ello los volúmenes que escribían y leían, gruesos tomos

³⁷ Pere Gabriel ha presentado a Garrido como el punto de partida no ya de una historia federal del republicanismo, sino como el arranque de la más militante, y menos intelectualizada, tradición de historia popular (GABRIEL, P.: «A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea», en *Historia Social*, 22, Valencia, UNED, 1995, pp. 43-53).

³⁸ MARTÍNEZ, R.: *Republicanos en el exilio*, Barcelona, Persones, 1976, p. 9; del mismo autor: *Republicanos de catacumbas*, Madrid, Ediciones 99, «Historia secreta del franquismo», 1977.

o folletos livianos que en muchas ocasiones eran estricta crónica de su tiempo, contenían, desde Garrido en adelante y junto a la memoria de las luchas en las que se vieron comprometidos, dos cosas. Una primera dimensión que, en general, compartían los trabajos de historia del republicanismo escritos por militantes demócratas era, como hemos visto ya al referirnos al balance de la trayectoria de Pi y Margall, el de la justificación del fracaso propio. Movimiento fallido, el republicanismo español explicaba sus descalabros como el resultado inevitable de los frenos que al progreso material y moral se daban en España y de la inconsecuencia, o la deriva demagógica y la falta de sentido común en otros casos, que se atribuía a aquellos correligionarios que optaban por variantes estratégicas diversas de las del autor correspondiente. En todos los casos, la abnegación, el sentido de sacrificio por el ideal y la conciencia del triunfo final, inevitable pero costoso, de la democracia eran rasgos definidores del partido republicano.

La segunda y última dimensión participada era el diagnóstico de los males de España. Tal vez por su misma simplicidad, y con toda seguridad porque bebía de materiales previos, ese diagnóstico tuvo un remarcable eco público. Y ello a pesar de situarse un tanto a contracorriente. Como ha indicado José Álvarez Junco, desde finales del siglo XV en España, como en Francia o en Inglaterra, «el proceso de formación de una identidad “española” giró alrededor de la monarquía»³⁹. Era ésta la que permitió dar los pasos sucesivos, primero dinásticos y más tarde étnicos, en la construcción de una identidad española. La impugnación republicana de la monarquía entró en conflicto con este modo de enfocar el pasado y recogía la valoración moral que había hecho ya en los primeros años cuarenta el dirigente aragonés Víctor Pruneda y que le permitía referirse al trono como «allí donde una pandilla de magnates sedientos de oro, llenan sus arcas, abusando de la debilidad del pueblo»⁴⁰. Más tarde la contestación desplegó, en términos históricos, un doble argumento. La monarquía de Fernando VII, como la de Isabel II, o más adelante la de Alfonso XII o Alfonso XIII, heredera de aquella que en el siglo XVI habían inaugurado los Austrias, era ajena al alma nacional⁴¹.

³⁹ ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, p. 63.

⁴⁰ VILLANUEVA HERRERO, J. R.: *El republicanismo turolense durante el siglo XIX*, Zaragoza, Mira editores, 1993, p. 41.

⁴¹ RODRÍGUEZ SOLÍS, E.: *Reseña histórica de las monarquías españolas*, Barcelona, Manero, 1869.

He aludido, unas líneas más arriba, a que la popularidad del análisis que los republicanos efectuaban de los males de España radicaba también en el hecho de que no era absolutamente nuevo, sino que recogía materiales puestos en circulación con anterioridad. En gran medida, los republicanos recogieron de los liberales españoles del primer tercio del siglo XIX —Manuel José Quintana, Francisco Martínez de la Rosa o Antonio Ferrer del Río— el esquema clásico de interpretación mitológica del pasado, que, como señala Álvarez Junco, constaba de tres estadios: paraíso, caída y redención. El paraíso de los republicanos es el mismo del de los liberales exaltados: una Edad Media idealizada en la que sobresalía la limitación de la autoridad de los monarcas por los fueros y privilegios, así como por la representatividad de las asambleas; una memoria de los privilegios, entendidos como libertades, que sólo las monarquías extranjerizantes consiguieron, tras dura lucha, anular —aunque no arrancar del corazón de los hombres—. Las derrotas de Bravo, Padilla y Maldonado, al frente de los Comuneros, o la de las Germanías, o el martirio de hombres egregios como Lanuza y Pau Claris, indómitos ante unos monarcas irrespetuosos con el fuero, señalaban el inicio de las caídas. La pluralidad de experiencias y su diversidad territorial encajaban con notable eficacia en una fraseología republicana que era federal o notablemente descentralizadora. La redención está siempre, en la mirada retrospectiva de los republicanos, al alcance de la mano. Basta con que el pueblo español, de quien la retórica nacionalista en su conjunto tiende a alabar la capacidad de resistencia, haga frente a las agresiones y desgracias, expulse al extranjero y retome su destino constituyéndose en república⁴².

El problema era que a lo largo del ochocientos, en contraste con el itinerario seguido por el Occidente europeo, la Corona de orígenes foráneos habría optado por preservar los rasgos feudales de la sociedad española condenándola a una situación de inferioridad. De hecho, el esquema que predominó en la cultura republicana consistió en una inversión de la imagen que utilizaban los publicistas católicos. Si para éstos el noble pueblo español había sido amenazado desde el siglo XVI por las consecutivas concreciones del «error racionalista» —la reforma protestante, la Ilustración, el liberalismo, el socialismo—, para los republicanos estos hitos son sucesivos avances

⁴² ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa...*, *op. cit.*, pp. 214 ss.

de la humanidad en el camino del progreso. Avances de cuyos beneficios se habría visto privado el pueblo español —tan noble, eso sí, como el que describían los publicistas católicos— por causa de clérigos infames y de monarquías extranjerizantes. Al margen de los mojones que marcaban el itinerario, católicos y republicanos compartirán otros rasgos en sus miradas al pasado. Ambas culturas incardinaban el pasado autóctono en el interior de un combate universal —por preservar la fe o por la libertad de las conciencias; por el triunfo del papado o por el éxito de la democracia—; y ambas lo hacían desde una marcada conciencia de la singularidad que, en no pocas ocasiones, se transmuta en la percepción del aislamiento⁴³. El punto de llegada podía ser antagónico, pero el de partida más que similar. La dialéctica republicana tenía raíces cristianas, casi podría decirse que agustinianas. El bien y el mal eran principios inherentes a todas las sociedades. De hecho, eran, en el universo, eternos. Estos dos elementos estarían en lucha permanente: «El ser luchando por conservar su existencia, y los centros de atracción que le rodean pugnando por destruirla, es la causa del bien y del mal, de todas las pasiones, de todo el movimiento físico y moral del universo». Esta mecánica se traslada al pasado y al orden de lo político y da como resultado una visión dualista en la que el pueblo, desde la Grecia clásica, está en combate permanente con los poderes personales. El primero ama la libertad porque nace con la conciencia de sus derechos naturales. Los segundos oprimen porque no conocen otro medio de dominar. Se sirven del terror y del fanatismo, y se sostienen sobre la corrupción y la miseria. Su labor perturba la máquina del progreso, el avance de la civilización⁴⁴.

A modo de conclusión

Los republicanos, en sus plurales adscripciones culturales, negaron en la monarquía, cuando se historiaban a ellos mismos, lo que a su parecer era la negación del progreso, el principio rector de la sociedad moderna. De Garrido en adelante, federales y unitarios, progresistas y demócratas, patricios y plebeyos, identificaron monar-

⁴³ ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 377.

⁴⁴ LOZANO, J.: «La República Ibérica», en *Anuario Republicano Federal*, Madrid, I. Castro y Compañía, 1870, pp. 221-231.

quía, pauperismo, ignorancia y teocracia. Alternativamente, fijaron la coincidencia entre república, conocimiento, extensión de la propiedad y democracia. Al recordar en vísperas de la Revolución de 1868 los hechos de mayo de 1808, ese autor encontraba el ejemplo por antonomasia tanto de las virtudes populares como del contraste entre éstas y «la bajeza de sus mandarines». Entonces y siempre, antes y después del glorioso enfrentamiento contra el invasor francés, Garrido y quienes le siguieron en la tarea de fijar una imagen del pasado procuraron marcar el contraste entre la raíz extranjera de la monarquía y un régimen republicano que sería el más adecuado a la nobleza, dignidad e independencia del pueblo español. Con el Noventa y ocho de por medio, el núcleo de ideas de 1868 continuaría siendo operativo, con matices, hasta los años treinta. La monarquía autocrática era responsable de la decadencia nacional, pero tras la ocasión desaprovechada no podía venderse fácilmente la noción de un pueblo dinámico al que sólo las constricciones ajenas mantenían alejado del puesto de mando de la vida nacional. Llegado el caso, el heroísmo, el valor y patriotismo que los historiadores republicanos del siglo XIX habían asumido como patrimonio indiscutible de la nación, del movimiento democrático y de sus sectores sociales populares pasaban a ser una leyenda que convenía desmontar⁴⁵.

⁴⁵ GARRIDO, F.: *La España contemporánea. Sus progresos morales y materiales en el siglo XIX*, 2 vols., t. I, 1.^a ed. española y considerablemente aumentada, adornada con un mapa de España y el retrato del autor, Barcelona, S. Manero, 1865-1867, p. 109. Versiones algo más reducidas de su trabajo fueron: *L'Espagne contemporaine, ses progrès moraux et matériels au XIX^e siècle*, Bruselas-Leipzig, A. Lacroix, Verboeckhoven et Cie., 1862, y *Das heutige Spanien, seine geistige und äusserliche Entwicklung im 19. Jahrhundert*, traducida al alemán por Arnold Ruge, Leipzig, E. Kummer, 1863; del mismo autor: *Historia del reinado del último Borbón de España. De los crímenes, apostasías, opresión, corrupción, inmoralidad, despilfarros, hipocresía, crueldad y fanatismo de los Gobiernos que han regido a España durante el reinado de Isabel de Borbón*, 3 vols., t. I, Barcelona, Manero, 1868, pp. 8-16. Castelar unía el triunfo de la República a su capacidad de adecuar el «alma nacional» —forjada en los «sacrificios inmortales» de la guerra de independencia— a las características del nuevo tiempo (CASTELAR, E.: *Discurso leído en la Academia Española seguido de otros varios discursos del mismo orador*, Madrid, San Martín, s. f., p. 43). La pervivencia del diagnóstico en BLASCO-IBÁÑEZ, V.: *Ce que sera la République espagnole*, París, Flammarion, 1925?, p. 11 (edición castellana: *Lo que será la República española, al País y al Ejército*, París, 1925); FOIX, P.: *Barcelona, 6 d'octubre*, Barcelona, ECP, 1935, pp. 13-14, y ARAQUISTAIN, L.: *El ocaso de un régimen*, Madrid, España, 1930, p. 273. En general, véase DEMANGE, Ch.: *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid,

Los republicanos vieron en la historia un magisterio de vida, un principio rector que justificaba, daba sentido y orientaba sus actos. Si tantas horas dedicaron a pergeñar extensos volúmenes que fijaban el relato del pasado era porque estaban seguros de que ello incitaría a los lectores a algún tipo de acción. Se sabían protagonistas de su tiempo y esperaban, también, que los historiadores de tiempos venideros les hicieran justicia y así lo reconocieran. Éstos no les defraudaron. Con todo, convendría hacer un matiz a esta observación. Aquello que durante mucho tiempo retuvo el interés de los historiadores no fueron los republicanos, sino su logro más visible: cada uno de los dos episodios institucionales que tuvieron lugar en España. Los historiadores profesionales se ocuparon preferentemente de la República, la Primera y, sobre todo, la Segunda; mucho más que de los republicanos. Ha sido en los últimos tiempos cuando los investigadores han puesto su atención en los hilos de continuidad que ligaban uno y otro fenómeno, el institucional y el de la corriente ideológica que lo reclamaba, el de las experiencias de poder y las dinámicas de socialización desde los márgenes de la vida política más oficial.

Marcial Pons Historia, 2004. Un ejemplo de ejercicio crítico de la leyenda heroica en ALBORNOZ, A. de: *La tragedia del Estado español*, pp. 33 ss.

*Convertirse en americanos.
Las minorías étnicas
y las dos guerras mundiales
en Estados Unidos*

Aurora Bosch

Universitat de València

Resumen: En una sociedad tan racialmente segmentada como los Estados Unidos de América, las guerras y el ejército han sido tradicionalmente un vehículo de promoción social e integración en la ciudadanía. Pero fueron las dos guerras mundiales del siglo xx las que, al exigir una movilización total, facilitaron el rápido acceso a la ciudadanía de las minorías étnicas del sur y este de Europa, así como el inicio de la lucha de la minoría negra por sus derechos. El objeto del presente artículo es analizar la rápida y compleja transición de estas «identidades étnicas» a «identidades políticas» decisivas para sustentar la mayoría electoral del *New Deal* desde 1932 e iniciar la celebración de la «América diversa», que la Segunda Guerra Mundial confirmaría.

Palabras clave: Estados Unidos, Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, minorías étnicas, ciudadanía.

Abstract: In a society as widely segmented as the USA, the army and war have been a traditional vehicle of social promotion and access to citizenship. However, as total wars, both World Wars demanded a general mobilization, which helped the rapid naturalization of the eastern and southern European ethnic minorities and the beginning of the black civil rights movement. This article explores the rapid and complex transition from «ethnics identities» to essential «political identities» to build the New Deal's electoral coalition from 1932, as well as to celebrate de «America's diversity», confirmed by the Second World War.

Key words: United States, First World War, Second World War, ethnic minorities, citizenship.

En las elecciones presidenciales de noviembre de 1928, celebradas en medio de la mayor prosperidad económica de la historia de Estados Unidos, el Partido Demócrata presentó como candidato a Al Smith, ex gobernador de Nueva York, católico, hijo de inmigrantes irlandeses, representante del cosmopolitismo urbano y partidario de acabar con la prohibición. Su contrincante era el republicano Herbert Hoover, ingeniero, hombre de negocios de éxito y político experimentado, que, como cuáquero e hijo de la «*middle America*», quería poner todos los medios para hacer efectiva la prohibición, pues consideraba la moderación alcohólica un rasgo distintivo de la «América nativa» frente a la creciente inmigración. Al Smith no consiguió ganar las elecciones, pero logró doblar el voto demócrata, gracias al apoyo electoral de las minorías étnicas de las grandes ciudades.

En las elecciones presidenciales de 1932, celebradas en lo peor de la crisis económica de la década de los treinta, el voto de las minorías étnicas de las grandes ciudades fue decisivo para la victoria del demócrata Franklin Delano Roosevelt, como lo fue en las elecciones presidenciales de 1936, la mayor victoria de Roosevelt en sus cuatro mandatos y el éxito electoral más rotundo de los demócratas hasta esa fecha. Tras la aplicación de las medidas del llamado *Primer New Deal*, el presidente consiguió el 60,4 por 100 del voto popular, todos los estados, excepto Maine y Vermont, y el Partido Demócrata obtuvo amplias mayorías en las dos Cámaras del Congreso.

Este triunfo abrumador fue posible gracias al apoyo de un electorado urbano, con una clara orientación de clase¹. A los inmigrantes recientes, entre los que destacaban los judíos, italianos y católicos en general, y los inmigrantes de segunda generación, que constituían el grueso del nuevo sindicalismo industrial del *Congress of Industrial Organizations* (CIO)², se unían los electores negros, tanto en el sur como en las grandes ciudades del Norte, que por primera vez desde la obtención del sufragio en 1868 quebraban su fidelidad al Partido Republicano de Abraham Lincoln³.

¹ Un análisis detallado del nuevo realineamiento electoral en BADGER, A. J.: *The New Deal*, Nueva York, The Noonday Press, 1996, pp. 245-271.

² La CIO constituyó en 1936 *The Labor Non Partisan League* para apoyar la reelección de Roosevelt y sufragó el 10 por 100 de los gastos de la campaña electoral demócrata.

³ En 1932, dos tercios del electorado negro de las grandes ciudades aún votó mayoritariamente al candidato republicano Herbert Hoover; pero en 1936, a pesar

El apoyo electoral de esta coalición basada en la minorías étnicas de origen europeo y los votantes afroamericanos sería esencial en todas las victorias electorales de F. D. Roosevelt y en las posteriores victorias del Partido Demócrata hasta finales de la década de los setenta. El objetivo de este artículo es mostrar cómo en el trayecto de estas minorías étnicas hasta convertirse en ciudadanos americanos y en un cuerpo electoral decisivo fue determinante su participación en el ejército y en las dos guerras mundiales del siglo XX.

El ejército y la guerra como formas de promoción

La Guerra de Irak nos ha familiarizado con George Sánchez, el teniente coronel «latino» al mando del ejército estadounidense. La Guerra del Golfo nos familiarizó con Colin Powell, el primer afroamericano general en jefe del Estado Mayor del ejército estadounidense y el primer secretario de Estado afroamericano. Todos los conflictos y guerras recientes en las que ha participado Estados Unidos nos descubren una mayoría de soldados profesionales que pertenecen a las minorías latina y afroamericana; pues el ejército y las guerras han sido históricamente tanto una forma de integración en la ciudadanía como un vehículo de promoción social.

De la Guerra de la Independencia a la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos, con un ejército permanente muy pequeño, recurrió sistemáticamente al alistamiento de voluntarios en primera instancia en caso de conflicto bélico. En la Guerra de la Independencia (1776-1783), pasados los primeros momentos de entusiasmo, los que mantuvieron el ejército continental y lucharon en él de forma permanente no fueron los blancos con propiedad, sino los blancos pobres —trabajadores itinerantes, inmigrantes alemanes e irlandeses, sirvientes contratados, presidiarios—, nativos americanos, esclavos negros, atraídos por la recompensa económica, la posibilidad de acceder a la propiedad, la concesión de la ciudadanía o la promesa de libertad⁴.

de las tímidas ayudas del *New Deal* a los afroamericanos, el 76 por 100 del voto negro de las grandes ciudades del Norte fue para Roosevelt. Este cambio electoral del voto negro era especialmente significativo, porque el Partido Republicano, fundado por Abraham Lincoln en 1856, era el partido antiesclavista, mientras que el Partido Demócrata defendía la esclavitud y posteriormente la segregación en los estados del Sur.

⁴ NEIMEYER, Ch. P.: *America Goes to War. A Social History of the Continental Army*, Nueva York, New York University Press, 1996, pp. 15-26.

Concretamente, 5.000 esclavos negros lucharon en el ejército continental por conseguir su libertad y muchos miles más —el 5 por 100 de toda la población esclava del Sur— lo hicieron en el ejército británico⁵, convirtiéndose tras la Independencia en negros libres en Canadá, el Caribe británico o los estados del Norte de Estados Unidos.

En la guerra contra México (1846-1847), la primera guerra exterior y expansionista de Estados Unidos, el ejército creció de 7.000 a 140.000 hombres, gracias a los voluntarios de seis y doce meses, que formaron casi el 75 por 100 del ejército. Algunos de estos voluntarios eran hijos de personajes distinguidos, como Henry Clay o Daniel Webster, pero la mayoría eran hombres que buscaban una promoción social y económica, hombres rudos de la frontera y muchos inmigrantes irlandeses y alemanes⁶, que esperaban obtener tanto la ciudadanía como los 100 acres de tierra pública prometidos por el Congreso a principios de 1847.

Durante la Guerra Civil (1861-1865), hasta que el Sur estableciera el reclutamiento obligatorio en abril de 1862 y el Norte lo hiciera en julio de 1863, ambos bandos recurrieron a los sucesivos llamamientos de voluntarios para constituir sus ejércitos. Los voluntarios del Sur eran todos nativos, pero en el Norte (donde la lucha se presentaba tanto por la Unión y el legado de la Revolución americana como por la supervivencia de las libertades republicanas en el mundo occidental) un cuarto de los alistados al ejército de la Unión había nacido fuera del país. Cuando, a partir del Decreto de Emancipación de 1 de enero de 1863, la guerra por la Unión se convirtió en la guerra contra la esclavitud, los irlandeses ya no estaban interesados en luchar en un conflicto que los igualaba socialmente a los ex esclavos, con los que tendrían que competir a partir de entonces en los estratos más bajos de la escala social. Pero 180.000 ex esclavos negros ingresaron masivamente en el ejército de la Unión, convertido para ellos en un medio de libertad, así como en un vehículo de alfabetización, nacionalización y promoción social. Muchos de ellos aprendieron a

⁵ Se calcula que en Carolina del Sur 20.000 esclavos huyeron de las plantaciones para unirse al ejército británico y 30.000 lo hicieron en Virginia. Véase KOLCHIN, P.: *American Slavery, 1619-1877*, Londres, Penguin Books, 1995, p. 73.

⁶ Irlandeses y alemanes llegaron a formar la mitad del ejército de Zacary Taylor, aunque algunos irlandeses, liderados por el sargento Riley, desertaron y formaron el batallón de San Patricio, que se unió al ejército mexicano.

leer y escribir en el ejército; de allí salieron muchos de los líderes de la Reconstrucción⁷, al tiempo que su sacrificio en la victoria de la Unión les dio el derecho a la ciudadanía y una memoria colectiva triunfante.

Tras el fracaso de la Reconstrucción en el reparto de tierras a los antiguos esclavos y en garantizarles el ejercicio efectivo de la ciudadanía después de 1877 en los estados del Sur, el ejército y las guerras indias permanecieron como el único vehículo de promoción social e integración política para los afroamericanos, soldados a los que se denominó «*buffalo soldiers*». En 1898, la guerra contra España en Cuba y Filipinas fue vivida como una «apoteosis del patriotismo», pues podía restablecer la unidad nacional, tras las enormes divisiones generadas por la Guerra Civil y la «guerra social» de la última década del siglo XIX⁸. Theodore Roosevelt, el entonces subsecretario de Marina, fue el político que mejor entendió la guerra como una forma de afirmación y reconciliación nacional. Desde el principio, Roosevelt fue partidario de promover la guerra con España, pues creía que «una guerra justa era a la larga mucho mejor para el alma humana que la paz más próspera»⁹. En cuanto estalló el conflicto, Roosevelt dimitió de su cargo y participó activamente en la contienda. Constituyó un regimiento de caballería —«*the Rough Riders*»— que consideraba el prototipo del regimiento americano, porque «al lado de los *cowboys*, este regimiento está compuesto por hombres de cada sector del país, de cada estado de la Unión y por eso nos sentimos orgullosos de él. Es principalmente un regimiento americano y lo es porque está compuesto de todas las razas que han construido América»¹⁰.

Este deseo general de «reconciliación nacional» se evidenció en la respuesta de un millón de voluntarios de todos los estados en la primera llamada a filas del presidente William McKinley. Entre

⁷ Del ejército de la Unión salieron muchos miembros de la nueva elite política negra del periodo de la Reconstrucción (1865-1877), en concreto 41 delegados de las convenciones estatales, 60 legisladores, 3 vicegobernadores y 4 congresistas.

⁸ «The Spanish War Has Ended all our Other Wars», en *New York Herald*, 5 de junio de 1898.

⁹ Citado por TINDALL, G. B., y SHI, D. E.: *America*, vol. II, Nueva York, W. W. Norton & Company, 1993, p. 608.

¹⁰ «Roosevelt and His Rough Riders Part», en *New York Herald*, 14 de septiembre de 1898. Véase también para la composición del regimiento el propio testimonio de Theodore Roosevelt en su libro *The Rough Riders*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1899 (reeditado por Lincoln, University of Nebraska Press, 1899, pp. 1-38).

ellos destacaba la participación de los estados del Oeste, donde había tenido más incidencia la «revuelta populista» de principios de la década de 1890, y de los miles de voluntarios blancos y negros de los estados del Sur.

Los 10.000 afroamericanos que se presentaron voluntarios vieron la guerra como una oportunidad para demostrar su patriotismo e integrarse plenamente en la nación. Entendían también que la lucha de los cubanos por su independencia era similar a la suya, pues era una lucha por la libertad de las gentes de color, que estaba liderada por un general mulato, Antonio Maceo¹¹. Muchos líderes negros, como Booker T. Washington, pidieron incluso la intervención de Estados Unidos en Cuba, para que ciudadanos negros del Sur tuvieran la oportunidad de reclamar su lugar en la nación estadounidense y demostrar su patriotismo. Otros líderes negros, sin embargo, pensaban que en vez de luchar por los cubanos, los norteamericanos debían luchar por hacer efectiva la libertad de los negros del Sur, y creían que la militarización que acompañaría la guerra sólo aumentaría la violencia de los blancos contra los negros en los estados del Sur.

El presagio de estos líderes negros fue certero. Aunque los voluntarios afroamericanos tuvieron un papel destacado en el campo de batalla, ganando 26 certificados de mérito y cinco medallas de honor del Congreso, no pudieron escapar a la segregación ni en la instrucción en los campamentos del Sur ni en el combate en Cuba, ya que lucharon en batallones segregados. Por otro lado, la guerra empeoró las relaciones de raza en el Sur, pues sirvió para la reconciliación de los blancos del Norte y del Sur a cambio del sacrificio de la ciudadanía negra del Sur¹².

¹¹ AYERS, E. L.: *Southern Crossing. A History of the American South, 1877-1906*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, p. 257.

¹² Especialmente intensa fue la erosión de las relaciones de raza como consecuencia de la guerra en Filipinas. Los insurgentes eran llamados «negros» por los soldados estadounidenses. Por otro lado, los años de reconciliación del cambio de siglo vieron aparecer el culto y la institucionalización de la memoria de la Confederación, constituyéndose en 1889 *The United Confederate Veterans*, en la que ingresaron entre un tercio y un cuarto de todos los veteranos vivos, y en 1895 *The United Daughters of the Confederacy*.

Reclutamiento obligatorio, uniformidad patriótica y americanismo «cien por cien» en la primera guerra total

La Primera Guerra Mundial fue otro tipo de conflicto y Estados Unidos era también un país distinto. Cuando estalló la guerra en agosto de 1914, Estados Unidos era ya una primera potencia económica mundial y un país transformado por la rápida industrialización tras la Guerra Civil y la gran oleada migratoria que, de 1880 a 1921, llevaría a 23,5 millones de inmigrantes —mayoritariamente del sur y el este de Europa— a Estados Unidos. La participación del país en la primera guerra total desarrollada en otro continente a partir de abril de 1917 —contra la opinión de la mayoría pacifista o neutralista de la población— obligó al gobierno federal a movilizar la retaguardia e introducir el reclutamiento obligatorio para convertir un pequeño ejército en la fuerza militar decisiva para ganar la guerra.

Para convencer a la opinión pública de que Estados Unidos participaba en una guerra por la defensa de la democracia, el gobierno constituyó el Comité de Información Pública (CPI), cuya tarea principal era abrumar con información sobre la guerra a los medios de comunicación, seleccionando las informaciones que resaltaban la unidad nacional, la imagen del enemigo despreciable y presentaban el conflicto como una cruzada por la paz y la libertad. También el CPI reclutó a 75.000 voluntarios, llamados «hombres de los cuatro minutos», que difundían breves mensajes patrióticos en los cines y teatros. Además, tenía una división de educación, que escogía ensayos, poemas y cuentos de guerra que resaltaban el heroísmo y el sacrificio¹³.

Esta propaganda patriótica unificó por primera vez la idea nacional en Estados Unidos y la orientó en un sentido conservador. Hasta la Primera Guerra Mundial hubo al menos dos interpretaciones de la nación estadounidense: la de la nación emancipadora y democrática, que veía al Estado como el garante potencial de sus derechos y libertades, y la tradición militarista, que había ido creciendo desde la guerra hispano-norteamericana, que enfatizaba sobre todo la lealtad a la nación. Además, hasta entonces el sentimiento nacional tenía interpretaciones diversas, según la zona del territorio que se habitara,

¹³ SCHAFFER, R.: *America in the Great War. The Rise of the War Welfare State*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, pp. 3-11.

la raza, la clase o el país de procedencia. En este sentido, a pesar de las presiones nativistas, los inmigrantes relativamente recientes podían mantener dos lealtades nacionales —a su país de origen y a Estados Unidos—, e incluso podían vivir aislados de la cultura dominante.

Pero con la Primera Guerra Mundial, el Estado tomó un papel protagonista en la articulación del discurso nacionalista. Reforzó de este modo una concepción de la nación chovinista, militarista, conservadora y específicamente antiliberal, que fomentó un tipo de patriotismo conservador e intolerante. Este americanismo conservador, que inauguró como simbolismo la lealtad a la bandera, fue utilizado para la represión política de los grupos disidentes y para conseguir la anglo-conformidad de los grupos inmigrantes¹⁴. El control de los disidentes fue dirigido principalmente contra la izquierda, que unía a su pacifismo las simpatías por la Revolución bolchevique, pero se extendió a todos aquellos que rehuían el reclutamiento, criticaban la intervención norteamericana en la guerra o difundían noticias del frente que podían desmoralizar a la población. Este control se ejerció mediante tres leyes aprobadas por el Congreso en 1917 y 1918 —la Ley de Espionaje, la Ley de Sedición y la Ley de Comercio con el Enemigo— que permitieron acabar legalmente con el sindicalismo radical de Industrial Workers of the World (IWW) —deteniendo a 96 de sus líderes y a su secretario general, Bill Haywood— y debilitar al socialismo democrático del Partido Socialista Americano, cuyos líderes, Eugene Debs y Victor Berger, fueron condenados a veinte años de cárcel¹⁵. Esta campaña de uniformidad patriótica y «caza del rojo» contó también con la colaboración de 350.000 voluntarios, agrupados en The American Protective League y The National Security League, que canalizaban las denuncias y ayudaban a perseguir a los desertores.

El fervor patriótico se dirigió también contra los inmigrantes recientes, buscando la americanización de América, es decir, la anglo-conformidad y la desaparición de la influencia de las otras culturas nacionales. Las mayores presiones y sospechas se dirigieron durante la guerra contra los alemanes americanos, el segundo grupo migratorio del país, que había hecho de Nueva York la ciudad con

¹⁴ Ésta es la tesis de O'LEARY, C. E.: *To Die For. The Paradox of American Patriotism*, Princeton, Princeton University Press, 1999, pp. 220-222.

¹⁵ SCHAFFER, R.: *America in the Great War...*, *op. cit.*, pp. 13-18.

mayor concentración de alemanes tras Berlín en 1900. En esta atmósfera de xenofobia los americano-alemanes fueron obligados a cambiar sus apellidos y a abandonar su lengua y tradiciones culturales; las ciudades prohibieron los libros alemanes en las bibliotecas; se dejó de enseñar alemán en los colegios públicos y se cambiaron los nombres de las calles que pudieran tener resonancias alemanas¹⁶.

El ejército estadounidense estaba formado por un total de cuatro millones de hombres, de los cuales el 28 por 100 componían el ejército regular y los voluntarios y el 72 por 100 restante eran soldados procedentes del reclutamiento. Unos y otros respondieron de forma distinta a la llamada a filas. 400.000 miembros de la Guardia Nacional entraron en el ejército federal de forma inmediata y otros cientos de miles corrieron a presentarse voluntarios, antes de ser llamados a filas. Entre ellos había algunos inmigrantes de primera y segunda generación y muchos estudiantes universitarios, que se sentían la elite de la nación y hacía ya algún tiempo que se estaban preparando para la guerra, esperando que este conflicto homogeneizara la nación y limara las diferencias de clase¹⁷.

La actitud de los soldados reclutados era menos entusiasta. Las juntas de reclutamiento registraron 24 millones de hombres y enviaron 750.000 a las fuerzas armadas, pero entre 2,5 y 3,5 millones de jóvenes no se registraron y 338.000 de los reclutados no se presentaron para la instrucción o desertaron después de llegar a los campamentos de instrucción. En algunos Estados, el 8 por 100 se declaró exento, miles se casaron rápidamente, otros mintieron sobre su salud o se automutilaron y unos 65.000 se declararon objetores de conciencia¹⁸.

Muchos ciudadanos negros eran más entusiastas con respecto a la guerra. Esperaban que, en recompensa al apoyo de la minoría negra al esfuerzo bélico, se relajaran las barreras raciales. Aunque había algunos líderes radicales que no confiaban en los cambios y consideraban que los negros no deberían intervenir en conflictos de blancos, la mayoría estaba de acuerdo con el poeta y líder negro James Weldon Johnson en que «los negros no se podían permitir ser tratados como elementos desleales de la nación»¹⁹. De esta forma, la National Association for The Advancement of Colored People

¹⁶ O'LEARY, C. E.: *To Die For...*, *op. cit.*, pp. 236-242.

¹⁷ *Ibid.*, pp 182-188.

¹⁸ *Ibid.*, p. 177.

¹⁹ Citado por SCHAFFER, R.: *America in the great War...*, *op. cit.*, p. 77.

(NAACP) y su órgano de expresión *The Crisis*, que desde 1908 venía luchando contra el linchamiento y los derechos políticos plenos de los afroamericanos, pidieron que mientras durara la guerra «debemos olvidar nuestras quejas especiales y cerrar filas hombro con hombro con nuestros compatriotas blancos»²⁰.

La opinión de la mayoría de la minoría negra de apoyar el esfuerzo bélico para rentabilizarlo coincidió con la necesidad que el presidente Woodrow Wilson tenía de movilizar a este sector de la población para el esfuerzo bélico. Wilson nombró a algunos ciudadanos negros de carácter conservador para puestos públicos, neutralizó a los radicales y el CPI contó con la colaboración de cien afroamericanos para estimular el patriotismo entre la minoría negra, aduciendo que, si ganaban los alemanes, los negros volverían a ser esclavos, perdiendo todo lo que habían ganado desde el Decreto de Emancipación.

Por persuasión, patriotismo u oportunidad, millones de ciudadanos negros apoyaron el esfuerzo bélico de distinta forma. Pastores negros y universidades negras animaron a enrolarse en el servicio militar y 400.000 afroamericanos sirvieron en el ejército, 200.000 fueron enviados a Francia y 42.000 entraron en combate. La minoría negra compró cientos de miles de dólares en *bonos de la libertad*, organizaron desfiles patrióticos y trabajadores negros fueron empleados en industrias de guerra. Sin embargo, ni este esfuerzo patriótico ni las expectativas de igualdad racial fueron compensadas durante el conflicto o tras la victoria.

Tanto en los campamentos de instrucción²¹ como en el campo de batalla, la discriminación y la segregación acompañaron a los afroamericanos. La aviación y los marines los excluyeron de sus armas, la marina les confinó a los puestos de servicio, como sucedió al 90 por 100 de la tropa negra enrolada en el ejército. El 10 por 100 restante que sirvió en el frente fue instruido en campamentos segregados y tuvieron un entrenamiento menos intensivo. En el frente recibieron el peor equipamiento, entrando así en combate como soldados de segunda, en batallones y compañías segregadas, que obtu-

²⁰ «Close Ranks», en *Crisis*, XVI (julio de 1918), citado por TUTTLE, W. M., Jr.: *Race Riot. Chicago in the Red Summer of 1919*, Nueva York, Atheneum, 1977, p. 216.

²¹ El incidente más grave se produjo en Houston en agosto de 1917, cuando en respuesta a la paliza propinada a una mujer negra por un policía blanco, cientos de soldados negros del 24 regimiento de caballería asaltaron el cuartel de policía de Houston y mataron a 15 blancos o «hispanicos». Tras los hechos, 64 soldados fueron juzgados y 29 fueron condenados a muerte, de los cuales 19 fueron ahorcados.

vieron escasos éxitos militares, oscureciendo el enorme esfuerzo que realizaron los soldados negros.

La discriminación se extendió también al cuerpo de oficiales. Sólo había un oficial de alto rango, al que se le retiró como inválido en cuanto se descubrió que tenía la tensión alta. Tras las protestas de la NAACP, el Departamento de Guerra estuvo de acuerdo en organizar un campo de instrucción especial para oficiales negros en Fort Des Moines, Iowa, donde se formaron 1.100 oficiales, lo que suponía el 1 por 100 de oficiales en un ejército con un 12 por 100 de soldados negros. Aun así, era difícil que los blancos les obedecieran y que recibieran las formalidades de la cortesía militar²².

A pesar de todo, la guerra en Europa comenzó a cambiar indirectamente las vidas de los ciudadanos negros del Sur, pues aceleró la emigración negra hacia las grandes ciudades del Norte, como Nueva York y especialmente Chicago, en busca de mejores salarios y un trato más igualitario. De esta forma, 330.000 afroamericanos se convirtieron por primera vez en mano de obra industrial, en sustitución de los emigrantes europeos, elevando hasta medio millón la población negra del Norte al acabar la guerra.

Con la emigración a las ciudades del Norte los afroamericanos esperaban conseguir mayores oportunidades económicas, recibir un trato igualitario y ejercer sus derechos políticos como ciudadanos. Aunque desde luego mejoraron su situación, la violencia les persiguió en su emigración al Norte. A partir de 1917, los disturbios y la violencia racial dejaron de ser un asunto exclusivo del Sur para convertirse en un fenómeno nacional, que se extendió a las ciudades del Norte y Medio Oeste —en 1919 hubo un saldo total de 120 ciudadanos blancos y negros muertos—; mientras en el Sur aumentaron los linchamientos y la violencia contra los negros, de forma que entre 1918 y 1919 fueron quemados vivos 13 ciudadanos negros.

La novedad de la violencia racial durante la guerra o inmediatamente después de ella estribaba en el hecho de que representaba un nuevo tipo de disturbio racial, en el que «el nuevo negro», surgido de la experiencia de la guerra, estaba dispuesto a defender sus derechos. Como señalara el líder de la NAACP, W. E. Du Bois, los veteranos negros «ya no eran los mismos hombres, tras haber luchado ocho meses en Francia», pues, como indicaba uno de los veteranos,

²² SCHAFFER, R.: *America in the Great War...*, *op. cit.*, pp. 81-82.

«yo he hecho mi parte y voy a luchar aquí hasta que Tío Sam haga la suya. Puedo disparar tan bien como cualquiera (...) No voy a buscar problemas, pero si alguien se cruza en mi camino, no voy a evitarlo»²³. En efecto, los soldados que venían de luchar en Francia estaban orgullosos de su raza, exigían los derechos que les garantizaba la Constitución, habían ganado en el campo de batalla y estaban dispuestos a defenderse de la agresión, utilizando si era preciso la fuerza armada. Por eso mucha de la violencia contra los negros, que antes de la guerra se habría quedado en linchamientos o «pro-groms» en los barrios negros, se transformó, por esta nueva actitud de autodefensa, en el disturbio racial moderno. Además, este «nuevo negro» contaba por primera vez con una cobertura política, gracias a la expansión de la NAACP, tanto por el Sur como por el Norte, tras la Primera Guerra Mundial²⁴.

A pesar de estas ganancias y avances indirectos tras la guerra, la mayoría de la minoría negra pensó que había luchado en vano, sintiéndose tan desilusionada con Estados Unidos que en los años veinte 6 millones de afroamericanos siguieron masivamente a Marcus Garvey en su idea de crear una república negra en África.

Muchos otros sectores, que esperaban mejoras de la guerra, se sintieron también desmoralizados tras ésta. El final de la guerra fue seguido del movimiento huelguístico de 1919 —el mayor que hasta entonces había tenido Estados Unidos—, que coincidió con los temores a la extensión de la Revolución rusa en Europa y América, lo que desató la esperanza de los radicales y la histeria anticomunista ante «la amenaza roja», confundiendo cualquier conflicto sindical con comunismo y convirtiendo el americanismo antialemán de la Primera Guerra Mundial en antibolchevismo. Distintos sectores económicos promovieron una amplia campaña nacional contra «la mano codiciosa del bolchevismo» y grupos cuasi-gubernamentales, como The National Security League o The American Protective League, que habían perseguido a los simpatizantes alemanes durante la guerra, ahora dirigían su atención hacia los bolcheviques; mientras que el

²³ CHICAGO COMMISSION ON RACE RELATIONS: *The Negro in Chicago*, Chicago, University of Chicago Press, 1922, p. 481. Citado por TUTTLE, W. M., Jr.: *Race Riot...*, *op. cit.*, p. 209.

²⁴ Todos estos aspectos sobre el disturbio racial moderno y la transformación de la conciencia de la minoría negra tras la guerra en TUTTLE, W. M., Jr.: *Race Riot...*, *op. cit.*, pp. 33-66 y 208-222.

eslogan «americanismo cien por cien» se convirtió en el emblema de los cruzados contra la amenaza roja.

The American Civil Liberties Union (ACLU) intentó sin mucho éxito protestar contra las violaciones de la primera enmienda, sin encontrar ningún apoyo en el presidente Wilson ni en el fiscal general A. Mitchell Palmer, que pasó del pacifismo a la más agresiva beligerancia durante la guerra y a la persecución de radicales en la posguerra. Palmer, actuando por su cuenta, estableció una división antirradical especial en la Fiscalía General, que en 1920 cambió su nombre por el de General Intelligence Division, y nombró jefe de esta oficina a J. Edgar Hoover, que pronto comenzó a amasar archivos de radicales sospechosos, una tarea que continuó durante los siguientes cincuenta años.

Los inmigrantes fueron el primer objetivo de Hoover y Palmer. Bajo la Ley especial de 1903 sobre extranjeros, los inmigrantes podían ser deportados sin necesidad de juicio con jurado. En febrero de 1919, 36 *wobblies* —expresión coloquial y a veces despectiva con la que se hacía referencia a los miembros del sindicato Internacional Workers of the World— fueron deportados y en noviembre de 1919 el Departamento de Justicia asaltó la sede del Sindicato de Trabajadores Rusos y deportó a 249 sospechosos de radicalismo, incluidos los anarquistas Emma Goldman y Alexander Berkman. El clímax tuvo lugar el 2 y 3 de enero de 1920, cuando el Departamento de Justicia, con la ayuda de la policía local e informadores infiltrados, asaltó simultáneamente casas, clubes y lugares de reunión en más de treinta ciudades y detuvo a unos 3.000 radicales sospechosos, la mayoría de los cuales eran ucranianos, judíos, lituanos, rusos y polacos.

La reacción desmedida ante la «amenaza roja» y el conservadurismo patriótico que permaneció durante los años veinte eran sobre todo una reacción para proteger los imperativos morales de los blancos, anglosajones y protestantes²⁵ frente a la amenaza extranjera. El programa de «americanismo cien por cien», que reforzaba el *Plan*

²⁵ John Laslett señala que este sentimiento antiextranjero estaba alimentado por el hecho de que en ningún país beligerante había tal cantidad de «supuestos enemigos» viviendo en su territorio, ya que en ningún país de Europa occidental había tal número de inmigrantes rusos y de Europa oriental que se suponía apoyaban las ideas revolucionarias. Véase LASLETT, J.: *Reluctant Proletarians*, Los Angeles, 1984 (ejemplar inédito consultado por gentileza del autor, p. 112). La opinión de la reacción conservadora como básicamente antiextranjera y proamericana es compartida por

Americano —la ausencia de representación sindical en las empresas—, la propiedad privada y rechazaba la cultura cosmopolita de las ciudades, fue puesto en acción por distintos grupos de intereses, entre los que destacaban las sociedades patrióticas y las asociaciones empresariales.

Entre las asociaciones patrióticas sobresalían las Hijas de la Revolución Americana y sobre todo los grupos de veteranos, que habían luchado o servido en la guerra e idealizaban una imagen de la República en la que no cabían influencias extranjeras. Así, los veteranos de la Legión Americana se constituían en «guardianes de la virtud cívica». Propiciaban la realización de cursos de inglés y cursos cívicos para inmigrantes, incentivaban los rituales patrióticos en las escuelas, distribuían literatura patriótica, organizaban concursos de ensayos y financiaban equipos de béisbol juveniles.

Como las organizaciones empresariales señalaban, al defender el *taller abierto* o *Plan Americano*, el sindicalismo no era patriótico, ni americano. Como tampoco parecían americanos los inmigrantes recientes o los no blancos, pues el americanismo de los años veinte estaba impregnado por un potente racismo, apoyado por los trabajadores nativos americanos, que estaban a favor de la restricción de la inmigración. Así, el Ku Klux Klan entre 1920 y 1926 llegó a tener dos millones de miembros, extendiendo su influencia política a todo el país, con un mensaje que ya no era simplemente antinegro, sino anticatólico, antijudío, antiextranjero y profundamente antirradical. El racismo del Klan estaba además decisivamente influenciado por el fundamentalismo protestante, que presentaba el triunfo económico como una recompensa de la virtud y luchaba contra las ideas modernistas y extranjerizantes, promoviendo el mantenimiento de los valores tradicionales de la América protestante, blanca y anglosajona²⁶.

Y, por supuesto, la contención del comunismo y radicalismo se sustentaba en su extranjerismo, como demostró la detención y posterior ejecución de los anarquistas italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti el 23 de agosto de 1927 en el estado de Massachussets, en medio de enormes protestas nacionales e internacionales por las

HEALE, M. J.: *American Anticomunism. Combating the enemy within, 1830-1970*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1990, p. 80.

²⁶ MACLEAN, N.: *Behind the Mask of Chivalry. The Making of The Second Ku Klux Klan*, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pp. 125-148.

irregularidades con que se celebró el juicio. Muchos creían que eran inocentes. Fueron sentenciados a muerte no por ser culpables de asesinato, sino por ser italianos y anarquistas. Otros muchos creían que, culpables o inocentes, no habían tenido un juicio justo. Hoy en día aún no se ha probado la acusación contra ellos, ni se puede establecer con seguridad su inocencia²⁷.

Los prejuicios contra los italianos y otros grupos migratorios del sur y este de Europa tenían mucho que ver con los enormes cambios que la población estadounidense había sufrido desde 1880. En 1920, Estados Unidos tenía una población de 106 millones de habitantes, entre los que había 36 millones de europeos que eran inmigrantes de primera y segunda generación, así como más de 185.000 asiáticos. Muchos de estos inmigrantes europeos provenían del norte y oeste de Europa, pero como los procedentes del sur se hacían en las grandes ciudades, parecía que éstos eran mayoritarios y estaban cambiando el sustrato étnico de la nación. La percepción que tenían muchos americanos al comienzo de la década de los veinte era de encontrarse «acorralados» por razas inferiores, como los mediterráneos y sobre todo los «sucios judíos», que les amenazaban con su radicalismo y criminalidad, al tiempo que se resistían a la asimilación, haciendo fracasar los programas de americanización. La sensación era que Estados Unidos era ya «incapaz de absorber tal cantidad de inmigrantes», y como señalara el líder del Congreso Albert Johnson en diciembre de 1920, «el bienestar de Estados Unidos exige que se cierre la puerta a la inmigración por un tiempo, pues están entrando en tal cantidad que no podemos cuidar de ellos adecuadamente»²⁸.

En esta ocasión los temores nativistas tomaron por primera vez formas de leyes que restringían la inmigración. Había, en realidad, otras fuentes de mano de obra, como la inmigración interna o la proveniente de Canadá y México, que permitieron que el presidente Warren G. Harding firmara en mayo de 1921 la *Emergency Quota Act* y en mayo de 1924 la *Johnson-Reed Act*. Esta última Ley otorgaba a cada nacionalidad una cuota de emigración del 2 por 100 del número de residentes censados de cada grupo nacional, según el censo de 1890. Esto significaba que más del 85 por 100 del total

²⁷ Ésta es la opinión de AVRICH, P.: *Sacco and Vanzetti, the Anarchist Background*, Princeton, Princeton University Press, 1991, pp. 3-6.

²⁸ Citado por BARKAN, E. R.: *And Still They Come. Immigrants and American Society 1920s to the 1990s*, Wheeling, Harlan Davidson Inc., 1996, p. 11.

de las cuotas migratorias se asignaban a inmigrantes del norte, centro y oeste de Europa, particularmente Gran Bretaña (43 por 100), Alemania (17 por 100) e Irlanda (12 por 100). La Ley perjudicaba a italianos, cuyo promedio de inmigración era de 158.000 inmigrantes al año y se les dio una cuota anual de 5.802, así como a los griegos, que emigraban unos 17.600 al año y se les dio una cuota anual de 307²⁹.

Esta legislación restringía el acceso de europeos no nórdicos a Estados Unidos y excluía totalmente a los asiáticos, a los que el Congreso consideraba «extranjeros inadecuados para la ciudadanía». Tenía como objetivo «preservar la composición tradicional noreuropea del pueblo americano», así como dejar bien claro que la ciudadanía no estaba disponible para todas las razas. Por primera vez, Estados Unidos cambió su tradicional política inmigratoria de puertas abiertas y expresó oficialmente que unos grupos nacionales eran más deseables que otros, manifestando los temores de una sociedad sometida a medio siglo de enormes transformaciones económicas, sociales, tecnológicas y culturales.

Paradójicamente el americanismo y la restricción de la inmigración tuvieron como consecuencias inesperadas la asimilación más rápida de las minorías y el acceso a la ciudadanía de los inmigrantes que ya estaban en Estados Unidos. Las Leyes de 1921 y 1924 acabaron con el factor reemigratorio y los inmigrantes tuvieron que decidir si establecerse en Estados Unidos o regresar definitivamente a su país³⁰. Los que decidieron quedarse emprendieron un proceso de asimilación y ascensión social, favorecido por la relativa prosperidad económica de los años veinte, el acceso a la educación secundaria y una sociedad cada vez más orientada hacia el consumo y la cultura de masas, en la que la radio, el deporte y el cine eran importantes factores de asimilación. No es casualidad que el periodo de entreguerras fuera la gran época de los deportistas judíos y que tanto el boxeo como el fútbol americano o el béisbol estuvieran llenos

²⁹ *Ibid.*, pp. 11-14.

³⁰ Entre 1899 y 1923, un tercio de todos los inmigrantes europeos volvía a sus países de origen y era relativamente común la emigración estacional. Para la importancia del factor reemigratorio y sus cambios, véase HOERDER, D.: *Immigration and the Working Class: The Remigration factor, International Labor and Working Class History*, 21 (primavera 1982), pp. 28-41.

de irlandeses, judíos, lituanos, polacos, como también eran extranjeros muchos de los actores y empresarios del primer Hollywood³¹.

En la esfera política, todos los inmigrantes eran ya ciudadanos en 1930, permitiendo a las minorías étnicas multiplicar su peso político, reflejado en los políticos de origen extranjero que alcanzaron cargos públicos ya en el periodo de entreguerras, como el alcalde de Nueva York Fiorello La Guardia (de origen italo-judío), el de Chicago Anton Cermak (de origen checo), las líderes sindicales Luisa Moreno (Guatemala) y Rosa Pesota (Italia), el gobernador de Massachusetts James Michael Curley (irlandés), el congresista por Minnesota Andrew Volstead (noruego) y los senadores por Rhode Island Felix Hebert (franco-canadiense) y por Nuevo México Dennis Chavez (hispano). Y como ya vimos, el peso político de estas minorías étnicas permitió el cambio electoral, que se inició en 1928 y culminó en la gran victoria electoral de Roosevelt en 1936.

Durante los años treinta, la «guerra» contra la depresión económica que emprendió el *New Deal* y las decisiones del Tribunal Supremo en materia de avance de los derechos civiles³² permitieron consolidar la coalición electoral de trabajadores inmigrantes de primera y segunda generación y afroamericanos, que sostuvo electoralmente a F. D. Roosevelt y al *New Deal* durante la depresión y la Segunda Guerra Mundial. A pesar de sus limitaciones, el *New Deal* no sólo inauguró un capitalismo que recurrió a la intervención gubernamental, para garantizar el bienestar de sus ciudadanos, sino que entendía que la esencia de la identidad y ciudadanía americanas era la diversidad, considerando por primera vez como genuinamente americanos tanto a sindicalistas y radicales como a las minorías étnicas europeas y a los afroamericanos³³.

³¹ Entre los muchos extranjeros que se dedicaban al mundo del espectáculo estaban los actores Al Jonson, Danny Kaye, Fanny Bryce, Jack Benny, Bob Hope, Irving Berlin, Mary Pickford y unos años después Rita Hayworth, Doris Day y Tony Curtis.

³² El Tribunal Supremo tomó dos decisiones, en 1930 y 1931, que supusieron el comienzo de lo que se ha llamado «la Segunda Declaración de Derechos», que se completaría totalmente en la década de 1960. Estas decisiones extendían dos derechos fundamentales de la Declaración de Derechos de 1791, la libertad de palabra y prensa, también a los estados, ya que en la declaración original no se decía nada de la extensión de los derechos fundamentales al ámbito de los estados, con lo que el déficit de libertad fue muy elevado hasta la década de 1960.

³³ FONER, E.: *The Story of American Freedom*, Londres, Picador, 1998, pp. 210-218.

Integración en la América diversa durante la Segunda Guerra Mundial

La participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, a partir del ataque a Pearl Harbor en diciembre de 1941, en dos teatros de operaciones simultáneos —Europa y el Pacífico— exigió la movilización de todos sus recursos económicos y humanos, sacando al país de la depresión económica, favoreciendo la integración de los inmigrantes recientes y la confirmación de la «América diversa», que había iniciado el *New Deal* en 1932.

Mediante el reclutamiento obligatorio de los hombres entre dieciocho y cuarenta y cinco años y los voluntarios, más de 15 millones de hombres y mujeres sirvieron en las fuerzas armadas durante la guerra. Otros 15 millones de personas protagonizaron la mayor migración interna de la historia de Estados Unidos, atraídos por los trabajos que ofrecían las industrias de guerra. Seis millones procedían de las zonas rurales y muchos de éstos eran ciudadanos negros de los estados del Sur que se trasladaron a Detroit y Chicago —lugares de recepción de la emigración negra desde la Primera Guerra Mundial—, pero 250.000 se dirigieron por primera vez a la costa Oeste, siguiendo a las nuevas industrias de guerra. También muchas mujeres y adolescentes encontraron en estas industrias de la costa del Pacífico sus primeros trabajos³⁴.

El comienzo de la guerra en Europa continuó a partir de 1940 la tendencia a aumentar el control y la restricción de la inmigración, así como a hacer más restrictiva la naturalización y más fáciles las deportaciones de cualquier extranjero «en interés de Estados Unidos». Pero fue también el periodo de mayores índices de asimilación y naturalización de los extranjeros que ya residían en Estados Unidos, incluidos los extranjeros pertenecientes a países enemigos, como Alemania e Italia, que a partir de octubre de 1942 fueron comprendidos en el movimiento de «asimilación patriótica» producido durante la guerra³⁵.

A diferencia del proceso de asimilación coercitivo acaecido en la Primera Guerra Mundial, la asimilación durante la Segunda Guerra

³⁴ En estas zonas, muy poco acostumbradas a la emigración negra, el prejuicio y la hostilidad racial fueron intensos. Véase BLUM, J. M.: *Politics and American Culture During World War II*, Nueva York, Harvest, 1977, pp. 199-207.

³⁵ BARKAN, E. R.: *And Still They Come...*, *op. cit.*, pp. 58-59.

Mundial no trataba de imponer el patrón anglosajón, sino de celebrar la diversidad étnica de Estados Unidos, pues los prejuicios raciales no solamente iban en detrimento del esfuerzo bélico, sino que también se veían como antitéticos a las tradiciones americanas³⁶. Durante los cinco años de guerra se naturalizaron 112.000 soldados y 1.539.000 civiles y la participación en el esfuerzo bélico integró definitivamente a las minorías étnicas europeas en la política y la cultura americana³⁷. Como había pasado en años anteriores, el papel de la cultura de masas en esta asimilación y en la exaltación de la diversidad americana fue fundamental.

Pero si la asimilación funcionó con las minorías blancas de origen europeo, no sucedió lo mismo con las minorías no blancas, aunque se dieron algunos avances. Sin duda, el peor tratamiento lo recibieron los japoneses, considerados todos ellos, aunque fueran ciudadanos norteamericanos, como enemigos extranjeros. Durante la primavera y el verano de 1942, 120.000 japoneses, que habitaban mayoritariamente en la costa Oeste, fueron despojados de sus bienes y trasladados a campos de internamiento en las desérticas regiones de Arkansas, Colorado, Utah y Arizona. Apenas hubo protesta alguna —únicamente el senador Robert Taft habló de la mayor violación de derechos civiles desde la esclavitud— sobre lo que era una flagrante violación de los derechos constitucionales³⁸. El Tribunal Supremo

³⁶ FONER, E.: *The Story of American Freedom*, Londres, Picador, 1999, pp. 236-239.

³⁷ La novela de ROTH, Ph.: *Pastoral Americana*, Madrid, Alfaguara, 2000, ilustra la nueva condición de los judío-americanos tras regresar de la guerra. Por su parte, Studs Terkel recoge los testimonios orales de varios veteranos representantes de las distintas minorías étnicas que, como en el caso de los italianos, no solamente comenzaron a hablar inglés regularmente tras su experiencia bélica, sino que tras ella pudieron aspirar a pasar de la clase obrera a la clase media. Véase TERKEL, S.: «Neighborhoods Boys», en TERKEL, S.: *The Good War, An Oral History of World War Two*, Londres, Penguin Books, 1986, pp. 135-165.

³⁸ El fiscal general de California, Earl Warren, argumentaba que por motivos raciales no se podía confiar en los «nisei», mientras que los americanos de origen italiano o alemán eran al fin y al cabo de la raza caucásica. También el general que supervisó el internamiento de los japoneses, General John J. DeWitt, justificó la perpetua extranjería de los asiáticos en los siguientes términos: «En la guerra en que estamos envueltos, las afinidades raciales no se han eliminado por la emigración. La raza japonesa es una raza enemiga y aunque la segunda y tercera generación de japoneses nacidos en Estados Unidos son ciudadanos y se han americanizado, la raza no se ha diluido». Citado por UEDA, R.: «The Changing Path To Citizenship: Ethnicity and Naturalization during World War II», en ERENBERG, L. A., y HIRSH, S. E.

nunca contempló la inconstitucionalidad de la medida y grupos comprometidos públicamente en la lucha contra la discriminación, como el Partido Comunista, la NAACP y el Comité de Judíos Americano, defendieron el internamiento o mantuvieron silencio³⁹.

Otras minorías asiáticas, como los chinos, se vieron favorecidas a pesar de los prejuicios raciales por su condición de aliados de Estados Unidos. En diciembre de 1943, el Congreso aprobó rescindir su exclusión de la naturalización, en virtud de la Ley que estaba en vigor desde 1882, «por su contribución a la causa de la decencia y la libertad». A partir de entonces se permitió a China una cuota anual de 105 personas y en los años siguientes les siguieron otros pueblos asiáticos —como los indonesios y los filipinos—, que también estaban luchando contra los japoneses⁴⁰.

En cuanto a los mexicano-americanos, el prejuicio racial y la discriminación siguieron siendo muy intensos, pero conforme la guerra avanzaba, la situación mejoró para integrarlos en el esfuerzo bélico. En 1930 habían sido reclasificados por la oficina del censo de blancos a no blancos⁴¹ y en 1941 no había ningún mexicano empleado en las industrias de guerra. En 1944, sin embargo, ya había 17.000 trabajadores mexicanos en los astilleros y muchos más en la industria aeronáutica, mientras que gracias al llamado *Bracero Program* miles de trabajadores contratados podían pasar a Estados Unidos, para suplir la falta de brazos en la agricultura durante la guerra⁴².

Por lo que respecta a las minorías americanas no blancas, los nativos americanos vivieron la experiencia de servir en las fuerzas armadas y trabajar en las industrias de guerra como una aceleración de su proceso de detribalización, alienación y desarraigo. La minoría

(eds.): *The War in American Culture*, Chicago, The University of Chicago Press, 1996, pp. 207-208.

³⁹ FONER, E.: *The Story of American Freedom*, Londres, Picador, 1999, p. 241.

⁴⁰ UEDA, R.: «The Changing Path to Citizenship...», *op. cit.*, pp. 208-213.

⁴¹ FONER, E.: *The Story of American Freedom...*, *op. cit.*, p. 240.

⁴² En la famosa novela de MAILER, N.: *The Naked and The Dead*, entre los miembros de su batallón protagonista estaba el sargento Julio Martínez, ascendido a suboficial por su comportamiento heroico, que, como representante de los mexicano-americanos de Texas, en palabras del autor, «no podían llegar a ser aviadores o financieros u oficiales, pero podían ser héroes (...) Aunque eso no los hacía blancos protestantes, seguros y distantes». MAILER, N.: *The Naked and The Dead*, Thetford, Andre Deutch, 1977, p. 57 (hay traducción castellana: *Los desnudos y los muertos*, Anagrama, Barcelona, 1997).

negra, a pesar de su mayor discriminación inicial, pudo por su organización, cohesión y número aprovechar la coyuntura bélica como ninguna otra minoría.

La participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, tal y como quedó expresada en la Carta del Atlántico, al tener como objetivo extender los principios de la libertad y la democracia a todos los pueblos y luchar contra la tiranía y el racismo, parecía la oportunidad ideal para que la minoría negra reivindicara su ciudadanía plena y la participación sin discriminación en el esfuerzo bélico. Para conseguir este objetivo contaba en 1940 con más de 150 periódicos negros; líderes sindicales negros, como A. Philip Randolph, presidente de la Hermandad de mozos de coches-cama; movimientos de base organizados durante los años de la depresión, como el Movimiento para empleos negros y el Movimiento para boicot de comercios. También desde los años treinta había aumentado su influencia política, como electores decisivos del Partido Demócrata, y disponía de un número de consejeros presidenciales sin precedentes.

Es cierto también que partían de la situación más adversa en 1940, pues al comenzar la movilización estaban discriminados tanto en el ejército como en las industrias de guerra. Pero su lucha cívica y política, y sobre todo la necesidad de Estados Unidos en 1942 de utilizar todos los recursos humanos disponibles para ganar la guerra, les hicieron avanzar en la lucha contra la discriminación.

Se consiguió muy poco en la lucha contra la segregación en el ejército, aunque se preparó el camino de la integración tras la guerra. La declaración que el presidente hizo a la prensa el 9 de octubre de 1940 sería la postura oficial de la Casa Blanca y del ejército durante toda la guerra: se aumentarían las oportunidades de la minoría negra, pero sólo en unidades negras⁴³. Incluso segregados, los soldados negros disfrutaban de ventajas con respecto a su situación anterior. Estaban bien alimentados, tenían un salario regular, accedieron a cierta educación, gozaban de cierto prestigio y autoridad gracias al uniforme. Pero las fuerzas armadas en general se perjudicaban con esta política, pues no podían utilizar todo el potencial

⁴³ Tras las protestas posteriores se hicieron algunas concesiones, como nombrar el primer general afroamericano de la historia de Estados Unidos en la persona del coronel Benjamin O. Davis, designar al representante legal de la NAACP, William H. Hastie, ayudante civil del secretario de Guerra y prometer la formación de unidades de aviación negras.

humano del país e inevitablemente la segregación afectaba en la relativa baja moral de los soldados afroamericanos y aumentaba los conflictos raciales entre soldados blancos y negros.

Apelando precisamente a la baja moral y eficacia de los soldados negros, los mandos militares rehusaron hasta 1943, a pesar de las necesidades, enviar soldados afroamericanos a ultramar y sólo ante la tremenda escasez de infantería que el ejército norteamericano llegó a tener en diciembre de 1944, en la batalla de Bulga, en medio de la desesperada ofensiva alemana de las Ardenas, el general Dwight D. Eisenhower aceptó que voluntarios negros lucharan con soldados blancos, aunque siempre en batallones negros de cuarenta hombres, dentro de compañías blancas de doscientos soldados. En total, hasta el final de la guerra, 37 batallones fueron asignados a unidades blancas. No se volvería a repetir este despilfarro de recursos humanos en el ejército. En los años cincuenta, en plena guerra fría, se completó la integración total en las fuerzas armadas.

Mayor éxito tuvo la lucha contra la discriminación racial en las industrias de defensa. En 1940 y 1941, la discriminación racial y la cualificación exigida excluyeron prácticamente a los afroamericanos de los beneficios del empleo y la mejora de salarios, de los que ya disfrutaban los trabajadores blancos: solamente un 0,65 por 100 de trabajadores negros estaba excluido del servicio militar por trabajar en industrias de guerra, y en la industria aeronáutica únicamente había empleados 240 trabajadores negros.

A. Philip Randolph amenazó con realizar una marcha sobre Washington el 1 de julio de 1941 si el presidente no ponía fin a la discriminación en las industrias de defensa y las fuerzas armadas. Cuando Roosevelt supo que 100.000 personas estaban dispuestas a marchar sobre Washington, aprobó el decreto del 25 de junio de 1941, que acababa con la discriminación en las industrias de defensa, aunque no en el ejército, y constituyó el Comité de prácticas de empleo justas —Fair Employment Practices Commission (FEPC)—, la primera agencia federal desde la Reconstrucción, que luchaba por la igualdad de oportunidades de los negros. A esta orden se sumó la decisión de la Junta de Trabajo de Guerra de prohibir la discriminación racial en los salarios. La escasez de mano de obra a partir de 1942 hizo el resto, provocando un cambio espectacular en el ámbito laboral.

Entre 1942 y 1944, un millón más de afroamericanos, de los que 600.000 eran mujeres, entraron en el mercado de trabajo. La

mayoría encontró empleo en las industrias de defensa de California o la región de Detroit, así como en la administración federal, y vio cómo sus ingresos crecieron el doble durante la guerra, aunque fueron la mitad del promedio de los ingresos de las familias blancas. Es cierto que todos estos avances se consiguieron en una situación excepcional de expansión económica y con una gran proporción de mano de obra blanca ocupada en las fuerzas armadas, pero una vez probada cierta estabilidad y prosperidad era difícil volver atrás⁴⁴.

Sin duda, los mayores avances durante la guerra se produjeron en el ámbito de la lucha de la minoría negra por sus derechos civiles. La organización de la posible marcha sobre Washington en julio de 1941 supuso el nacimiento de una nueva forma de lucha de la minoría negra, basada en la acción directa y la formación de asociaciones exclusivamente negras, pues A. Philip Randolph transformó su amenaza de marcha sobre Washington en un poderoso movimiento, March on Washington Movement (MOWM). Hubo otras formas de acción directa, como las sentadas de estudiantes en lugares segregados del Norte urbano, y James Farmer organizó la primera asociación que pregonaba la resistencia pasiva y la no violencia —Congress of Racial Equality (CORE)—, que organizó su primera sentada en mayo de 1942, en el restaurante Jack Spratt de Chicago. También hubo avances en el Sur, como el aumento del número de afiliados a la NAACP, organización que entre 1940 y 1945 pasó de 50.000 a 450.000 miembros, un tercio de los cuales vivía en el Sur⁴⁵. Igualmente fue importante el comienzo de la coalición entre la minoría negra (NAACP) y judía (Congreso de Judíos Americanos), así como la integración racial en la CIO durante la guerra, haciendo que los sindicatos fueran por primera vez organizaciones relevantes dentro de las comunidades negras⁴⁶.

Conclusión

Con estos avances se entiende el balance que hacía Gunnar Myrdal en su famoso libro *An American Dilemma*, en el sentido de que

⁴⁴ WYNN, N. A.: *The Afro-American and the Second World War*, Londres, Paul Elek, 1976, pp. 56-59.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 75-81.

⁴⁶ FONER, E.: *The Story of American Freedom...*, *op. cit.*, pp. 244-245.

se habían hecho más progresos en cinco años que en el periodo comprendido entre la Guerra Civil y 1944⁴⁷. En efecto, sin el impulso igualador que supuso la participación en la guerra, incluso en un ejército segregado, la emigración masiva a las zonas industriales, el disfrute de mayor seguridad y mejores salarios serían difíciles de entender los avances de las décadas siguientes.

La necesidad de utilizar todo el potencial humano en el esfuerzo bélico extendió la prosperidad a nuevas zonas del país y a las minorías. La lucha en el frente confirmó la idea de la «América diversa», y tanto los soldados pertenecientes a las minorías étnicas europeas como los no blancos disfrutaron de los enormes beneficios de la *G. I. Bill of Rights* tras la guerra —que destinó en 1944 trece millones de dólares para pagar la educación superior, el tratamiento médico, el desempleo, los préstamos para adquirir viviendas o abrir negocios de todos los veteranos, catapultándolos a la clase media—⁴⁸.

Tras 1945, algunos logros conseguidos en la guerra parecían frágiles o amenazados. La discriminación contra la minoría negra siguió siendo muy intensa y la violencia racial continuó tanto en el Norte como en el Sur; muchas mujeres volvieron al hogar cuando acabó la guerra y se mantuvo la idea de familia tradicional, pues los objetivos idealistas de la guerra se quedaron en volver a disfrutar del *American Way of Life*, representado por la confortabilidad del *American Home*. Tampoco los enormes beneficios de la guerra se transformaron en la redistribución social que muchos «*new dealers*», sindicalistas y socialistas liberales hubieran querido para la posguerra⁴⁹. Pero no hubo vuelta atrás en la conversión de las identidades étnicas europeas y americanas en agentes políticos plenos de una «América diversa».

⁴⁷ MYRDAL, G.: *American Dilemma*, Nueva York, 1944, pp. 3-5.

⁴⁸ Jack Short, como otros miembros de la clase obrera americana, señalaba que para ellos la «G.I. Bill fue un regalo, nos pagaba el 99 por 100 de los gastos de la universidad y nos daba dinero para vivir cada mes», cfr. TERKEL, S.: *The Good War...*, *op. cit.*, p. 145.

⁴⁹ Desde las elecciones de mitad de mandato de 1942 la mayoría conservadora del Congreso, compuesta por republicanos y demócratas sudistas, obstruyó la reforma fiscal presentada por el secretario del Tesoro Henry Morgenthau en 1942, que hubiera permitido la redistribución social tras la guerra y la extensión de la seguridad social, con inclusión del seguro médico. Este último aspecto también contó con la oposición de la poderosa *American Medical Association*, que desde 1933 obstaculizaba la expansión de la seguridad social.

*Las relaciones entre España
y la CEE (1964-1967):
un acercamiento con recelo
producto de la necesidad mutua**

Ana del Hoyo Barbolla

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El siguiente análisis del trienio 1964-1967 tiene por objeto profundizar nuestro conocimiento sobre esta etapa en la que el desarrollo de conversaciones «exploratorias» entre Madrid y Bruselas sentó las bases del acercamiento hispano-comunitario que culminó en 1970 con la firma de un tratado comercial preferencial. Este estudio de aquel periodo, que hasta la actualidad apenas ha sido objeto de investigaciones históricas, se fundamenta en fuentes bibliográficas y documentales. Su interés radica en que fue precisamente a lo largo de estos años cuando se desarrollaron algunos de los procesos que explican por qué la Comunidad, que en 1962 se limitó a acusar recibo de la solicitud española, ocho años más tarde accedió a conceder a España un trato comercial preferencial. Entre estos procesos cabe citar la deriva intergubernamentalista y realista de las autoridades comunitarias, cada vez más atentas de satisfacer los intereses de sus Estados miembros, y la urgencia de la diplomacia española por acercar al país a la CEE, consciente de que no lograrlo supondría un importante revés económico y político para España.

Palabras clave: CEE, España, integración europea, política exterior, franquismo, relaciones internacionales.

Abstract: The following analysis of Spanish-EEC relations from 1964 to 1967 aims at casting some light on this period, when the «exploratory» talks held by the Spanish Government and the EEC set the scene for the *rapprochement* that culminated in 1970 with the signing of a Spanish-EEC preferential trade agreement. This paper is based on bibliographic and

* Accésit VI Premio de Investigación para Jóvenes Investigadores 2004.

archival sources (AMAE, PRO, NARA) and it deals with a period of time so far neglected by historical research despite its crucial role in Spanish-EEC convergence along the 1960's. I argue that both the EEC's intergovernmental and realist drift and the Spanish Foreign Service's determination to get Spain closer to the Community for the sake of its international respectability and economic stability allowed for a dramatic change in Brussel's position *vis à vis* Madrid. As a result, relations between the Community and Spain evolved from ignorance to reluctant embrace.

Key words: EEC, Spain, European integration, foreign policy, francoism, international relations.

Al margen de la experiencia de África, que sin duda supuso una impronta decisiva en su trayectoria personal, militar y política¹, Francisco Franco careció de una educación específica que, en principio, le facilitara una comprensión profunda de las relaciones internacionales. En efecto, el general no recibió formación en materias tales como Derecho y economía internacional, historia diplomática o idiomas. Por otra parte, tampoco realizó largos viajes o estancias que le llevaran fuera de lo que en su juventud constituía el territorio nacional.

No obstante, el análisis de su relación con la política internacional (1936-1975) parece revelar cómo, a pesar de estas carencias, el general supo desenvolverse en el escenario de las relaciones exteriores con mayor soltura de lo que cabría esperar de un individuo como él, cuyo currículo reflejaba poca familiaridad con los fenómenos internacionales. La anterior afirmación se fundamenta en el hecho de que Franco logró ver cumplido el principal objetivo de su política exterior, es decir, su permanencia vitalicia en el poder, una meta que poco después de iniciada la guerra civil comprendió que dependería no sólo del apoyo militar y político que lograra granjearse en España, sino también de la connivencia de gobiernos, ejércitos y empresas allende los Pirineos, el Atlántico y el Mediterráneo.

Las claves del «éxito» *personal* de su acción exterior fueron el pragmatismo y la cautela. Gracias a ellos pudo suplir la pobre preparación con la que contaba para enfrentarse a cuestiones internacionales con una visión por lo general bastante realista de lo que

¹ FUSI AIZPURÚA, J. P.: *Franco. Autoritarismo y poder personal*, Madrid, Suma de Letras, 2001, pp. 37-42.

acontecía más allá de España y una notable capacidad de *aggiornamento* que le permitió adaptar su imagen (y sobre todo la del régimen) a los vaivenes del escenario internacional.

Uno de los iconos de la relativa habilidad que Franco pareció mostrar a la hora de manejarse en este ámbito fue el ingreso de España en la ONU en 1955. Al parecer, el general afirmó que entonces sí había ganado la guerra civil, en alusión a la decisiva importancia que el reconocimiento internacional demostró tener como garante de la estabilidad del régimen. La incorporación a las Naciones Unidas, elemento clave en las relaciones internacionales de la posguerra mundial, fue posible gracias a un proceso de reinserción internacional que tuvo en el Concordato con el Vaticano y el Acuerdo de las Bases (ambos firmados en 1953) sus principales apoyos, y contribuyó de manera decisiva a la supervivencia del régimen franquista. Dicho proceso se desarrolló con relativa rapidez y la imagen de España como paria internacional fue remitiendo.

Con todo, el régimen nunca consiguió una completa normalización de las relaciones exteriores de España, pues Santa Cruz tuvo que hacer frente a importantes limitaciones. Una de las principales fue su marginación del proceso de integración europea, pues mientras la mayoría de los Estados de Europa occidental se fue integrando en la Asociación Europea del Libre Comercio (EFTA) o en la Comunidad Económica Europea (CEE), España permaneció al margen de estas organizaciones hasta 1970.

A lo largo de las próximas páginas se van a plantear las razones por las que la relación entre España y la CEE experimentó una evolución tan significativa como fue el tránsito del contexto de escaso contacto y recelo al inicio de la década de los sesenta al escenario de relativo entendimiento que rodeó la firma del acuerdo comercial preferencial de 1970, también conocido como *arancel Ullastres*. Con objeto de valorar cuáles fueron los motivos que facilitaron la convergencia hispano-comunitaria a lo largo de los sesenta, nos centraremos en el análisis del trienio 1964-1967, por tratarse ésta de una etapa de inflexión a lo largo de la cual operaron importantes cambios que posibilitaron el proceso de aproximación que aquí nos ocupa.

Antes de adentrarnos en el estudio de la relación Madrid-Bruselas en los años centrales de la década de los sesenta, esbozaremos brevemente cuáles fueron las principales causas del cambio de actitud

del gobierno español y la CEE desde la puesta en marcha de la Comunidad en 1957 hasta la firma del tratado comercial preferencial suscrito por ambos en 1970. A lo largo de este recorrido prestaremos especial atención a los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1957 y 1964, algunos de los cuales, por ejemplo, la suerte de la primera solicitud española de asociación con la CEE (1962), resultan decisivos para comprender la dinámica del proceso de acercamiento hispano-comunitario que culminó con la firma del *arancel Ullastres*.

Las fuentes consultadas parecen indicar que la convergencia entre España y la CEE fue producto de la mutua toma de conciencia de la necesidad de alcanzar un entendimiento que facilitara la satisfacción de algunos intereses que resultaban de especial importancia para alguna de las partes. De un lado, el gobierno español tuvo en cuenta factores económicos y políticos, como la apertura de los mercados comunitarios a los productos españoles, el estímulo de la inversión de fondos procedentes de países comunitarios en España y, eventualmente, la promoción de un crecimiento económico que se veía como fuente de legitimidad. Por su parte, Bruselas concedió una creciente importancia a la necesidad de facilitar el acceso al mercado español de algunos productos procedentes de diversos Estados miembros de la CEE.

La falta de sintonía entre la CEE y España hasta 1964, simbolizada por el mero acuse de recibo que Madrid obtuvo por respuesta a la solicitud de asociación cursada en 1962, fue producto del mutuo desinterés que mostraron ambas partes en los primeros años de vida de la organización. La falta de credenciales democráticas de España (cuestión especialmente visible a raíz del *Contubernio de Múnich*) y su debilidad económica contribuyeron a que Bruselas apenas tuviera incentivo alguno en potenciar su relación con Madrid. No obstante, ocho años después la Comunidad accedió a firmar un acuerdo comercial preferencial con España en un ambiente de aparente cordialidad diplomática. Tan significativa evolución fue posible gracias a seis años de contactos (tres de conversaciones exploratorias y otros tres de negociaciones formales) a lo largo de los cuales las posiciones de Madrid y Bruselas variaron significativamente.

El envío español de una *segunda* solicitud el 14 de febrero de 1964, técnicamente un recordatorio de la anterior petición (de ahí que nos refiramos a ella como *segunda*, en cursiva), marcó el inicio del largo proceso de convergencia que aquí nos ocupa. La petición

se realizó por medio de la carta que el embajador de España cerca de la CEE hizo llegar al presidente del Consejo de Ministros, un documento poco preciso que solicitaba iniciar conversaciones exploratorias para «analizar objetivamente la naturaleza de la relación que pueda establecerse entre España y la Comunidad»².

A diferencia de lo ocurrido en 1962, en esta ocasión la respuesta de la CEE fue más halagüeña. El 2 de junio de 1964, Bruselas aceptó celebrar conversaciones exploratorias entre la Comunidad y España con objeto de analizar «los problemas económicos que el desarrollo de la CEE causaba a España» y «buscar una solución apropiada a los mismos»³. Dichas conversaciones se prolongaron hasta julio de 1966. Un año después, el 11 de julio de 1967, llegó la luz verde del Consejo de Ministros a una ronda de negociaciones formales conducentes a la firma de un acuerdo comercial entre España y la CEE. Esta aceptación puso de relieve el acercamiento entre ambas partes y supuso una divisoria de aguas entre dos etapas de la relación España-CEE: un primer periodo (1964-1967) caracterizado por la mutua aceptación de la necesidad de negociar y la toma de contacto entre el gobierno español y la organización, y una segunda etapa (1967-1970) durante la que se negoció el acuerdo comercial preferencial firmado en 1970.

Acercarse a las relaciones CEE-España en los sesenta resulta interesante para el estudio de la historia de la Política Exterior Europea (precedente de la actual Política Exterior de Seguridad y Cooperación) y sobre todo de la política exterior del franquismo, ya que la relación con Europa⁴ fue uno de sus verdaderos pilares. Sin embargo, esta cuestión no parece haberse visto correspondida con un volumen de publicaciones proporcional a su relevancia, especialmente en el caso del periodo comprendido entre el *Contubernio de Múnich* y la firma

² Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), R-9389, exp. 25, Dirección General de Organizaciones Internacionales a la Embajada de España cerca de la CEE, 13 de febrero de 1964.

³ PRO, FO-371/17736, Telegrama Confidencial, 4 de junio de 1964.

⁴ A lo largo de estas páginas se encontrarán algunas referencias al término «Europa» para hacer mención a conceptos como «Europa occidental», «proceso de integración europea» o «CEE». Aun siendo conscientes de que «Europa» denota una realidad más amplia conceptual y geográfica que estos tres conceptos, emplearemos este término, ya que en la documentación relativa al periodo que aquí estudiamos son numerosas las referencias a «Europa» en alusión a estos conceptos.

del acuerdo de 1970⁵. Dada la relevancia de Europa en los planteamientos de la acción exterior de quienes estuvieron al frente de la diplomacia española durante el franquismo, frente al carácter secundario de las relaciones con España a ojos de la Comunidad, la documentación depositada en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE) constituye la principal fuente para analizar el acercamiento entre Bruselas y Madrid en esta etapa. Asimismo, algunos documentos depositados en el Public Record Office (PRO) arrojan luz sobre esta cuestión, pues ofrecen una interesante perspectiva de tercera parte (en aquellos momentos el Reino Unido no era miembro de la CEE) y facilitan la labor investigadora gracias a su excelente catalogación y estado de conservación.

1957-1962: De la creación de la CEE a la «primera» solicitud española de asociación

No resulta fácil determinar con exactitud qué visión de la integración europea en general y de la CEE en concreto tenían los funcionarios encargados de la política exterior española en la etapa 1957-1962, pues existieron importantes divergencias entre distintos sectores del gobierno. Frente al entusiasmo europeísta de Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, Franco parecía sentir aversión hacia Europa. Además, el discurso oficial en esta materia fue a menudo ambivalente.

Los principales valedores de la convergencia con Europa occidental dentro del régimen fueron católicos y tecnócratas. El interés de los primeros por la integración europea derivaba de su esperanza en que si España participaba en ella se produciría un cierto grado de liberalización política que permitiría una restauración monárquica y la mejora de la posición internacional de España⁶. El caso de

⁵ Algunos autores, como La Porte (1992), Moreno Juste (1997) o Tamames (1986), han publicado excelentes trabajos relativos a este tema. Sin embargo, la mayor parte de ellos abordan cuestiones específicas, como el Movimiento Europeo y la solicitud de 1962 o la relación entre la estructura económica de España y el Acuerdo Preferencial de 1970. La magnífica historia de las relaciones entre España y la CEE de La Porte concluye con la solicitud de 1962. La tesis inédita de H. C. Senante constituye un excelente análisis de la relación hispano-comunitaria en el periodo que nos ocupa.

⁶ PRESTON, P.: *Franco, a Biography*, Londres, 1993.

Castiella constituye un ejemplo claro de la creencia en la correlación entre participación en el proceso de construcción europea y promoción de la política exterior española. El ministro convino en que fomentar un cierto aperturismo (al menos en lo relativo a la imagen del régimen) era condición indispensable para reforzar la posición internacional de España⁷, y llegó incluso a creer que fomentando el acercamiento de España a la Comunidad podría reducirse la asimetría existente entre España y Estados Unidos⁸, uno de los pilares de la política exterior española en aquellos momentos. Por otra parte, los tecnócratas abogaban por una mayor sintonía entre Madrid y Bruselas en aras del fomento del comercio exterior con los países de la Comunidad y de la occidentalización de España que, creían, redundaría en un mayor crecimiento económico que la población vería como fuente de legitimidad para el régimen⁹.

Por el contrario, los falangistas, los sectores próximos a la industria nacional, Franco y Carrero se opusieron, al menos en un principio, al acercamiento a la CEE. La disconformidad de los falangistas, que a la altura de 1957 habían perdido ya bastante peso en el proceso de toma de decisiones, respondía a su preferencia por la autarquía comercial. Igualmente, algunos sectores próximos a la industria nacional se oponían a estrechar lazos con la Comunidad porque veían en ella una amenaza a la protección estatal de la que gozaban. Franco sentía aversión por la CEE, a la que equiparaba con liberalismo y francmasonería, a su juicio, enemigos de la Patria¹⁰. El motivo fundamental de este recelo hacia Bruselas fue su tajante oposición a aceptar las reformas democratizadoras necesarias para que la Comunidad tomara en serio la candidatura española a la asociación. Con todo, el general finalmente se mostró pragmático ante el avance del proceso de integración europea y acabó por comprender que España no podía quedar completamente al margen de la Comunidad, pues ésta se estaba consolidando como importante actor económico y político internacional. Por tanto, El Pardo no se opuso a iniciativas como

⁷ PARDO, R.: «La etapa Castiella y el final del régimen, 1957-1975», en TUSELL, J., et al. (ed.): *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, 2000, pp. 341-352.

⁸ PARDO, R., en TUSELL, J. (ed.): *op. cit.*

⁹ GUIRAO, F.: «Solvitur Ambulando: the Place of the EEC in Spain's Foreign Economic Policy, 1957-1962», en MILWARD, A., y DEIGHTON, A.: *Widening, deepening and acceleration: the European Economic Community, 1957-1963*, Baden-Baden, Nomos, 1999.

¹⁰ PRESTON, P.: *op. cit.*, p. 700.

la creación de la Comisión Interministerial para el Estudio de la Comunidad Europea (CICE) en 1957, la apertura de la *Misión cerca de la CEE* en 1960 o el lanzamiento de globos sonda a la EFTA entre 1961 y 1963.

La posición española ante la construcción europea experimentó un giro espectacular en 1961, cuando la solicitud británica de ingreso en la CEE pareció confirmar la consolidación del proyecto de Mesina. Además, la petición de Londres amenazó con agravar el aislamiento político y económico de España, excluida de un entramado institucional que gozaba de un creciente protagonismo internacional. Los perjuicios del aislamiento económico empezaron a ser evidentes tras el lanzamiento de la Política Agrícola Común (PAC), icono de la consolidación de la CEE como unión aduanera. En esta tesitura, la exportación española de productos agrícolas al mercado comunitario (una de las principales fuentes de divisas para España) quedaba seriamente amenazada.

A raíz de la «amenaza» que supuso para España la consolidación de la CEE como un bloque económico, el 9 de febrero de 1962 el gobierno español solicitó oficialmente la apertura de negociaciones para alcanzar un acuerdo de asociación entre España y la CEE. Sin embargo, éstas nunca se llevaron a cabo, pues todo lo que recibió Madrid por respuesta fue un acuse de recibo. Este fracaso se ha atribuido tradicionalmente al rechazo de Bruselas a cualquier contacto con España mientras ésta siguiera siendo una dictadura, ya que a pesar de la mejora de su posición internacional desde 1953, en los primeros sesenta aún perduraba en la memoria de socialistas y socialdemócratas europeos el estigma fascista del régimen¹¹. Hay que tener en cuenta que Madrid solicitó la asociación tras la aprobación del Informe Birkelbach, que establecía la necesidad de que todo Estado asociado fuese democrático, pues la asociación era la antecámara a la aceptación de dicho Estado como miembro y sólo los Estados europeos plenamente democráticos podían asociarse con la CEE¹².

Las escasas posibilidades que tenía España de lograr un acuerdo con la Comunidad tras la publicación del Informe Birkelbach se esfumaron con motivo de la represión que el régimen desató contra

¹¹ PRO, FO-953/2259, Spain since the Civil War, 18 de mayo de 1965.

¹² MORENO JUSTE, A.: *Franquismo y construcción europea*, Madrid, Tecnos, 1997, p. 25.

los participantes en el *Contubernio de Múnich*¹³. El ministro de Asuntos Exteriores y destacados diplomáticos como Areilza, embajador de España en París, señalaron que tal reacción perjudicaría gravemente a la política exterior española, dañando la imagen del país y haciendo retroceder su posición internacional al ostracismo de años atrás¹⁴. Sin embargo, Franco ignoró tales consejos, abrumado por la pérdida de legitimidad que Múnich había supuesto para el régimen. La reunión había puesto de manifiesto que la liberalización económica podía facilitar la difusión del liberalismo político, pensamiento al que se adscribía gran parte de la oposición del interior, integrada en su mayoría por monárquicos y socialistas, a los que separaba su parecer con respecto a la monarquía pero unía el talante europeísta. El encuentro en la capital bávara se había saldado con la reconciliación oficial entre las oposiciones del exilio y el interior y entre socialistas y monárquicos, lo cual eliminaba el riesgo de una nueva guerra civil, cuya prevención era, según el discurso oficial del franquismo, la fuente de legitimidad del régimen¹⁵.

La reacción de Franco ante el *Contubernio* supone un hito en las relaciones hispano-comunitarias, no sólo por su resonancia internacional, sino por el significado del mensaje que con ella envió implícitamente Franco, decisivo para comprender la posición del gobierno español frente a Bruselas entre 1964 y 1967. El general sugirió a la comunidad internacional y a sus funcionarios que si el acercamiento de España a la CEE exigía liberalizar el sistema político español, la CEE tendría que esperar. En otras palabras, la supervivencia del régimen primaría sobre lo que diplomáticos o tecnócratas pudieran identificar como intereses de Estado.

Relaciones España-CEE (1964-1967). Febrero de 1964: una nueva solicitud española de negociaciones con la CEE

El 2 de junio de 1964 la CEE respondió afirmativamente a la solicitud remitida por el gobierno español en febrero del mismo año. Se inició entonces un periodo de paulatino acercamiento entre la

¹³ PRESTON, P.: *op. cit.*, p. 703.

¹⁴ AREILZA, J. M.: *A lo largo del siglo*, Madrid, 1992, pp. 168-67.

¹⁵ LA PORTE, M. T.: *La política europea del régimen de Franco, 1957-1962*, Madrid, EUNSA, 1992, p. 181.

CEE y España que culminó con la firma del acuerdo preferencial de 1970. El deshielo en la relación España-CEE iniciado en 1964 plantea dos importantes cuestiones. En primer lugar, ¿por qué España solicitó la apertura de nuevas negociaciones? Por otra parte, ¿por qué en este caso la CEE respondió afirmativamente, cuando no había sido así dos años atrás?

La decisión del gobierno español de presentar una nueva solicitud en 1964 obedeció fundamentalmente a tres razones. Para empezar, numerosos funcionarios de Asuntos Exteriores y de los ministerios económicos continuaron insistiendo en que, por razones políticas y/o económicas, España debía negociar un acuerdo o al menos alcanzar un entendimiento con la CEE¹⁶. Otro elemento que estimuló el envío de la nueva solicitud fue la propuesta de una *tercera vía* en la visión de la relación España-CEE que, en virtud de su ausencia de connotaciones políticas, resultó ser compatible con el parecer de Franco acerca de la posición que España debía adoptar frente al proceso de integración europea. En tercer lugar, la fe de los tecnócratas en la *tercera vía* y su encumbramiento como la principal «familia» del régimen sin duda contribuyó a la decisión de El Pardo de autorizar una nueva petición de negociaciones con la CEE.

Santa Cruz y los ministerios económicos insistieron en la necesidad de mejorar las relaciones con la Comunidad porque eran conscientes del potencial deterioro de la situación de España frente a la Comunidad, dada la marginación española de la organización, que se estaba consolidando como importante actor internacional. Quienes favorecían el acercamiento por motivos políticos temían que la falta de participación y comunicación con la CEE acarrease una nueva situación de ostracismo internacional como la vivida en los últimos cuarenta años. Con todo, la mayoría de los que en 1964 abogaban por la conveniencia de acercarse a Europa lo hicieron movidos por razones económicas, como la necesidad de conseguir una cierta cuota de mercado comunitario y el volumen de capital que requería la puesta en marcha del Primer Plan de Desarrollo (1964).

Un segundo factor que facilitó la solicitud de 1964 fue el surgimiento de la *tercera vía*, un nuevo planteamiento de las relaciones hispano-comunitarias caracterizado por su realismo, minimalismo y economicismo, que permitió acercar las en un principio distantes

¹⁶ AMAE, R-10086, exp. 1, «España y la Comunidad Económica Europea», 16 de abril de 1964.

posiciones de Franco, sus funcionarios y la Comunidad. Esta visión alternativa de las relaciones con la CEE partía de dos percepciones: primero, que el poder de maniobra de España frente a la CEE había crecido desde 1962 gracias a la expansión del mercado español y a la no-accesión de Gran Bretaña y, en segundo lugar, la deriva intergubernamental que la CEE parecía estar experimentando.

Los funcionarios españoles empezaron a pensar en los gobiernos de los países miembros como mejores interlocutores que la Comisión para estrechar sus lazos con la Comunidad, incluso en el caso de aquellos ejecutivos en principio opuestos a dicho acercamiento. A estos últimos se reservaba la aplicación de la «estrategia de las represalias económicas», consistente en amenazar a los Estados que no colaboraban con Madrid con cerrar los mercados españoles a sus productos. Ideada por diplomáticos como Bolarque o Sánchez Bella, embajadores ante la República Federal de Alemania (RFA) e Italia, respectivamente¹⁷, esta estrategia resultó ser uno de los medios más efectivos para presionar a los Estados contrarios al acercamiento hispano-comunitario, en un contexto de reiteradas muestras de falta de apoyo del *amigo americano* en esta empresa, en la que Santa Cruz había depositado tantas (y en cierto modo poco realistas) expectativas¹⁸.

Otra importante novedad de la solicitud de 1964 fue la omisión de referencias explícitas a la política, a sabiendas de que la naturaleza dictatorial del régimen era el principal obstáculo que España tenía para acercarse a la CEE¹⁹ y de que una solicitud con contenido político podría producir un segundo rechazo de Bruselas que en

¹⁷ Public Record Office (PRO), FO-371/177361, exp. M-10820/10.

¹⁸ La diplomacia norteamericana no mostró demasiado interés por las gestiones que España desarrolló en los sesenta para acercarse a la Comunidad. Estados Unidos era contrario a unos acuerdos comerciales preferenciales que supusieran una desventaja para la exportación de sus productos, caso de un acuerdo comercial preferencial hispano-comunitario. A pesar de que Washington era consciente de que la cercanía de España a la CEE podría contribuir al aperturismo político y a la estabilización cuando desapareciera Franco, Estados Unidos consideraba (y en ello no se equivocaba) que su capacidad de influencia sobre Bruselas era limitada.

National Archives and Records Administration (NARA), RG 59, Central Files 1967-1969, POL 19 SP SAHARA UN, Eugene T. Rostow a Duke, 5 de enero de 1967, y Central Files 1967-70, POL 1 SP-US, Annual US Policy Assessment, 21 de noviembre de 1970.

¹⁹ AMAE, R-10086, exp. 1, Carta a Miguel Solano, 19 de febrero de 1964.

absoluto convenía al régimen²⁰. El abandono por parte del gobierno español (al menos en el nivel del discurso oficial) de la pretensión de negociar la asociación fue producto de la imposición de Franco y los tecnócratas sobre quienes, como Castiella, preferían negociar un acuerdo «amplio» que incluyese cláusulas políticas. El progresivo encumbramiento de los tecnócratas como la «familia» más poderosa del régimen también influyó en la decisión de Franco de consentir que Santa Cruz reiterara a Bruselas su deseo de iniciar una ronda de conversaciones tan sólo dos años después del «portazo» de Múnich.

El cambio de parecer de la CEE, del inicial rechazo a todo tipo de contacto con aquella dictadura a la aceptación de la necesidad de dialogar con Madrid, es el otro elemento clave a tener en cuenta para comprender la evolución del distanciamiento y hostilidad de 1962 a la coyuntura de gradual acercamiento habida en el periodo transcurrido entre 1964 y 1970. Este cambio de perspectiva fue producto de la progresiva sustitución en el *modus operandi* de la Comunidad del idealismo y el supranacionalismo por el realismo y el intergubernamentalismo, así como de la intensa actividad diplomática española en los sesenta. La Comunidad comenzó a ser más receptiva con las ambiciones españolas a raíz de la deriva intergubernamentalista y realista, pues fue tomando conciencia de la necesidad de satisfacer los intereses nacionales de sus Estados miembros. Así, Bruselas comprendió que España, aun siendo una dictadura, no podía ser ignorada por completo, pues la mayoría de los países comunitarios tenían intereses económicos allí.

La movilización de la diplomacia española para promover un cambio en la actitud de Bruselas se inició en los meses previos al envío de la *segunda* solicitud, etapa en la que la mayor parte de los diplomáticos españoles aceptó la *tercera vía* como el enfoque óptimo. Además, se multiplicaron los contactos entre altos cargos españoles y comunitarios²¹ y el Ministerio de Asuntos Exteriores comenzó a aplicar la «estrategia de represalias económicas», amenazando al gobierno italiano con recortes en las exportaciones italianas

²⁰ AMAE, R-10086, exp. 1, España y la Comunidad..., 16 de abril de 1964; Telegrama de Casa Miranda, 24 de febrero de 1964.

²¹ PRO, FO-371/171406, N. E. Cox, 20 de diciembre de 1963.

al mercado español si Roma continuaba obstaculizando los esfuerzos españoles por acercarse a la Comunidad²².

Los preparativos para la presentación de la *segunda* solicitud se aceleraron en enero de 1964, gracias a la colaboración de París. Francia introdujo el caso español en la agenda de la CEE y aconsejó a España sobre la fórmula y el *tempo* óptimos para efectuar la solicitud. Couve de Murville, ministro de Asuntos Exteriores francés, recomendó presentar una nota que dijera poco más que España seguía interesada en la CEE y deseaba disponer de la posibilidad de explicarle a la organización qué tipo de acuerdo se podía alcanzar²³. Por otra parte, la diplomacia gala sugirió que Madrid expusiera claramente sus objetivos respecto a la CEE antes del 20 de febrero de 1964, cuando Segni, ministro de Asuntos Exteriores italiano, y Saragat, antiguo secretario general del Partido Socialdemócrata Italiano, tenían previsto un viaje a París y Couve de Murville consideraba más factible convencerles de la idoneidad de las pretensiones españolas²⁴.

En los meses previos al envío de la solicitud, el Ministerio de Asuntos Exteriores puso en marcha la anteriormente mencionada «estrategia de represalias económicas» con objeto de neutralizar, antes de que se efectuara la solicitud, la oposición a la asociación hispano-comunitaria que mostraban Bélgica, Holanda, y sobre todo, Italia. Dada la persistencia de la oposición italiana hasta 1967, el gobierno español hubo de recurrir a tres *campañas de Italia*, dos de ellas en 1964 y una en 1967. Durante la primera de ellas, el embajador español en Roma se entrevistó con Segni y Saragat, a los que informó de que Madrid cerraría el mercado español a las exportaciones italianas de persistir el bloqueo italiano a las gestiones españolas²⁵.

Tanto la documentación española como la británica revelan la búsqueda del apoyo del tándem franco-alemán por parte del gobierno español. En un principio ambos mostraron cierta reserva, pero final-

²² PRO, FO-371/177361, Informe Delegación Británica, 17 de enero de 1964.

²³ AMAE, R-10086, exp.1, Telegrama del Embajador de España en Bruselas, 23 de enero de 1964.

²⁴ AMAE, R-9390, exp. 11, Carta del Embajador español en Bonn, 7 de febrero de 1964; PRO, FO-371/177361, Telegrama de la Delegación Británica ante la CEE, 27 de enero de 1964; AMAE, R-10086, exp. 1, y PRO, FO-371/177361; AMAE, R-10086, exp. 1, Nota de Faustino Armijo, 17 de enero de 1964.

²⁵ AMAE, R-10086, exp. 1, Telegrama del Embajador de España en Italia, 22 de febrero de 1964; Carta del Embajador de España en Italia, 26 de febrero de 1964; Telegrama del Embajador de España en Italia, 28 de febrero de 1964.

mente Madrid pudo beneficiarse de cierto amparo de Bonn y París. En ocasiones se atribuyó la colaboración francesa al interés de Francia por construir una base de submarinos en las Canarias²⁶. Igualmente, parece que la actuación del gobierno galo obedeció primero a la visión de Europa y las ambiciones europeas de De Gaulle (partidario de una Europa *européa* y no atlántica, agrupada en torno a una organización política controlada por Francia), así como al acercamiento franco-español posterior a 1958.

El apoyo alemán fue producto de aspectos políticos y económicos. Alemania quería evitar que, al ser Francia el único apoyo para España en la Comunidad, Madrid se convirtiera en cliente de París. Por otra parte, Bonn argumentaba que facilitando el acercamiento de España a la organización se favorecería la eventual democratización en este país²⁷. Asimismo, el gobierno alemán quería evitar que las empresas alemanas se vieran perjudicadas por la «estrategia de represalias económicas».

La redacción de la solicitud oficial tuvo lugar en las semanas anteriores al 14 de febrero de 1964. En ella quedaron plasmados los postulados de la *tercera vía*. La esencia de la posición adoptada por Madrid se aprecia en un documento redactado en febrero de 1964, según el cual, lo que realmente importaba era el contenido del acuerdo, más allá de que el vínculo a negociar se denominara o no «asociación»²⁸. La diplomacia española concluyó que España haría mejor en centrarse en cuestiones concretas y aspectos técnicos en vez de perder el tiempo intentando negociar una asociación que parecía difícil conseguir. Convenía, pues, comenzar las negociaciones cuanto antes, aunque éstas sólo condujeran a la firma de un acuerdo meramente técnico, pues en el transcurso de las mismas se podría ampliar el contenido del acuerdo inicialmente propuesto²⁹.

El 13 de febrero de 1964, el embajador español cerca de la CEE sugirió a Madrid que se solicitara la apertura de negociaciones con objeto de «solucionar los problemas que la CEE estaba causando

²⁶ AMAE, R-10086, exp. 1, Situación actual de la solicitud española, 4 de marzo de 1964.

²⁷ PRO, FO-1108/23, Nota Reservada, 21 de abril de 1967.

²⁸ AMAE, R-10086, exp. 1, Informe de Román Oyarzun, 10 de febrero de 1964.

²⁹ AMAE, R-9390, exp. 11, Informe del Embajador de España en Bonn, 7 de febrero de 1964.

a España»³⁰. Al día siguiente Santa Cruz le ordenó enviar una carta al presidente del Consejo de Ministros de la Comunidad, misiva que constituyó la *segunda* solicitud española a la CEE. Ésta tenía una estructura tripartita y comenzaba con una referencia a la solicitud de 1962. El gobierno español justificó esta nueva petición en función del desarrollo y el crecimiento económico experimentados por la economía española en los años anteriores. Obviándose la naturaleza dictatorial del régimen e intentando equiparar la liberalización económica del Plan de Estabilización a la libertad política de la que España carecía, se señalaba que el país gozaba de un crecimiento económico acorde con lo establecido por el Tratado de Roma³¹.

Los dos últimos párrafos contenían el núcleo de la petición. Madrid consideraba que era un momento adecuado para iniciar conversaciones hispano-comunitarias, con objeto de alcanzar acuerdos que estimularan el crecimiento de la economía española según preveía el Plan de Desarrollo³². A decir del documento, estas conversaciones brindarían a la CEE y a España la oportunidad de analizar con objetividad aquellos problemas que la CEE estaba causando a la economía española³³.

Los intentos por neutralizar la resistencia holandesa e italiana: febrero-junio de 1964

A la entrega de la *segunda* solicitud (el 14 de febrero de 1964) siguió un periodo de gran actividad, protagonizado por la diplomacia española y Spaak, que se prolongó hasta junio del mismo año. Asuntos Exteriores se movilizó tras comprender que las negociaciones con la CEE sólo serían una realidad si había unanimidad entre todos los Estados miembros, cuestión que no parecía fácil según la información recopilada por las Embajadas de España en Holanda e Italia en los meses previos al envío de la solicitud³⁴.

El rechazo de algunos Estados miembros al acercamiento entre Madrid y la CEE se debió a factores políticos y económicos. Roma

³⁰ AMAE, R- 9390, exp. 25, Casa Miranda a Castilla, 13 de febrero de 1964.

³¹ *Ibid.*, nota 30.

³² *Ibid.*, nota 30.

³³ *Ibid.*, nota 30.

³⁴ PRO, FO-371/177361, Telegrama Delegación Británica ante la CEE, 27 de enero de 1964.

argumentó temer la reacción de la Internacional Socialista y una eventual crisis nacional, caso de que la prensa italiana informara de que su gobierno mantenía negociaciones con la administración franquista³⁵. En efecto, los gobiernos italianos posteriores a 1945 tuvieron especial cuidado de no apoyar a un régimen que aún se percibía como un remanente del fascismo. No obstante, Italia también temía el potencial económico español, pues consideraba que España podía convertirse en un importante competidor en la exportación de cítricos y de mano de obra al mercado comunitario.

El progreso del expediente español entre febrero y junio de 1964 se explica en función de los esfuerzos de la diplomacia española y, sobre todo, de la actuación de Spaak, que a lo largo de aquellos meses se afanó en hallar una fórmula de consenso que permitiese iniciar estas conversaciones. La Comunidad le comisionó para que solventara, primero, el problema planteado por el aspecto formal de la solicitud española (a pesar de que en 1964 Santa Cruz era ya consciente de la conveniencia de no mencionar el término «asociación» al dirigirse oficialmente a la CEE, la *segunda* petición resultó ser formalmente un recordatorio de la de 1962, que solicitaba la apertura de conversaciones conducentes a una asociación) y, segundo, el desacuerdo existente entre los distintos Estados miembros respecto de las relaciones hispano-comunitarias³⁶.

Spaak propuso dos fórmulas. En una se omitía el término asociación; en la otra, el rechazo de la CEE a estrechar su relación con España era sólo implícito³⁷. Finalmente se adoptó la segunda, que aconsejaba al Consejo de Ministros autorizar a la Comisión para iniciar conversaciones con Madrid «con vistas a analizar los problemas económicos que la CEE [estaba] causando a España, (...) para buscar soluciones apropiadas a los mismos»³⁸. Por fin la CEE había aceptado dialogar con España, pero la organización no se pronunciaba explícitamente sobre la asociación.

La propuesta de Spaak satisfizo la mayor parte de los intereses en juego. Tuvo en cuenta la oposición italiana y holandesa a la aso-

³⁵ AMAE, R-10086, exp. 1, Telegrama Embajada de España en Italia, 22 de febrero de 1964.

³⁶ AMAE, R-9389, exp. 25, Despacho núm. 407, 3 de junio de 1964.

³⁷ PRO, FO-371/177361, Telegrama Delegación Británica..., 2-3 de junio de 1964.

³⁸ *Ibid.*, nota 37.

ciación al no mencionar específicamente dicha posibilidad y resultó aceptable para Madrid, ya que no constreñía las conversaciones a un mero acuerdo comercial como deseaban Roma y La Haya³⁹. La preocupación por satisfacer los intereses nacionales de los Estados miembros de la CEE y el pragmatismo que destila la fórmula Spaak ilustran el avance del intergubernamentalismo y el realismo en las políticas de Bruselas.

Las conversaciones exploratorias: junio de 1964- julio de 1966

Los contactos entre los negociadores españoles y comunitarios comenzaron oficialmente el 2 de junio de 1964, cuando el Consejo de Ministros autorizó a la Comisión el inicio de conversaciones con España para analizar la interacción entre el desarrollo de la CEE y los males que aquejaban a la economía española⁴⁰. Sin embargo, el inicio de las conversaciones exploratorias se demoró hasta diciembre de 1964, cuando ambas delegaciones celebraron su primera entrevista y España entregó una memoria exponiendo su posición ante este diálogo⁴¹.

Las conversaciones exploratorias se desarrollaron a lo largo de tres periodos entre finales de 1964 y julio de 1966. El primero de ellos (diciembre de 1964 a julio de 1965) fue el más intenso. Entre julio de 1965 y enero de 1966 tuvo lugar una etapa de *impasse* debido a la *crisis de la silla vacía*. Finalmente, el *Compromiso de Luxemburgo* (enero de 1966) dio paso a un periodo caracterizado por la determinación de España en concluir las conversaciones exploratorias y comenzar unas verdaderas negociaciones que le permitieran integrarse en una unión aduanera con la CEE.

La primera fase se caracterizó por la preponderancia de los asuntos técnicos, el papel central de la Comisión y, tercero, por la consolidación de los tecnócratas al frente de la política española en materia comunitaria, siendo el mejor ejemplo de ello el nombramiento de Ullastres como embajador cerca de la CEE en el momento cumbre

³⁹ AMAE, R-10086, exp. 1, Informe del Embajador de España en Alemania, 10 de marzo de 1964.

⁴⁰ *Ibid.*, nota 37.

⁴¹ AMAE, R-9390, exp. 11, Nota sobre las relaciones de España con el Mercado Común, 30 de mayo de 1966.

de las negociaciones hispano-comunitarias (1965). A pesar de la ubicuidad de los asuntos técnicos en las conversaciones hacia 1965 y de la popularización de la *tercera vía* entre los funcionarios españoles, siguieron existiendo diferentes puntos de vista dentro del gobierno español sobre el ritmo y alcance que debían tener estas negociaciones. Los partidarios de un acuerdo de contenido amplio insistían en la conveniencia de que las negociaciones se desarrollaran lentamente y con cautela, mientras que quienes preferían obtener un vínculo con la Comunidad cuanto antes abogaban por un acuerdo de contenido técnico.

Muestra de la primera de ambas posiciones es un documento de enero de 1965, en el que el embajador de España en Bélgica recordaba a Castiella «nuestra deliberada idea de llevar conversaciones muy lentamente»⁴² y le advertía que sería mejor no precipitarse y dejar que la Comisión buscara y encontrara el tipo de acuerdo que facilitara un vínculo hispano-comunitario de amplio alcance, ya que de no actuar así, España se arriesgaba a «caer en la trampa» de un acuerdo rápido pero de corto alcance.

La *crisis de la silla vacía* supuso un punto de inflexión en las negociaciones entre Madrid y Bruselas. Ante el paro que sufrieron las conversaciones entre julio de 1965 y enero de 1966 y el creciente déficit de la balanza de pagos española, Madrid concluyó que debía evitar una prolongación *sine die* de la fase exploratoria de estas conversaciones y lograr que la Comunidad aceptara iniciar negociaciones formales conducentes a la firma de un acuerdo con España⁴³.

El déficit de la balanza de pagos española se veía agravado por el contraste entre la facilidad de acceso a los mercados españoles que tenían los productos comunitarios y la dificultad de España para exportar a la Comunidad. España tenía dos opciones para reequilibrar su balanza de pagos: dar marcha atrás a las medidas liberalizadoras del Plan de Estabilización o facilitar el acceso de productos agrícolas y mano de obra española al mercado comunitario. Caso de optarse por el mantenimiento de una economía liberalizada, como cabía esperar de un gobierno cada vez más influido por los tecnócratas, había que encontrar nuevos mercados. Por tanto, Madrid se movilizó para que la Comunidad diese luz verde al inicio de una negociación con

⁴² AMAE, R-9390, exp. 11, Núñez de Iglesias a Castiella, 20 de enero de 1965.

⁴³ AMAE, R-9390, exp. 11, Carta del Embajador de España en Italia, 22 de junio de 1965; Actas del Grupo de Trabajo, 29 de marzo de 1966.

vistas a integrar a España en una unión aduanera con la CEE que facilitase la exportación de productos industriales y agrícolas españoles al mercado comunitario⁴⁴. Para que los contactos hispano-comunitarios alcanzaran el carácter de negociaciones formales, España debía ganar la confianza del Consejo de Ministros, pues éste era el principal elemento en el proceso de toma de decisiones de la CEE y, además, el diálogo con la Comisión requería su respaldo oficial en forma de «mandato» negociador⁴⁵.

Por tanto, cuando se iniciaron las negociaciones formales en 1966, España buscó la colaboración franco-alemana para ganar influencia sobre el Consejo de Ministros y obtener el apoyo de estos países a la hora de introducir formalmente las negociaciones hispano-comunitarias en la agenda de dicha institución. Mientras que en 1964 Francia había sido el principal apoyo de Madrid, en 1966 lo fue la RFA. Schroöder, ministro de Asuntos Exteriores alemán, intentó persuadir a Couve de Murville de la necesidad de intensificar los contactos entre la CEE y España y animó al Consejo de Ministros a dar a la Comisión un nuevo mandato para negociar la firma de un acuerdo de carácter amplio con España.

En la última etapa de las conversaciones exploratorias, Italia fue de nuevo fuente de problemas y acicate para la diplomacia española. Cuando a mediados de 1966 Francia y Alemania ya estaban listas para aceptar el inicio de negociaciones formales con España, Roma continuaba oponiéndose a un vínculo estrecho entre Bruselas y Madrid. Con objeto de evitar que la oposición italiana arruinara los avances conseguidos, el gobierno español puso en marcha una tercera *campaña de Italia* protagonizada por Ullastres y Sánchez Bella, embajador de España ante la CEE e Italia, respectivamente.

No obstante, la reiterada oposición de Roma acabó beneficiando a España, ya que fueron los propios diplomáticos italianos quienes hicieron ver a Asuntos Exteriores que le convenía presentar propuestas concretas, como un acuerdo preferencial conducente a una unión aduanera, e introducir los objetivos españoles a modo de propuestas en la agenda del Consejo de Ministros antes de que Luns sustituyera a Werner, pues, según la Farnesina, este último sería más favorable a las pretensiones españolas⁴⁶.

⁴⁴ AMAE, R-9390, exp. 11, Nota sobre las relaciones..., 30 de mayo de 1966.

⁴⁵ *Ibid.*, nota 44.

⁴⁶ AMAE, R-9330, exp. 11, Catalina al ministro de Comercio, 5 de febrero de 1965.

El 9 de julio de 1966, el gobierno español envió a la CEE una declaración oficial en la que daba por concluidas las conversaciones exploratorias y reiteraba su deseo de negociar con la organización «las posibles vinculaciones a ser establecidas entre ambas economías»⁴⁷. Igualmente, con objeto de acelerar el inicio de la negociación formal, Madrid siguió presionando al Consejo de Ministros y a Roma y enumeró una serie de cuestiones específicas que deseaba se incluyeran en la negociación. La fase de conversaciones exploratorias entre España y la CEE se clausuró oficialmente el 19 de julio de 1966 en una reunión celebrada entre la Comisión y la delegación española.

Entre julio de 1966 y julio de 1967: de conversaciones exploratorias a negociaciones para un acuerdo comercial preferencial

A la vista del aparente progreso del expediente español en los últimos meses de 1966, en diciembre de ese año la Comisión publicó un informe sobre las conversaciones exploratorias mantenidas con España entre diciembre de 1964 y julio de 1966. Dicho texto recogía la conformidad de la CEE a ir más allá de las conversaciones exploratorias en su relación con España. Por otra parte, el 10 de enero de 1967 un funcionario de la delegación británica ante la CEE comentaba: «España ahora figura en un lugar destacado de la apretada agenda (...) para la Comunidad»⁴⁸.

Tal vez la mejor muestra del avance de Madrid en su negociación con la CEE fue el temor británico ante dicho progreso, así como los intentos de Londres por evitar la firma de un acuerdo comercial preferencial hispano-comunitario. Una semana después de que el Consejo de Ministros encargara a la Comisión estudiar qué implicaría para la Comunidad la firma de un acuerdo comercial preferencial con España, la Embajada británica en Madrid comunicaba alarmada al Foreign Office:

«De ser cierto (...) que los países del Mercado Común están preparados para considerar (...) un acuerdo preferencial con España (...) mientras nosotros [permanecemos] (...) al margen de la Comunidad (...) parece que (...)

⁴⁷ AMAE, R-9330, exp. 11, Declaración española, 9 de julio de 1966.

⁴⁸ PRO, FO-1108/23, Maddocks a Dunnett, 19 de enero de 1967.

nuestros intereses podrían verse dañados y [entonces] deberíamos por lo menos valorar (...) los pasos que convendría tomar (...) para evitar o minimizar el daño (...) [sería aconsejable] llevar a cabo algunas iniciativas, [que entre otras] podrían incluir hablar con España o con los Seis»⁴⁹.

Asimismo, Whitehall advirtió a los diplomáticos españoles destacados en el Reino Unido que denunciaría los términos del acuerdo preferencial que estaban negociando la CEE y España, pues contravenían las regulaciones del GATT⁵⁰. Por tanto, a pesar de que los progresos de 1966 permitían cierto optimismo, España tuvo que realizar un importante esfuerzo para que, no obstante, la oposición italiana y holandesa y la presión británica, el Consejo de Ministros mantuviera el acuerdo preferencial como fórmula para el futuro de las relaciones hispano-comunitarias y concediera a la Comisión un mandato para negociar semejante tipo de acuerdo. Por tanto, Santa Cruz hubo de recurrir de nuevo a la «estrategia de represalias económicas» para evitar que Roma, La Haya y Londres le impidieran alcanzar sus objetivos, así como a influir sobre los grupos de presión (*lobbies*) en Bruselas, de cara a la mejora de la posición española frente a la CEE⁵¹.

Por fin, el 8 de febrero de 1967, el Consejo de Ministros encargó a sus representantes permanentes que estudiaran las consecuencias que implicaría para la Comunidad firmar un acuerdo preferencial con España. Esta decisión puso fin a seis meses durante los que la diplomacia española procuró acelerar el inicio de las negociaciones conducentes a un acuerdo preferencial e intentó persuadir al Consejo de Ministros de que extendiera a la Comisión un mandato para negociar este tipo de acuerdo. El gobierno español vio cumplido este último objetivo el 11 de julio de 1967, cuando la Comisión obtuvo un mandato para negociar un acuerdo preferencial *sin paso automático a una unión aduanera*⁵², una fórmula que parecía garantizar los principales intereses de ambas partes.

Madrid había conseguido que la CEE accediese a ir más allá de las conversaciones exploratorias. Asimismo, el acuerdo preferencial

⁴⁹ PRO, FO-1108/23, Carta confidencial, 16 de febrero de 1967.

⁵⁰ *Ibid.*, nota 49.

⁵¹ PRO, FO-1108/23, Actas..., 4 de abril de 1967. Según el Foreign Office, las gestiones de Ullastres en el ámbito de algunos *lobbies* contribuyeron de manera importante a superar los obstáculos que Madrid encontró en el camino hacia la celebración de conversaciones conducentes a la firma de un tratado comercial hispano-comunitario.

⁵² PRO, FO-1108/23, Informe confidencial, 21 de abril de 1967.

sin pasarela directa a la unión aduanera era *asequible* para la CEE, porque aseguraba el acceso de los productos comunitarios al mercado español y permitía la entrada de algunos productos españoles al mercado comunitario, pero cerraba la puerta a la asociación española, con lo que Bruselas evitaba la vergüenza pública que hubiera supuesto un completo abrazo a la dictadura franquista. En definitiva, esta solución de compromiso facilitaba el acceso de los productos españoles a los mercados comunitarios y la recepción de capitales europeos por parte de la economía española sin que se tuvieran que poner en práctica reformas democratizadoras.

La aprobación de dicho mandato dio paso a un periodo de tres años durante el cual Bruselas y Madrid protagonizaron una difícil negociación que culminó con la firma de un acuerdo comercial preferencial hispano-comunitario en 1970.

Conclusiones

El beneplácito de Bruselas al inicio de negociaciones entre la CEE y el gobierno español el 2 de julio de 1964 supuso un hito en las relaciones España-CEE, que a partir de entonces comenzaron a evolucionar de la situación de escaso contacto o incluso hostilidad que siguió a Múnich (1962) al ambiente de cordialidad oficial que rodeó la firma del acuerdo de 1970.

Desde el momento en que la Comunidad dio luz verde a la celebración de conversaciones con España hasta que se promovió la categoría de intercambio de pareceres de «conversaciones exploratorias» a negociaciones formales conducentes a la firma de un acuerdo preferencial (1967), las posiciones española y comunitaria se fueron acercando paulatinamente, siendo el principal motor de este acercamiento la mutua comprensión de que, aunque resultase poco placentero, había que aceptarlo, puesto que no había alternativa al mismo.

Los gestores de la política exterior española acabaron por comprender que, si bien Franco no deseaba apertura política alguna, alcanzar cierto nivel de cooperación económica y política con la CEE resultaba fundamental para garantizar el crecimiento económico de España, el cual a la sazón presentaban algunos sectores como fuente de legitimidad del régimen. Por su parte, la CEE tomó conciencia

de que, a pesar de la naturaleza dictatorial del gobierno español, tener algún grado de relación y comunicación con Madrid era necesario para asegurar el acceso de sus productos al mercado español.

La relación hispano-comunitaria en el periodo aquí estudiado destaca por su asimetría, pues la Comunidad gozaba de un mayor margen de maniobra que España. Los Estados miembros comunitarios eran, en general, más poderosos que España desde un punto de vista económico, político y militar. Por el contrario, el poder económico español era mucho más limitado y la imagen internacional del país nunca se había rehabilitado por completo como consecuencia de las periódicas muestras de inmovilismo político en ocasiones como el *Contubernio de Múnich* (1962) o el caso Grimau (1963). Dada esta asimetría, la creciente importancia de la Comunidad como actor internacional y el destacado lugar de Europa occidental en los planteamientos de la política exterior española, mientras que las relaciones de Bruselas con España eran un asunto casi marginal en la agenda de la CEE, las relaciones con la CEE eran un tema fundamental para el gobierno español. Por tanto, las relaciones España-CEE en este periodo constituyen un interesante caso de estudio para la historia de la integración europea y una pieza fundamental para la comprensión de la política exterior española durante el franquismo.

El acercamiento hispano-comunitario que tuvo lugar de 1964 a 1967 muestra el creciente peso que fueron adquiriendo el intergubernamentalismo y el realismo en la política comunitaria. De hecho, la paulatina convergencia que se produjo entre Madrid y Bruselas en la segunda mitad de los sesenta difícilmente hubiera sido una realidad sin la intervención de los gobiernos de algunos Estados miembros (fundamentalmente Alemania y Francia) y el Consejo de Ministros.

Del enfoque de este trabajo como caso de estudio de la política exterior española se derivan las siguientes conclusiones: primero, que el carácter dictatorial del régimen supuso un importante lastre para la acción exterior de España y, segundo, que a menudo existieron importantes diferencias entre la óptica del jefe de Estado y la de algunos de sus colaboradores, tanto en cuestiones puntuales (por ejemplo, el tipo de relación a establecer con Bruselas) como en otras más amplias (caso de la conveniencia de establecer vínculos entre aperturismo y política exterior). Los falangistas, los sectores próximos a la industria nacional, Franco y los militares no facilitaron una relación

fluida entre España y la CEE. Sin embargo, católicos (Castiella) y tecnócratas (Ullastres) se mostraron entusiastas a la hora de establecer vínculos con la Comunidad. Castiella sostenía que cierto grado de aperturismo político facilitaría el acercamiento entre España y la CEE y, eventualmente, una promoción de la política exterior española. Por su parte, los tecnócratas defendían que la convergencia hispano-comunitaria era necesaria, aunque bastaba se redujera a los ámbitos económico y técnico. Ellos fueron los principales promotores de una *tercera vía* que facilitó la convergencia entre Madrid y Bruselas. Ésta posibilitó el acercamiento de las posiciones de España y la CEE, pero en ocasiones complica la investigación del historiador, pues su difusión no se vio acompañada por una súbita desaparición del discurso oficial de Madrid de referencias a la ambición de negociar una asociación⁵³.

Esta permanencia de referencias al deseo de negociar una asociación con la CEE tras el triunfo de la *tercera vía* se debió posiblemente a la existencia de distintas visiones de Europa en el seno del gobierno español y al hecho de que el interés de Madrid por la CEE fue producto de factores económicos (como insistía el discurso gubernamental), pero también políticos, en especial diplomáticos. De hecho, incluso Franco fue consciente de que mejorar la relación con la CEE redundaría en mayores posibilidades de crecimiento económico para España y una mejora del prestigio internacional del país y del régimen. La insistencia de Madrid en que su interés por Europa se ceñía a objetivos económicos se debió a un hacer de la necesidad virtud. Como la permanencia del régimen en el poder se mantuvo por encima del interés del Estado (en este caso, que España hubiese sido considerada como un candidato respetable), la CEE descartó la posibilidad de aceptar a trámite la candidatura española a la asociación y hubo de recurrirse a un discurso que cantaba las excelencias de un acuerdo preferencial desprovisto de contenido político.

⁵³ PRO, FO-1108/23, Informe confidencial 112110/67, 1 de marzo de 1967.

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

La historia de la empresa en Europa

Ramiro Reig

Universitat de València

Sobre la historia de la empresa en España podría afirmarse lo que se escribió de cierto poeta romántico muerto en la flor de la edad: *in paucis annis explevit tempora multa*, en poco tiempo vivió mucho, sólo que en nuestro caso goza de buena salud. Digámoslo de una forma más prosaica. En 1927 apareció el primer volumen de la reputada colección *Harvard Studies in Business History*, que ha alcanzado este año el número 45. En 1998 E. Torres abrió, con su biografía de Ramón de la Sota, la colección LID de historia de la empresa en España, que ya va, en tan sólo siete años, por el volumen 13. Es cierto que en Harvard, y no digamos en el conjunto de Estados Unidos, existen otras muchas colecciones que convierten nuestra producción en liliputiense, pero, teniendo en cuenta que la Harvard Business School fue creada en 1908, mientras que la Historia de la Empresa fue incorporada a nuestros planes de estudios en 1993, no puede negarse que el ritmo con el que hemos querido ponernos al día ha sido muy intenso. En unos años se ha pasado de estudios sectoriales, con un enfoque macroeconómico, en los que las empresas eran un elemento más, una caja negra ignota y sellada que sólo en caso de accidente se abría, a una consideración de la empresa como mano visible que organiza el mercado, integrando actividades, difundiendo información o impulsando la tecnología, y, por lo tanto, objeto de estudio diferenciado. Los especialistas han dedicado especial atención a la definición del campo, para dotarle de autonomía y consistencia científica, y han incorporado al análisis

las teorías que, a su juicio, tienen mayor capacidad explicativa (paradigma chandleriano; teoría de los costes de transacción, de Coase; teoría de la agencia, de Alchian y Demsetz; paradigma evolucionista, de Nelson y Winter, entre las más aplicadas).

Sin embargo, en el ámbito de la historia de la empresa, a diferencia de lo que está ocurriendo últimamente en historia económica, no sólo se escriben artículos para validar teorías, sino que se publican libros y se cuentan historias, muchas veces centenarias, en ocasiones tormentosas, siempre complejas y difíciles de encajar en un modelo. El mismísimo Chandler, en el libro en que forjó la teoría sobre la gran corporación americana, *Pierre S. Du Pont and the Making of American Corporation* (1971, reed. 2000), dedica bastantes páginas a explicar las maniobras de tres de los primos para arrebatarse al resto de la familia el control de la compañía, una revolución de palacio que tuvo muy poco que ver con la organización *managerial*, y mucho con las ambiciones de Pierre Du Pont. No es ningún descubrimiento decir que en la historia de una empresa se interfieren elementos personales y colectivos, económicos y políticos, sociales y culturales. En muchos casos es el reflejo de una época y de sus contradicciones. Esto significa que permite, y a veces exige, diversas aproximaciones que no se agotan en la comprobación de un modelo económico. Esta riqueza de posibilidades es lo que atrae a investigadores de otros campos y lo que suscita el interés de los alumnos que descubren en su estudio la biografía de un personaje fascinante, un capítulo inédito de la historia de la publicidad o una comprobación en vivo y en directo de una lección de sociología de las organizaciones. En un momento en que la historia de la empresa en España, vigorosa pero todavía joven, se debate entre la ortodoxia minimalista y el todo vale, he creído que podía ser de interés ver por dónde camina en otros países. En principio el artículo debía incluir Gran Bretaña y Estados Unidos, pero, dada la densidad historiográfica de los anglosajones, me ha parecido más razonable limitarme a Italia, Alemania y Francia¹.

¹ Sobre la historiografía empresarial de estos países existen atinados balances o estados de la cuestión, acompañados de una selecta bibliografía en G. NÚÑEZ y L. SEGRETTO (eds.): *Introducción a la historia de la empresa en España*, 1994, y C. ERRO (dir.): *Historia empresarial. Pasado, presente y retos de futuro*, 2003.

Italia, una historia politizada

Comencemos por la historiografía italiana, con la que es habitual establecer comparaciones. Una nota llamativa es la gestación de proyectos colectivos de largo alcance, sostenidos por instituciones públicas y privadas, que se han ido plasmando en la publicación de varias series, motivo de admiración y envidia para el investigador sin recursos. Una dedicada a la industria eléctrica, en cinco volúmenes; otra a la Ansaldo (siderurgia y astilleros de Génova) comenzada en 1993, cuyo noveno y último volumen bajo la dirección de V. Castronovo fue publicado en el 2002, y una *Storia delle Banche*, que dirige G. Toniolo, en la que acaba de aparecer de C. Bellavite, *Storia del Banco Ambrosiano* (2004), con una amplia incorporación de documentos internos, imprescindibles para aclararse en el laberinto de los Calvi, Sindona y Marcinkus. Dejando estas obras de corte clásico, en las que se puede decir que ha participado todo el gremio de historiadores económicos, nos encontramos con dos temas recurrentes, la Fiat y las empresas públicas.

La fascinación por la Fiat, y por la familia Agnelli, es un componente del imaginario colectivo, más allá de su peso económico. Admirada, criticada, protegida y combatida, su presencia en la vida pública ha sido constante, desde los debates en el Parlamento a la prensa del corazón, y no es de extrañar que sea objeto de publicaciones de todo tipo. El subtítulo de la obra de referencia, del inevitable Castronovo, lo dice todo: *Fiat, 1899-1999, un secolo di storia italiana* (1999). No menos expresivo resulta el de la última publicación de G. Volpato, *Fiat Auto. Crisi e riorganizzazioni strategiche di un'impresa simbolo* (2004). Empresa símbolo, la historia de la Fiat resume el empuje y las debilidades de la economía italiana, la grandeza principesca y el maquiavelismo oportunista de su clase dirigente, o al menos así se la interpreta. Para conmemorar su centenario se editaron dos volúmenes, *Grande impresa e sviluppo italiano. Studi per i cento anni della Fiat* (1999), que constituyen la mejor referencia sobre la situación de la disciplina y sus tendencias. Llama la atención la diversidad temática de las aportaciones, más próximas a la sociología que a la economía: la formación de la élite industrial del Norte, la política de la empresa en el Mezzogiorno, las relaciones industriales y los conflictos. Como cabía esperar, abundan los libros de carácter

periodístico, sobre todo dedicados a la familia, y hasta un par de novelas, una detestable, *La ruga nella fronte* (2001), del director del diario *La Repubblica*, P. Scalfari, en la que se pretende convertir a Gianni Agnelli en un personaje stendhaliano, y otra, *Le mosche del capitale* (1989), de notable valor literario y muy interesante para conocer el funcionamiento interno de la Fiat y de la Olivetti, ya que su autor, P. Volponi, fue un alto cargo en ambas. No acaba aquí la cosa. La *enfant terrible* de los hermanos, Susana Agnelli, que fue diputada del Partido Radical, ha aportado un delicioso libro de recuerdos, *Vestivamo alla marinara* (1990), en el que, con gracia y desenvoltura, cultiva el mito de la familia excepcional.

Si la Fiat fascina, la empresa pública obsesiona. Desde siempre, porque la poderosa intervención del Estado se considera uno de los rasgos específicos de la historia económica italiana, y, desde los líos surgidos con *tangentópolis*, por sus consecuencias pecaminosas. El enigmático Mattei, que hizo correr tanta tinta en los años sesenta, ha resurgido con una biografía de C. M. Lomartire, que, contrariamente a lo que da a entender el aguerrido título, *Mattei, storia dell'italiano che sfidò i signori del petrolio* (2004), no está centrada en su enconada lucha contra las siete hermanas, sino en el enorme tinglado construido en torno al ENI y la AGIP. El autor muestra la fastuosa estructura clientelar de estas instituciones y la forma en que se convirtieron en suministradoras de fondos de la Democracia Cristiana y, posteriormente, del centro-*sinistra*. La figura del héroe aparece ahora ensombrecida por la del gran corruptor que reparte favores y sobornos, abriendo el camino a un sistema opaco de influencias, de las que no sólo se beneficiaban los políticos, sino también los empresarios privados. No obstante, en el momento en que más arreciaban las críticas contra el modelo de empresa pública y comenzaba su desmantelamiento, aparecieron varias obras colectivas sobre Montecatini, Montedison y AGIP, en las que reconocidos especialistas (Amatori, Berta, Segreto, Sapelli, Bezza) reivindicaban aquellos aspectos en los que habían superado con creces a la iniciativa privada, especialmente en investigación, y en la formación de cuadros directivos (Romiti, el *supermanager* de la Fiat, procedía de Alitalia; Lughari, director de la pública Alfa Romeo, fue requerido para salvar a la familia Mondadori). Esta contradicción entre una consideración crítica del modelo y una valoración positiva de sus logros, típica de la historiografía italiana, aparece aún con mayor relieve en los análisis

de la empresa privada, y tiene una matriz ideológica de carácter político.

En la actualidad, pocos autores citan a Gramsci, y menos aún para hablar de la empresa. Sin embargo, existe una coincidencia sorprendente en la interpretación de algunos rasgos del desarrollo económico que remite al paradigma gramsciano. Tal vez sea porque, en el fondo, Gramsci no hace sino sistematizar, en clave marxista, opiniones de diversa procedencia, meridionalistas (Salvemini, Nitti) o liberales (Einaudi, Albertini). La idea es que, a raíz de la Gran Depresión y de las agitaciones obreras y campesinas de finales del XIX, el impulso *risorgimentale* se cierra en falso, mediante un acuerdo que permite la persistencia de las estructuras feudales del Sur, a cambio de una política de protección a la industria del Norte. A partir de entonces, la gran empresa, sobre todo los astilleros y la siderurgia (Ansaldo, Breda, Terni, Orlando), emprende un camino ascendente y asistido, que le llevará a apoyar al fascismo cuando el poder político, transformista, clientelar y débil, se revele incapaz de poner orden. Esta visión pesimista va acompañada, en *Americanismo y fordismo*, de una singular admiración hacia algunos empresarios modernizadores, especialmente hacia Agnelli, que, sin embargo, llegado el momento, ceden a las presiones del bloque agrario y proteccionista. Todo esto suena a muy antiguo, a rancio mecanicismo, y en cierta medida está superado. Basta comparar la interpretación de la actitud patronal frente al fascismo contenida en *I padroni del vapore* (1955, reed. 2001), de E. Rossi (economista, fundador del Partido de Acción, nueve años en la cárcel y alto cargo del primer gobierno Parri, es decir, una persona muy representativa de la cultura de los años cincuenta), donde se fustiga la interesada colaboración de la Confindustria, con la de F. H. Adler, en *Italian industrialist from liberalism to fascism* (1995), no exculpatoria, pero bastante más matizada, en la línea de De Felice. Rossi seleccionó personalmente las fotos que debían figurar en su libro y hay una, en la que aparecen los dirigentes de la Confindustria con casaca negra y botas de caña alta, rodeando a Mussolini, verdaderamente impagable.

Sin embargo, por muy alejados que estén de los parámetros marxistas, los historiadores actuales, tanto más cuanto más liberales, se siguen moviendo entre los dos polos del análisis gramsciano: por un lado, la constatación de la debilidad de la formación social que lleva al mutuo apoyo entre políticos y empresarios; por otro, el canto

entusiasta a la iniciativa y empuje de algunos de éstos. En el primer apartado se puede prescindir de *Raza padrona* (1998), de Scalfari, pero es aconsejable informarse en el bien documentado estudio de S. Cingolani, *Le grandi famiglie del capitalismo italiano* (1990). El autor abre una línea de investigación sumamente interesante, que luego ha ampliado N. Colajanni, *Un uomo, una banca. Storia di Enrico Cuccia e della prima Mediobanca* (2000), y que ha sido refrendada en otros estudios de Galli y Rugafiori. Según estos autores, las grandes familias (los Agnelli, Pirelli, Falck, Pesenti, Riva, Piaggio, Orlando, Marzotto) dueñas y gestoras de las grandes empresas mantuvieron una ambigua relación con el Estado que, a partir de la expansión del *holding* del IRI y del ENI, entró en abierta competencia con ellas. Para apalancarse crearon sociedades financieras, en las que participaban con acciones cruzadas, y recibieron el apoyo inestimable de Mediobanca, empeñada en la ardua tarea de sostenerlas contra viento y marea. La figura de su presidente, E. Cuccia, tiene cierta semejanza con la del Deutsche Bank, H. Abs, ambos eternizados en el cargo durante más de veinte años, ejerciendo la tarea de componedores de acuerdos y, muchas veces, la de socorristas, sólo que Abs parece haberla practicado con mayor objetividad y medida, mientras que en Cuccia dominaba el criterio familiarista. Estaba firmemente persuadido de que, dada la debilidad del capitalismo italiano, había que preservar a toda costa el núcleo de las grandes familias, como garantía de continuidad, impidiendo las maniobras de aventureros y frenando los afanes expansionistas de la empresa pública, pero era lo suficientemente astuto para saber cuándo había que negociar con el Estado en provecho de sus protegidos. Los avatares de Mediobanca muestran una relación compleja entre el sector público y el privado caracterizada por la opacidad y las mutuas transacciones, en las que Cuccia generalmente conseguía que salieran beneficiados sus amigos (venta de la Alfa Romeo a la Fiat, para evitar la entrada de Ford, constitución de un núcleo privado en la Montedison, salvamento de Mondadori y Rizzoli, etc.). La conclusión que se saca es que se creó un sistema de *checks and balances* entre las grandes empresas familiares, muchas veces en graves dificultades, y el *holding* del IRI, o entre Mediobanca, sus protegidos, y el Ministerio de Participaciones Estatales. En el fondo, un sistema sutil de capitalismo asistido que saltó por los aires cuando irrumpieron los aventureros de la década de los ochenta reclamando su parte (entrada del grupo

Gardini-Ferruzi en Montedison y espectacular quiebra, escándalo del Ambrosiano).

Un segundo apartado de estudios, algunos en el polo opuesto de los anteriores, se fija preferentemente en el dinamismo empresarial, en su espíritu creativo y en los éxitos cosechados. Castronovo, una de las personas más indicadas para hacerlo por sus anteriores y exhaustivos trabajos sobre la Fiat, la Banca del Lavoro y la Ansaldo, tiene un libro, *Grande e piccoli borghesi* (1990), que es un recorrido magistral, descriptivo y a la vez analítico, por la historia empresarial de todo un siglo. Como ya Gramsci había insinuado, no todos los empresarios fueron buscadores de rentas de situación y de favores, los hubo también innovadores y con un audaz talante schumpeteriano. G. Berta, en *L'Italia delle fabbriche* (2001), ofrece un sugerente análisis de la ideología *managerial* de los más conocidos y de su temprana preocupación por introducir el fordismo y el americanismo. Uno de los capítulos más interesantes es el dedicado a Adriano Olivetti, un personaje fuera de lo común por su concepción modernista y humanista de la empresa. Sobre Camillo, su padre (uno de los pocos a los que el implacable censor Rossi salva de connivencia con el fascismo), y sobre Adriano existe una antigua biografía de B. Caizzi (1962) y algunos estudios de olivettianos de renombre, como Ferrarotti, pero todos se dejan llevar por el afecto. El que fuera jefe de personal de la empresa, Ottiero Ottieri, escribió un emotivo relato, *Donnarumma all'asalto* (1959, última edición en 2004), sobre la apertura de la fábrica de Pozzuoli, en el Mezzogiorno, que los críticos compararon, por su valor antropológico y calidad literaria, al *Cristo si è fermato a Eboli*, de C. Levi. De otro gran capitán de industria, G. Battista Pirelli, ha aparecido su *Viaggio di istruzione all'estero* (2003), reproducción del diario que el joven escribió durante su recorrido por las fábricas de Suiza, Alemania y Francia en 1870. La editora y anotadora F. Polese ha publicado un estudio complementario, *Alla ricerca di un'industria nova* (2004), de gran interés para conocer la formación del futuro empresario (Politécnico de Torino), su círculo de amigos y los ideales que les animaban, marcados por las ilusiones del *Risorgimento*. Todos ellos se alistaron voluntarios en las tropas garibaldinas durante la tercera guerra (Pirelli participó en la batalla de Mentana y lo recordaba con orgullo). Soñaban con una Italia que contara en Europa, una Italia moderna e industrial, que siguiera el camino de Alemania, cuya industria química impresionó

fuertemente a nuestro joven y decidió su futuro. Creo que un rasgo de la historiografía italiana es el empeño en inscribir a sus héroes en el contexto cultural. Los fundadores, Pirelli, Agnelli y Olivetti, padre, representan la energía del *Risorgimento*; los sucesores, Olivetti, hijo, y Mattei, la cultura de la Resistencia, y esto les convierte en los grandes animadores de un sueño patriótico. Es posible que Adriano, el día en que firmó el acuerdo de adquisición de la Remington, o aquel otro no menos emocionante en que la *Lettera 42* entró en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, como objeto artístico, relejera con emoción la carta de su padre escrita en 1908 desde Chicago: «*Oggi ho visitato la Remington dove fabbricano 70.000 machine per scrivere all'anno*». Es una lástima que la falta de una tradición biográfica, al estilo anglosajón, nos haya privado de buenos libros sobre estos personajes, con muchas sombras, pero de indudable grandeza. Disponemos, en cambio, de apuntes personales, *Taccuini, 1922-1943* (1984), de Alberto Pirelli, el hijo del fundador, y *Dal taccuino di un borghese* (1946, reed. 1986), de E. Conti, en los que se puede ver la estrecha relación de los líderes de la Confindustria con el fascismo, aunque el segundo está muy maquillado para atenuarla y justificarla.

En la actualidad, la historia empresarial italiana se encuentra atrapada por tres solicitaciones diversas. En primer lugar, por el peso de la historia industrial, en la línea de los antiguos maestros, los Cafagna y Romeo, a la que se le imputan algunas connotaciones chandlerianas. Se trata de artículos académicos, que luego se recopilan en libro, en los que se estudia, por ejemplo, la integración vertical de la Ansaldo, o la diversificación, del acero a la electroquímica, de la Terni. En segundo lugar, por la exasperación periodística en torno al capitalismo asistido y depredador, que se plasma en muchos libros denuncia, de escaso valor, excepto alguno que contiene información seria y contrastada. Por último, por la seducción del nuevo espíritu empresarial, una tendencia que conecta con la permanente preocupación de la historiografía italiana por los pequeños y medianos empresarios personificada en los estudios de G. Becattini sobre los distritos industriales. Lo que ocurre es que hacer historia de iniciativas que han tenido un éxito fulgurante, pero que en bastantes casos aún están por consolidar, resulta bastante complicado. De aquí que sea un campo ocupado por amenos divulgadores y por especialistas en gestión y *marketing*, que diseccionan las estrategias de los nuevos

capitanes de empresa como si fueran generales napoleónicos. El caso arquetípico sería el de Benetton, que cuenta, entre otros, con un discreto libro generalista, de J. Mantle, *Benetton, the family, the business and the brand* (1999); una horrorosa biografía, de S. Saviane, *Il miliardario. La vita segreta di Luciano Benetton* (1998); una simpática autobiografía, *Io e i miei fratelli* (1990); un pretencioso estudio sobre su publicidad (con muchas fotos en color), de L. Pagnucco, *Benetton-Toscani. Storia di un'avventura* (2002); un panfleto de pensamientos esotéricos, de M. Baldini, *Popper e Benetton. Epistemologia per gli imprenditori e gli economisti* (2003); y, entre tanta barahúnda, un estudio especializado, de E. Sabbadin, *Marketing della distribuzione e marketing integrato. I casi Marks & Spencer e Benetton* (1997). Este último libro, el único aprovechable del elenco, muestra la resbaladiza pendiente en que se encuentra la historia empresarial, achuchada (y no sólo en Italia) por una avalancha de estudios de casos, al estilo americano, limitados al corto plazo pero con pretensiones de magisterio papal. Para no llevarnos a engaño se nos avisa en la portada, *Del Vecchio e Luxótica. Come si diventa leader mondiali* (2000), por dos eminentes profesores de la Boconi milanesa que lo tienen muy claro. Con una intención, digamos más parroquial y divulgativa, el periódico económico *Il Sole-24 Ore* presenta semanalmente breves semblanzas de nuevos empresarios, *Storie di imprenditori di successo*, que luego se publican en formato libro (y ya van tres).

En conjunto, a pesar de estos males, que aquejan por igual a la historiografía empresarial de otros países, la italiana es consistente y presenta rasgos específicos que la hacen muy atractiva. A mi juicio es bastante crítica respecto al papel de los empresarios en el desarrollo económico, con una marcada tendencia a no aislarlos, sino a situarlos en el contexto sociopolítico y, en este sentido, muy poco americana, con escaso o nulo interés en averiguar si la organización de la empresa es en U o en M. En cambio aparece como tema recurrente la cuestión de las relaciones con el poder político y con el mundo del trabajo y, en este sentido, sus fronteras están más próximas a la historia social que a la teoría económica. Si se quiere un libro que compendie sus particularidades, éste sería el de D. Bigazzi, *Il Portello. Operai, tecnici e imprenditori all'Alfa-Romeo, 1906-1926* (1988), un estudio que, en palabras del autor, pretende romper las barreras que separan la *business history* de la historia de la tecnología y del trabajo, en la línea de W. Lazonick y su teoría de las *Competitive Advantages*

on the Shop Floor, en el taller y no sólo en la dirección (un autor, por cierto, traducido al italiano, pero no al castellano). La empresa puede contemplarse desde distintos ángulos y en Italia siempre surge alguien que la mira desde abajo. Por eso, a quien haya superado la lectura de los nueve volúmenes sobre la Ansaldo, sin morir en el intento, le recomendaría un pequeño libro, A. Molinari, *Le lettere al padrone. Lavoro e cultura operaie all'Ansaldo nel primo Novecento* (2000), en el que se hace un estudio de las cartas, generalmente peticiones, dirigidas a la dirección de esta empresa por los trabajadores.

Alemania, una historia trágica

La historia de la empresa en Alemania cuenta con una conspicua tradición teórica y es monumental en la forma y wagneriana en el fondo. Sobre casi todas las grandes empresas existe un amenazador volumen, que supera siempre las 500 páginas y alcanza muchas veces las mil, con 50 de notas, una *Meilensteine*, una piedra miliar, como se titula el dedicado a la Bayer. Y el argumento es siempre grandioso, la epopeya de unos titánicos welsungos que desafían los límites impuestos por la naturaleza para apoderarse del oro del Rhin (el carbón y el hierro) y terminan por abismarse en una tremenda tragedia.

En la Universidad alemana no está mal visto (ni castigado por los sexenios) que un estudioso dedique toda su vida a Hegel, a Siemens o a la mosca tsé-tsé, pero no es ésta la única causa de la solidez de la historiografía empresarial. Las grandes empresas han sentido la necesidad de legitimarse ante la sociedad, no ocultando nada de su oscuro pasado, y han confiado sus archivos a prestigiosos académicos a los que han encomendado la tarea de escribir una historia objetiva y científica. Incluso alguno de los libros conmemorativos o jubilaes se ha encargado al especialista en la materia, como el ya citado de Bayer. El resultado de esta política ha sido que cinco o seis autores dominen el panorama con obras de referencia difícilmente superables: Feldenkirchen en Siemens, L. Gall en Krupp, M. Pohl en Holzmann, G. Plumpe en la IG Farben, Abelshauer en Basf. El magisterio de estos jefes de fila es expansivo, ya que Feldenkirchen ha escrito también los libros jubilaes de la Mercedes y el de Henkel, M. Pohl ha estudiado los ferrocarriles y las azucareras,

y L. Gall ha dirigido la monumental obra sobre el Deutsche Bank. Pero no parece que sea un magisterio cerrado, ya que a un ritmo pausado se van incorporando nuevas obras y autores. A raíz de la caída del muro, que permitió la unificación de las dos ramas de Zeiss, W. Mühlfriedel y R. Walter, profesores de la Universidad de Jena, comenzaron a publicar la historia de esta empresa de óptica, cuyo tercer volumen ha aparecido en 2004. Es un estudio recomendable, ya que es el único en el que se puede comparar la actividad empresarial bajo distintos regímenes políticos. No obstante, cabría señalar que la investigación académica se ha centrado en los grandes mastodontes de la siderurgia, la química, la electricidad y la banca, dejando huecos sorprendentes en la industria del automóvil (Volkswagen) o en la distribución (Karstadt). Ocurre también que las empresas que no tienen que justificar su pasado, porque son posteriores al nazismo, se muestran menos favorables a abrir sus archivos y más inclinadas a encargarse de libros de autobombo, sobre la responsabilidad social del señor Mohn, en Bertelsmann, o las revolucionarias innovaciones en *marketing* de Aldi.

Resulta difícil enmarcar las grandes obras citadas en alguna de las teorías económicas en curso. Se trata de estudios globales, de carácter analítico, en los que se abordan todos los problemas, con especial atención, dada la índole de las empresas, a la cartelización del mercado y la investigación científica. Se nos muestra la lógica de las empresas que, hasta la guerra, se encuentra enmarcada por dos coordenadas: los postulados de la Escuela Histórica (List, Wagner, Schmöller) sobre la necesidad de construir una potente economía nacional y el paradigma weberiano de la racionalidad burocrática. Incluso empresas muy abiertas a los mercados exteriores y con directivos cosmopolitas, como G. Siemens o W. Rathenau, en la AEG, compartían la prioridad de estructurar la economía alemana como soporte de su internacionalización. La búsqueda de estabilidad, mediante la cartelización, la colosal inversión en investigación, como forma específica de superar la competencia británica y americana, el paternalismo autoritario de corte bismarckiano, tan diferente del benevolente paternalismo cuáquero de los británicos, se explican mejor a partir de la tradición cultural subyacente, aunque no se reducen a ella. Lo mismo podría decirse del modelo organizativo. J. Kocka, anticipándose al estudio comparativo de Chandler en *Scale and Scope*, publicó un trabajo sobre Siemens que llevaba el weberiano subtítulo

de *Zum Verhältnis von Kapitalismus und Bürokratie in der deutsche Industrialisierung* (1969) (*Sobre la relación entre capitalismo y burocracia en la industrialización alemana*), una tesis que aparece corroborada en las historias empresariales citadas, más próximas al *administrative aproach* que al *entrepreneurial aproach*. J. Fear, en *Organizing Control. August Thyssen and the construction of German Corporate Management* (2005), intenta demostrar que esta empresa se regía por parámetros organizativos semejantes a los americanos (integración multidivisional), pero no deja muy claro que la racionalidad administrativa fuera sustituida por la competencia *managerial*.

La relación con el nazismo merece en todas las historias un capítulo aparte. Es un tema que ha recibido en los últimos tiempos especial atención y del que se puede encontrar un esmerado estado de la cuestión en L. Gall y M. Pohl (hrg.), *Unternehmen im Nationalsozialismus* (1998), donde se recogen las comunicaciones y debates del Congreso de la *Gesellschaft für Unternehmensgeschichte*, celebrado en Frankfurt en 1997. Los puntos de referencia establecidos no parece que vayan a sufrir modificaciones sustanciales, pero la documentación, cada vez más abrumadora, permite enriquecerlos. Existe acuerdo en que no hubo un complot de los industriales para llevar a Hitler al poder y asegurar la defensa de sus intereses. Los grandes empresarios desconfiaban de la demagogia nazi, y apoyaron y financiaron alternativas de tipo conservador-autoritario (Hindenburg, Brüning, Von Papen), aunque bajo mano también dieron dinero a Hitler. Como expone simbólicamente T. Mann, en el conocido relato *Mario y el mago*, creían que podían jugar con él y mantenerlo a raya. P. Hayes, en *Industry and Ideology. IG Farben in the Nazi Era* (1987, reed. 2001), recuerda la reunión tranquilizadora mantenida entre C. Bosch, presidente de la IG Farben, y los representantes de la americana Dupont, que habían amenazado con retirar su participación caso de triunfar Hitler. Y es un dato significativo que a la reunión del círculo de empresarios de Dusseldorf, organizada por Thyssen (éste, sí, pro-nazi declarado) para que Hitler explicara su programa, no quisieron asistir los miembros más distinguidos, Krupp, Reusch (siderurgia) y Duisberg (IG Farben). Sin embargo, una vez en el poder, por necesidad, conveniencia o miedo, se plegaron completamente a sus designios bélicos, hicieron buenos negocios y terminaron empleando prisioneros y judíos como mano de obra esclava. El libro citado de P. Hayes sobre IG Farben y los de G. Feldman sobre

Allianz, G. Holes sobre la arianización del Deutsche Bank, A. Ebbinghaus y B. Hopmann sobre el trabajo forzado en Daimler-Benz son de una contundencia demoledora. No hay corrientes «revisionistas» entre los historiadores de la empresa, pero en el Congreso de Frankfurt se manifestó la conveniencia de diferenciar gestos y actitudes personales. Hubo quien intentó, hasta donde pudo, mantener a los judíos en su puesto, y quien utilizó su amistad con jerarcas nazis para apropiarse de una empresa judía, aunque ninguno osara oponerse a la maquinaria infernal del régimen.

En B. Koehn, *La resistencia alemana contra Hitler* (2005), se habla de los conatos de oposición entre los obreros, los universitarios, las iglesias y hasta de algunos militares, pero de ningún empresario. Tan sólo podrían citarse dos, R. Bosch (presidente de la empresa de dinamómetros que lleva su nombre, sin ninguna relación con C. Bosch, presidente de IG Farben) y F. Thyssen. En J. Schlotysek, *Robert Bosch und der liberale Widerstand gegen Hitler, 1933-1945* (2002) (*Robert Bosch y la resistencia liberal contra Hitler*), se estudia la relación de este singular empresario con los círculos clandestinos de la oposición. La trágica, y poco conocida, odisea de F. Thyssen ha encontrado un cronista bien informado y objetivo en H. Eglau, *Fritz Thyssen, Hitlers Gönner und Geisel* (2003) (*Fritz Thyssen, protector y rehén de Hitler*). En este extraño personaje, de difícil carácter y exaltado nacionalismo, se da la paradoja de que fue el primer gran industrial que se afilió al partido nazi, años antes de la toma del poder, con fanático entusiasmo, y el primero que se opuso al régimen de forma abierta, siendo encarcelado por los nazis y por los americanos. En 1935, a raíz de los ataques de grupos nazis a la Iglesia católica, protestó airadamente ante Göring y comenzó a distanciarse del régimen, que lo marginó y sometió a vigilancia. El día 31 de agosto, fecha de la invasión de Polonia, recibió la orden de presentarse en el Parlamento de Berlín, donde debía ser aprobada por aclamación la declaración de guerra. Esa noche escapó con la familia a Francia y envió un telegrama a Hitler en el que manifestaba su oposición a la guerra. Entregado por el gobierno de Vichy a los nazis, Göring le ofreció la libertad a cambio de la retractación, pero no aceptó. Fue internado en el campo de concentración de Sachsenhausen, en unos barracones para prisioneros de cierto renombre, a los que se quería mantener con vida con vistas a canjearlos, y luego trasladado a Regensburg y Dachau. Detenido por los americanos, no fue incluido

en el Nuremberg de los industriales, en el que se juzgó a Krupp y a los directivos de la IG Farben, sino que se remitió su caso a un tribunal de Hesse que le declaró culpable de colaboración, aunque *minderbelasteten* (con menores cargos, ya que no había participado en la guerra). Fue puesto en libertad en 1948. Seguramente ninguna figura como ésta, que sufrió en su propia carne las consecuencias de su ciego fanatismo y de su culpa, resume tan cumplidamente la tragedia del pueblo alemán.

Para concluir con el tema del nazismo, una observación. La crudeza y valentía con que la historiografía alemana se ha enfrentado al pasado nazi se encuentran algo atemperadas al tratar el tema de la reconstrucción, a pesar de que en ella participaron empresarios de muy turbio pasado. En 1948, motivados por la guerra de Corea y el comienzo de la Guerra Fría, los americanos abandonaron los absurdos proyectos de desmantelamiento, como el plan Morgenthau, y apostaron por una rápida reindustrialización, recurriendo a empresarios poco recomendables. Que G. Quandt y F. Flick, fuertemente comprometidos con el régimen nazi, recuperaran gran parte de sus bienes y, con el tiempo, llegaran a ser accionistas mayoritarios de BMW, el primero (donde la familia mantiene el control), y de Mercedes, el segundo, es algo difícil de entender y que no ha sido abordado sistemáticamente por los historiadores.

Paralelamente a los estudios sobre las grandes empresas y sobre el nazismo han ido surgiendo trabajos que se centran en temas específicos, principalmente en la cultura de empresa y en sus repercusiones. El libro de referencia es H. Berghoff, *Zwischen klein Stadt und Weltmarkt. Hohner und die Harmonika, 1857-1961. Unternehmensgeschichte als Gesellschaftsgeschichte* (1997) (*Entre una pequeña ciudad y el mercado mundial. Hohner y la armónica, 1857-1961. La historia empresarial como historia social*). La originalidad del estudio radica en que aborda la trayectoria de una empresa mediana que, con un producto raro, consiguió imponerse en el mercado mundial. Su éxito se debió, según Berghoff, a que supo aprovechar la cultura de un entorno de artesanos especializados y amantes de la música (ya que antes hemos hablado del oro del Rin, ahora habría que citar a los *Meistersinger*) y crear un mercado de *amateurs* que valoraban la singularidad del producto. Este enfoque analítico en el que la empresa y el mercado son instituciones sociales que se comunican por canales culturales puede resultar muy enriquecedor para el estudio de empresas parecidas;

pienso, por ejemplo, en la valenciana Lladró. Otros trabajos sobre culturas de empresa muestran que es un campo prometedor, pero difícil de abordar de una forma que esclarezca aspectos determinantes de su actuación. Explicar, como hace A. Nieberging en un estudio sobre la cultura de Bayer, las obras sociales es interesante, pero no deja de ser un aspecto parcial que no define el comportamiento general de la empresa. En cambio, Ch. Kobrak, en *National Cultures and International Competition. The Experience of Schering AG, 1851-1950* (2002), muestra cómo la cultura de la empresa, reflejo de la cultura corporativa alemana, ha condicionado, y no siempre para bien, sus opciones estratégicas. «*A deep structure of beliefs is the invisible hand that regulates economic activity*». Como se ve, la dichosa mano da mucho juego, visible y poderosa en Chandler, de nuevo invisible y misteriosa en la cultura. Pero no es éste el único tema abordado. El deseo de americanizar los estudios empresariales con argumentos más prácticos se manifiesta en A. Zipfel, *Public Relations in der Elektroindustrie. Die Firmen Siemens und AEG, 1847 bis 1939* (1997). Estas empresas percibieron que el mercado eléctrico, en contraste con el siderúrgico y el químico, dependían en buena parte del consumidor doméstico, al que había que alentar e instruir en el uso de los nuevos aparatos. No obstante, de la lectura del libro se desprende que, aunque entraron en el mundo de la publicidad (actrices famosas limpiando la alfombra de una elegante mansión con una aspiradora Vampir, de AEG), sus campañas iban encaminadas a demostrar el poderío tecnológico de la firma con la exposición de los grandes avances conseguidos.

Como en el caso italiano, las buenas biografías no abundan. La leyenda de la familia Krupp ha dado pie a diversas obras de divulgación y hasta a una interpretación en clave freudiana, R. Calogeras, *Die Krupp Dynastie und die Wurzeln des Deutschen Nationalcharakters* (1989) (*La dinastía Krupp y las raíces del carácter nacional alemán*). Metidos en tales elucubraciones es preferible leer *Los 500 millones de la Begun*, donde Julio Verne nos cuenta los tenebrosos planes de la Stahlstadt, la ciudad del acero, empeñada en fabricar un cañón de largo alcance con el que destruir France-Ville, la ciudad de la libertad (es lo que haría, años más tarde, el cañón Berta fabricado en la ciudad del acero de Krupp). Novelas aparte, hay algunas excelentes biografías, comenzando por la autobiografía de Werner von Siemens, el fundador de la dinastía. Los *Lebenserinnerungen*, recuerdos

de mi vida, fueron escritos por el autor en sus últimos años y publicados inmediatamente después de su muerte en 1892, y afortunadamente han sido reeditados en 2004 por Feldenkirchen. La cuidada y lujosa edición incorpora, además de una esclarecedora introducción, textos de cartas que complementan el relato. Acostumbrados a las memorias autocomplacientes de los triunfadores de nuestra época (las de J. Welch, el reorganizador de General Electric, serían las más insoportables), las de Siemens tienen un subyugante encanto por su sobriedad y modestia, además de ofrecer una historia de la electricidad contada por uno de sus principales protagonistas. Son imprescindibles, porque ambas analizan con detalle la actuación profesional y pública de los biografiados, las de G. Feldman, *Hugo Stinnes. Biographie eines Industriellen, 1870-1924* (1998), y de L. Gall, *Der Bankier Hermann Joseph Abs. Eine Biographie* (2004), dos personajes clave en la historia empresarial alemana, el primero como impulsor del consorcio siderúrgico, creador de la RWE (compañía eléctrica de Renania) y protagonista del famoso pacto Stinnes-Legien entre patronal y sindicatos, el segundo como presidente del Deutsche Bank en la postguerra. Mención especial merece, a pesar de su antigüedad (la primera edición es de 1946), T. Heuss, *Robert Bosch. Leben und Leistung* (1986) (*Robert Bosch. Vida y obra*), por la personalidad del autor, presidente de la República Federal Alemana de 1949 a 1959, y la del biografiado, que, por el amor a la técnica, las simpatías socialistas, la actitud distante frente al nazismo y la luenga barba tolstoiana, recuerda a Camillo Olivetti. Recientemente las editoriales Campus y Rowohlt han ido publicando historias de sagas familiares, relevantes por su trayectoria empresarial, con el título de «los...»: los Flick, los Werthheim, los Oetker, etc. Escritas por periodistas especializados, se centran en la peripecia familiar y no tienen pretensiones académicas, pero están bien documentadas, mantienen un tono digno, sin caer en el sensacionalismo ni en la hagiografía, y proporcionan mucha información sobre la marcha de las empresas. En algunos casos, como el de los Flick (Daimler-Benz) y los Quandt (BMW), sobre los que no hay nada escrito a pesar de su importancia, resultan imprescindibles. También la editorial Ullstein inició una colección, con el título de Made in Germany, dedicada a empresarios famosos: Grundig (electrodomésticos), Faber (lápices), Rosenthal (porcelanas), Dassler (zapatillas Adidas) y, por supuesto, Krupp, Siemens, Daimler y Porsche. Se trata de pequeños libros de bolsillo,

de unas 150 páginas, de carácter didáctico (con algunas fotos, cronologías, recuadros con los acontecimientos de la época) encargados al experto en la materia, por ejemplo, Feldenkirchen para la de Siemens. Lamentablemente la colección ha quedado interrumpida, supongo que por razones económicas, por lo que mi deseo de que una iniciativa tan útil fuera imitada por alguna editorial española no creo que se cumpla. En fin, para que haya de todo, los grupos radicales, de los que tenemos noticia por sus sonoras intervenciones en las juntas de accionistas, también han publicado alguno de sus alegatos en editoriales alternativas.

Francia, una historia culta

Podríamos decir, rozando la provocación, que la mejor historia de Au Bon Marché, el gran almacén más antiguo de París, es *Au bonheur des dames*, la famosa novela de Zola. No es cierto, ya que existe un buen estudio sobre esta empresa, M. Miller, *Au Bon Marché, 1869-1920. Le consommateur aprivoisé* (1981), pero resulta útil para apuntar un par de características de la historia de la empresa en Francia: sus amistades peligrosas con la literatura y la predilección por los grandes frescos, en bastantes casos con tonos patrióticos. Repasando la bibliografía encontramos una notable proliferación de obras generalistas en las que se plasma el genio francés de la claridad y la síntesis. Se trata de estudios que abarcan la historia de todo un sector en un arco temporal de un siglo. J. Marseille, uno de los patronos de la disciplina, ha coordinado una serie de trabajos suficientemente indicativos de esta tendencia omnicomprendiva: *Les industries agro-alimentaires en France. Histoire et performances* (1997), *La révolution commerciale en France, du Bon Marché à l'hipermarché* (1998) y *Le luxe en France, du siècle des lumières à nos jours* (1999). Pero no es el único en ofrecernos provechosas recopilaciones, algunos asumen la tarea por sí solos. E. Chadeau tiene una historia de la industria aeronáutica, *De Bleriot à Dassault* (1997), y H. d'Ainval, *Deux siècles de sidérurgie française* (1994). Son obras serias y rigurosas, pero no de investigación, realizadas por autores familiarizados con la historia industrial, que aprovechan su competencia en la materia para ofrecernos una brillante y útil panorámica. Cabría esperar que, partiendo del conocimiento del sector, se abordara la historia de

empresas relevantes, pero en esta dirección el avance es lento. El caso más llamativo es el de la siderurgia, donde no se dispone de ninguna historia de Schneider (salvo un grueso libro conmemorativo) ni de Wendel, los Krupp y Thyssen franceses. Sobre Schneider y la gran factoría de Le Creusot se montó una gran exposición en el Museo Orsay de París, en 1995, de la que existe un cuidado catálogo con colaboraciones de interés, como la de C. Beaud, sobre la tecnología, y la de M. Perrot, sobre el trabajo. En torno a los Wendel y sus factorías de Lorena se celebró también una exposición el año pasado, esta vez en el Louvre, que fue bastante criticada. El catálogo, a cargo de J. Marseille, es malísimo, un recorrido superficial por la historia de la familia y las realizaciones de la empresa. En cualquier caso, que los dos principales museos de Francia acojan sendas exposiciones sobre historia de la empresa muestra la importancia social que se le concede. Estas carencias están compensadas por un trabajo de conjunto, J. M. Moine, *Les barons du fer. Les maîtres des forges en Lorraine* (1989), destacable por la originalidad de su enfoque. Se trata de un estudio (en su origen una tesis doctoral de las de antes) que el autor califica de «prosopografía», algo así como una biografía de grupo, en el que, junto a los Wendel, aparecen otras poderosas familias, como los Cavallier y Paul, creadores de Pont-à-Mousson. El libro se centra en la actuación del colectivo: creación de los *comptoirs* de ventas y del Comité des Forges, obras sociales fruto de su cultura paternalista, estrategia política de control local, alianzas matrimoniales. En suma, un retrato de grupo puntilloso y académico que tiene una versión *light*, para el gran público, en L. de Warren, *Les fils de Vulcain. La saga des maîtres des forges* (1999).

Que dominen los estudios generalistas no significa que no haya buenos estudios de empresa. El sector del automóvil ha sido uno de los más frecuentados por los investigadores. Abrió el fuego, en 1971, P. Friedenson con una historia de los primeros años de Renault, que no ha tenido la prometida segunda parte, y ha encontrado, en la década de los noventa, al historiador de referencia en J. L. Loubet, autor de una trilogía dedicada a cada uno de los gigantes, Peugeot, Renault y Citroën, obras exhaustivas, con abundancia de cuadros sobre producción y ventas. De menor amplitud, pero muy interesante porque se fija en el aspecto más característico de Citroën, la introducción del fordismo, es S. Schweitzer, *Des engranages à la chaîne. Les usines Citroën, 1915-1935* (1982). En la actualidad el automóvil

tiene un foco de estudios muy activo, impulsado por P. Friedenson y M. Freyssenet, el grupo Gerpisa, con centro en la Universidad de Evry y conexiones en todo el mundo. Aunque se trata de un grupo abierto, el enfoque metodológico de la mayoría de sus trabajos es el de la escuela de la regulación, y su caballo de batalla la discusión sobre el fordismo y el postfordismo. Junto al automóvil, la banca, que ya contaba con los trabajos pioneros de Bouvier, sobre el *Crédit Lyonnais*, y de B. Gille, sobre los Rothschild, es el sector mejor estudiado. El volumen colectivo, coordinado por B. Desjardins, *Le Crédit Lyonnais, 1863-1986* (2004), es el ejemplo perfecto de una obra bien pensada, que se estructura temáticamente y en la que se abordan la internacionalización y regionalización del banco, la relación con las empresas financiadas, los comités directivos y sindicales, las fases de expansión y de crisis, en fin, todo y bien. En cambio, H. Bonin, *Suez, du canal à la finance* (1987), cuyo autor está considerado como uno de los expertos en historia bancaria, ofrece una acumulación interminable de datos, hechos, personas y números, expuestos con tal atropello y confusión que es imposible sacar algo en claro. Un término medio, muy francés, entre la investigación y la divulgación, es E. Bussière, *Paribas, l'Europe et le monde, 1872-1992* (1992).

Los estudios sobre empresas de otros sectores ofrecen un panorama no muy poblado, pero variado. Las siguientes obras no sé si son las mejores, pero sí representativas de los diversos enfoques y líneas de trabajo. P. Cayez, *Rhône-Poulenc, 1895-1975* (1988), es uno de los más citados por los colegas, y representaría lo que se entiende por un clásico de la disciplina. Según F. Caron, patriarca incontestado del gremio y prologuista de éste y de otros muchos libros, su mérito está en que «nos permite descubrir la construcción progresiva de una cultura de empresa y su capacidad de adaptación a la evolución de los mercados y a las sollicitaciones de la ambiciosa política industrial de la nación». Es decir, una interpretación evolucionista, según el paradigma de Nelson y Winter, con un toque de colbertismo. Este toque se vuelve desbordante en J. P. Daviet, *Una multinazionale à la française. Saint-Gobain, 1665-1989* (1989), y adquiere un tono prometeico en J. Marseille, *Alcatel Alsthom. Histoire de la Compagnie Générale d'Electricité* (1992). La pasión que recorre el libro hay que atribuirlo a la perspectiva sansimoniana del autor, posiblemente contagiada por el carismático fundador de la

Compañía P. Azema. Se contempla el desarrollo de la empresa bajo la metáfora, tan cara a los sansimonianos, de la red, en otro tiempo de ferrocarril, ahora de energía eléctrica, una red que no cesa de ampliarse y que tiene el sentido trascendente de una misión. Guiada por la idea de progreso, que es el faro que ilumina tanto a la empresa como al historiador, CGE se convierte en un campeón nacional del gaullismo, y mediante sucesivas alianzas (CGE-Alcatel-Alsthom) termina siendo el líder de las redes de información.

En el polo opuesto de esta interpretación a lo «*gran siècle*», guiada por la *grandeur*, que los críticos llaman mercantilismo *high-tech*, se encuentra T. Gaston-Breton, *Lesieur, une marque pour l'histoire, 1908-1998* (1998), cuyo hilo conductor es el *marketing*. Por el tipo de producto, el aceite de oliva, Lesieur es una empresa dependiente de los consumidores directos y el acierto del autor está en enfocar su historia desde el punto de vista de la mercadotecnia. No es éste el caso de Michelin, donde otros factores (la tecnología) juegan un papel más relevante, pero a falta de una historia completa es recomendable S. Harp (profesor en la Universidad de Akron, la ciudad de los neumáticos), *Marketing Michelin. Advertising and Cultural Identity in Twentieth-Century France* (2001), aunque sólo aborde esta cuestión. Finalmente, para completar el cuadro de la diversidad de enfoques, tenemos P. Pouchain, *Les maîtres du Nord, du XIX siècle à nos jours* (1998), un libro de historia regional sobre los patronos textiles de Lille, Roubaix y Tourcoing, escrito con la misma metodología del ya citado sobre los barones del hierro, la prosopografía o retrato de grupo. Es muy interesante ver cómo los vástagos de las grandes familias, vislumbrando la crisis irreversible del sector textil, se introducen en la distribución y los servicios, donde crean nuevos imperios. Los Mulliez en Auchan (Alcampo), Norauto, Leroy-Merlin y Decathlon; los Willot en el viejo Au Bon Marché y Conforama; los Dubois en Castorama; los Dubrule en las cadenas hoteleras Novotel; e Ibis y B. Arnault, de familia media pero introducido por casamiento en el serrallo, en Louis Vuitton-Möet-Hennessy. Para los lectores cinéfilos diremos que Louis Malle, director del inolvidable film *Au revoir les enfants*, pertenecía a una de estas dinastías.

La indefinición de la disciplina facilita la entrada de personas ajenas a la especialidad, sencillos historiadores, sociólogos críticos, biógrafos de profesión, periodistas y libelistas. Existe incluso una agencia que asume la preparación (redacción, maquetación y edición)

de libros conmemorativos de los jubileos empresariales y que, a juzgar por los realizados (Schneider, Air France) no lo hace mal. En principio las intromisiones no tienen por qué ser rechazadas, proporcionan la riqueza de otros puntos de vista y permiten el diálogo interdisciplinar. En este sentido, las aportaciones más sugerentes proceden de la escuela de Bourdieu. En 1978 la revista *Actes de la recherche en sciences sociales*, fundada y dirigida por Bourdieu, dedicó un número a *Le Patronat* (ARSS, 20-21, 1978) que marcaba la pauta de futuros trabajos. Para Bourdieu la clave está en la capacidad del discurso dominante para delimitar o definir el campo de juego. Uno es buen o mal empresario por la posición que ocupa en ese campo previamente acotado (digamos que un empresario keynesiano, que creyera en salarios altos y empleo fijo, ocuparía una posición marginal en el campo económico tal y como hoy está definido, cuando en los años sesenta hubiera sido propuesto como ejemplo). Partiendo de este planteamiento, L. Boltanski, *Le nouvel esprit du capitalisme* (1999, hay traducción castellana), ha estudiado la formación del discurso *managerial*, que es la *doxa* que hoy define la verdad sobre la gestión empresarial. Otro miembro de la escuela, F. Lordon, *La politique du capital* (2002), ha analizado, con la misma intención crítica, un episodio de la historia reciente, la batalla de las fusiones bancarias que tuvo lugar en Francia, en 1999, entre los meses de febrero y agosto. Como es sabido, la preparada y esperada unión de la Société General con el BNP, con Paribas de espectador, dio un giro inesperado ante el anuncio de una OPA amistosa de la Société General a Paribas, dejando compuesto y sin novio al BNP. *Sedutta e abbandonata*, como la Manon de Massenet, el BNP reaccionó rabiosamente con una OPA hostil a los dos bancos, pero sólo pudo adquirir Paribas, con lo que el baile terminó emparejando a los más opuestos y dejando sola a la Société General, que era quien lo había iniciado. Es decir, justo lo contrario de lo que se había planeado al comienzo. Lo verdaderamente estupefaciente, y lo que explica Lordon en su libro, es que para cada giro se elaboró un discurso absoluto e irrefutable, con argumentos completamente opuestos, no a los del contrario, sino a los del anterior discurso. En cada caso aparecía el presidente, con cara de Fernandel, afirmando que sus palabras no tenían vuelta de hoja. Tal vez algún lector piense que este tipo de análisis es más propio de artículos de *Le Monde Diplomatique* que de la historia de la empresa, pero yo creo que ayudan a tener un distanciamiento crítico.

La biografía es un género predilecto de los escritores franceses y las vidas de los empresarios famosos ofrecen materia abundante y sugestiva. Hay un buen número, pero no demasiadas que puedan interesarnos, tal vez porque el biógrafo francés, a diferencia del anglosajón, sobrio, distante y un poco irónico, no puede evitar hacer literatura. Podrían clasificarse en dos apartados, biografías de *haute couture* y biografías *pret-à-porter*. Las primeras, escritas por maestros del género, están dirigidas al público culto y se publican en colecciones prestigiosas, de Fayard, Flammarion o Perrin, en las que el empresario aparece al lado de Luis XIV o Clemenceau. Para entendernos, son biografías Espasa-Calpe, de fiar, pero en las que dominan las convenciones del género (ambientes, relaciones, peripecias personales y familiares) en detrimento de la gestión empresarial. Se lee como una novela C. Carlier, *Marcel Dassault. La légende d'un siècle* (1992, reed. 2004), por la extraordinaria personalidad del biografiado, deportado en Buchenwald, fabricante de los Mirage y los Falcon, y productor de cine. Las biografías de J. I. Mollier sobre Hachette y Larousse están centradas en la política editorial, pero permiten conocer la importancia de las relaciones con el poder en el éxito de ambos. Hachette, muy bien relacionado con los círculos del Segundo Imperio, consiguió el monopolio de los libros escolares y de la venta en las estaciones, y Larousse, republicano militante y amigo de Ferry, fue el editor estrella de la Tercera República. Los sesgos laicos de las voces clave, en la primera edición de la Enciclopedia, son intencionados. Bajo el mismo epígrafe de «*grandes biographies*» se pueden encontrar dos sobre Renault, dos sobre Citroën (la de S. Schweitzer, buena conocedora de la empresa, sobria y recomendable) y una sobre los Michelin escrita por H. Lottman, un escritor con mucho oficio en este campo, ya que ha abordado también las de Camus, Julio Verne, Flaubert y los Rothschild (traducidas todas al castellano). El libro *Michelin. 100 ans d'aventures* (1998) habla de todo y de todos un poco, con el *savoir-faire* de un autor que ha pasado por muchas biografías, explayándose en la figura de André Michelin, el inventor del entrañable Bibendum, de las guías, de las campañas de señalización y de seguridad vial, y esos capítulos constituyen una apasionante historia de la publicidad.

Las biografías de consumo están cortadas por el patrón edificante de Samuel Smiles: son vidas de éxito, labrado en el trabajo incansable y tenaz, aunque han sustituido el tono melifluido de aquél por una

prosa agresiva y cortante. En lugar de la ejemplaridad sin tacha de los héroes de Smiles, el biografiado ostenta seductoras pasiones mundanas (le gustan los yates lujosos, compra cuadros caros), es ambicioso y puede resultar implacable con los adversarios. Y, por supuesto, es un *self-made-man*, pero no el hijo de un humilde granjero, sino un chico de buena familia que ha hecho méritos por sí mismo, número uno en la École Polytechnique, número uno en el HEC, siempre número uno donde haya que competir. Existen más de una docena de biografías de este tipo, y se siguen publicando, preferentemente de personajes contemporáneos, Pinault (Printemps) y Arnault (LVMH), los reyes del lujo; *citizen* Prouvost y *citizen* Hersant, los magnates de la prensa; Trigano (Club Med) y Dubrule (cadena Accor), los inventores del ocio; Liliane de Bettencourt (Oreal), la primera fortuna de Francia; Halley (Carrefour) y Leclerc, los rivales de la gran distribución; Bouygues (TF1) y Lagardère (Hachette y Tele 5), los gigantes de los media, además de otras muchas cosas. Alguno se autobiografía en una larga y enfática conversación con un periodista, como el barón de Seillière, cabeza de la dinastía Wendel, banquero y presidente de la MEDEF, que, como el banquero anarquista de Pessoa, se confiesa partidario del *minimal State*, o como C. Ghost, el *cost-killer* de Nissan y Renault, que considera el despido de cinco mil trabajadores un acto de justicia con los accionistas. Son libros de usar y tirar que he creído conveniente citar porque revelan la actual mitificación del empresario, convertido en el héroe de nuestro tiempo. De esta plaga de retórica triunfalista se salva alguno. A. Riboud, *Le dernier de la classe* (1999), donde el presidente de Danone desmitifica con gracia y desparpajo su gestión empresarial, o A. Essel, *Je voulais changer le monde* (1985, reed. 2001), en el que el fundador de la FNAC cuenta cómo pasó de la militancia trotskista a la cultural, sin cambiar de ideas.

La empresa es un centro de poder, un espacio donde convergen fuerzas opuestas que luchan por conquistarlo o acuerdan compartirlo, una institución que busca hacer valer su peso en la sociedad, y no sólo en el mercado, frente a otras instituciones, sobre todo frente al Estado. La primera consideración nos recuerda que una empresa es el resultado de una colaboración entre capital y trabajo, sujeta a lo largo del tiempo a múltiples tensiones. El estudio de esas vicisitudes forma también parte de la historia de la empresa, aunque tradicionalmente se le coloca en un apartado de la historia social.

Pero esto no significa que deba existir una separación tajante. Para conocer el mundo de Michelin nada mejor que leer A. Gueslin (ed.), *Michelin, les hommes du pneu* (vol. 1, 1993; vol. 2, 1998), aunque el eje central del libro sean los trabajadores y esté publicado en una colección de historia social. En torno a ese eje se estudia el estilo de dirección de la empresa, a cuya cabeza sigue el bisnieto del fundador, su peculiar cultura, basada en un paternalismo generoso y en un antisindicalismo feroz, pero también en el cultivo del orgullo tecnológico, del que incluso los díscolos sindicalistas hacían gala. Conocemos cómo la empresa ha condicionado la vida de toda una región y las carreras profesionales de los jóvenes, mediante su sistema de promoción interna, y descubrimos la intensidad dramática del conflicto (cuasi edipiano) cuando éste llega a producirse. En fin, aspectos nada desdeñables de la historia de la empresa, tan importantes como el volumen de ventas. Por otra parte, el juego de fuerzas en el interior de la empresa no se limita a la relación entre dirección y trabajadores, sino que se da también en el seno de los estamentos directivos, donde pueden competir, además de las ambiciones personales, culturas y visiones estratégicas diversas. Sobre el liderazgo, la creación de equipos, la toma de decisiones por consenso, y sobre esas cosas de las que hablan los libros de gestión, puede aprenderse bastante en J. Picard, *Histoires de l'EDF. Comment se sont prises les décisions de 1946 à nos jours* (1985), escrito con documentación interna de la empresa.

Hacia fuera, el poder de la empresa entra en competencia con el poder del Estado, un tema espinoso en el que la sospecha, la fabulación y la realidad dan pie a complicadas historias. Desde que Daladier pronunciara la famosa frase «estamos gobernados por doscientas familias que no hubiera tolerado Richelieu en el Reino de Francia», el fantasma de las doscientas familias no ha dejado de aparecer, y es bastante revelador de la diferencia de culturas el que en Estados Unidos se publiquen los *rankings* de los más ricos como timbre de gloria y en Francia, hasta hace poco, como acusación. Existe una obra monumental, en dos tomos, representativa de esta tendencia, E. Beau de Loménie, *Les responsabilités des dynasties bourgeoises* (1943), escrita en el clima derrotista y antiliberal de Vichy, en la que el autor hace un recorrido, desde los Lafitte y Perier de la Monarquía de Julio hasta los Wendel y Schneider de la Tercera República, para demostrar que el egoísmo de las clases dominantes

llevó a Francia primero a la decadencia y luego al deshonor de la derrota. El libro se cita siempre que se toca el tema del poder empresarial para descartar, de entrada, un planteamiento tan ideológico y sesgado que no aclara nada. Olvidemos, pues, a las doscientas familias. El último libro que las alude, P. de Menthon, *Ces 200 familles qui possèdent la France* (2004), es una colección de fichas, al estilo de los cuadros de honor de *Fortune*.

Buscando un terreno más firme los historiadores y sociólogos se han concentrado en el análisis del comportamiento de las instituciones patronales, sobre las que existen dos buenos estudios, M. Rust, *Business and Politics in the Third Republic: the Comité des Forges, 1896-1914* (1973), y H. Weber, *Le Parti des Patrons, le CNPF, 1946-1986* (1986, hay traducción al castellano). La conclusión que se extrae de ambas obras es que ha existido un permanente pulso entre el poder de los patronos y el del Estado y los sindicatos, que unas veces se ha saldado con la imposición de sus tesis, otras con compromisos y acuerdos (Matignon en 1936, Grenelle en 1968). J. Kolboon, *La revanche des patrons. Le patronat français face au Front Populaire* (1986), muestra que el frente patronal no es monolítico, ya que la rebelión de los pequeños y medianos empresarios, decepcionados por la traición de los acuerdos de Matignon, es la que fuerza a la radicalización de los grandes contra el Frente Popular. La tesis más compartida por los historiadores es que, a partir de la autonomía de las distintas instituciones, se da una interacción entre ellas, un juego de fuerzas en el que no puede afirmarse *a priori* que el poder económico sea siempre el ganador. No obstante, la sospecha permanente sobre el poder oculto de *le mur d'argent* está tan interiorizada en la conciencia colectiva de los franceses que de vez en cuando reaparece, no sólo de la mano de periodistas, sino de universitarios. J. Garrigues, profesor en ScPo (la institución parisina más prestigiosa en politología), en *Les patrons et la politique. De Schneider à Seillière* (2002), hace un repaso al tema decantándose hacia la capacidad de los grandes empresarios para hacer y deshacer a su antojo. Todo lo que escribe es verdad, pero lo que omite lo convierte en falso. Por poner un ejemplo, dramatiza la campaña del Comité des Forges y de la gran Banca, en 1925, para hacer fracasar el Cartel des gauches y colocar al fiel Poincaré, y omite que éste no revalorizó el franco, como le exigían sus mentores, Rothschild y Wendel, sino que lo estabilizó, como deseaban los empresarios

del automóvil. Que los grandes empresarios pesan nadie lo duda, pero las cosas son más complejas y no han faltado *cuissantes défaites* de grupos tenidos por poderosos. Creo que sobre esta cuestión es aconsejable leer libros más sutiles, como J. N. Jeanneney, *L'argent caché: milieux d'affaires et pouvoirs politiques dans la France du xxe siècle* (1984) o, del mismo autor, *François de Wendel en République. L'argent et le pouvoir, 1914-1920* (1976, reed. 2004), en el que se sigue paso a paso la actividad política, escalonada de fracasos, de este poderoso empresario.

Inevitablemente, uno habla de las grandes empresas porque sobre ellas versan la mayoría de los estudios. Las pequeñas y medianas, como el coronel de García Márquez, no tienen quien les escriba. Termino, pues, recomendando un estudio que aborda un tema, en apariencia aún más insignificante, la no-empresa, invisible y sumergida: N. Green, norteamericana, profesora en el EHESS de París, *Du Sentier à la 7.^e avenue. La confection et les immigrés, Paris-New York, 1880-1980* (1997). El libro no sólo trata de los inmigrantes, sino que realiza un análisis completo, y comparado, del funcionamiento del sector: el papel de las mujeres, el sistema de subcontratación, la importancia de los grupos étnicos, con sus reglas de acogida, la autorregulación de un espacio caótico, sin leyes, regido por normas internas que llevan a niveles de extrema explotación y, a la vez, generan un flujo de nuevos subcontratistas. Un estudio original, modélico me atrevería a decir, que resume de forma ejemplar la característica distintiva de la historia de la empresa en Francia: su inquietud por abrir nuevos caminos, aunque a veces se pierda en el bosque de las palabras.

HOY

*El Espacio Europeo
de Educación Superior:
otra manera de enseñar
y de aprender (la experiencia
de la titulación de Historia
de la Universitat de València)**

Carmen García Monerris

Universitat de València

No cabe la menor duda de que el proceso de convergencia para la creación del Espacio Europeo de Educación Superior ha despertado en algunos casos y acelerado en otros la preocupación por la calidad en un sentido amplio. La impresión generalizada es que la universidad española en su conjunto, al menos por aquellas experiencias conocidas, está intentando responder a los nuevos retos de una manera bastante global y sustantiva, es decir, haciendo comprender —lo cual no resulta a veces fácil— que, más allá de adaptaciones formales, lo que se está poniendo sobre la mesa desde hace ya años es una nueva forma de enseñar y de aprender.

A pesar de retrasos respecto a otros países europeos, de falta de decisión en el anterior marco legislativo de la LOU y de alguna que otra ambigüedad por falta de normativas claras, lo cierto es que, por primera vez, las llamadas a un cambio en la docencia universitaria son algo más que retórica y están suponiendo un mayor grado de compromiso político por parte de las autoridades académicas. Las voces que reclaman desde dentro de los órganos de gobierno de las universidades saltos cualitativos y no cuantitativos se dejan oír cada vez con más fuerza. De la misma manera, se habla de líneas

* Este texto es una versión reducida de la comunicación presentada a las jornadas «Los estudios de Historia ante la adaptación a Europa de la Universidad española», celebradas en Santander los días 17 y 18 de diciembre de 2004 y organizadas por la Asociación de Historia Contemporánea y por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cantabria.

de actuación que impulsen la gran aventura de unas prácticas y hábitos de calidad en los que necesariamente, y de manera prioritaria, se viese involucrada la tarea docente; de «instituciones» ágiles que propicien aquello que para las Humanidades, al menos, resulta vital, la transdisciplinariedad; y de estímulos que coloquen en su justo lugar y valor la tarea docente como uno de los puntales de la institución.

Sabemos —y así lo hemos sufrido— que en más de una ocasión todos estos deseos o desideratas han acabado concretándose en los aspectos más formales de una reordenación de titulaciones, de unos nuevos Planes de Estudio o de una nunca acabada reforma administrativa. Es cierto que, desde la muerte del dictador, la universidad española ha requerido de ingentes esfuerzos en todos los ámbitos para colocarse en una situación de proximidad respecto al entorno europeo. Las necesidades, dado el punto de partida, eran múltiples, pero también es cierto que éstas muchas veces resultan insaciables y que el «tiempo de la calidad y de la innovación» tiene un ritmo y una estructura que requieren de un especial tratamiento y, sobre todo, de una especial voluntad política. De hecho, en estos momentos podemos afirmar, sin temor a desviarnos demasiado de la realidad, que una auténtica política de calidad sigue siendo la asignatura pendiente de muchos de los responsables de la gestión universitaria, aunque, como ya se ha afirmado, la proximidad de la convergencia con Europa da la impresión de que no permite ya más dilaciones en este aspecto.

Me propongo en este trabajo dar cuenta, por una parte, de las principales medidas adoptadas por la Universitat de València para impulsar y coordinar una política de calidad y de innovación en la docencia en el contexto de la creación del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) y, por otra, informar a propósito de esa misma política adaptada a una experiencia piloto en la titulación de Historia. Más allá de los casos concretos, se trataría, en cualquier caso, de propiciar un debate y una reflexión en torno a una nueva forma de enseñar y de aprender. Ése es, en definitiva, el nuevo espíritu que se esconde detrás de la concepción de los nuevos (al menos para nosotros) créditos ECTS.

La política de calidad en la Universitat de València: una aproximación

Tal vez sea la UVEG¹, debido a su historia y a su estructura, una de esas instituciones en las que nunca o casi nunca se pueda ver cumplido aquello de satisfacer en un primer momento las necesidades consideradas primarias, infraestructurales o cuantitativas para poder plantearse y abordar después una política de calidad. Si de avanzar se trata, habrá que partir del supuesto de que estamos en presencia de necesidades y de ritmos distintos y que las primeras no pueden condicionar en todos sus extremos a las segundas. De hecho, como creo que ha ocurrido en muchas otras universidades, en ésta ha sido una cada vez más nítida y arriesgada voluntad política la que ha desencadenado los mecanismos de una cultura de innovación en la docencia. Voluntad política y consenso entre los actores protagonistas creo que son los prerrequisitos para tal aventura.

Es cierto que la cultura de la calidad o de la excelencia se ha ido abriendo paso desde hace algunos años a través de las distintas convocatorias nacionales para la evaluación de las universidades. La de Valencia, y más en concreto la titulación de Historia, participó durante el curso 2000-2001 en dicha convocatoria. Era la primera vez que, al menos desde el Comité de Autoevaluación, los miembros de la Facultad nos enfrentábamos a una experiencia de este tipo. Más allá de resultados concretos², su valor cabría cifrarlo en dos aspectos: introdujo a la comunidad universitaria en el horizonte de la cultura de calidad y propició por vez primera, aunque de manera selectiva, una reflexión sobre la situación de la enseñanza en la titulación y sus necesidades de mejora. No sería, sin embargo, hasta un poco más tarde, concretamente a partir del curso académico 2002-2003, cuando diversos documentos e informes técnicos desde instancias superiores empezaron a dar cuenta de la magnitud y globalidad de la reforma que se avecinaba.

Fue durante ese curso, una vez concluida la nueva Ley de Ordenación Universitaria y agotadas gran parte de las contingencias e

¹ Universitat de Valencia. Estudi General (en adelante, UVEG).

² Existe mecanografiado un «Informe del Comité de Autoevaluación de la enseñanza de la titulación de Historia. Facultad de Geografía e Historia de la Universitat de València», marzo del 2001, 53 pp. más anexo estadístico de 30 p.

incidencias que acompañaron su elaboración y aprobación, cuando en la Universidad de Valencia, en el seno de un nuevo equipo rectoral salido precisamente de las primeras elecciones con sufragio universal ponderado establecido por dicha Ley, se gestó el que sería el instrumento básico para acometer el proceso de cambio que implicaba la convergencia. Se creó así la Oficina de Convergencia Europea (OCE), dependiente del Vicerrectorado de Estudios y encargada de coordinar, orientar y alentar la reforma. A ello siguió un Comité de Calidad de la Universidad, así como la aprobación de unas líneas presupuestarias específicas que acompañasen las acciones derivadas de la puesta en marcha de los grupos de innovación. A estos instrumentos institucionales y financieros cabría añadir otros ya existentes que, a partir de ese momento, derivaron gran parte de su trabajo hacia el apoyo y coordinación del programa de convergencia. Me refiero al Servicio de Formación Permanente (SFP), encargado del asesoramiento pedagógico y didáctico y de la creación de material y de protocolos necesarios, y al Gabinete de Evaluación y Diagnóstico Educativo (GADE). Todos ellos constituyen en este momento el entramado de apoyo institucional básico de que se ha dotado, a nivel central, la Universidad de Valencia.

Siguiendo una bien asentada tradición en el ámbito de la pedagogía y de la innovación educativa, la efectividad de todo proceso de cambio, una vez exteriorizada la voluntad política y concretado el impulso y liderazgo institucional, pasa necesariamente por la implicación muy directa de los actores y por múltiples acciones a escala reducida. Es el momento de pasar de la «macro» a la «micropolítica», de mayor capacidad difusora y de mayor operatividad. A ese sentido respondió la «Primera convocatoria para el desarrollo de experiencias de innovación educativa en el contexto de la convergencia europea» que la Universidad hizo pública en febrero de 2003. El resultado del mismo fue la aprobación por parte de la Comisión de Calidad de la Universidad, para el curso 2003-2004, de un total de once proyectos pilotos que implicaron a 71 profesores y a cerca de un millar de estudiantes de las titulaciones de Química, Matemáticas, Biología, Sociología, Filología Inglesa, Maestro en Educación Infantil, Educación Social, Pedagogía, ADE-Derecho, Economía y Filosofía³.

³ Una presentación esquemática de las líneas fundamentales de esta primera convocatoria se puede ver en ALFARO ROCHER, I. J.: «La innovación educativa en

En febrero de 2004, y por resolución del Comité de Calidad de mayo de ese año, se lanzó la segunda convocatoria para el curso 2004-2005, en la que ya participó la titulación de Historia, concretamente con un proyecto de innovación para todos los grupos de primer curso de nueva incorporación y con apoyo institucional y financiero⁴.

La política de difusión e información opta en todos los casos por una acción selectiva y discriminatoria que asegure, en un tiempo prudencial, la correcta formación de un contingente de profesores que pueda actuar, a su vez, como elemento de propaganda y asesoramiento posterior. Las resistencias a los cambios en la comunidad educativa o el escepticismo declarado ante la acumulación de reformas en un corto espacio de tiempo son difícilmente abordables —como han demostrado experiencias anteriores— a través de políticas masivas e indiscriminadas de difusión y de información. Aunque pueda parecer una contradicción, demasiada información acarrea un problema de saturación y de falta de claridad y de criterios de discriminación entre los receptores⁵.

Sin embargo, a pesar de diversas iniciativas en este sentido, los resultados siguen siendo manifiestamente mejorables. De un estudio impulsado por la OCE para valorar y cuantificar el conocimiento y actitudes del profesorado de la Universidad de Valencia ante el proceso de convergencia y dado a conocer recientemente se desprende el desolador dato de que sólo un 23 por 100 del profesorado encuestado muestra tener un conocimiento suficiente de la Declaración de Bolonia y sus repercusiones, y sólo un 11 por 100 es conocedor de declaraciones o normativas y directrices posteriores. Si bien es verdad que el conocimiento del proceso de convergencia en un sentido más general aumenta significativamente (un 47 por 100), lo cierto

el marco de la convergencia europea en la Universitat de València», disponible en <http://www.uv.es/~oce/web%20castellano/Presentacion%20PIE-ConvEur.pdf>.

⁴ Así, por ejemplo, la asignación de un becario encargado de «la administración del entorno del aula virtual, de la asistencia técnica al profesorado para la utilización correcta de las nuevas TIC y colaboración en la recogida de datos, análisis y edición de informes relacionados con el proyecto». También una pequeña asignación económica a cada proyecto para la adquisición de material didáctico o para la financiación de alguna actividad de apoyo a la docencia o a la formación del profesorado.

⁵ La página genérica donde, por otra parte, se encontrará completa información sobre la actividad de la Universidad de Valencia en este ámbito es <http://www.uv.es/oce/>.

es que queda todavía más del 50 por 100 del profesorado valenciano que no se considera informado sobre el mismo. Si a ello unimos que sólo un 21 por 100 se muestra optimista respecto a que la reforma pueda producir una enseñanza de mayor calidad, tendremos esbozado un panorama que reclama todavía muchos esfuerzos para una implementación correcta y, sobre todo, para una movilización de voluntades en torno a él⁶.

La política de innovación de la Universidad de Valencia, en el marco del Espacio Europeo de Educación Superior, se ha visto también beneficiada de otros procesos que, sin haber surgido estrictamente al hilo de las necesidades derivadas de Bolonia, sin embargo, han contribuido a crear y potenciar, dentro de los selectivos límites ya esbozados, un ambiente adecuado para una cultura académica de evaluación e innovación. Me refiero a lo que allí conocemos como el «Plan de evaluación y mejora del rendimiento académico de la Universidad de Valencia» o PAMRA, en el que han estado muy directamente implicados el GADE y el Comité de Calidad de la Universidad.

El programa surgió inicialmente a raíz de un problema planteado por la Normativa de Permanencia en la Universidad, aspecto que inmediatamente se relacionaba con las tasas de rendimiento y de éxito, y que, por derivación, colocaba sobre el tapete el grave problema de las tasas de abandono en los primeros cursos. Para empezar, se decidió iniciar procesos de evaluación y diagnóstico, tanto internos como externos, de aquellas titulaciones en que más de un 30 por 100 de los estudiantes tuvieran suspendida alguna asignatura de primer curso en su tercer año de estancia en la Universidad. Ni que decir tiene que la de Historia fue una de esas titulaciones. Más adelante me referiré a ella con más detenimiento. Durante el curso 2002-2003 fueron evaluadas según estos criterios 28 titulaciones de las diferentes áreas científicas. En el curso siguiente se realizaron 20 informes más sobre otras tantas titulaciones. Tras un periodo prudencial de tiempo en que los propios afectados efectuaban un proceso de autoevaluación y recogida y tratamiento de datos, a través generalmente de las Comisiones Académicas de Título (encargadas de la coordinación y gestión de las titulaciones) y/o los Comités de Calidad de centro, se procedía a la evaluación externa por una Comi-

⁶ Los resultados concretos se pueden encontrar en <http://www.uv.es/~oce/resum%20informe%20valencia.pdf>.

sión de Evaluación Externa, una por cada gran área, y con un coordinador al frente, generalmente miembro del Comité de Calidad de la Universidad. Los informes finales, resultado de la evaluación interna más la externa, eran aprobados o, en su caso, modificados por el Comité de Calidad de la Universidad.

El resultado fue, desde mi punto de vista, muy importante, tanto por el volumen de información que aportó, como sobre la dinámica de discusión y evaluación que propició entre pequeños núcleos de muchas titulaciones. De hecho, como el mismo Vicerrectorado ha reconocido recientemente, el programa pronto desbordó sus limitados objetivos destinados a resolver un problema de permanencia de los estudiantes y se ha convertido en una pieza importante de la política de calidad e innovación de la institución⁷. La importancia de los diagnósticos que se han efectuado radica en su carácter específico y concreto, por mucho que en determinadas ocasiones exista una coincidencia muy grande entre muchas titulaciones. De la misma manera, las propuestas formuladas son extremadamente realistas y ligadas a las necesidades y dinámicas concretas.

Algunos datos relativos a la titulación de Historia en la Universidad de Valencia

En medio de este panorama de diseño e implementación de una política de calidad, la titulación de Historia ocupa una situación muy peculiar. Tanto por su tradición como por su magnitud actual (113 profesores distribuidos en cinco grandes Departamentos correspondientes a seis áreas de conocimiento y 1.491 estudiantes de primer y segundo ciclo)⁸, su evolución y, muy particularmente, sus propuestas de adaptación al nuevo espacio europeo deberían llevarle a una situación de liderazgo en el contexto más general de las Humanidades, aspecto éste que, hoy por hoy, no resulta del todo evidente.

⁷ El informe final, de noviembre del 2003, en http://www.uv.es/~oce/Inf_FinalPEMRA.pdf.

⁸ Aunque en claro descenso desde los cursos 1999-2000 y 2000-2001, en que se contabilizaron 1.733 y 1.739, respectivamente. Los alumnos de nueva incorporación han evolucionado desde cerca de 400 alumnos en 1998-1999 a 237 en el actual curso 2003-2004, un descenso de casi el 50 por 100 que, además, ni siquiera llega a cubrir el número de plazas ofrecido por el centro.

Si tenemos en cuenta que nuestra titulación, tal como ya se ha dicho, participó en el curso 2000-2001 en el programa nacional de evaluación de las universidades y, durante el 2002-2003, fue una de las titulaciones objeto del PAMRA, se tendrá que convenir que disponemos ya de una información global bastante significativa. Por otra parte, algunos de los diagnósticos apuntados en el proceso de evaluación institucional no han hecho sino confirmarse en el más concreto dirigido por la propia Universidad, redundando en su validez y multiplicando, si cabe, las exigencias para su resolución.

De acuerdo con una tendencia general en todas las titulaciones de la Universidad de Valencia, en la de Historia se observa, manejando datos desde 1999 hasta la actualidad, una tendencia al estancamiento en cuanto a la *tasa de éxito*, o relación entre los créditos superados y los presentados a evaluación por los estudiantes en un año académico, y una línea claramente descendente en la *tasa de rendimiento*, o relación entre los créditos aprobados y los matriculados por los alumnos en un año académico. La *tasa de éxito* media de la Universidad de Valencia en primer curso se sitúa en torno al 60 por 100, mientras que en la de Historia en el mismo curso es del 46,87 por 100, la octava más baja de toda la Universidad, sólo por encima de titulaciones como Ingeniería Informática, Física, Matemáticas, Sociología, Química, Filosofía o Filología Catalana. Dicho en otras palabras, de aquellos alumnos que se presentan a examen en primer curso no consiguen aprobar casi la mitad de ellos. Cabría observar, además, que desde 1999 hasta el 2002, la tasa de éxito se mantiene relativamente estable en casi todas las grandes áreas, y sólo en el área de Salud muestra una tendencia creciente, mientras que en el resto su tendencia es descendente. Se ha detectado, por tanto, un problema grave que, además, en lugar de decrecer, parece que va en aumento.

En cuanto a la *tasa de rendimiento*, sólo las titulaciones del área de la Salud, una vez más, mantienen una constante próxima al 75 por 100, mientras que Experimentales, Sociales, Técnicas y Humanidades se sitúan actualmente entre la franja del 64-54 por 100, con tendencia claramente descendente. Por su parte, la titulación de Historia tiene en primero unas tasas de rendimiento alarmantes, que la sitúan en torno al 30 por 100.

Si las bajas tasas de éxito delimitan un espacio de problemas, entre los que estarían, en grado significativo, los derivados de una dinámica de enseñanza-aprendizaje específica, el umbral crítico de

rendimiento nos sitúa claramente ante el problema del *abandono*, problema realmente complejo y multifactorial pero cuya magnitud exige unos estudios a fondo y la adopción de medidas para su corrección. Si por abandono se entiende técnicamente el porcentaje de estudiantes que, habiéndose matriculado en una titulación, desiste de hacerlo en los dos cursos siguientes, las diversas titulaciones de la Universidad de Valencia oscilan entre el mínimo de un 1,1 por 100 de abandono en la de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte (seguida por Odontología, Fisioterapia, Medicina, Comunicación Audiovisual o Farmacia) y un máximo del 31,4 por 100 de Geografía (precedida por Filología Francesa, Filosofía, Educación Infantil, Matemáticas o Sociología). La Licenciatura de Historia tiene una tasa de abandono del 20 por 100 respecto a aquellos estudiantes matriculados en el curso 2001-2002, ocupando el noveno lugar entre las tasas más altas.

Como ocurre en otros niveles del sistema educativo, son los cursos de transición o puentes, aquellos que suponen para el estudiante la perspectiva de un cambio y la necesidad de adaptación a una situación nueva de resultados inciertos, los más complejos desde el punto de vista pedagógico. En nuestro caso, no exageramos nada si afirmamos que los datos que poseemos de los comportamientos y resultados en los primeros cursos nos sitúan ante un diagnóstico pesimista que, sin duda, va a requerir de amplios y generosos esfuerzos, pero también de medidas valientes, para su superación. Por otra parte, el carácter estratégico del primer curso no sólo revela la importancia de adoptar soluciones para su ámbito, sino que, de alguna manera, puede estar anunciando aquellos tipos de problemas con que nos podremos encontrar en la futura oferta de Grado considerada en su conjunto. Dicho de otra manera: lo que ahora se presenta como un problema «específico» de los primeros cursos puede acabar siéndolo del Grado, dada su ubicación y finalidad en el conjunto de la carrera universitaria futura. Las políticas de trabajo conjunto con profesores y estudiantes de las Enseñanzas Medias deberían ser una prioridad en estos momentos.

Alguno de los indicadores generales hasta aquí expuestos podemos aplicarlos a una escala más reducida de observación, como la de las asignaturas troncales que conforman el primer curso en el plan de estudios. El resultado es, si cabe, más desolador, por cuanto la diversidad interna añade a los problemas ya detectados otro muy

profundo de coordinación y de planificación entre las áreas que poco o nada contribuye a una perspectiva unitaria de la titulación. Una perspectiva, no lo perdamos de vista, que deberá primar como criterio fuerte en la próxima titulación de Grado.

Tasas de rendimiento y de éxito en las asignaturas troncales de primer curso de la titulación de Historia de la UVEG (curso 2001-2002)

Historia Antigua Universal	63,5	88,5
Historia Contemporánea Universal	27,4	59,3
Historia Medieval Universal	21,5	65,7
Historia Moderna Universal	32,2	60,0
Prehistoria	38,3	73,7

Si adoptamos como criterio de «normalidad» una tasa de éxito del 75 por 100 y desglosamos los datos por grupo y profesor (25 en total), observaremos que sólo en siete casos en ese momento aparecían resultados superiores a esa referencia. Entre el 60 y el 75 por 100 aparecen once casos, y siete profesores aparecen con tasas inferiores al 60 por 100, de los cuales tres no alcanzan el 50 por 100.

Tasas de éxito en las asignaturas troncales de primer curso de la titulación de Historia de la UVEG, por grupos y en primera convocatoria (curso 2001-2002)

	<i>Número de casos</i>
> al 75 por 100	7
Entre 60 y 75 por 100	11
< al 60 por 100	7

Son cifras y porcentajes referidos, como se ha indicado, a la primera convocatoria. En la segunda, salvo casos muy contados y excepcionales, las tasas de éxito suelen ser inferiores y en algunos

casos muy por debajo de las de la primera. Ello indica, en principio, que la segunda oportunidad no es utilizada por parte del estudiante como una forma de aplazar la presentación al examen, ni siquiera como un instrumento de planificación y ordenación anual del esfuerzo que significa la dedicación a un curso. Más bien parece indicar que, en un alto porcentaje, se trata de aquellos estudiantes suspendidos en junio que lo vuelven a intentar en septiembre, elevando las tasas de fracaso. De seguir esta tendencia (y todo parece indicar que se trata de una práctica muy consolidada en la cultura universitaria española), debería ser elemento de reflexión para una organización y nueva planificación de la actividad lectiva del curso académico. Tal vez sin el famoso «septiembre» pudiera abordarse de forma definitiva una estructura cuatrimestral de la docencia que introdujera mayores criterios de racionalidad y, sobre todo, de efectividad que los existentes actualmente.

En una encuesta realizada entre los estudiantes de primero (y alguna muestra significativa de segundo curso) en marzo de 2003, en la que se intentaba, desde la perspectiva de los afectados, profundizar tanto en las razones del absentismo como en las de las bajas tasas de éxito, se obtuvieron resultados muy significativos, especialmente por lo que hace a la disonancia entre las expectativas y la realidad, el grado de dificultad percibida y la existencia o no de correlación entre los índices de rendimiento y de éxito con la naturaleza intrínseca de las diversas materias que componen el tronco básico de la titulación.

Sobre un total de 256 encuestados, aproximadamente en el 70,4 por 100 de los casos hay una coincidencia entre las expectativas que se había formado el estudiante y la realidad con que se encuentra al entrar en la Facultad. El dato es muy bueno y de él podemos sacar, en principio, una doble conclusión. La primera sería que la titulación de Historia sigue teniendo un gran atractivo en el ámbito de las Humanidades, más allá de razones profesionales concretas; la segunda nos pondría en la senda de buscar las razones de las bajas tasas de rendimiento y de éxito en aspectos mucho más concretos y específicos que en los derivados de la estructura general de la titulación.

El dato que acabamos de comentar queda reforzado, si cabe, ante la consideración que el estudiante tiene del grado de dificultad de la titulación, ya que aquí las cifras se invierten, constatándose

un 75 por 100 de casos en que la percepción de la dificultad es mayor de la que imaginaban, mientras que sólo en un 25 por 100 de los casos opina que la titulación resulta más fácil. Si esa percepción de dificultad la desglosamos por asignaturas y áreas de conocimiento, obtendremos los siguientes resultados:

**Percepción del grado de dificultad
de las asignaturas de primer curso de la titulación
de Historia de la UVEG**

Historia Contemporánea	35,05
Prehistoria	22,83
Historia Moderna	16,75
Historia Medieval	15,43
Historia Antigua	9,97

Estos datos, sobre todo si los cruzamos con los correspondientes a las tasas de éxito y de rendimiento por asignaturas, ponen de manifiesto algunos aspectos interesantes. Solemos tener la tendencia, a la hora de interpretar estos últimos, de correlacionar los bajos índices con una supuesta dificultad intrínseca de la materia debida, tal vez, a una inevitable y progresiva complejidad del proceso y a la aceleración del tiempo histórico; también, quizá, con el mayor volumen de producción historiográfica para aquellas épocas históricas más próximas a nosotros. De hecho, esto se vería confirmado en los casos extremos de Historia Contemporánea y de Historia Antigua, asignaturas en las que a un supuesto mayor grado de complejidad correspondería una apreciación de más dificultad por parte del estudiante y, en consecuencia, menores tasas de éxito y de rendimiento, y viceversa. Sin embargo, tal supuesto queda en entredicho o notablemente matizado al observar los datos del resto de asignaturas, especialmente de Prehistoria y de Historia Medieval. Resulta en el caso de esta última, con unas tasas de éxito y, sobre todo, de rendimiento de las más bajas, que la percepción de dificultad es, sin embargo, de las menores. En Prehistoria, el contraste es, si cabe, más acusado: tratándose de la asignatura que ocupa el segundo mejor lugar en

cuanto a tasas de rendimiento y de éxito, la percepción de su dificultad es muy grande, sólo superada por Historia Contemporánea. Un aspecto, ciertamente, que contrasta con el supuesto antes manejado de una apriorística facilidad para el estudiante debido a la naturaleza intrínseca del periodo objeto de estudio.

Si de sacar conclusiones se tratase —lo cual suele ser arriesgado cuando estamos en presencia de tan escasos datos—, éstos nos colocarían una vez más ante la evidencia de lo que podemos denominar la «pequeña» política de la interacción en el aula y de la capacidad docente del profesor, más que en problemas derivados de una oferta global o estructurales. Es ahí donde, desde mi punto de vista, debería concentrarse el mayor esfuerzo en la nueva etapa que se nos avecina y, en este sentido, las políticas de calidad e innovación adquieren una función estratégica de primer orden. En otro orden de cosas, creo que los contemporaneístas, a tenor de estos datos, deberíamos afrontar una seria reflexión que tratara de explicar la disonancia entre un nivel de calidad en la investigación y en la producción historiográfica más que notable y tan magros resultados en la docencia.

Todo parece indicar que se está produciendo un desfase cada vez más creciente entre la percepción de las necesidades del profesorado universitario y aquellas otras que son propias de los estudiantes. El bajo nivel de preparación de éstos suele ser la queja común entre nosotros, aspecto cuya responsabilidad acabamos siempre trasladando a situaciones que, en principio, escapan a nuestra posibilidad de intervención directa: la mala preparación en los niveles precedentes de la enseñanza y, en su caso, el hecho de que Historia y las Humanidades en general se conviertan en el reducto de aquellos estudiantes que, deseando seguir unos estudios universitarios, no tienen posibilidad de acceso a otras titulaciones.

Dejaré un tanto de lado la primera cuestión: la baja preparación del estudiante, no porque no considere que en algunos casos no sea real, sino porque creo que se está convirtiendo en un tópico de funcionalidad hartamente discutible. De hecho, hemos de admitir que en toda época ha servido para arropar las inevitables inercias y resistencias al cambio. Pocos lugares comunes tan exculpatorios y tan tranquilizadores de malas conciencias como éste. Más que alumbrar, oculta el problema porque, además, no suele ir acompañado de la necesaria contextualización. La supuesta «falta de preparación» está en realidad ocultando un «cambio en los parámetros de la preparación

del estudiante» y, en consecuencia, apunta hacia nuevas y cambiantes funciones del sistema educativo en general y del universitario en particular.

La segunda cuestión es también matizable. Siendo incuestionable el aspecto ahí reseñado, también lo es que la cohorte de estudiante que se dirige desde hace unos años a Historia no es ni homogéneo en cuanto a sus expectativas y objetivos, ni está igualado por una común y baja nota de corte. Poseemos datos ya analizados y valorados relativos al quinquenio 1995-200 para nuestra titulación. De ellos podemos concluir lo siguiente:

1. La relación oferta-demanda en la titulación se mantiene, en líneas generales, bastante equilibrada a lo largo de este periodo, sobre todo si se compara el número de plazas ofertadas con el total de solicitudes en primera opción. Además, el descenso global en la demanda es más acusado en el total de solicitudes que en las de primera opción. Ello indica que aumentan los estudiantes que solicitan nuestra titulación en primera opción, lo cual puede tener repercusiones positivas en cuanto a la calidad de acceso y en cuanto a la motivación de los estudiantes.

2. Una tendencia al aumento de los contingentes que acceden por otros medios distintos a las PAU. Su nivel de preparación es muy desigual, pero no cabe ninguna duda de su nivel de motivación e interés.

3. Es cierto que la nota de corte de la titulación se mantiene entre los mínimos exigibles. Sin embargo, en el último curso académico analizado, el 1999-2000, los estudiantes matriculados de primera opción fueron el 77 por 100 y de ellos el 45 por 100 tuvieron una nota de corte que se situaba entre 6 y >7. Además, porcentualmente crecieron más los contingentes de estudiantes de primera opción con una nota de corte superior a 7 que el de los estudiantes con nota de corte inferior a 6.

De consolidarse estas tendencias, tendríamos, al menos en la Universidad de Valencia, una situación que empezaría a caracterizarse por un aumento selectivo en la calidad de acceso y por una heterogeneidad creciente. Hacer frente a este nuevo perfil de los demandantes es, seguramente, uno de los retos del inmediato futuro.

Un proyecto de intervención en el marco de la convergencia con Europa

Vencidas algunas resistencias iniciales y con un cierto retraso respecto al diagnóstico efectuado de la titulación, la de Historia se acogió, como se ha dicho, a la segunda convocatoria de proyectos de innovación del curso 2004-2005. El grupo quedó constituido, a finales del curso pasado, por el conjunto de profesores responsables de las asignaturas del primer curso de nueva incorporación⁹. Se trata de tres grupos, con cinco asignaturas troncales de Historia Universal cada uno y, por tanto, con quince profesores. Al frente del grupo, el equipo decanal, de acuerdo con la previsión de la convocatoria, nombró un coordinador, el cual disponía desde el comienzo de una guía elaborada por el SFP. Su actividad, de acuerdo con esta guía, no se debía limitar sólo a la representación del equipo de innovación ante otros ámbitos universitarios, sino que alcanzaba muy especialmente a la dinamización y liderazgo del trabajo colectivo, a delimitar los problemas y dificultades en su desarrollo y a extraer previsiones o conclusiones extrapolables a otros grupos¹⁰. Su trabajo, aspecto bastante insólito en el ámbito de la cultura universitaria, está remunerado.

El objetivo inicial era ensayar una aplicación de los nuevos créditos ECTS y de la nueva metodología que comportan al diseño actualmente vigente de primer curso, dentro, por tanto, de una estructura de titulación antigua y que nada tiene que ver, en principio, con el futuro título de Grado. Tener muy presente este contexto era fundamental, tanto para una relativización del grado de cumplimiento de la reforma por parte del profesorado, como para no conducir al estudiante de nueva incorporación hacia un modelo de trabajo que supusiese un

⁹ Los profesores que integran el grupo de innovación en las materias troncales son los siguientes: Teresa Orozco, José L. Peña y Elena Grau por Prehistoria; Antonio C. Ledo, M.^a Paz García-Gelabert y Miguel Requena por Historia Antigua; Manuel Ruzafa, José M.^a Cruselles y Enrique Cruselles por Historia Medieval; Amparo Felip, José M. Palop y Teresa Canet por Historia Moderna, y Encarna García, Carmen García y Amparo Álvarez por Historia Contemporánea. A ellos habría que añadir los profesores correspondientes a las materias optativas. Voluntariamente he prescindido de estas materias a efectos de una mayor concisión.

¹⁰ La guía para los coordinadores se puede encontrar en la página web de la oficina de la OCE: <http://www.uv.es/~oce/convocatories2.htm>. La coordinadora del grupo de innovación es la profesora de Historia Contemporánea Nuria Tabanera.

aumento desmedido de su dedicación. La experiencia piloto se realiza en el marco de un plan de estudios convencional, a partir del cual, si bien las metodologías y las estrategias docentes pueden ser revisadas en profundidad, no ocurre lo mismo con los contenidos de las asignaturas y las asignaturas mismas en el conjunto del currículo del estudiante. Son asignaturas sujetas a las directrices propias de cada título y con el mismo «valor» que antes en el conjunto de la propia titulación. En síntesis, como se nos recordaba desde el propio SFP, «se trataba de desarrollar una experiencia piloto en el marco de un plan de estudios convencional», cifrándose su novedad en poner en práctica algunas de las directrices y orientaciones derivadas del proceso de convergencia, muy especialmente de la nueva naturaleza de los ECTS y de los cambios de metodología docente y de percepción de la función educativa que comportan.

El proceso de conversión de los actuales créditos a créditos ECTS se abordó desde el principio, puesto que ello determinaría no sólo el marco estructural en el que iba a desenvolverse la docencia, sino también y muy especialmente el sentido y los cambios que deberíamos imprimir en nuestra función docente. El campo de acción venía ya delimitado en gran parte por el RD 1125/2003, de 5 de septiembre (BOE de 18 de septiembre), en el que se establecía que el número mínimo de horas por crédito era de 25 y el máximo de 30. El número total de créditos por curso se establecía, aproximadamente como ahora, en 60 créditos, siendo la duración del curso académico de un mínimo de 36 semanas y de un máximo de 40.

**Criterios generales de duración del curso académico
y del trabajo exigido a los estudiantes**

<i>Curso académico</i>	<i>Valor propuesto</i>
Semanas/curso	40 semanas
Horas/semana	40 horas
Horas/curso	1.600 horas
Créditos/curso	60 créditos ECTS
Créditos/semana	1,5 créditos ECTS
Horas/crédito	25-30 horas

Los de arriba son criterios generales, de un valor máximo, que en nuestro caso hemos tendido a rebajar en algunos aspectos.

Aplicando un «método descendente» a cada asignatura, y optando por una equivalencia de 1 crédito = 25 horas, con un curso académico de una duración real de 30 semanas (15 semanas por cuatrimestre), el resultado, para una asignatura troncal de 9 créditos actuales, es su valoración en 225 horas de volumen de trabajo ($9 \times 25 = 225$ horas de volumen de trabajo). El paso siguiente fue la distribución de este volumen de trabajo para el estudiante. Los criterios que debían seguirse a la hora de abordar este aspecto tuvieron muy presentes el sentido y la orientación que las nuevas directrices pretenden dar al proceso de enseñanza y aprendizaje. Básicamente, por recordar alguna de ellas:

- Reducir el número de horas presenciales del estudiante.
- Reforzar, en su caso, los aspectos prácticos de las materias.
- Impulsar y desarrollar los procedimientos y las destrezas que le posibiliten una autonomía en el proceso de aprendizaje.
- Considerar la educación no sólo como una transmisión de contenidos académicos, sino una adquisición de valores y de destrezas, así como el desarrollo de las oportunidades para una auténtica «socialización» del estudiante.
- Potenciar la acción tutorial, individualizada y en grupo.
- Valorar no sólo la adquisición de conocimientos cuanto el volumen total de dedicación del estudiante a las diversas actividades.

Los conceptos con los que operamos para distribuir el volumen total de trabajo fueron: la asistencia a clases, el estudio general y la preparación de exámenes, la realización de un trabajo de curso en grupo, actividades complementarias y realización de exámenes. Teniendo en cuenta que las horas presenciales por asignatura actualmente son tres, se decidió, en un primer curso, reducir esa presencialidad a dos horas, de las cuales, el 75 por 100 serían teóricas y el 25 por 100 restantes prácticas.

Conviene hacer algunas aclaraciones respecto a los criterios de distribución y sus implicaciones. En primer lugar, la reducción mínima de las horas presenciales se hizo teniendo en cuenta que era un primer curso y que una opción que otorgase al estudiante mayor autonomía no contribuiría más que a su desorientación. Evidentemente, un criterio que puede ser adoptado es disminuir progresi-

Distribución del volumen de trabajo para una asignatura de nueve créditos ECTS (1 cr. = 25 horas) y con un curso de treinta semanas de duración

	<i>Horas/curso</i>
Asistencia a clases teóricas	45
Asistencia a clases prácticas	15
Estudio y preparación clases teóricas	45
Estudio y preparación clases prácticas	15
Estudio y preparación de exámenes	65
Realización de trabajo en grupo	20
Realización de exámenes	5
Asistencia a tutorías programadas	5
Asistencia a seminarios y otras actividades	5
Preparación de seminarios y otras actividades	5
VOLUMEN TOTAL DE TRABAJO	225

vamente la presencialidad en el Grado, y, por supuesto, mucho más en el Posgrado. La naturaleza de la asignatura deberá, en todo caso, matizar este criterio general.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que una correcta dinámica de curso implica, desde nuestro punto de vista, una actitud permanente por parte del estudiante de lectura y estudio de aquellos contenidos que sean marcados por el profesor en manuales o monografías. Se trata, lógicamente, de conseguir que el estudiante adquiera el hábito de hacerse con unos conocimientos mínimos sobre el tema o el aspecto concreto que fuera a explicarse en clase. Esta dinámica y, sobre todo, los resultados que se consigan deberán ser muy relativizados, teniendo en cuenta la casi segura «sobrecarga» del estudiante que tiene que hacerse cargo de una oferta de asignaturas que obedecen a criterios distintos en su desarrollo y en su compromiso a los que se están siguiendo. Creo que en la posterior oferta curricular del Grado debería optarse por una distribución de materias de carácter mucho más general y amplio y mucho mejor valoradas en cuanto

a créditos. Es casi seguro que en esa delimitación curricular chocaremos con la muralla de las áreas de conocimiento, pero nos jugamos en ello, en gran parte, la viabilidad del título de Grado en Historia. Dicho en términos mucho más concretos y teniendo en cuenta, sobre todo, el punto de vista del estudiante: no es lo mismo ni representa el mismo esfuerzo una asignatura de 9 créditos antiguos que esos mismos créditos valorados según los ECTS.

En tercer lugar y en relación directa con el mismo aspecto, se trataría de pensar de qué manera y con qué métodos esa dedicación del estudiante es tenida en cuenta, evaluada y valorada. La solución adoptada por el grupo experimental de Historia ha consistido en una serie de controles progresivos y sucesivos en clase, fijados de antemano o no, al objeto de acostumbrar al estudiante a esa dinámica de estudio continuo. Dentro de una concepción de la «evaluación formativa», lo que se persigue, en principio, es que el estudiante tenga un nivel de información suficiente sobre su grado de compromiso y sobre su proceso de adquisición de conocimientos básicos a lo largo de la asignatura. En esta decisión siempre está el riesgo —ya evidenciado, por otra parte— de convertir esta dinámica en una sucesión de controles que en nada o en poco contribuyan al objetivo perseguido de la iniciación en el autoaprendizaje y en la autoevaluación. Es difícil rehuir aquel principio de que si evaluamos lo que enseñamos, acabamos enseñando o aprendiendo lo que vamos a evaluar. Tengo la impresión que será éste uno de los aspectos más criticables de la experiencia, al someter al profesor y al estudiante a una dinámica obsesiva de realización permanente de pruebas. No obstante, hay que recordar y valorar que, al tratarse de un primer curso, éste puede ser un método adecuado de «transición» para el estudiante, desde un sistema de educación donde los controles y la vigilancia del profesor es máxima a otro en que se trata de ir potenciando su plena autonomía para el aprendizaje. Tal vez, en el balance final haya que sopesar muy detenidamente los pros y los contras.

En cuarto lugar, las actividades complementarias tienen, en este proyecto, la finalidad expresa de contribuir a una mayor sociabilidad del estudiante de nueva incorporación y a mostrarle la diversidad de una vida académica que no queda resumida ni constreñida en las aulas: conferencias, sesiones monográficas sobre algún aspecto concreto de la historia o de sus fuentes y métodos, visitas a archivos

y bibliotecas, visitas guiadas históricas por la ciudad, proyecciones de películas, fuentes literarias, etc. En un primer nivel como en el que nos movemos, el tipo de propuestas desarrolladas por las diversas áreas de conocimiento es poco ambicioso. No cabe duda de que su complejidad y, sobre todo, su tiempo y valor respecto a las actividades presenciales en el aula deberían aumentar conforme se progresase en los cursos. A la hora de diseñar y planificar este tipo de actividades hay que tener muy en cuenta siempre el punto de vista del estudiante, procurando que la tendencia de todas y cada una de las áreas a estar presentes en la oferta no redunde en una sobrecarga y en una desorientación para el estudiante. Sobre todo, deberá procurarse el diseño de actividades *ad hoc*, rehuendo la tentación de que «cualquier cosa vale». En cuanto a la dispersión de la oferta, para evitar la sobrecarga hemos resuelto que el estudiante dé cuenta de tres de las cinco actividades propuestas.

Finalmente, hay que decir que algo similar ocurre respecto al trabajo. Se trata de un trabajo de estricta iniciación, en el que se persiguen unos objetivos muy generales y aplicables a cualquier ámbito de conocimiento. Por ello, la decisión del grupo ha sido proponer al estudiante la realización de *un solo trabajo*, cuya valoración final se aplicará a todas las asignaturas. A través del trabajo, más allá de los aspectos concretos que tengan que ver con cuestiones procedimentales, metodológicas y formales del conocimiento histórico, se trata también de introducir al estudiante en una dinámica de grupo (se suelen reunir unos tres o cinco estudiantes para un solo trabajo) y en la imprescindible tutorización por parte del profesor. El uso del recurso de la tutoría y su importancia en el nuevo sistema de enseñanza-aprendizaje dependerá extraordinariamente de un cambio en los recursos y en las metodologías docentes. En la actual situación de las clases presenciales como única actividad, y con un protagonismo por parte del profesor casi absoluto, la tutoría es en sí misma inútil. Cualquier esfuerzo por revitalizarla que no pase por un cambio en los procedimientos y objetivos de la enseñanza está condenada al fracaso de antemano.

Una vez hecha la distribución global del volumen de trabajo, el estudiante debe ser sabedor de los criterios, procedimientos y valor de la evaluación de los distintos aspectos. En nuestro caso, se llegó al siguiente acuerdo:

Valor de cada uno de los aspectos evaluables

	<i>Porcentaje</i>
Pruebas escritas, parciales y finales	40
Trabajo final de grupo	15
Pruebas preparación clases teóricas	20
Evaluación clases prácticas	15
Síntesis actividades complementarias	10

A la hora de determinar el porcentaje de cada una de las actividades, varios aspectos centraron nuestra atención. Uno de ellos, el poco valor relativo otorgado al trabajo en grupo. Se adoptó finalmente por un 15 por 100 porque su «rentabilidad» para el estudiante se multiplicaba por cinco: la nota de un trabajo se aplicaba en idéntico valor a todas las materias. El otro aspecto, fundamental, surgió en la valoración de los tradicionales exámenes. Al optar por un valor inferior al 50 por 100, quedaba claro que el estudiante se veía obligado a considerar su proceso de aprendizaje como un conjunto de actividades diversas que pudieran ir más allá de la mayor o menor asimilación de una serie de contenidos. Hasta qué punto nuestra determinación no pueda suponer ningún problema legal (obligatoriedad para todo alumno matriculado de tener un examen final en una convocatoria prefijada, etc.) es algo que se consideró, pero se optó por no contemplarla y, caso de que se planteara, remitir el problema a las autoridades académicas.

Este aspecto, de todas maneras, es algo más que anecdótico. Hemos de tener en cuenta que los nuevos criterios metodológicos, en algunos casos, están orientados hacia un tipo ideal de estudiante de dedicación completa, y con posibilidad de un proceso de enseñanza-aprendizaje continuado. Sabemos, por experiencia, que una de las características de nuestros estudiantes en Humanidades, y en concreto en Historia, es su extraordinaria diversidad en cuanto a su origen. La demanda es, afortunadamente, cada vez más variada y cada vez aumenta más el número de personas que optan por nuestra titulación desde criterios y con objetivos que poco o nada tienen que ver con la carrera estudiantil normal y con objetivos profesionales.

¿Estamos dispuestos en un plazo breve a perder este contingente de estudiantes? ¿Hasta qué punto las nuevas normativas y metodologías no los «expulsarán» de la posibilidad reglada de una educación superior? ¿Deberíamos establecer ofertas específicas para esta demanda? ¿Hasta qué punto el exageradamente sesgo «profesionalizador» de las titulaciones de Grado tenga, en nuestro caso, muy poco sentido? Son cuestiones, hoy por hoy, sin respuesta, pero que inevitablemente deben ponerse sobre la balanza de las decisiones a la hora de optar por un tipo de solución o por otro.

La determinación del contenido de la asignatura constituye uno de los capítulos fundamentales en el proceso de coordinación. Más allá de una simple «reducción» o «comprensión» de los contenidos de toda un área de conocimiento, lo que debería discutirse es la virtualidad formativa de una determinada materia dentro de una perspectiva global del objetivo de la titulación y, sobre todo, qué aspectos del proceso histórico pueden contribuir a alcanzar esos objetivos. El afán «enciclopedista» y el apego a un conocimiento «acumulativo» por parte del profesor debería ser rechazado o, en su caso, muy rebajado. El estudiante debe ser consciente de que nadie ni nada, ningún profesor ni ninguna materia, le servirá para una reconstrucción total y coherente del proceso histórico. Los límites entre la necesaria información y la imposibilidad de abarcarla toda en una materia deben ser fijados a una altura que, por una parte, atienda la demanda de información coherente por parte del estudiante, pero, por otra, no convierta el acto docente en una mera narración secuenciada de «toda la historia».

Se mire por donde se mire, éste es un aspecto fundamental que deberá ser muy sopesado, ya no sólo a la hora de «poner nombre» a la oferta del Grado, sino a la hora, sobre todo, de pasar del nombre al contenido, es decir, de materializar y desplegar la oferta. La coordinación y la discusión constante son un elemento clave en todo este proceso. La puesta en común de la experiencia docente, tan ajena a la cultura del profesor universitario, deberá empezar a practicarse, como mínimo, a nivel de áreas de conocimientos.

Todos los elementos expuestos —y algunos más que no he detallado— son recogidos en un modelo de «Guía docente» elaborado por el SFP que, entre otras virtualidades, tiene la de homogeneizar la oferta de las distintas materias de un curso. Al estudiante se le entrega, al comienzo del curso, una Guía o «Programa General de

Primer Curso» en el que, además de las guías concretas de cada materia, resultado a su vez de una coordinación y de un proceso de homogeneización en aquellos aspectos comunes, se le ofrece un Cronograma completo de todas las actividades a desarrollar dentro de cada área.

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea*, en coedición con *Marcial Pons, Ediciones de Historia*, ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0. Fijar nuestra atención en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en esta revista y, en su caso, en los libros y monografías que se pueden publicar como anexos de **Ayer**.

PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. Las contribuciones y correspondencia deben enviarse a María Cruz Romeo Mateo, **Ayer**, Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A. Calle San Sotero, 6, 28037 Madrid.
2. La revista **Ayer** publica artículos y ensayos bibliográficos de todos los ámbitos de la Historia Contemporánea.
3. Los editores se comprometen a adoptar una decisión sobre la publicación de originales en el plazo de seis meses. Se reserva el derecho de publicación por el espacio de dos años, acomodando la misma a las necesidades de la revista.
4. Los autores remitirán tres copias en papel, a doble espacio, una para el editor y otras dos para informes. Se acompañará de soporte informático en Word. Igualmente remitirán dos resúmenes de 100 palabras en español y en inglés, y una breve nota curricular.
5. Los trabajos enviados para publicación han de cumplir los requisitos siguientes:

Dimensiones:

Artículos: Los artículos destinados a la publicación en la revista **Ayer** no serán superiores a 8.000 palabras, sean éstos para el Dossier o para la Miscelánea.

El tamaño de los ensayos bibliográficos no sobrepasará las 4.000 palabras.

6. Sistema de citas:

Las notas irán a pie de página, tal y como ha venido haciendo *Ayer* hasta el momento. Por ejemplo:

Libros: CERVERA, J.: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939*, Madrid, Alianza Ed., 1998.

Capítulos de libro: MONTERO, M.: «El nacionalismo vasco», en *Los 98 Ibéricos y el mar*. Vol. III. *El Estado y la política, Actas*. Madrid, Fundación Tabacalera/Pabellón de España Expo'98, 1998, pp. 255-274.

Artículos de revista: LANNON, F.: «Tendencias recientes en la historia social británica», en PÉREZ LEDESMA, M. (ed.): *La Historia en el 93, Ayer*, 14 (1994), pp. 45-62.

7. En el caso de artículos historiográficos o de carácter teórico las citas pueden incluirse en el texto (ÁLVAREZ JUNCO, 1990, 178), acompañadas de una bibliografía final.
8. Los autores se comprometen a enviar artículos originales que no hayan sido publicados con anterioridad, ni están siendo considerados en otras publicaciones.
9. Para su publicación, los textos recibidos deberán ser informados favorablemente por al menos dos especialistas en la materia, y recibir posteriormente la aprobación del Consejo Editorial de la revista.

AYER
59/2005 (3)

SUMARIO

JUVENTUD Y POLÍTICA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Eduardo González Calleja, *ed.*

DOSSIER

- Introducción*, Eduardo González Calleja.
Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles en España (1865-1965), Eduardo González Calleja.
Ni tan jóvenes, ni tan bárbaros. Las juventudes en el republicanismo lerrouxista barcelonés, Joan B. Culla i Clara.
Perros de paja: las Juventudes de la Unión Patriótica, Alejandro Quiroga Fernández de Soto.
Entre el parlamento y la calle: políticas gubernamentales y organizaciones juveniles en la Segunda República, Sandra Souto Kustrín.
El ruido y las nueces: la Juventud de Acción Popular y la movilización «cívica» católica durante la Segunda República, José María Báez y Pérez de Tudela.
Los «malos de la película»: las Joventuts d'Esquerra Republicana-Estat Català y la problemática de un «fascismo catalán», Enric Ucelay Da Cal.
Historia y sociología de los movimientos juveniles encuadrados en el MLNV, Javier Elzo y Félix Arrieta.

ESTUDIOS

- Teatro y oratoria política en el siglo XIX. La escenificación parlamentaria en la Restauración*, Carlos Ferrera Cuesta.
Literatura e historia. De la «función social» de la literatura a su futuro como «documento histórico» a partir de Juan Goytisolo, Jorge Juan Nieto Ferrando.
El robo de la memoria. Sobre el lugar del franquismo en la historiografía católico-catalanista, Antonio Francisco Canales Serrano.

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

- Juventud y política. Comentario bibliográfico*, Sandra Souto Kustrín y Eduardo González Calleja.
Fueros, guerras carlistas e identidades políticas. El siglo XIX en la más reciente historiografía vasca, José María Ortiz de Orruño.

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
2. Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
3. Javier Tusell, *El sufragio universal*.
4. Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
5. J. J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
6. Antonio Morales, *La historia en el 91*.
7. José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
8. J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
9. Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
10. Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
11. Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
12. Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
13. Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
14. Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
15. Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
16. Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
17. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.
18. Ramón Villares, *La Historia en el 94*.
19. Luis Castells, *La Historia de la vida cotidiana*.
20. Santos Juliá, *Política en la Segunda República*.
21. Pedro Tedde de Lorca, *El Estado y la modernización económica*.
22. Enric Ucelay-Da Cal, *La historia en el 95*.
23. Carlos Sambricio, *La historia urbana*.
24. Mario P. Díaz Barrado, *Imagen e historia*.
25. Mariano Esteban de Vega, *Pobreza, beneficencia y política social*.
26. Celso Almuíña, *La Historia en el 96*.
27. Rafael Cruz, *El anticlericalismo*.
28. Teresa Carnero Arbat, *El reinado de Alfonso XIII*.
29. Isabel Burdiel, *La política en el reinado de Isabel II*.
30. José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo*.
31. Ismael Saz, *España: la mirada del otro*.
32. Josefina Cuesta Bustillo, *Memoria e Historia*.
33. Glicerio Sánchez Recio, *El primer franquismo (1936-1959)*.
34. Rafael Flaquer Montequi, *Derechos y Constitución*.
35. Anna M.^a Garcia Rovira, *España, ¿nación de naciones?*
36. Juan C. Gay Armenteros, *Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos*.
37. Hipólito de la Torre Gómez, *Portugal y España contemporáneos*.
38. Jesús Millán, *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea*.

39. Ángel Duarte y Pere Gabriel, *El republicanismo español*.
40. Carlos Serrano, *El nacimiento de los intelectuales en España*.
41. Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII. Su reinado y su imagen*.
42. Juan Carlos Pereira Castañares, *La historia de las relaciones internacionales*.
43. Conxita Mir Curcó, *La represión bajo el franquismo*.
44. Rafael Serrano, *El Sexenio Democrático*.
45. Susanna Tavera, *El anarquismo español*.
46. Alberto Sabio, *Naturaleza y conflicto social*.
47. Encarnación Lemus, *Los exilios en la España contemporánea*.
48. M.^a D. Muñoz Dueñas y Helder Fonseca, *Las élites agrarias en la Península Ibérica*.
49. Florentino Portero, *La política exterior de España en el siglo xx*.
50. Enrique Moradiellos, *La guerra civil*.
51. Pere Anguera, *Los días de España*.
52. Carlos Dardé, *La política en el reinado de Alfonso XII*.
53. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, *Historia de los conceptos*.
54. Carlos Forcadell Álvarez, *A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas*.
55. Jordi Canal, *Las guerras civiles en la España contemporánea*.
56. Manuel Requena, *Las Brigadas Internacionales*.
57. Ángeles Egido y Matilde Eiroa, *Los campos de concentración franquistas en el contexto europeo*.
58. Jesús A. Martínez Martín, *Historia de la lectura*.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de enero, abril, junio y octubre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 200 páginas con un formato de 13,5 por 21 cm. Los precios de suscripción, incluido IVA, son:

Precios España:
suscripción anual: 54 €

Precios extranjero:
suscripción anual: 60 €

Precio número suelto: 18 €

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones deben dirigirse a la Secretaría de la Asociación de Historia Contemporánea, Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Geografía e Historia, c/ Profesor Aranguren s/n, 28040, MADRID, España.

<http://www.usal.es/ahistcon>

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a:

Marcial Pons
Agencia de suscripciones
San Sotero, 6
Tel. 91 304 33 03 - Fax 91 327 23 67
28037 MADRID

Correo electrónico: revistas@marcialpons.es